



**CAMARADAS  
DEL FRENTE**

# **SVEN HASEL**

Lectulandia

CAMARADAS DEL FRENTE es el relato patético de la vida cotidiana en la retaguardia. Los bombardeos, el terror policiaco implantado por la GESTAPO, la infidelidad de la mujer amada llevan al soldado a confiar únicamente en sus compañeros de armas. En este mundo desesperado, al borde del abismo sólo la amistad proporciona al ser humano la sensación de su propia dignidad.

Lectulandia

Sven Hassel

# Camaradas del frente

Biblioteca Sven Hassel - 3

ePUB v1.2

Ozzeman 25.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Frontkammerater*

Sven Hassel, 1960

Traducción: Alfredo Crespo

Diseño/retoque portada: Ozzeman (Basada en la edición inglesa)

Editor original: Ozzeman (v1.0 a v1.2)

ePub base v2.0

# CAMARADAS DEL FRENTE



*El menor sufrimiento de tu dedo meñique  
me causa más preocupación  
que la muerte de millones de hombres.*

*Habíamos sido conducidos al Centro de Curación, donde nuestra repugnante suciedad y los parásitos que pululaban en nuestras heridas abiertas produjeron un arrebató de ira en el cirujano.*

*—¡Nunca había visto cerdos semejantes! —exclamó.*

*Ese médico, muy joven, y recién salido de la Escuela de Graz, no había visto, en efecto, gran cosa. Hermanito le trató de mil nombres de raíz escatológica, lo que aumentó su cólera, y le hizo jurar por su honor que aquel soldado sería castigado si conseguía salir con vida. Entretanto, se divirtió oyéndole aullar mientras le extraía las esquirlas del obús que mechaban aquella montaña de carne.*

*Aquel joven médico no conocía nada más, y sólo era un chiquillo que nunca llegaría a crecer. Fue fusilado tres semanas más tarde, atado a un álamo. Había operado a un general que acababa de ser mordido por una víbora, y el general murió bajo el bisturí del adolescente. Como el cirujano del Estado Mayor estaba ebrio no pudo realizar la operación, pero alguien exigió un informe, y el cirujano del Estado Mayor se apresuró a acusar a su joven colega. Incompetencia e incumplimiento del deber, declaró el consejo de guerra. El muchacho gritó de manera desagradable cuando fue arrastrado hacia el álamo; hicieron falta cuatro para transportarle, y se observó que su corazón latía desenfrenadamente. Los soldados le alentaron, benévolos, y le dijeron que había que ser hombre. Pero es difícil ser hombre cuando sólo se tienen veintitrés años y la ilusión de ser alguien, porque se llevan dos estrellas en la bocamanga. Fue una fea ejecución, dijeron los del pelotón. Veteranos que las habían visto de todos los colores. Eran la flor y nata del 94º.*

## **TREN HOSPITAL AUXILIAR 877 ESTE**

El hielo cortaba toda materia viva o muerta, como si se tratara de cuchillas enrojecidas. A lo lejos, en el bosque, se oía el crujido de los árboles. La locomotora que arrastraba el largo tren sanitario silbaba con sonido desgarrador, y su vapor blanco parecía frío aquel día invernal ruso. Los maquinistas llevaban pesados gorros de piel y chaquetas del mismo material. Centenares de heridos se amontonaban en los vagones de mercancías, pintados con grandes cruces rojas, en los que la nieve del

balasto, levantada por la velocidad del tren, penetraba en remolinos por los costados cubiertos de hielo.

Yo yacía en el vagón 48 junto con Hermanito y el legionario. Hermanito había recibido metralla en la espalda, y una granada le había arrancado la mitad de las nalgas. Yacía, de bruces en la paja.

—¿No crees que me merezco un buen permiso? ¿Por culpa de esa nalga que me ha rebanado Iván?

El legionario, que con ayuda de un espejo examinaba varias veces al día sus múltiples desperfectos personales, se echó a reír suavemente. —Eres tan cándido como forzado. En los batallones disciplinarios no se consiguen permisos más que cuando lo que se ha perdido es la cabeza Te enviarán otra vez al frente para dejar allí la nalga qué te quedó.

Hermanito se desplomó en la paja, blasfemando. El legionario le palmoteó un hombro.— Calma, gran cerdo, o corres el riesgo de que te expulsen del vagón cuando tenga lugar la próxima limpia de héroes difuntos. Huber, junto a la pared, había dejado de gritar

—Ha debido de estirar la pata —murmuró Hermanito.

—Sí, y no será el último —cuchicheó el legionario, secándose la frente sudorosa.

Tenía mucha fiebre y el pus brotaba del vendaje de ocho días de antigüedad que recubría a medias su hombro. Era su decimosexta herida. Las catorce primeras procedían de la Legión Extranjera, en la que había servido doce años, de modo que se consideraba más francés que alemán con su delgada silueta, su rostro curtido, su pequeña estatura y su eterna colilla pegada a los labios.

—¡Agua, por Dios, agua! —suplicó el suboficial Huhn, que tenía el vientre abierto.

Junto a la puerta, alguien lanzó una blasfemia: — ¡Chitón! Sólo podemos bebernos los orines, y si lo llegas a hacer, esos canallas te pondrán ante el pelotón por enfermedad contraída voluntariamente. El hombre del vientre abierto se echó a llorar. Otro soldado, en el extremo opuesto del vagón, rió malévolamente:

—Si quieres beber, haz como nosotros. Lame el hielo del vagón.

El feldwebel, mi vecino, se incorporó a medias, pese a los dolores que sentía en su bajo vientre, horadado por una bala de ametralladora. — ¡Camaradas! El Führer ya cuidará de nosotros.

Levantó el brazo para hacer un rígido saludo y entonó los primeros compases de una marcha nazi, pero se desplomó agotado sobre la paja. Las risas se elevaron hacia el techo cubierto de escarcha.

—El héroe se cansa —gruñó una voz—, mientras que Adolfo debe pegarse la vidorra padre.

— ¡Os haré juzgar por un consejo de guerra! —vociferó el feldwebel.

Hermanito lanzó una cacerola que contenía coles amargas a la cabeza del hombre. ¡Cállate! Si no tuviera mi culo en ese estado, te cortaría lo que te sirve de cerebro para enviárselo a tu Partido.

El tren se detuvo con una violenta sacudida que nos hizo gritar de dolor. El frío penetraba con más fuerza, e insensibilizaba las extremidades. La escarcha hacía muecas en nuestro rostro, implacable. Los había que se entretenían dibujando en las paredes heladas con la punta de una bayoneta: animales, lindos animalitos que se borraban poco a poco, pero uno de ellos, un perrito bautizado inmediatamente Oscar, fue dibujado una y otra vez porque habíamos empezado a quererle. Cuando, resecaos por la sed, lamíamos la pared helada, procurábamos no tocar a Oscar.

—¿A dónde vamos? —preguntó el joven soldado de diecisiete años que tenía los dos pies aplastados.

—A casa, pequeño —cuchicheó un suboficial herido en la cabeza.

—¿Has oído? —exclamó, riendo, el marino del mar Negro que tenía un fémur destrozado—. ¿Qué es tu casa? ¿El paraíso de Hitler donde los ángeles de Adolfo tocan Horst Wessel con cruces gamadas sobre el cráneo?

Hizo una mueca en dirección a las estalactitas del techo, que brillaban con luz helada.

El tren volvió a arrancar, aquel extraño tren sanitario compuesto por ochenta y seis vagones de ganado, sucios y helados, llenos de esa miseria humana a la que se da el nombre de héroes. Héroes que babeaban, blasfemaban, lloraban, ruinas aterradas que se retorcían de dolor, esa clase de héroes a la que nunca aluden los comunicados oficiales.

—¡Escucha, árabe! —exclamó Hermanito— ¡Cuando estemos en ese hospital de maldición empezaré por hartarme de lo lindo, y después menudas juergas me pegaré!

Sus ojos brillaban de deseo. Era la primera vez en su vida que iba al hospital, y ese establecimiento representaba para él una especie de burdel donde los clientes recibían un servicio muy completo.

El legionario rió secamente.

—Ya recuperarás el sentido, muchacho. Para empezar, sudarás pedazos de metralla por todos los codos, y perderás el gusto por la juerga, puedes creerme.

—¿Duele mucho cuando esos carniceros te cortan el pellejo? —preguntó el gigante, asustado.

El legionario contempló el rostro grande y bestial, pálido de miedo ante lo que le esperaba.

—Es horrible. Te cortan la carne a rodajas y ni siquiera se te permite decir ¡ay!

—¡Santa Madre de Dios! —gimió Hermanito.

El tren se inclinó y chirrió a lo largo de una inmensa curva.

—Cuando me hayan apedazado en el hospital —pensé en voz alta—, me buscaré

una amante pero una amante cara, con abrigo de visón y llena de experiencia.

—Comprendo lo que quieres decir —contestó el legionario, haciendo chascar la lengua—. Un bocado escogido.

—¿Qué es una amante? —preguntó Hermanito. Se lo explicamos concienzudamente.

— ¡Una puta fuera del burdel! ¡Imposible...! ¿Y es posible encontrarlas?

Cerró los ojos y empezó a soñar en un batallón de hermosas y contoneantes mujeres.— ¿y qué cuesta una chica así? —preguntó abriendo apenas un ojo.

—Todo un año de paga —cuchicheé.

y al pensar en mi amante con un magnífico abrigo de visón, olvidé el dolor que me laceraba la espalda.

—Una vez tuve una amante en Casablanca —soñó en voz alta el pequeño legionario—. Fue poco después de haber sido nombrado sargento en la 3ª Compañía. Buena Compañía, un jefe estupendo, y ni un solo mierdoso... — ¡Al diablo con tu jefe! —rezongué—. Todos los jefes son unos mierdosos. Pero háganos de tu chica.

—Era la mujer depravada de un armador muy rico. Ella ya no tenía veinte años, y su gran placer consistía en pagarse amantes, para irlos vaciando uno tras de otro.

— ¿y fuiste liquidado? ¿Como los demás?

—No —mintió el legionario—. Fui yo quien se marchó. Ella tenía la piel de color oliváceo, cabellos de azabache y una ropa interior que te causaba el efecto de un «Roederer brut 1926». ¡Si la hubieses visto, muchacho!

El suboficial herido en la cabeza, rió suavemente.

—Eres un experto. Me gustaría verte en acción.

El legionario, que tenía cerrados los ojos y la cabeza apoyada en un estuche de máscara antigás, no le concedió ni una mirada.

—Las mujeres ya no me interesan; son viejos recuerdos.

—¿Qué? —preguntó el suboficial, atónito—. ¿Te has pasado al enemigo?

Sonaron unas risotadas que enfurecieron al legionario.

—¿Y a ti qué te importa, soldado de mierda?

Furibundo, tiró una bota contra el suboficial quien la esquivó. La bota alcanzó al aviador moribundo, pero éste ni siquiera se dio cuenta. —¡Buena puntería! —dijo riendo el otro. La silueta gigantesca de Hermanito se incorporó lentamente. Ningún hombre, herido como él estaba hubiese podido hacer aquel esfuerzo. Con mirada enloquecida, agarró al suboficial aterrado y lo proyectó contra el otro extremo del vagón.

—¡Al nómada le cortaron las pelotas! —vociferó el gigante—. Fueron aquellos perros del campo de Fagen. ¡Una palabra más sobre el nómada y os rompo el cuello así!

Partió la culata de una carabina y tiró los pedazos contra la pared del vagón;

después, se desplomó en la paja gimiendo.

El legionario canturreaba a media voz:

—Ven, dulce muerte, ven. Estás muy mal educado, Hermanito.

El gigante se echó a reír.

—Así me gusta. Cuéntanos más cosas sobre tu puta de Casablanca. ¿Qué clase de burdel es Casablanca?

El legionario carraspeó.

—Casablanca no es un burdel, es una ciudad de la costa de África, donde los legionarios de segunda clase aprenden a beberse el sudor, a comer arena, y donde, por la noche, se pesca la viruela. En Casablanca, incluso los idiotas que se creen que la Legión es una vida de aventuras, averiguan que no son más que unos cerdos, hijos de cerdos como tú y como yo, y como todos los ejércitos del mundo entero.

—¡Granujas! —gritó indignado el feldwebe nazi—. ¡Veréis lo que os ocurre cuando el mariscal Von Manstein rebase Lodz y se dirija hacia Moscú!

—¿Como prisionero rumbo a Siberia? —preguntó alguien riendo.

—¡Callaos! —gritó Hermanito—. Cuéntanos más cosas sobre África.

—¡Rediós, qué mal educado estás! Era una mujer deliciosa —dijo el legionario—. Alá es testigo de que la amaba. —Inclinóse y murmuró—: Es curioso que el amor pueda causar tanto daño.

—¿La tenías metida dentro de ti? —preguntó Hermanito, mientras se rascaba el trasero con su bayoneta—. Tengo piojos en el culo —dijo disculpándose.

—Los piojos tienen buenos generales —afirmó un manco, cuyo único brazo estaba podrido por la gangrena—. Siempre encuentran el mejor sitio para lanzar un ataque. —Olfateó su propio brazo—. Pero no les gusta la gangrena: les hace vomitar.

—Cuando salga del hospital, algún jefe de intendencia habrá de entenderse las conmigo— manifestó Hermanito, en voz alta.

—¿Qué tienes contra la intendencia?

—¡Cerdos inmundos! ¿Es que no te has dado cuenta de que estamos empapados bajo los impermeables? ¿Comprendes la combinación? El intendente gana tres marcos en cada impermeable, de modo que cuando uno descarta uno o dos para buscar otro mejor, ¿te das cuenta a lo que conduce?

—Maravillosa combinación —observó el legionario—. ¡Alá! Si me pudiese convertir en intendente...

—¿y tu chica? —exclamó Hermanito, olvidándose del intendente.

El legionario contestó como si hablara consigo mismo:

—Alá sabe cuánto la amaba. En dos ocasiones intenté terminar con todo cuando ella me hubo dado el pasaporte.

Por encima del ruido del tren, otro ruido de un motor llegó hasta nosotros. De súbito, reinó el silencio. Prestamos oído, como animales acorralados.

—«Jabos» —cuchicheó alguien.

Empezamos a temblar, no de frío, sino porque la muerte acababa de entrar en el vagón. Un «jabo». El avión viraba y el ronroneo aumentaba. Con un zumbido, enfiló el tren. La estrella roja contemplaba, helada, las cruces rojas de clemencia que puntuaban los techos del convoy. El aparato ganó altura y después se lanzó en picado.

—¡Ven, Satanás rojo! —vociferó Hermanito— ¡Perro del infierno, que termine todo de una vez!

Como si el aviador le hubiese oído, las balas crepitaron contra las paredes, para salir por el otro costado. Hubo gritos; después, estertores. El legionario canturreaba: «Ven, dulce muerte, ven. Alguien sollozó, otro gimió mientras se sujetaba el vientre. La locomotora lanzó un pitido. Entramos en un bosque.

El avión desaparecía, sin duda, en la hermosa mañana clara y helada. Las ruedas sonaban sobre los rieles, el frío terrible penetraba por los agujeros que habían abierto los proyectiles.

—¡Alfred! —Hacía mucho tiempo que yo no había pronunciado el nombre del pequeño legionario, si es que alguna vez había llegado a hacerlo— Alfred... —Debía de parecer idiota—. ¿Nunca has sentido la nostalgia de un hogar? ¿Con muebles y todo el resto?

—No, Sven, ya ha pasado el tiempo de eso, —contestó con una risotada—. Tengo más de treinta años. A los dieciséis, entré en la Legión fingiéndome dos años mayor. Soy un cerdo desde hace demasiado tiempo. Mi elemento es el estiércol. La habitación pestilente de Sidi-bel-Abbes será la última.

—¿y no lo lamentas?

—No hay que lamentar nada. La vida es hermosa y el tiempo es bueno.

—Hace mucho frío, Alfred.

—También el frío es bueno. Todos los tiempos lo son, con tal de estar vivo. Incluso una prisión es buena cuando se está vivo y no se piensa en lo qué hubiese podido ser si... Es ese «si» el que trastorna a la gente.

—¿No tienes una herida en el cuello? —preguntó el gangrenado—. Tal vez necesites un collar de hierro.

—Me importa un bledo. Cuando todo esto haya terminado, me buscaré un buen enchufe en algún almacén de la Legión. Una botella cada noche y el mercado negro con el material. No pensar en el día de mañana, y la mezquita dos veces al día. En cuanto a lo demás, que se vaya al cuerno.

Yo —dijo el portaestandarte—, cuando Hitler esté fastidiado me marcharé a Venecia. Pasé allí doce años con mi viejo. Es una ciudad estupenda. ¿Quién conoce Venecia?

—Yo —contestó una voz suave desde un rincón.

Era la del aviador moribundo. Nos dejó helados. El aceite ardiendo había

quemado su rostro, y los ojos eran dos puntos rojizos en una masa grisácea con reflejos malva. El soldado de Infantería, que babeaba sin mirar al moribundo, preguntó:

—¿De modo que has estado en Venecia?

Siguió un silencio que nadie se atrevía a quebrar. Era extraño oír a un moribundo hablar de una ciudad.

—El Gran Canal es más hermoso por la noche. Las góndolas parecen diamantes que hacen surgir sartas de perlas... Es la ciudad más hermosa del mundo. Me gustaría morir en ella —dijo el moribundo, aunque sabía que iba a fallecer en un vagón de ganado, en las proximidades de Brest-Litowsk.

—Un viejo soldado está siempre contento —dijo el legionario, pensativo—, porque está con vida y sabe lo que esto significa. Pero no hay demasiados viejos soldados. El hombre de la guadaña ni siquiera les conoce.

El tren frenó con un chirrido. Avanzó con breves sacudidas y después frenó de nuevo. Acabó por detenerse en medio de un prolongado aullido y la locomotora desapareció para abastecerse de todo lo que necesita una locomotora.

Estábamos en una estación: ruido de botas, llamadas, gritos. Hubo risas, sobre todo una, una risa autoritaria; no podía ser un pobre soldado el que reía de aquella manera.

—¿Dónde estamos? —preguntó el zapador.

—En Rusia, imbécil.

Alguien abrió la puerta del vagón y apareció un suboficial de Sanidad, de expresión estúpida.

—Heil!, camaradas —relinchó.

—¡Agua! —gimió una voz que salía de la paja nauseabunda.

—Un poco de paciencia, tendréis agua y sopa.

¿Hay por aquí algún herido grave?

—¿Te burlas? Estamos frescos como rosas —clocó el portaestandarte—. Volvemos de jugar un partido de fútbol.

El suboficial desapareció apresuradamente. Transcurrió el tiempo, y luego se acercaron varios prisioneros de guerra bajo la guardia de Un territorial, llevando un cubo de sopa tibia que vertieron en nuestras escudillas inmundas. Nos la comimos y sentimos más hambre aún. El territorial prometió traer más, y no hizo nada, pero llegaron otros prisioneros para sacar los cadáveres. Catorce de ellos, de los que nueve eran debidos al «jabo». Quisieron llevarse al aviador, pero éste consiguió convencerles de que aún continuaba con vida.

Más tarde, compareció un joven médico rodeado por varios suboficiales de Sanidad. Echaron una ojeada por aquí y por allá, diciendo cada vez: lo mismo.

—Va bien. La cosa no es grave.

Cuando llegaron a Hermanito, estalló la tormenta.

—¡Hijos de puta! Me han arrancado la mitad del culo, pero la cosa no es grave, ¿eh? Tiéndete aquí para que te arranque el tuyo y ya me dirás si te gusta

Agarró al médico por un tobillo y le hizo caer sobre la paja pútrida.

—¡Bravo! —exclamó el gangrenado, poniéndose a golpear el rostro del médico con su brazo podrido del que manaban pus y sangre mezclados. Sucio, con un aspecto espantoso, el médico fue salvado a duras penas por los dos suboficiales.

—¡No es cosa grave! —vociferaba Hermanito—. ¡Especie de besugo!

—¡Lo pagarás caro! —amenazó el médico, furioso.

—¡Vete al cuerno!

Los tres hombres saltaron fuera y cerraron la puerta. El tren no se puso en marcha hasta el día siguiente por la mañana, pero se olvidaron de darnos el desayuno.

El aviador seguía vivo; otro había muerto durante la noche y dos de los supervivientes se pelearon por sus botas. Unas hermosas botas muy flexibles, que merecían una pelea, probablemente botas de antes de la guerra forradas de piel clara. Las consiguió un feldwebel de artillería. Su puño alcanzó la barbilla del suboficial de zapadores y le hizo olvidar las botas por un buen rato.

—¡Qué hermosas botas! —gritó el feldwebel, radiante.

Escupió en ellas y las pulió con una manga.

—Más vale que le des las tuyas al muerto —advirtió alguien—. De lo contrario, puedes perder rápidamente las nuevas.

—¡Que se atrevan! —vociferó el hombre, como un perro que defiende su hueso.

—Saqueo y desvalijamiento de muertos. Esto significa el consejo de guerra, te lo advierto.

El feldwebel blasfemó, pero acabó por descalzarse y ponerle sus botas al muerto. Una hora más tarde, el cadáver no hubiese reconocido su propio equipo, ni en el más pequeño detalle.

El suboficial Huhn, que tenía el vientre abierto seguía reclamando agua. El legionario le entregó un pedazo de hielo para que lo chupara; en cuanto a mí, mis pies empezaban a arder y unos calambres electrizaban mi cuerpo; las llamas parecían devorar mis huesos. Conocía aquello; primero, los dolores, que después se calman y luego las llamas hasta que los pies se vuelven insensibles. Es la gangrena, y se mueren; entonces, los dolores se hacen más agudos. En el hospital Se amputa la parte gangrenada. Me estremecí... La amputación... ¡Aquello, no! Cuchicheé mi terror al legionario, quien me miró.

—Sería el fin de la guerra para ti; más vale los pies que la cabeza...

Sí, la guerra habría terminado. Intenté consolarme mientras el pánico me atenazaba la garganta. Los pies, desde luego... Las manos sería peor El terror me paralizaba. ¡No, no, nada de muletas! No quiero ser un inválido...

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó el legionario, estupefacto.

Sin darme cuenta, había gritado «¡Inválido!» Me dormí. El dolor me despertó, pero me sentí contento; me dolían los pies: por lo tanto, estaban vivos. Todavía tenía mis pies.

Hubo dos paradas. Cada vez, un sanitario me los examinó y cada vez oí decir:

—No es gran cosa.

—Por el Profeta, ¿qué es gran cosa? —dijo el legionario y señaló al aviador, que acababa de morir—. ¿Y él? ¿No es gran cosa?

Nadie contestó. El extraordinario tren sanitario auxiliar prosiguió su marcha hacia el Oeste. En Cracovia, el sesenta y dos por ciento de los heridos fueron descargados como cadáveres.

*—¡Hatajo de llorones! —rezongó el capellán—. Pedís el socorro de Dios, pero, ¿qué tiene que ver Dios con unos perdidos?*

*Llamó a las enfermeras, que retiraron dos muertos.*

*Aquella misma tarde, el capellán se cayó en la escalera y se rompió un brazo por tres sitios.*

*—¡Gime tanto como todos vosotros juntos! —dijo riendo la enfermera.*

*Aquella enfermera necesitaba acostarse dos veces al día para conservar su buen humor.*

*—¡Qué gente más curiosa! —murmuró el pequeño legionario.*

*Se volvió y nos habló de un santo hombre que se había retirado al árido desierto del Rif.*

## EL HOSPITAL DEL HOMBRE DE LA GUADAÑA

En un antiguo seminario de Cracovia, que ahora llevaba el nombre de Hospital Auxiliar número 3, los médicos operaban silenciosos.

El despacho del Superior servía de sala de operaciones. Aquel buen sacerdote jamás pudo llegar a imaginar que tanta gente moriría alguna vez allí. Yo estaba tendido en una camilla dura como la piedra, mientras operaban a un herido en la cabeza. Murió. Después, le tocó el turno a un cazador herido en el vientre. También murió. Tras de él murieron otros tres; dos fueron retirados vivos. Me llegó el turno.

*—¡Cuídenme los pies!*

Fueron mis últimas palabras antes de la anestesia. El cirujano calló.

Me desperté en una habitación y seguía teniendo los pies. Las primeras horas fueron bastante agradables; pero, luego, vinieron los dolores, dolores atroces, tanto para mí como para los otros.

De la habitación, que apestaba a yodo y fenol, surgía un gemido ininterrumpido, mientras la oscuridad protectora recubría poco a poco las camas.

Una enfermera se inclinó sobre mí, me tomó el pulso y prosiguió su camino. La fiebre subía, las angustias de la muerte se arrastraban a nuestro alrededor, me

atenazaban como serpientes.

En un rincón de la sala, acechaba, impaciente el Hombre de la Guadaña. Tenía mucho trabajo el Hombre gris envuelto de negro.

—Buena caza, carroña, ¿no es verdad? Buena caza... Pero no creas que tenga miedo... Temblaba de pavor. La enfermera volvía. «¡Cuánto miedo tengo, Dios mío, cuánto miedo!» ¡Lárgate, mujer inmunda! ¡Espera a que lleguen los rusos y ya verás la que te espera, pequeña burguesa alemana!

El Hombre de la Guadaña rió roncamente y Se movió. Llegaba al límite de la paciencia. El legionario seguía canturreando «Ven, dulce muerte ven».

Me cubrí las orejas con las manos para no escuchar aquel canto maldito, pero millares de voces entonaron: «Ven, dulce muerte...» El Hombre gris meneó la cabeza con expresión satisfecha y probó el filo de su guadaña, una guadaña resplandeciente. Cortaba como la gran guillotina de Plotzensee o de Lengries. Sin embargo, fue un hacha la que cortó la cabeza de Ursula en Kolyma...

—¿Qué estás diciendo, imbécil? Tu amante estaba en Berlín, lo saben bien, la judía que se acostaba con los SS por sentido del humor... ¡Magnífica muchacha! No babeas, cretino...

Hubo un tiempo en que eras soldado, y ahora tiembles de miedo ante el Hombre de la Guadaña. Haz chocar los tacones, yergue el cuerpo y despídete, En cuanto traspongas el umbral, todo el mundo te habrá olvidado. Ven, buitre... ¡Ven, llévame contigo! ¿Crees que te temo?

El Hombre gris se levantó. Se envolvió con su capa negra y se acercó a mi cama, lentamente... Lancé un aullido. Acudió la enfermera y me secó la frente. ¡Dios mío, qué fresca era su caricia...! Llovía. Gotas monótonas que sosegaban los nervios. El Hombre de la Guadaña había desaparecido llevándose a dos de los nuestros.

Siete días más tarde, cambié de sala y me encontré en la misma habitación que Hermanito y el legionario. Hermanito tenía ya pendiente un castigo de siete días de calabozo por haber gritado: «¡Hurra! ¡He aquí las putas! ¡Al catre, camaradas!», cuando compareció la enfermera jefe rodeada por sus acólitos. Alboroto monumental, como es lógico, y sanciones por parte del médico en jefe. Nuestro pobre camarada no lo entendía en absoluto. Aún no había captado la diferencia entre un hospital y un burdel.

—¡Menudas cosas se ven aquí! —dijo el legionario, socarrón—. Hay enfermeras que parecen tener ascuas en el trasero. Sé todos los chismes por Hansen, que lleva aquí diecisiete meses. Mirad. La enfermera Lise, por ejemplo, ha probado todo el regimiento con la esperanza de tener un hijo. No ha conseguido nada, pero ella prosigue impertérrita. ¡Dice que es un deber nacional!

*Un buen día, envueltos en mantas, nos instalaron en una terraza desde donde podíamos ver cómo brillaba el Elba y cómo las gabarras eran haladas contra corriente. Las horas discurrían ante aquel panorama, oyendo el golpeteo rítmico del martillo pilón de la fábrica de Stulpen.*

*Hubo que reeducar mis piernas paralizadas. El último pedazo de metralla que me alcanzó mientras trepaba por el acantilado me afectó la columna vertebral. Una enfermera me enseñó a andar. Padecí lo indecible, pero poco a poco la paciencia de aquella mujer fea y abnegada, hizo maravillas. ¿Su nombre? Lo he olvidado. Se olvidan los nombres de los amigos, pero jamás los de los enemigos.*

*Hermanito colocaba su puño nudoso bajo la nariz de sus compañeros de sala.*

*—¡Y pega fuerte, prefiero avisároslo! Si alguna vez me dejáis sin cerveza, tendréis que numerar vuestras bajas.*

## HERMANITO, DICTADOR

Rusia o, más exactamente, lo que nosotros conocíamos de Rusia, el frente del Este nos parecía muy lejos. Aquel nombre seguía siendo para nosotros el símbolo del infierno, pero un infierno cuyo horror rebasaba en sadismo a todos los que las religiones hubiesen podido inventar para imponer respeto a los pecadores. Sí, nos hallábamos lejos de él, pero estábamos heridos, enfermos, lúbricos, ebrios de vida y de olvido. Nos burlábamos de todo, puesto que pronto moriríamos.

Hamburgo. Un buen hospital, varios médicos buenos, otros no tan buenos, enfermeras de toda ralea. Nos habían atormentado por doquier pero ahora ya estábamos listos. Nos encontrábamos en pie, con derecho a salida, a alcohol, a burdel, a pelea y a todo. Nos acostábamos con todas las mujeres que nos caían a mano exceptuando el legionario, puesto que él ya no podía hacer nada desde que un SS del campo de Fagen le había mutilado. Pero Alfred Kalb se divertía de otra forma: bebía. Cuando podíamos decir: «El nómada está cargado», es que estaba ebrio, tan ebrio como para matar a otro menos resistente que él.

Tres tascas de la ciudad, nos habían hecho comprender cortésmente que nuestra presencia no era grata. Aquella cortesía no agradó a Hermanito y valió a sus autores

dos conmociones cerebrales, una nariz rota y varias fracturas menores. Tras de lo cual, el gigante se derrumbó sobre su propios vómitos, detrás de la estatua de Bismarck donde fue recogido por cuatro schupos. El médico en jefe consideró que necesitaba algo de descanso.

Habitación aislada durante diez días, día que le dejaron sin fuerza. A diario, lavado de estómago, a diario, lavajes; cada dos días prueba amibianas, más dos inyecciones contra «la enfermedad del puerto», lo que valió a todas las mujeres la maldición del desdichado Hermanito.

El doctor Mahler nunca metía a nadie en el calabozo. No, la cámara aislada era suficiente; era diez veces más eficaz que las medidas disciplinarias.

Estábamos todos en el hospital a causa de la fiebres: fiebre de las marismas, malaria, tifoidea, fiebre de Volinia... La gente moría como moscas.

El asunto del corazón —decía el doctor Maller, que siempre salpicaba sus frases con well o con OK, lo mismo que el legionario decía bon. El uno había vivido mucho entre los ingleses; el otro, con los franceses. Esas manías extranjerizantes exasperaban a más de uno, pero inspiraban confianza a otros. Ni el médico ni el nómada eran como nosotros.

El doctor Mahler no llevaba ninguna de sus numerosas condecoraciones, también extranjeras todas ellas, concebidas por los enemigos del Tercer Reich. Condecoraciones gloriosas y humanas, mal vistas bajo el reino de los brutos. Después del 20 de julio de 1944, se intentó. Ahorcar al doctor Mahler, pero tuvo suerte y aún sigue en aquel hospital en el que tanta gente le debe la vida.

En aquel hospital había de todo, desde lo mejor hasta lo peor: los estudiantes de medicina nazis, unos incapaces, formados apresuradamente, y los médicos sin entrañas que sólo conocían una cosa: el reglamento.

—Vayamos a mi despacho —decía Mahler. Al cabo de un cuarto de hora, se veía salir al interlocutor, rojo y avergonzado.— ¡Naderías! —exclamaba Mahler.

Era un jefe minucioso, comprensivo, invisible y omnipresente. Todos lo sabían bien, desde el infame doctor Frankendorf, médico de Estado Mayor, hasta el soldado Georg Freytag, de nuestra sala.

Georg tenía una extraña enfermedad que no se conseguía identificar. Se le extraía sangre continuamente para realizar análisis, sin ningún resultado. Cuando se pensaba que todo iba bien, la fiebre empezaba a subir.

Se realizaban controles, investigaciones, se pensaba en Un fingimiento, pero no, la fiebre era auténtica. Había incursiones relámpago bajo las Órdenes del bandido Frankendorf, para descubrir el azúcar con gasolina u otro medio de provocar fiebre. Frankendorf dirigía la operación, halagaba, amenazaba, pero se retiraba vencido: Georg tenía fiebre.

Hermanito se pasó una tarde prometiéndole el oro y el moro a cambio del secreto;

pero Georg movía la cabeza:

—Mi fiebre es auténtica, te lo aseguro.

Georg era un tipo raro; no bebía, no jugaba, no le importaban las mujeres. Siempre paseaba solo. Era un muchacho guapo y bueno a quien todo el mundo apreciaba, excepto Frankendorf, que había empezado a odiar a aquel soldado de veintiún años.

Ocupábamos la sala 72, con vistas a la Reepersbahn y al amenazador Palacio de Justicia, en el extremo de la calle. El legionario sacó de debajo del colchón una botella de cerveza. De hecho, estaba llena de kummel, y fue pasando de mano en mano. Heinz Bauer estaba ya borracho.

—¿Habéis visto esas chicas que han sido liquidadas? ¡Estaban estupendas! —exclamó Stein, evocando un crimen reciente.

Tres prostitutas acababan de ser asesinadas en Hamburgo durante aquellas últimas semanas. Explicó que las mujeres habían sido violadas y estranguladas después con una media u otra pieza de ropa interior, y finalmente despanzurradas por fin con un cuchillo. Crimen de sádicos, sin duda alguna. La Policía estaba al borde de la desesperación.

—Tal vez haya sido Frankendorf —opinó Hermanito—. ¡Menuda chamba sería! Si pudiéramos ver cómo se balanceaba...

—Todo esto terminará mal, y vosotros también —gritó el sudete Mouritz, un voluntario al que detestábamos—. ¡Os pasáis todo el tiempo con las putas! ¡Os revolcáis en el fango! ¡Me dais asco!

Mouritz era bastante puritano.

—¿Decías? —preguntó Hermanito, amenazador—. ¡Judas checo, vendido a Adolfo!

Hermanito mordisqueaba un pedazo de tocino y tiró un pedazo del mismo contra el rostro pálido del checo, dirigiéndose después hacia él. Mouritz, con una exclamación de terror, se deslizó bajo su cama, sobre la que Hermanito se instaló sin ni siquiera quitarse las botas, y siguió mordisqueando su pedazo de tocino, que no conseguía reducir. En aquel instante, una enfermera entreabrió la puerta, y sólo vio una cosa. El gigante con las botas puestas e instalado en la cama, por lo que, con los ojos saliéndosele de las órbitas, corrió en busca de la enfermera jefe. Ésta llegó tarde al trote. El espectáculo del gigante repantigado con el tocino en una mano y la botella en la otra, la dejó sin aliento. —¿Está loco? —gritó.

Hermanito apartó la botella de su boca y escupió por encima de la cama hacia una escupidera que había junto a la puerta.

La enfermera esquivó por poco el salivazo. Hermanito resopló violentamente.

—¿Qué hay, vieja marrana?

Nos quedamos sin aliento. Hermanito estaba ebrio y era capaz de todo.

Recientemente, se había peleado con una chica en una sala del tercer piso. La chica pretendía hacerle tomar un baño antes de acostarse con él. A manera de protesta, Hermanito había echado la bañera por la ventana, y el ruido hizo que todo el mundo se precipitara hacia el sótano, pues dio la impresión de que se trataba de un bombardeo.

Los ojos de la enfermera jefe, apodada Bola de Sebo, desaparecieron en su rostro de luna.

—¿Te atreves? —silbó, inclinándose sobre el gigante que permanecía tranquilamente tumbado en la cama—. ¡En pie! ¡O te enseñaré quién soy yo!

—Ahórrate municiones, gordinflona. Te conozco. Te llaman Bola de Sebo y yo Montón de Grasa. ¡Vamos, lárgate!

La sangre afluyó al rostro de la enfermera.

—¡En pie, paquidermo!

Y cogiendo a Hermanito de los hombros, lo levantó con gran estupefacción nuestra y lo lanzó al suelo, donde aterrizó con estrépito, y totalmente maravillado Hermanito se sentó y miró a la mujer sin abrir la boca. Bola de Sebo arregló la cama, echó a la basura el tocino y el kummel y salió sin pronunciar ni una palabra.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó el gran bruto—. Me pelearía con ella. — ¡Qué combate! ¿Os lo imagináis, muchachos?

—Te ahogaría como un pollito —opinó Bauer.

—¡Violaré a esa cerda, la violaré!

La puerta se volvió a abrir y Bola de Sebo ocupó toda la abertura. —Basta de gritos, animalote. Aquí hay enfermos. Si continuas, te las verás conmigo. Y se marchó dando un portazo, sin tener en cuenta para nada a los enfermos.

—¡Qué mujer! —dijo Hermanito, regocijado.

Fue a buscar su botella en el cubo de la basura y la vació de un trago.

—Un día te romperá el cuello a causa de tu mala educación —dijo suavemente el legionario, tendido en su cama, junto a la ventana.

Era la mejor de la sala, y la había ocupado desde el primer minuto de su llegada. La cama pertenecía al checo Mouritz, quien protestó cortésmente. El legionario le miró por encima del hombro, sin contestar. Como Mouritz insistiese, Kalb dejó el diario que leía y se levantó lentamente.

¡Mierda, camarada!

—¿Cómo dices? —preguntó Mouritz, con expresión de no entenderle. Sentíamos que se preparaba una hermosa pelea, Hermanito se acercó como un oso que olfatea la miel y Mouritz no vio el huracán, pero se sintió aferrado por unas zarpas de hierro y proyectado sobre la cama peor, situada a la puerta. Su ocupante era siempre despertado por los otros para que encendiera o apagara la luz.

—No eres más que un cerdo —dijo suavemente el gigante, y has solicitado esta

cama, ¿no?

—Sí —capituló Mouritz. Hermanito enarcó una ceja. Señor soldado de primera clase —se apresuró a añadir el checo.

—Bien —dijo el otro, satisfecho.

Obligó a Mouritz a cantar un salmo de nueve versículos, sobre la redención del mundo, y después le ordenó que fuera a acostarse. En cuanto a él, empezó a vociferar una canción que hubiese podido valerle la horca por alta traición; después lanzó una botella por la ventana abierta por la que nos llegaron inmediatamente violentas protestas. Estaba cada vez más borracho. Un puñetazo bien preciso lo aturdió por fin y la tranquilidad de la noche reinó en la sala.

*La tía Dora sólo pensaba en el dinero. Vivía sentada tras el bar, exactamente debajo del pez espada disecado, y servía incesantemente su aquavit con angostura, sin perderse ni un detalle de lo que ocurría en SU establecimiento.*

*El pequeño legionario estaba instalado ante ella, bebiendo su pernod. —Una invención del diablo —decía—, pero uno no se da cuenta hasta el octavo vaso.*

*Se rió y sirvió el noveno a la muchacha.*

*Ésta se desnudó en uno de los pequeños camarines. Su ropa interior era negra como la noche y transparente; únicamente sus bragas eran rojas, de un rojo coral. Pero sólo estaban Stein y Ewald para verlas.*

## TIA DORA

Nos pasábamos la vida en el «Vindstyrke II». Tras la estación. Tía Dora, la dueña de esa tasca de lujo, era una mujer dura y fea para la que sólo contaba el dinero. Nosotros, novios de la muerte, no podíamos dejar de aprobarla; con el dinero se obtiene cualquier cosa.

—Con el dinero se puede comprar una vida eterna después de Alá, en las colinas azules dijo el legionario, inclinando la frente en dirección Sudeste.

—Con dinero se puede venir a casa de tía Dora —dije al tiempo que le enviaba un beso con la punta de los dedos.

Teníamos mucho dinero, y el mercado negro de Hamburgo era el mejor surtido del mundo. Se podía comprar cualquier cosa, hasta un cadáver. En la tasca de tía Dora, la luz era rojiza, pese a estar prohibido y a que la Policía se presentaba frecuentemente.

Pero nuestra anfitriona era un diablo con faldas, y los confidentes nunca veían nada. En la ficha del establecimiento se leía: «Local especial sin interés político», pero no había otro lugar donde ocurriesen más cosas prohibidas que en el «Vindstyrke II».

Acudían a él damas en busca de experiencias prohibidas, y que, muy emocionadas, vacilaban en franquear su umbral, o bien gente que se embriagaba antes de hacerse rebanar el cuello por alguna mano misteriosa. Después, su cadáver

aparecía en el Elba y era recogido en el depósito de Langenbrücke.

Una muchacha, con la falda hasta las rodillas preguntó al legionario si quería bailar. Este no se dignó ni mirarla.

—¿Bailamos, pequeño? —insistió la muchacha examinando con curiosidad el rostro brutal atravesado por una larga cicatriz de color rojo vivo.

—¡Al diablo, hija de puta! —gruñó el legionario.

La muchacha protestó, furiosa. Un joven se colocó tras la silla del legionario y sus manos se acercaron a su garganta, pero en el mismo instante una patada en la entrepierna y otra en la nuez del cuello le tendieron en tierra. El legionario había vuelto a sentarse y pedía otro vodka. Tía Dora hizo un ademán al portero, un belga corpulento quien levantó la forma inanimada y la lanzó tras una puerta, donde otras manos se encargaron de su transporte hasta un lugar más lejano. La muchacha recibió la azotaina en una pequeña habitación contigua a la cocina. No gritó, medio asfixiada bajo un almohadón de plumas sucias que había sofocado muchos gritos. Fue un antiguo matón quien se encargó del castigo, con un corto látigo cosaco adquirido tiempo atrás a un SS. El SS tenía dos de ellos: uno fue adquirido por Ewald, el verdugo de Dora, y el otro por un agente de la sección criminal que consideró que era un buen instrumento para obtener confesiones.

En efecto, el látigo le valió un ascenso, porque en una dictadura es preciso dar rendimiento.

El SS fue capturado cerca de Chitomir y colgado de un álamo encima de una pequeña hoguera. No confesó gran cosa, porque las gentes de la GPU habían tensado en exceso el álamo. Se murió al cabo de veinte minutos.

Ewald azotó dos veces a la muchacha y después se acostó con ella, como era costumbre. A la noche siguiente, volvió a comparecer por el establecimiento de tía Dora, cobrando según lo acordado, el treinta y cinco por ciento de lo que ganaba, pero nunca más invitó a bailar al legionario.

Dos damas bien vestidas vinieron un día a sentarse junto al legionario. No eran unas cualquiera; una de ellas echó una ojeada a nuestro camarada y cruzó las piernas; se adivinó una enagua blanca, almidonada, ropa interior perfumada. Las dos damas bebían champaña; lo habían encargado del mejor. El legionario encendió otro cigarrillo con su eterna colilla y miró al champaña de reojo:

—¿«Chateaufort»? ¿Es de verdad el mejor?

Las dos damas fingieron no haberle oído. El rió entre dientes y se inclinó hacia la morena, a la que su amiga llamaba Lisa, la otra se llamaba Gisele.

—¿Quiere jugar conmigo por cien marcos?

La dama no contestó; pero se ruborizó, y el legionario rió de mejor gana. Tía Dora, que observaba la operación a través de un espejo se echó a reír.

—Si subiésemos juntos, le daría doscientos francos y un par de bragas rojas —

cuchicheó el legionario.

Tía Dora se atragantó con su bebida, compuesta de schnaps danés y angostura. Aquello limpiaba el alma, decía ella, pero un cura le había dicho que su alma sería muy difícil de limpiar.

—¡Debería darle vergüenza!

Lisa rechazaba al legionario. Había vaciado su copa de un solo trago, mientras que su compañera apenas tocaba la suya.

El legionario rió entre dientes e hizo un ademán a la camarera que ayudaba a tía Dora en el bar, indicándole con un guiño la copa vacía. Dicha copa recibió inmediatamente varias gotas de cierta botella cuyo contenido era el secreto de tía Dora, pero cuyo resultado era siempre excelente. Mientras Lisa bebía inocentemente, llenó la copa del legionario y murmuró:

—Eres un marrano, pero buena suerte, las marranadas rinden mucho, muchacho.

El legionario se echó a reír de nuevo.

—Señora, ¿cuatrocientos marcos y ropa interior nueva procedente de París? —preguntó suavemente lanzando bocanadas de humo.

Trude echó aliento en un vaso muy limpio y empezó a frotarlo con afán. Sabía tan bien como nosotros que el legionario no podía ya tener comercio con mujeres.

Tía Dora cogió un largo cigarro.

—Dame lumbre, bastardo de África.

El legionario obedeció y preguntó, mientras se manoseaba la nariz:

—En tu opinión, ¿qué debo dar a la dama para un paseo hasta la cama? —Se volvió de nuevo hacia Lisa—. Tiene bonitas piernas señora, bonitas piernas. Me gustaría desnudarla.

Seiscientos marcos por desnudarla. Pero, antes, ¿no querría bailar, señora?

—¡No! Déjeme tranquila, no soy la que usted se figura.

Él enarcó una ceja.

—¿De veras? Lástima.

Tía Dora lanzó una larga bocanada de humo por encima de la cabeza de nuestro camarada, y sonrió:

—¿Por quién tomas a la dama?

—Por una dama noble que busca aventuras, y no por una chica vulgar que sale con los trapos de su señora.

Lisa pegó un salto y abofeteó dos veces las mejillas del legionario. El la cogió por las muñecas, y sus labios, con una mueca, descubrieron los dientes blanquísimos.

—¡Mierda! La pequeña enseña la uñas. En efecto, Hermanito, la señora tiene ganas de bailar.

Hermanito bajó pesadamente de su taburete que estaba junto al bar y se adelantó con muchos contoneos.

—¡Insolente! No quiero bailar —susurró Lisa.

Ella intentó liberarse, pero los dedos de acero del legionario le apretaban las muñecas, donde un pesado brazalete de oro tintineaba suavemente como una campana de plata.

Hermanito la cogió por la cintura, la sacó a la pista y gritó al pianista.

—¡Adelante! Tengo que poner en forma a mi puta.

Hubo una risotada general. Las muchachas, que consideraban el bar como su feudo, se burlaban de la desconocida. Esta había hecho mal en jugar con fuego, y causaba en todas el mismo efecto que un trapo rojo en un toro. El piano resonó con una melodía salvaje, la pequeña pista se vació y Hermanito se disparó. Frenando con una sacudida, se deslizó hacia un lado con saltitos de pájaro, se detuvo al tiempo que lanzaba un aullido y levantó a Lisa por encima de su cabeza, haciéndola piruetear; después, empezó a bailar un vals alrededor de la sala, sin preocuparse para nada del ritmo. Un frenesí de apache se apoderaba de él. Se pegó a su pareja, la soltó, escupió en el suelo, volvió a coger a Lisa, lanzó un grito y empezó a pegar saltos alrededor de la pobre y aterrada mujer. Con los puños en las caderas, se balanceaba y daba vueltas como un gallo encelado, canturreando. El pianista se olvidó de tocar. Hermanito agarró a Lisa, la hizo piruetear y al pasar a toda marcha ante el piano, pegó un coscorrón al pianista: Espabila, animal, ¿qué diablo te ocurre?

El pianista volvió a concentrarse en las teclas e interpretó una danza zíngara, pero Hermanito estaba bailando un tango. Sacudía a Lisa, que había perdido un zapato, el cual yacía, azul y solitario, en mitad de la sala. Lisa no podía más, sus piernas rehusaron sostenerla. Hermanito se la echó al hombro y siguió bailando sólo.

El legionario reía.

—Deja a la dama en el bar.

Hermanito lanzó una risotada y echó a la pobre Lisa, medio desvanecida, sobre el mostrador de bar.

—Trude —ordenó el legionario—, la señora necesita algo vigorizante. Otra copa con la droga de tía Dora.

De repente Lisa se encontró en pie, extrañamente embriagada de un solo golpe. Enloqueció. Olvidando Su arrogancia, bailó con Bauer, con Stein, con Hermanito, bebió con el legionario. Su embriaguez aumentaba. Echó su ropa en uno de los pequeños camarines encortinados y Ewald se la llevó al piso de arriba. Tía Dora, con los ojos entornados, escuchaba las confidencias del legionario, confidencias nada ordinarias, sobre obscenidades y matanzas. La amiga de Lisa, Gisele, aprovechó la oportunidad para deslizarse a lo largo de la pared en dirección a la puerta, pero ésta seguía custodiada por el belga, que le sonrió amablemente.

—No está bien dejar así a los amigos, señora.

Gisele no bebía, pero fumaba y sentía calor. Se sentó junto a mí y le pregunté si

quería acostarse conmigo, yo también estaba ebrio, sabía que me portaba mal, pero ¡qué importaba! Mañana estaríamos muertos. Ella movió la cabeza, mientras balanceaba un pie calzado con un escaupín de seda rosa.

«Debe de ser rica», pensé.

—Acuéstate conmigo —insistí.

Hizo como que no me oía, y aprovechó una nueva disputa de Hermanito para desaparecer, aunque olvidándose su bolso. Este contenía una tarjeta de identidad con su dirección y dinero del que el legionario retiró cien marcos.

—Es el precio de la aventura —dijo mientras encargaba su vaso número dieciocho.— Volverá en persona a buscar sus documentos a tu casa, por lo que no debes llevárselos— prosiguió como si hubiese leído mi pensamiento.

Lisa tenía un apellido que llevaba «von» y vivía cerca del Alster. Era pues, sin duda, una mujer rica.

—Debe de estar bien forrada —dijo Ewald relamiéndose.

—Si la tocas... —empezó a decir con suavidad el legionario, mientras jugueteaba con su cuchillo.

Ewald se estremeció y rió atemorizado. Sus inmundos ojos de matón giraban como bolas. Vimos que Hermanito se erguía y lanzaba su cuchillo, que fue a clavarse entre los dedos de Ewald, pero sin causarle daño.

—¿Qué eres tú? Un perro apestoso —tartamudeó Ewald, mirando como hipnotizado el cuchillo vibrante, cogido a un hombre de la lejana Siberia, un hombre que fue muerto a patadas cerca de Cherkassy porque le había arrancado un ojo a un teniente de zapadores del 104°. Hermanito había encontrado el cuchillo en la bota de aquel hombre y lo utilizaba maravillosamente.

Un día, en el Este, salimos de reconocimiento más allá de un puente que parecía viejo porque nadie quería cuidarlo. Era un puente de madera y de hierro. Habíamos atravesado ese puente sin pérdida de tiempo, nuestras botas resonaban sobre el metal, el río murmuraba malévolamente a través de las planchas porque sabía lo que nosotros ignorábamos, la sorpresa que Iván nos reservaba.

Avanzábamos conversando, como siempre, Hermanito iba en último lugar. Estaba de muy mal humor porque desde hacía tres días no habíamos sido reabastecidos, y, sobre todo, porque el Viejo le había prohibido violar a una de las mujeres-soldado capturadas la noche anterior.

—Si la tocas, te mato como a un perro —había dicho el Viejo, amenazador.

Así, pues, Hermanito, sombrío y con la ira en el corazón, avanzaba tras de nosotros por el puente. Al pasar, pegó una patada rabiosa a un montón de barro que cayó al agua y contribuyó a retrasarlo aún más. La patrulla había desaparecido entre la niebla, de donde llegaba el murmullo de las voces. De repente, Hermanito se detuvo en seco. Surgiendo de la espesa niebla, una silueta ligera acababa de trasponer

el parapeto del puente y se deslizaba en pos nuestro con habilidad de gato.

Al momento, Hermanito se convirtió en Otro hombre, sus botas cesaron de crujir y el gorila transformado en pantera negra se fundió en el vapor gris, en persecución del otro hombre. Un grito ronco. La patrulla, silenciosa, se irguió como un solo hombre. Se oyeron gemidos y después pasos que resonaban sobre el hierro. Habíamos empuñado nuestros fusiles ametralladores. El Viejo entornaba los ojos, Porta preparaba una granada de mano y Stege temblaba como siempre que ocurría algo.

De la bruma, surgió Hermanito, que arrastraba por los pies una forma sin vida. La soltó ante nosotros y dijo riendo.

—¿Habíais visto esto?

El cuello del siberiano estaba abierto, rojo con las branquias de un gran pez, y la sangre manaba sobre el puente.

Hermanito se limpió la sangre que le manchaba el rostro.

—Este cerdo me ha ensuciado cuando le mataba.

El Viejo respiró profundamente.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Salía del río, detrás de vosotros, pero yo me he cuidado de ese esbirro de Stalin.

—Nos has salvado —dijo el Viejo, al tiempo que mostraba la carga de explosivos que el muerto llevaba bajo su guerrera.

—Un explorador suicida —tartamudeó Stege, estremeciéndose.

Porta lanzó un largo silbido.

—Hermanito —dijo el Viejo—, nos has salvado la vida. Ese tipo nos hubiese hecho saltar como un cohete.

El gigante rebullía, incómodo, no estaba acostumbrado a que se le felicitara.

—Eres muy hábil en el manejo del cuchillo —dijo el legionario, orgulloso.

Era el profesor de Hermanito. Este se hinchaba de orgullo y placer. Miró al Viejo, suplicó:

—Entonces, ¿puedo cargarme a esa chica del trasero gordo?

El Viejo meneó la cabeza. Le seguimos en silencio. Hermanito gritaba, y su voz penetrante debía de ser oída por los rusos, desde el otro lado del río. El Viejo se detuvo y enarboló su arma bajo la nariz del gigante. Dijo con calma, pero todos sabíamos que hablaba en serio:

—Mantente alejado de esas mujeres-soldado, si no quieres que te envíe al infierno, lo que me sabría muy mal, y no bromeo, Hermanito.

Este no se lo hizo repetir, pero aún se perfeccionó más con el cuchillo, de lo que el legionario se sentía especialmente orgulloso. Ewald no ignoraba nada de todo esto.

También él manejaba con destreza su cuchillo con muesca de seguridad que había

cogido un día a un marinero portugués. El marinero estaba borracho y fue el causante de la condena número veinte de Ewald. Una sucia historia. Algo —no sabía qué— había salvado a Ewald del campo de exterminio de los criminales contumaces. Ewald se mostraba muy discreto al respecto. El secretario de la sección criminal, Nauer, de la comisaría de Policía de la Stadthausbrücke 8, había arrancado una día las orejas a Ewald y le había roto los dedos de los pies uno tras de otro. No por el asesinato del marinero, no. En aquellos tiempos, eso carecía de importancia. ¡Había tantos marineros asesinados! Mientras los cadáveres no formasen cola, ¿porqué armar jaleo? Pero Herr Nauer creía a Ewald informado sobre las andanzas de la «Capilla Roja» y deseaba ardientemente ser trasladado a la sección anticomunista de la Policía Secreta, con el inspector Kraus, el mayor asesino que haya existido en la tierra, pero un estupendo sabueso según las normas del Tercer Reich.

Kraus fue ahorcado en 1946, un día de lluvia en una celda de Fühlsbüttel. Era un día verdaderamente gris. Kraus gritó como una rata que se ahoga y en efecto se parecía a uno de esos roedores. Hubo que llevarle bajo la cuerda que tenía un agradable olor a nuevo para los que gustan del olor de cuerda. Dos jóvenes le sostenían el taburete en el que Kraus lloriqueaba, y después dieron una patada al taburete. Kraus gorgoteó un poco, su cuello se alargó, sus ojos sobresalieron extrañamente.

Uno de los jóvenes dijo: —Damn it! —y se marchó.

El otro se quedó para tomar una fotografía, de prisa, porque estaba prohibido.

—A damned good souvenir! —dijo a su amiguita de Harburgo, una atractiva muchacha que adoraba esa clase de fotografías. En la fotografía se veía como la lengua del comisario Kraus sobresalía de la boca.

El joven rió.— ¡Nos hace muecas!

También él ignoraba que el Kriminalrat <sup>[1]</sup> Kraus, de la oficina número 60 de la GESTAPO, la sección anticomunista, hubiese vendido padre, madre, mujer e hijos por poder ingresar en el servicio secreto de la nación del joven. Se había ofrecido y había dado informaciones todo un año, pero ahora sacaba la lengua como hacen todas las serpientes. Ewald, el matón, el sádico y el mujeriego, consiguió salir de la Comisaría de Policía, sin haber conocido al comisario Kraus. Se decía que había hablado mucho, mezclando verdades y mentiras.

Tía Dora había manifestado, dando chupadas a su cigarro:

—Esto no me concierne, pero si ese cerdo dice la menor palabra que me ponga en contacto con «el gran Nauer», entonces...

Sonrió y guiñó un ojo. ¿Era el humo del eterno cigarro o un signo que hacía a alguien sentado junto a los pequeños camarines? Nadie hubiese podido asegurarlo, pero Ewald, salió caminando hacia atrás, como un bufón despedido. A nuestra llegada al establecimiento de tía Dora, todo esto pertenecía ya al pasado, y en aquel momento

el matón Ewald se encontraba acorralado entre dos taburetes del bar, temblando como el chacal que era.

Hermanito reía y jugaba con su cuchillo, que Ewald no perdía de vista. Tía Dora se limpiaba los dientes con un tenedor, y su mirada pasaba del uno al otro.

—Nada de alborotos, muchachos. Si queréis eliminar a ese perro, sacadle de una vez, pero aquí quiero tranquilidad.

Ewald intentó escapar, pero una zancadilla le hizo caer de bruces. Cuando se incorporó, un cuchillo le rozó la oreja y fue a clavarse en la puerta de la habitación donde solía flagelar a las muchachas. Ewald se inmovilizó y cuchicheó con voz ronca:

—¡No os he hecho nada!

Stein hizo como que iba a acudir en su ayuda, pero el tembloroso Ewald saltó por el aire a causa de una llave de judo y cayó con estrépito en el suelo, donde permaneció inanimado.

Como despedida, Hermanito se inclinó sobre la forma caída y le pegó una patada, tras de lo cual nos marchamos del «Vindstyrke II», muy satisfechos de nosotros mismos.

—Vosotros, judíos de los campos de Himmler, sois mercancías selectas. Objetos y nada más —dijo Brandt, el ferroviario.

—¡Esto no es cierto! —gritó el viejo judío con uniforme rayado.

*Todos nos echamos a reír, pero sin alegría.*

*El viejo judío permanecía boquiabierto, con los ojos hundidos, llenos de desesperación.*

—¡Esto no es cierto! Las cadenas caerán como en tiempos de Moisés, cuando nos liberó de los egipcios.

*El Viejo sonrió con cansancio.*

—Hoy ya no podría hacerlo, y si escapáis de los esbirros de Himmler encontraréis a otro Himmler en otro sitio. Seguiréis siendo unos perseguidos.

*Porta se inclinó y dio doscientos marcos al viejo judío.*

—Esto es para tu nueva vida, cuando la encuentres. ¡Ese día, envíame una tarjeta postal!

*El judío acarició el dinero con una sonrisita, y dijo:*

—¿A dónde deberé escribirte?

*Porta se encogió de hombros.*

—¿Quién sabe? —Su voz se hizo más grave—. Cuando veas en el suelo un casco oxidado, golpea encima y pregunta «¿Quién se pudre aquí?» Si es el mío, te contestaré: «Un pobre imbécil del Ejército alemán.» Entonces, mete tu postal bajo el casco y yo vendré a buscarla una noche de luna llena.

## EL JUDIO

—Te amo —le dije.

Era por lo menos la vigésima vez. ¿Lo pensaba en realidad? Ella se echó a reír, con lo que se acentuaron las finas arruguitas de sus ojos, y nos sentamos en el sofá para contemplar el Alster a través de la ventana. Un barco navegaba por él, un viejo barco lleno de gente.

Ella pasó un dedo por mi nariz rota:

—¿Te dolió cuando te rompieron la nariz?

—De momento, un poco, pero sobre todo después.

—Tus ojos son fríos, Sven, incluso cuando ríes permanecen duros. Trata de suavizarlos un poco.

Me encogí de hombros.

—Los soldados de Hitler no deben sentir piedad.

—Vamos, tú no tienes nada de un soldado de Hitler. Eres un chiquillo a quien han puesto un feo uniforme con mucho metal en el pecho. Es la guerra la que es mala, no los hombres. Bésame, apriétame contra ti, demuéstame que no eres malo.

La besé una vez más. La apreté contra mí. En la calle un tranvía frenó ruidosamente.

—¿Qué aspecto tendrás de paisano?

—Aspecto de imbécil.

—Hablas mal.

—Lo sé, pero así se habla en mi profesión. No es posible matar cortésmente, no se puede decir me voy al lavabo, y después agacharse sobre una vía de ferrocarril, con ochocientos hombres y cincuenta campesinas que te oyen soltar pedos y ve como te limpias con una hoja. —Eres horrible. —Ella se incorporó sobre su codo y clavó su mirada en la mía—: No consigues imitar a los otros, tienes miedo de ti mismo Volvió a besarme apasionadamente.

Estábamos otra vez tendidos el uno junto al otro y contemplábamos el techo.

—¡Cuánto me gustaría ir de caza! —soñé en voz alta—. Los patos son buenos en esta época y llegan del Este.

—Sí, mi marido y yo cazábamos patos a menudo —dijo ella.

Después, se mordió los labios, pero ya era tarde.

—¿Dónde está tu marido, ahora? —pregunté pese a que este detalle me dejaba en realidad indiferente.

—En Rusia con su División. Es coronel, con hojas de roble en el cuello.

Sonreí.

—Nosotros a esto le llamamos ensalada. ¿Es un héroe tu marido? Es probable, si tiene el hierro con la ensalada.

—Eres malo, Sven. Es oficial de reserva, lo mismo que tú.

—Yo no soy oficial de reserva, Dios me libre —dije escupiendo la palabra.

—Quiero decir que es como tú: no le gustan ni la guerra ni el Führer. —Es inaudito las pocas personas que quieren a Adolfo. Uno llega a preguntarse cómo es que hemos de soportarle.

—¿De verdad no has podido tragarle nunca? —preguntó ella, mirándome escrutadora.

—Sí, Gisele, en otro tiempo, hace mucho, creí en él. ¡Válgame Dios! ¿Cómo habré podido creer en ese bufón?

—¿Bufón? —repitió ella, incrédula—. ¿Ves en él algo risible?

—No, tienes razón, no es risa lo que produce. Pero ahora ya no creo en él. Y tu marido, ¿le quería?

—Al principio, sí. Pensaba que salvaría a Alemania.

—¿De qué?

—No sé, pero es lo que decían todos. En todo caso, os ha dado pan y trabajo.

—El pan está racionado y el trabajo ha cambiado de naturaleza. Pero cállate ahora, bruja, no siento deseos de hablar de eso.

—Eres imposible, Sven. ¿Se llama bruja a la que se ama?

—Todas las mujeres son brujas o prostitutas. ¿No fuiste una noche al «Vindstyrke II» porque querías tratar de ser prostituta? Necesitabas la prostitución. Lisa obtuvo lo que buscaba, pero tú, cobardemente, perdiste el valor.

—Eres atroz.

—Seguramente. ¿Puede esperarse otra cosa de los soldados más repugnantes que hayan pisado la tierra? ¡Pobre sociedad, que un día recibirá nuestra herencia!

Me echó los brazos al cuello y me besó con tanta fuerza que sentí el gusto de la sangre de sus labios. Había una atmósfera pesada. Ella llevaba una combinación malva, una combinación de prostituta había dicho yo. Esa clase de combinación que pone de buen humor. En la calle, resonaba el ruido de los tranvías. Mi guerrera estaba echada en medio de la habitación, negra y fea. Una de las calaveras reía hacia el techo. A lo lejos, una sirena empezó a ulular y nos despertó.

—Alarma —dijo la dama de la combinación malva, contemplando el cielo sin nubes, enrojecido por la puesta del sol.

—Al diablo la alarma; volvamos a amarnos —dije, doblándola hacia atrás.

Nos hicimos el amor hasta el punto de desgarrar la combinación. Yo estaba loco, ella gritaba, yo jadeaba. Habíamos olvidado el mundo. Muy arriba, sobre nosotros, los grandes bombarderos dejaban sus rastros blancos, las bombas caían pero era lejos, tal vez cerca de la Kaiser-Wilhelmstrasse. Ella suspiró y volvió a acercárame. Sentí su hermoso y esbelto cuerpo contra el mío. Era flexible y liso, y olía a limpio. Uno de sus pies en el aire, mostraba bajo las finas medias sus uñas pintadas de rojo. Tenía hermosas piernas que mi mano recorrió, desde el tobillo hasta la redondez de la cadera.

—Si se presentara tu marido, nos mataría.

—No vendrá. Está con su División, una División de ataque, la 28ª de cazadores. Tiene un halcón como distintivo.

—La conozco; nosotros la llamamos la División del halcón. Estaba en Gomel y en Nicopol, una verdadera División de la muerte. No volverás a ver a tu marido.

—No digas esto.

Gisele empezó a llorar en silencio; las lágrimas brotaban, inagotables, mientras yo

le palmoteaba la espalda y acariciaba su cabello como se acaricia a un gatito.

—Todo esto es culpa de la guerra —murmuró ella.

Sonó el final de la alarma y el rumor de la calle ascendió de nuevo hacia nosotros en el cálido atardecer. La gente reía, tranquilizada; no había sido más que una pequeña alarma, con sólo unos centenares de muertos y de heridos.

—Cuéntame lo que ocurre allí.

Insistió mucho y yo no comprendía esa necesidad de saber lo que pasa en el infierno.

¿—Crees que está bien matar a la gente porque es de otra raza? ¿Por ejemplo, a los judíos?

—Hacen más que matarlos. Puedes comprar un saco de judíos o de gitanos muertos, como ceniza para abono.

—¡Es imposible!

—¿Lo crees así? y aún hay más. No tienes idea de lo que hemos llegado a ver.

—¿Por qué detestan de este modo a los judíos?

—No lo sé. Yo no tengo nada contra ellos; pero, a menudo, he encontrado a gente que no los toleraban, y no eran nazis, muy al contrario.

—¿Locos?

—Sin duda, pero todos lo estamos. A los que no lo están, se les encierra tras las alambradas. El mundo está al revés y sólo los locos tienen derecho de ciudadanía. Nunca conseguiré olvidar el día en que nos encontramos con el judío, durante una redada contra los partisanos.

—Cuéntame —dijo ella, tendiéndose perezosamente.

—La historia es larga, pero vate la pena conocerla. En aquel momento estábamos en las montañas checas, persiguiendo a los partisanos. Un trabajo agradable porque podíamos hacer lo que queríamos; formábamos pequeños grupos y no estábamos sometidos a ninguna vigilancia especial. De vez en cuando, disparábamos al aire por pura fórmula. Ese enorme consumo de municiones justificaba nuestros informes, falsos, pero belicosos, mas, a decir verdad, nunca nos encontrábamos con nadie. Los partisanos y nosotros nos eludíamos mutuamente.

»Lo esencial era siempre encontrar comida, y cuando no teníamos nada, los camaradas salían a cazar cabras salvajes. Esa clase de caza costaba al ejército del Reich una cantidad asombrosa de municiones. Era muy raro que regresáramos con una cabra montés o un ciervo; pero era más frecuente que fuese un cerdo o un ternero, tanto más fáciles de alcanzar, cuanto que estaban atados.

»Una tarde, poco antes de la puesta del sol, llegamos junto a una cabaña abandonada, en plena montaña, donde teníamos la intención de pasar la noche.

—¿Quiénes erais?

—Tú no les conoces. Un grupo de poseídos del diablo en un regimiento de locos

que tiene siempre un pie en la tumba. Al entrar en la casa, Un olor dulzón se nos metió en la garganta. Mientras comíamos, el olor empeoró. Porta subió a ver y reapareció al poco rato, risueño, limpiando con la manga un sombrero de copa.

—He encontrado un imbécil muerto, en su cama: él es quien apesta.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Heide, sonriendo—. ¡Marcharse al cielo desde la cama, en los tiempos que corren!

—¿Porta llevaba sombrero de copa? —preguntó Gisele muy sorprendida.

—Sí, había conseguido ese sombrero en Rumania y no lo dejaba ni en primera línea. Así, pues subimos los doce para ver al individuo que se había muerto en su cama. Era un viejo que yacía, correctamente envuelto en su camisa blanca.

—Se ha ensuciado en las sábanas —dijo Porta echando una ojeada bajo el pesado edredón campesino. ¡Qué cerdo! ¡Una cama tan hermosa!

—¡Cómo apesta! —dijo Stege, frunciendo la nariz.

—¿El estudiante no puede soportar los perfumes? —dijo Porta riendo, mientras pinchaba el cadáver con su bayoneta.

—¡Cuidado! No hagas agujeros por dónde podrían escaparse los gases —advirtió el Viejo—; resultaría insoportable. Sería mejor que le enterráramos. Vosotros, cuidad de que se haga así.

Hermanito y Porta cogieron cada uno un extremo de la sábana y se llevaron el cuerpo; pero la tierra estaba tan helada que fue imposible cavar una tumba. Le enterraron en el estercolero, lo que resultaba más fácil, tras de lo cual volvimos a beber y a jugar a los naipes.

—¡En esta maldita cabaña hay alguna cosa! —gruñó de repente Heide, quien miraba nerviosamente a su alrededor.

—¡Chitón! —gritó Porta—. Juega, o vete a hacerle compañía al viejo en el estercolero.

Hermanito gruñó, pegó un amistoso puñetazo a Heide y el juego prosiguió. Pero se nos hacía difícil concentrar la atención. Con todos los sentidos alerta, aguzábamos el oído.

Heide no había hecho más que expresar lo que nos angustiaba a todos. Algo ponía sobre aviso nuestro instinto milenario, aquella cabaña encerraba un misterio.

Al cabo de media hora, el Viejo, sin poder resistir más, tiró los naipes y gritó:— ¡Si hay alguien, que se adelante!

Silencio. Silencio opresivo. Ni un ruido. Y, sin embargo, había algo, lo sentíamos, algo vivo, algo que no pertenecía a la casa.

Aquí hay alguien escondido —murmuró Stege, y se arrimó a la pared con el fusil ametrallador preparado a la altura de la cadera. Sus labios temblaban de nerviosismo.

Tal vez hayamos caído en un nido de partisanos —murmuró el Viejo.

Hermanito sacó una carga de dinamita, de las que siempre llevaba en los bolsillos.

—¿Hay que hacer saltar esta pocilga?

—Domínate —dijo el Viejo—.Vamos a hacer un registro para tranquilizarnos, de lo contrario, nos volveremos locos.

Ascendimos los peldaños de cuatro en cuatro, con las armas dispuestas a eliminar todo lo que apareciese ante nosotros. Una puerta fue arrancada de sus goznes de una patada. Mientras el pequeño legionario rociaba la habitación con el fuego de su metralleta, Heide lanzaba una granada de mano en la contigua.

—¡A por los demonios! —gritaba Porta.

Los fusiles y las metralletas escupían malévolas llamaradas en la oscuridad.

—¡Viva la Legión! —chillaba el legionario, mientras daba saltos de tigre.

De repente, oímos un ruido espantoso, como si hubiese descubierto todo un nido de partisanos, pero no era más que un gran armario lleno de ropa que acababa de caérsele encima, atrapándole como una rata.

Al cabo de un cuarto de hora, la primera planta estaba tan destrozada como si la hubiese atravesado un huracán. Los pesados edredones campesinos, que en nuestro nerviosismo habíamos despanzurrado, dejaban caer sobre nosotros una lluvia de plumas; pero nosotros, silenciosos como muertos, seguíamos a la escucha. La noche y el silencio reinaban por doquier.

Sin embargo, un ligero roce nos llegó desde el piso inferior.

—¡Dios mío! —murmuró el legionario.

El miedo se arrastraba a lo largo de nuestra columna vertebral. El primero que perdió los estribos fue Heide.

—¿Hay alguien ahí? ¡Estáis cercados, diablos!

Y la casa resonó con sus gritos.

Después, el silencio volvió a ser absoluto. Temblábamos de pies a cabeza.

—¡Larguémonos! —cuchicheó Hermanito, deslizándose hacia una ventana. Ligeró ruido bajo nosotros. Hermanito lanzó un aullido y saltó por la ventana, cuyos vidrios rotos cayeron con estrépito. El pánico se apoderaba de nosotros, nos empujábamos para huir. Heide tiró su metralleta, que se había encasquillado durante la cacería del fantasma. Al llegar fuera, vimos que faltaba Stege.

—Hay que volver a buscarle —dijo el Viejo.

Tuvimos que regresar precipitadamente al interior de la cabaña maldita.

—Hugo, ¿dónde estás?

Encendimos una cerilla para prender una lámpara de petróleo, y a su luz temblorosa distinguimos una alta silueta cubierta con un uniforme a rayas.

El Viejo fue el primero en recobrar la presencia de ánimo.

—¡Eh, quién vive!

La miserable silueta se irguió militarmente, con la mirada fija en el Viejo, e hizo su informe.

—Herr feldwebel, el prisionero número 36.789.508 se presenta y se declara fugitivo de su compañía de trabajadores en la vía férrea 4.356 Este.

—¡No es posible! —exclamó Porta—. ¿Hay aquí otros como tú?

—No, señor soldado.

—¡Déjate de títulos ridículos! —dijo el Viejo, irritado.

—¡Eh, eh! —exclamó Porta—. Me siento halagado de que se me conceda un grado y el título de «señor». ¡No me había ocurrido nunca!

El viejo del uniforme rayado miraba medrosamente a su alrededor y permanecía en posición de firmes, en el centro de la habitación.

—Siéntate —dijo Porta, y le indicó la acogedora mesa—. Coge un pedazo de pan y un poco de tocino, y zámpate un buen trago de esta cantimplora. El viejo prisionero movía los labios intermitentemente.

—Señor soldado de Estado Mayor, el prisionero número 36.789.508 solicita autorización para decir algo.

—Vomita, amigo —gruñó Hermanito.

El viejo guardó silencio. Parecía buscar las palabras, conocía el terrible peligro que suponía decir algo que pudiese desagradar. Una palabra errónea, podía significar la muerte.

Para él, éramos enemigos, pese a nuestros brazales con la calavera, distintivo de las Divisiones penitenciarias.

—¡Eh, rayado! ¿Qué quieres cuchichearnos? —ladró Porta.

Adelantó, como un gato, un dedo hacia el rostro gris del anciano descarnado, en el que la suciedad formaba costras oscuras. El hombre dejaba que sus ojos cansados, inyectados en sangre, resbalaran sobre cada uno de los asesinos legales que éramos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó riendo Brandt, el ferroviario, que seguía oliendo tan mal como siempre.

—No se atrevía a ir al dentista, y prefería soportar mil muertes. Le habíamos metido en su muela todo lo que se nos había ocurrido, desde pólvora hasta nitroglicerina, pasando por excrementos de pájaro.

—¡Callaos de una vez, estúpidos! —dijo el Viejo—. Lo estáis atontando con tantas preguntas idiotas. ¿No veis que está muerto de miedo? Si os miraseis en un espejo, comprenderíais por qué. ¡El diablo es hermoso al lado de vosotros!

Se acercó al anciano, le pasó un brazo alrededor de los hombros y le dijo a su manera, mientras se rascaba una oreja con la punta de su pipa —No temas, amigo, no somos tan malos como parecemos. ¿Qué quieres decir?

El prisionero inspiró profundamente y contempló la pequeña y maciza silueta de obrero honesto, el agradable rostro barbudo bajo el casco negro. Sus ojos se encontraron, los del prisionero, tan negros, los de el Viejo, tan claros y azules. Vimos como aquellos dos hombres, con una sencilla mirada, forjaban un lazo que nada

podría romper ya.

—Herr feldwebel, coger algo de lo que hay aquí sería robar; he estado tres días escondido, pero no he cogido nada.

—Olvídate de esas tonterías. Siéntate y come.

—El Viejo movió la cabeza y se encaró con Heide—. ¡Busca algo para comer, y a toda prisa!

Heide permanecía inmóvil, boquiabierto, ante el prisionero, como si hubiese visto algo anormal. Hermanito se le acercó.

—Espabila, mosca de mierda, si no, recibirás.

Heide reaccionó y pegó un salto en dirección a la cocina. El Viejo prosiguió:

—¿Dónde has dormido durante esos tres días?

—En el piso de la cocina, Herr feldwebel, porque tengo parásitos y no quería ensuciar esas camas tan limpias.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó Porta, regocijado—. Si todo el mundo fuese tan delicado, la guerra sería un verdadero placer.

Heide regresaba con las manos llenas de schnaps y de tocino ahumado. Lo echó todo con estrépito sobre la mesa. Stege descubrió un libro en una estantería y lo alargó al Viejo.

—Nuestros anfitriones están a la moda.

El libro se titulaba Karl Marx.

—Exactamente lo que necesita la GESTAPO —gruñó Heide.

—A callar, lameculos —gruñó Porta—, o te rebano el gramófono y habrás chirriado por última vez. No hemos olvidado la época en que eras un soplón.

Heide lanzó una mirada malévola a Porta, pero la metralleta con que jugaba descuidadamente el pelirrojo del sombrero de copa le mantuvo a raya.

—Es lástima esa bonita mesa —dijo el viejo prisionero al ver que el legionario cortaba su tocino directamente sobre la madera.

—No nos des la lata —intervino Brandt, quien hizo lo mismo con el pan.

—Hay que cuidar las cosas —insistió el viejo.

—¡A callar, judío mierdoso! —vociferó Heide. Se inclinó sobre la mesa y colocó su rostro frente al del viejo prisionero. Sus ojos de alcohólico estaban rojizos, eran malévolos. Eructó—. ¡Eh rayado! Yo, Julius Heide, suboficial del 27º Regimiento de Blindado, digo que eres un judío apestoso. —Miró triunfalmente a su alrededor—. ¿Que dices a eso, basura?

El viejo, sentado en un taburete, contempló al soldado con expresión atónita. No parecía darse cuenta de que se le insultaba a él; las palabras obscenas le resbalaban; le habían dirigido demasiadas, ya no penetraban en él, estaba inmunizado.

Heide volvió la cabeza como un toro que va embestir al torero.

—Me dirijo a ti, cadáver. —Las palabras silbaban a través de la comisura de sus

labios—. Eres un sucio judío, un pedazo de mierda judía.

Echó la cabeza hacia atrás y rió con sus propias injurias, que repitió varias veces como una letanía procax en cuyo estribillo sonaba siempre la palabra «judío». Se acaloraba, despotricaba, chillaba. Nosotros callábamos.

El viejo comía, indiferente, como si no oyese la avalancha de palabras innobles. Porta sonreía, lleno de atención.

Hermanito se tiraba de una oreja, mientras el legionario canturreaba «Ven dulce muerte, ven...». El Viejo distribuyó los naipes, lenta, minuciosamente. De súbito, un grueso revólver apareció en la mano de Heide. Quitó la muesca de seguridad y se oyó un chasquido que nos hizo a todos el efecto del ruido de una bomba.

—¡Judío! ¡Voy a volarte tu sucio cerebro!

Reía, brutal, y levantaba lentamente el revolver, apuntando a la cabeza del anciano prisionero.

Hubo un silencio amenazador. Entonces el anciano se irguió y miró a Heide con expresión extraña.

—¿Quiere usted disparar contra mí, señor suboficial?" ¿Qué importa? Que me mate a mí o a un perro, lo mismo da. Sólo hay una diferencia: el perro teme la muerte, y yo, no. La he esperado todos los días desde hace años. Dispare si le parece. Pero antes, salgamos. Aquí lo ensuciaríamos todo; no hay nada que ensucie tanto como el cerebro, señor suboficial, cuando se esparce con violencia.

—¡Vete al cuerno! —vociferó Heide, quien curvaba ya su índice sobre el gatillo.

El Viejo seguía callado. Volvió con calma un naipé: era la dama de pique.

—Deja esa arma —ordenó bruscamente.

Heide pareció asombrarse.

—¡Odio a esos judíos! ¡Siempre he deseado matar a uno!

—Deja esa arma. En el acto.

Hermanito se irguió y accionó el resorte de su cuchillo de trinchera. El Viejo levantó la cabeza.

—Julius Heide, deja tu revólver.

El legionario canturreaba «Ven, dulce muerte, ven...» con lentitud infinita, Heide bajó la mano, el revólver cayó y produjo un tintineo; un miedo atroz se leía en su rostro repugnante; el legionario le hizo la zancadilla y Heide cayó al suelo. Hermanito levantó su cuchillo con la firme intención de clavárselo en la espalda, pero fue detenido por el prisionero, que le sujetó el brazo.

—No, no. No le mates, camarada.

Nos quedamos atónitos. Hermanito se olvidó de Heide y contempló al viejo judío, pálido y tembloroso, que se había aferrado a su brazo.

—¿Por qué me impides que liquide a esta bestia pestilente? ¡Te ha insultado!

El viejo prisionero movió la cabeza:

—No, camarada, no me ha insultado. Soy judío y él está enfermo. Esto pasará cuando el mundo se cure.

—¿Enfermo? —dijo Porta—. La expresión resulta algo pálida. ¡Es el cerdo más grande que ha habido sobre la tierra!

El Viejo hizo un ademán.

—No seáis sanguinarios; dejad a estos cerdos y sentaos, a ver si por fin podemos jugar.

¿Quieres unirme a nosotros? —preguntó al viejo prisionero.

—No, señor feldwebel.

—¡Desdichado! ¿No puedes llamarme camarada, cuando se la has dicho a ese gran bandido de Hermanito?

El viejo movió la cabeza y abrió la boca, pero hubo de esperar un rato para que se le pudiese oír.

—Voy a intentarlo, pero será difícil.

Jugamos en silencio hasta que Brandt tiró sus cartas.

—Ya estoy cansado. Es muy aburrido.

—Eres un imbécil —dijo Porta, furioso—. Voy a aplastarte ese feo rostro.

Agachándose con la velocidad del rayo, Brandt evitó una botella lanzada con todas las fuerzas que fue a aplastarse contra la pared.

—Es una lástima ensuciarlo todo de esta manera —murmuró el anciano prisionero—. La gente que ha abandonado esta casa tiene dos hijos que deben heredarla.

—¿Cómo lo sabes?

—En el armario hay ropa de niño.

—Y para empezar, ¿tienes tú casa?

—Tenía una, pero me la quitaron hace mucho tiempo.

—¿Quién? ¿El alguacil? —preguntó cándidamente Kraus, el SS, a quien habían adscrito a nuestro regimiento por cobardía en el frente.

Nos atragantamos de risa, pero el viejo judío meneó la cabeza.

—El alguacil, se le puede llamar así.

—Tu casa se la debiste birlar a alguien en la época de Weimar, ¿no? —preguntó Kraus, irónico.

—No que yo sepa —repuso secamente el prisionero.

—¿Cómo te atraparon? —inquirió Porta. El viejo judío mordió con gula otro pedazo de carne; después, apoyó la cabeza en una mano y empezó a hablar. Hablaba como si hubiese estado solo, como únicamente pueden hablar quienes han estado encerrados, aislados, durante mucho tiempo. No hablan; tosen, proyectan palabras, sueñan en voz alta.

—Nos cogieron en 1936. Yo escapé porque tenía amistades.

—Vosotros los de Tierra Santa siempre habéis tenido amistades —comentó Heide. Su odio era tal que no vacilaba en arriesgar la vida, para manifestarlo. Enseñaba los dientes como un perro enfurecido—. ¡Debieras ser ahorcado, basura!

El viejo judío seguía sin inmutarse.

—Vivía en Hamburgo, en la Hoch Allee, cerca de Rotherbaum, un lugar encantador. Lanzó un suspiro al pensar en Hamburgo, cuando la ciudad huele a sal de mar y a humo de los barcos, y las risas se elevan de las pequeñas barcas de Alster—. Yo era cirujano dentista, con muchos clientes y amigos. Conseguí que el Partido sellara mi pasaporte, y pensé atravesar

Rusia para irme a China. —Movié la cabeza—. ¡Mala idea! También allí se persigue a los judíos.

El Viejo rió con aire cansado:

—Sí, se os persigue entre los soviets, se os perseguía en Polonia, sois perseguidos en casi todo el mundo. ¿Por qué? ¡Sólo Dios lo sabe! —Se volvió hacia Heide—. Julius, tú debes saberlo, puesto que detestas tanto a los judíos.

—¡Son unos cerdos y unos bandidos! —ladró Heide—. El Talmud lo demuestra.

Julius Heide detestaba a los judíos porque el niño más inteligente de su clase era un judío llamado Mouritz. El pequeño Mouritz ayudaba al gran Julius; le soplabla las respuestas y le pasaba papeles clandestinos. En el transcurso de los años Julius sintió cada palabra cuchicheada, cada papelito como una derrota vergonzosa, y su odio aumentó en secreto.

Aparte de eso, Julius Heide sabía tan poco sobre ese odio como nosotros mismos. Se había limitado a aprender de memoria largas parrafadas nazis.

Volvimos a jugar en silencio, pero sin entusiasmo. Porta sacó su flauta, se sonó, escupió en sus manos y empezó a tocar La pequeña música de Norte. Estábamos bajo el encanto de aquella música. Era la belleza de la primavera, el canto de miles de pájaros, lo que penetraba en la cabaña sombría y la transformación en un palacio de cristal, en el que señores vestidos de seda bailaban una especie de minueto. Escuchábamos toda una orquesta dirigida por el maestro de capilla de la Corte.

El viejo judío empezó a canturrear. Su voz el grave y ronca. Soñaba, recordaba... Una casa, antes de 1938, una mujer con vestido azul pálido, la que él amaba, su Anna... ¡Cómo sabía reír! Reía mostrando sus dientes blancos, y, ¡qué simpática era! Anna, su querida Anna, a la que habían matado bajo una puerta cochera porque era la vergüenza de la raza. Fueron unos jóvenes muy alegres que vestían un uniforme pardo, quienes la habían matado, lo recordaba muy bien. Una noche, los dos habían ido al teatro, a una representación de «Guillermo Tell», y al regresar él se entretuvo para comprar cigarrillos. Anna se había adelantado. De repente el ruido de sus altos tacones fue sofocado por el de unas botas claveteadas. La oyó gritar dos veces. Un primer grito largo y estridente, el segundo como un estertor.

Paralizado, vio cómo la remataban. Escuchaba aún los golpes homicidas. Un joven SA, de cabello rubio ceniciento y rostro exquisito, al que todas las madres hubiesen amado, le golpeó la cabeza con una plancha. Era el 23 de junio de 1935, frente a la Darmtor.

Antes de ese día, a menudo habían celebrado veladas musicales; él tocaba el fagot o el violín; ella, el piano. Anna interpretaba casi siempre a Mozart, con el mismo sentimiento profundo que aquel soldado pelirrojo tan sucio y con el sombrero de copa abollado.

El legionario cogió su armónica y acompañó un fragmento de música que no identificamos, pero que nos hizo soñar. De repente, resonó una danza cosaca, y toda melancolía desapareció. Nos convertimos en unos salvajes, ebrios de alcohol, y vociferamos hasta que las paredes de la cabaña temblaron. El viejo judío, ebrio también, reía y olvidaba a su mujer asesinada, su casa robada, los mil golpes que había recibido de jóvenes vestidos con hermosos uniformes en los que lucía la insignia de la calavera. Quiso bailar, danzó con Heide, que había olvidado por completo su odio hacia los judíos. Se palmoteaban los hombros y se contoneaban siguiendo el ritmo. Todos bailábamos. El legionario, entusiasmado, gritaba: «¡Viva la Legión!», e intervenía en el baile, coreado por los aplausos. Por fin, extenuados, nos dejamos caer en la silla y bebimos hasta la borrachera total. Frases de hombres beodos resonaban bajo las viejas vigas.

El anciano judío, que hipaba un poco, empezó de nuevo a hablar:

—Mi viaje hacia China terminó en una pequeña y sucia población. ¡A vuestra salud! Levantó su taza y bebió. La mitad del líquido le resbaló por la barbilla—. Me llamo Gerhardt Stief, y ahora que estamos entre militares, teniente de Infantería Gerhardt Stief.

Se echó a reír y guiñó un ojo como si nos confesara un divertido secreto. Soltamos la carcajada y nos pegamos palmadas en los muslos. Hermanito, de tanto reír, cayó en su silla y vomitó. Brandt le echó a la cabeza un cubo entero de agua. El viejo prosiguió sin alterarse:

—Estaba en el 7º de Infantería, cerca de Alton. Querían que fuese a la Guardia, en Potsdan pero a mí la guardia no me importaba ni un bledo; entonces, en 1919, fui licenciado y reanudé los estudios. Fue en Gottihgen, una época maravillosa.

Bebió otra vez.

—Sí, se está bien en Gottingen —dijo el Viejo— Estuve allí como aprendiz en el taller del carpintero Radajsak, en la Bergstrasse. ¿Lo conoces, rayado? —Rectificó—. ¿Lo conoces, Gerhardt? ¿Puedo llamarte Gerhardt? ¿O señor teniente?

Todo el mundo rió. El Viejo llenó su vieja pipa con tapadera. —¿Conoces un buen café que hay en la esquina llamado «Holzauge»?

—¡Lo conozco! ¡Y había una camarera que se llamaba Bertha! —gritó Gerhardt

con voz rebosante de júbilo ante el recuerdo de aquella camarera llamada Bertha.

—¿y qué ocurrió después? —preguntó Brand escupiendo sobre el dormido Heide.

—Me convocaron en las oficinas de la N.K.V.D. Un tipo pequeñajo, amable, me hizo entrar en un despacho y, muy sonriente, me explicó que me retenían como sospechoso de espionaje. Pero aquello iba a arreglarse, naturalmente, no cabía la menor duda. ¡Ya lo creo que se arreglaría! Ser fusilado o enterrado vivo en Kolyma. ¿Por qué tantas historias jurídicas? Una fórmula impresa infinitamente más sencilla. He visto muchas cosas de la Rusia soviética, pero desde detrás de las alambradas, y hay dos colores que he aprendido a odiar: el verde de la N.K.V.D. y el negro de las SS.

El Viejo se sacó la pipa de la boca y movió cabeza:

—Camarada Gerhardt, te comprendemos. Un gorro de piel con luz verde puede también producir escalofríos.

—Cerca de Boritzov debíamos espabilarnos para el suministro. En el río que pasaba junto al campo había de qué comer. Boritzov está en China; es una pequeña y miserable república soviética.

—Cuando hay comida, la cosa tiene un pase —dijo Brandt, mordisqueando una salchicha.

Stief le miró mucho rato y después bebió un sorbo de la botella de schnaps.

—¿Tú crees? ¿Conoces el pescado rojo?

El pequeño legionario se inclinó sobre la mesa y miró intensamente al doctor Stief.

—¿Los que producen gusanos en el hígado? —Lanzó un prolongado silbido—. Están endiabladamente refinados en Boritzov. ¿De modo que tienes parásitos en el hígado, teniente?

Stief asintió con lentitud:

—Sí, y hacen daño. Te corroen desde dentro; las píldoras que te dan sólo sirven para prolongar el dolor. De los pescados rojos pasamos a las minas de sal de Asia. Ya sabéis, los grandes desiertos salados del sur de Asia. Después, fuimos enviados a los Urales, Marrosov, las fábricas de locomotoras. Por fin, un día reunieron a todos los alemanes, checos, austriacos y polacos, y nos enviaron a la prisión clasificadora de Gorki, y más tarde a Lemberg. Allí, nos llevamos la sorpresa más grande de nuestra vida. Los SS y los soviéticos habían organizado un verdadero mercado humano. Con gritos y risas despectivas, fuimos entregados a los SS a cambio de los que los nazis ponían en manos de los rusos. Camaradas, ¿habéis intentado permanecer en cuclillas durante horas? Cogió un cigarrillo que Brandt le había echado y aspiró el humo con voluptuosidad, cerrando los ojos un instante—. ¿Habéis sido encerrados en vagones de acero, tan oprimidos que la mitad acaban por morir? ¿Os habéis dado cuenta de lo blando que es un cadáver cuando se está encima de él durante horas? Es el sistema de

transportar la carne viva.

Lo sabíamos. No había ninguna exageración. Torgau, sí, lo sabíamos. También Lengries y Fort-Plive. Habíamos saboreado la dictadura.

—¿No son peores los soviets? —preguntó el antiguo SS.

—Son iguales. En el campo 487, en los Urales nos daban pescado lo mismo que en los campo de prisioneros de un siglo atrás: un pescado podrido, salado y pestilente, el pescado tiulka que ya huele mal de vivo y que nace podrido. En Madjanek, era pan lleno de gusanos, de pedazos de hierro y de madera. Algunos prisioneros morían atragantados. Ser golpeado con las culatas de los fusiles o con el gato de nueve colas, da lo mismo; los rusos utilizaban también cadenas para flagelarnos los riñones, y ejecutaban sobre todo con un golpe de nagan en la nuca. Los SS preferían una cuerda. Como ves, hombre de las SS, es lo mismo.

—Yo no soy un SS —protestó Kraus.

Una fina sonrisa se dibujó en los labios de Stief.

—Es lo que muchos dirán el día del ajuste de cuentas.

Porta gruñó: —Todos los SS y los N.K.V.D. eran voluntarios. —Señaló a Kraus, que continuaba negando.— Siempre serás un bandido SS, y si no te hemos matado aún es porque te reservamos para la gran noche, nada más.

Stief meneó la cabeza.— No seas tan sanguinario. Estoy seguro de que tiene pesadillas, lo que es mucho peor que morir ahorcado. Así pues, prosigo: En Fort-Plive debíamos sentarnos en una larga tabla cuando queríamos hacer nuestras necesidades. El que caía en el pozo se ahogaba en sus propios excrementos. Los SS apostaban sobre el tiempo que necesitaría para desaparecer. Pero en Madjanek, con los rusos, ocurría lo mismo, y muchos

murieron ahogados. Desaparecían con un gorgoteo, desprendiendo burbujas de aire.

Hermanito escupió un hueso de oca y bebió un trago de cerveza.

—En Brukendorf 3, más abajo de Torgau teníamos que orinarnos el uno encima del otro. Cuando nos habíamos ensuciado en los pantalones; los nabos nos producían diarrea.

Contemplamos estupefactos al gigante; era la primera vez que hablaba de sus tiempos de prisionero; no teníamos la menor sospecha de lo que había hecho o de lo que había sido.

Siguió hablando con la boca llena:

—Me rompieron el brazo por tres sitios y me arrancaron con unas tenazas el dedo meñique del pie. —Se levantó, cogió un sillón y lo aplastó contra el suelo—. Es lo que haré con el diablo de Torgau cuando le encuentre. Sé que está de servicio en un campo, cerca del Weser.

—En Hagen, castraron a una serie de hombres sólo para divertirse —dijo el

pequeño legionario, cuyos ojos relampagueaban como los de los monos cuando se aproxima la venganza.

—Yo intenté ahorcarme cuando regresé de Fort Zinna —dijo el Viejo. Se produjo un silencio. Habíamos oído contar ya que el Viejo se había ahorcado, pero su mujer había cortado a tiempo la cuerda y un amigo sacerdote se había ocupado de él. El Viejo no volvió a intentar el suicidio.

Nos pusimos a jugar. Herr Gerhardt ganó unos doscientos marcos, y le dejábamos ganar de buena gana. El parecía no darse cuenta de ello. La alegría era general cuando mostraba la carta adecuada.

—¡Diablos, Gerhardt, te vas a hacer rico! —Alguien empujó la botella hacia él—. Bebe un trago, teniente.

Stief bebió y dejó la botella con ademán preciso, como hacíamos nosotros.

Ese ademán era importante, significaba que se había intimado con la botella; era algo que daba categoría.

El suboficial Heide había vuelto a levantarse y empujó a Kraus lejos de Gerhardt. Hubo un poco de alboroto, varias blasfemias y Heide ocupó el puesto de Kraus con un chasquido de la lengua. Miró de reojo a Gerhardt.

—Vamos a hacer limpia de mierdosos.

Gerhardt asintió y jugamos con mayor atención. Gerhardt seguía ganando. Heide pareció molesto. Por fin, renunció.

—¡Estoy limpio!

Gerhardt se echó a reír.

—Puedes pedirme un préstamo.

—¿A qué interés?

—Al del sesenta por ciento, que es el que aplica la gente cuando ha de habérselas con tipos dudosos —definió el legionario.

Fuera, la luna brillaba, grande y redonda, como si el espectáculo de catorce candidatos a la muerte la divirtiera. El legionario barrió las cartas violentamente con la mano y apartó su silla de una patada.

—Este juego me aburre. ¡Luchemos!

En un santiamén, todo estuvo preparado par un combate de boxeo. Hermanito y Heide se ofrecieron como primeros antagonistas; cuerdas cogidas del sofá y de los sillones fueron tensadas y rodearon el cuadrilátero; los paquetes de vendas se convirtieron en guantes de boxeo. Los dos hombretones se levantaron y tuvo lugar un combate que degeneró rápidamente en una lucha innoble. Tumefactos, cubiertos de sangre, mordían, escupían, chirriaban los dientes, tan sanguinario el uno como el otro. Pero durante una fracción de segundo, Heide olvidó estar en guardia y aquello fue su pérdida. Auullando como un gorila, Hermanito lo cogió por un tobillo, le hizo caer al suelo y le golpeó la cabeza contra el mismo hasta que colgó como un trapo. Después,

echó el cuerpo inerte a un rincón y se derrumbó presa de un sueño profundo. Fuera, la luna seguía iluminando los árboles helados. Nos habíamos dormido los unos encima de los otros, como otros tantos candidatos a la muerte, donde en una cabaña, tiempo atrás, venían a descansar los alegres esquiadores.

A la mañana siguiente. Hermanito fue quien les descubrió primero. Llegaban en columna, con paso rápido, y bajaban de la montaña, allí donde la roca desprendida formaba como una brecha. El gruñido de Hermanito nos hizo reunir apresuradamente. Nos helábamos. Ellos eran mucho más numerosos que nosotros e iban armados con lanzallamas, con tres «S.M.G.», con uno de los nuevos bazookas. El sol, que doraba ya las cimas, hacía brillar la plata de sus calaveras. Con los gemelos comprobamos que el que iba en cabeza era un Obersturmführer. Stege debía de tener razón: era toda una compañía. El Viejo bajó los prismáticos y, sin volverse, cuchicheó:

—Haced que se largue Gerhardt.

—¿Dónde? —preguntó Gerhardt Stief, que se mantenía un poco retirado de la puerta y miraba por encima del hombro de Porta.

Sí, ¿dónde? Nos miramos, desesperados. Hermanito y Heide volvieron hacia el sol sus rostros tumefactos y parpadearon. Era una fea mañana. Allá arriba, uno de ellos tropezó en el estrecho sendero, y vimos que un SS Berscharführer lo insultaba como un perro, mientras enarbolaba su metralleta.

—Basura —gruñó Heide, palpándose su ojo tumefacto—. Todos son una basura.

—Pongamos la ametralladora en batería y matemos a todo el grupo —propuso Porta.

—Estupendo, y después los rematamos a cuchillo —cloqueó Hermanito, jugueteando con su gran cuchillo,

—¡Callaos, imbéciles! —gruñó el Viejo—. Son veinte contra uno. Hay que burlarles.

—Si lo crees posible —murmuró Stege—. En cuanto encuentren los restos de nuestro banquete y a Gerhardt, nos liquidarán.

—Exacto, Hugo —dijo el legionario—, y será él quien nos matará.

Y señalaba al individuo corpulento que maltrataba a otro soldado. Desapareció lentamente tras los escuálidos abetos. Al cabo de un cuarto de hora estarían al otro lado, y luego, rápidamente, junto a nosotros. Aparecieron como un rayo, Stege apretó los dientes y cogió su metralleta. El Viejo había enarcado una ceja y nos recomendaba calma.

Hermanito cambió de posición. Las armas de la compañía SS tintineaban, Kraus, el SS transferido entre nosotros a causa de su cobardía, tosió cavernosamente.

¡Larguémonos!

—¿Temes a tus hermanos, Kraus? —preguntó Porta.

El legionario silbaba su canción favorita. El SS Obersturmführer andaba con

pasos vivos y llevaba las mangas de su guerrera subidas; se podía ver sus brazos cubiertos de pelo negro.

Sentíamos la muerte muy próxima, nuestra nariz se dilataba como la de la caza que escucha a los ojeadores. Gerhardt desapareció en el interior de la casa seguido por Hermanito y por Bauer. Llegaban... Todos eran individuos jóvenes, guapos y bien alimentados.

—¡Compañía, alto! Descansen armas. Descanso.

Las órdenes resonaban frías y duras como la mañana. El Viejo miró hacia el jefe pelinegro, sus miradas se encontraron. El Viejo avanzó lentamente por aquella hierba inverosímilmente verde que tanto amaba el anciano judío. El pequeño legionario se entretenía a retaguardia, con la metralleta en posición de tiro, y, como si no prestara atención, se deslizó tras un montón de madera. Porta se escabulló dentro de la cabaña y adivinamos una boca negro azulada tras la ventanita enrejada que ocultaban unas plantas. El Viejo estaba protegido por dos de los mejores tiradores del frente.

El oficial SS se estiró el pantalón en el momento en que se escuchaba dentro de la cabaña un ruido de platos y de vasos. Los SS alargaron el cuello. ¡Qué ruido más simpático!

El informe que dio el Viejo fue breve y seco:

—Nada especial que señalar.

Los vasos y los platos tintinearón de nuevo y el delgado oficial de las SS contempló la puerta abierta con las cejas levantadas. Lentamente, con inquietante lentitud, se acercó a la cabaña. Su correa nuevo chirriaba. Al llegar junto al tocón de la leña, se detuvo, cogió el hacha y de un solo golpe cortó un pedazo de madera. Aquella hacha había sido afilada por un experto. Pegó una patada a la madera cortada y rió suavemente. Su rostro se endureció al volverse hacia el Viejo.

—Usted, feldwebel, reúna a sus hombres y lárguese a toda prisa.

Un gran reloj de oro brilló en su muñeca cuando levantó el brazo para hacer el saludo nazi.

Resonó la voz de el Viejo:

—¡De frente, marchen, bandidos!

Avanzamos, rebeldes. Nos empujábamos y murmurábamos. Hermanito y Heide salieron de la cabaña, contoneándose. Hermanito empuñaba el largo cuchillo siberiano.

—Recojan las armas. ¡De frente, marchen! —ordenaba el Viejo con voz estentórea.

Pasamos junto a los SS, quienes nos escupieron su desprecio.

—¡Mierdosos! —dijo uno.

Hermanito tuvo un sobresalto, pero el legionario y el Viejo se pusieron en el acto a su lado. Los tábanos pululaban, y nos picaban atrozmente, siempre en el borde del

cuello. Atravesamos la pineda sin volvernos y no nos detuvimos hasta llegar abajo, junto al viejo puente. Sin una palabra, nos dejamos caer en el suelo, con las cabezas vuelta hacia la cabaña, iluminada de lleno por el sol.

Vimos que el Obersturmführer entraba en la cabaña seguido por dos SS. Uno era el corpulento Oberscharführer que llevaba su metralleta como si fuese una fusta de montar. Permanecieron dentro mucho rato, sin que oyésemos nada. Otros se habían tumbado en la hierba verde, donde jugaban sin prisa a los dados o a los naipes.

—Nuestro amigo el teniente Stief se ha escondido bien —dijo Porta. — Esperémoslo aquí murmuró el Viejo, inquieto, mordisqueando su pipa.

Hermanito ofreció una ronda de schnaps y bebimos abundantemente, con avidez. Era fuego que penetraba en nuestras venas, y con el alcohol la rabia, el ansia de sangre.

Hermanito escupió en el suelo.

—¡Perros malditos! ¡Matémosles! —Golpeaba el mango de su cuchillo—. ¡Vamos, Viejo! Dijo con voz ronca.

Éste seguía mordisqueando su pipa. De repente un grito largo y penetrante quebró el silencio.

—El viejo judío no se ha ocultado lo suficiente —gimió Stege.

De nuevo se elevó el grito, ese grito que todos conocíamos por haberlo escuchado en las prisiones y los campos.

—¿Qué le están haciendo? —preguntó estúpidamente Brandt.

—La muerte lenta —ladró el legionario, mientras disponía su lanzallamas—. En el Rif siempre nos vengábamos cuando los negros habían atormentado a uno de los nuestros.—Observaba a el Viejo, que, tendido tras un matorral, no perdía de vista la cabaña.

El legionario iba a proseguir cuando de repente aparecieron, arrastrando a Gerhardt Stief. El anciano judío iba a gatas y gritaba sin cesar. Los SS le pegaron patadas, y le rompieron un brazo. Cada movimiento nos quemaba el cerebro, nos enloquecía. Le hicieron algo en el rostro y el viejo judío se derrumbó. El corpulento Oberscharführer se inclinó sobre él con un cuchillo en la mano. Sabíamos lo que iba a hacer, lo habíamos visto ya, y, no obstante, siempre nos sorprendía. Ese grito, ese grito largo e inhumano en tanto que el cuerpo se tensa como un arco. El miembro, aún vivo, tirado al sendero, bajaba saltando por la pendiente.

Le sujetaron la cabeza en el tocón y el SS Obersturmführer sólo dio dos hachazos. La sangre salpicó muy lejos. Todos rieron e hicieron un agujero en el estiércol, donde metieron el cuerpo con la cabeza. A continuación emprendieron la marcha, cantando, y desaparecieron entre los pinos.

Stege sollozaba, Hermanito gruñía, el Viejo suplicaba casi:

—¡Sed razonables!

Pero el legionario silbaba como una serpiente.

—¡Viva la Legión! ¡Como en el Rif!

Su furor prendió como el fuego en un bosque, y la continuación fue sólo cosa de segundos. Los lobos iban a enfrentarse con otros lobos peores aún, conducidos por una fiera marroquí.

*Matar a un semejante puede constituir a veces, un alivio.*

*El que debía morir se derrumbó. Arañó la tierra con sus uñas y con sus pies, se le cerraron los ojos. El legionario golpeó la boca que aún jadeaba «¡Heil!», y los miembros del miserable fueron destrozados por el álamo bruscamente distendido.*

*El sol ascendió con lentitud por encima de la cumbre de la montaña, para contemplar la venganza, y los desdichados de Auschwitz debieron de regocijarse del paso de la justicia.*

## VENGANZA

Agazapados en la montaña, esperábamos a los asesinos de Gerhardt.

La idea de matarles nos llenaba de alegría, una alegría que me recordaba la que experimentaba de niño, el día de Navidad, cuando detrás de la puerta aún cerrada, esperábamos la aparición del Árbol mágico.

Stege lloraba, era el alma tierna del bruto. Porta blasfemaba, el pequeño legionario lanzaba imprecaciones en árabe.

El lugar que habíamos escogido era una fortaleza natural, una verdadera ratonera para SS, un tiro al blanco.

—Será una verdadera juerga —dijo Brandt, el ferroviario, sin dejar de chupar su muela careada.

—Arrancaré su cabellera al corpulento Ober —gritó Julius Heide desde lo alto del árbol donde estaba de centinela.

—No, Julius, eso lo haré yo —contestó Porta mientras besaba su cuchillo.

—Estáis, completamente locos —les interrumpió el Viejo—. ¿Habéis imaginado las consecuencias de lo que proyectáis?

—Eres un timorato —dijo Porta, escupiendo en el suelo—. Ni uno de ellos volverá a ver a su madre, puedes creerme, para explicar lo que ha ocurrido. Antes de que anochezca, los cuervos se les habrán comido los ojos.

—¡Imbéciles! —gritó el Viejo con cólera—. ¿E que no os dais cuenta de que es un asesinato?

Nos quedamos boquiabiertos.

—¿Qué dices? —gritó Porta, olvidando que los sonidos llegan hasta muy lejos en la montaña— ¿y cómo llamas tú a lo que estamos haciendo desde hace cuatro años, señor Feldwebel?

—¡Idiota! Hasta ahora has matado enemigo no compatriotas.

—¿Enemigos? —repitió Porta, riendo—. Mis Únicos enemigos son los SS. El Viejo indignado, saltó del agujero que ocupaba con Stege y conmigo, y apuntó con su revólver a Porta, que estaba tendido bajo un saliente rocoso.

—Eres un olvidadizo, muchacho, pero voy a refrescarte la memoria. ¿Te acuerdas de los N.K.V.D. que eliminamos cerca de Bobrusk? ¿Has olvidado cuando Hermanito y el legionario rebanaron el pescuezo de los voluntarios de la muerte en Kiev? ¿Has olvidado a los bosniak y a las mujeres en las secciones de lanzadores de granadas? ¿Acaso eran amigos tuyos? Entonces, tienes Una manera muy extraña de tratarles. Para no hablar de los soldados de la cota 754, o de los paisanos en las cloacas de Kharkov, o del personal de penitenciaría de Poltava. ¿Todos eran amigos tuyos? ¿He de proseguir?

El Viejo estaba colorado como un pavo.

—¡Qué bien hablas! —silbó Porta—. ¡Hubieses debido ser sacristán en las fuerzas de choque del Salvador!

—Cierra tu sucio hocico de berlinés o te mato aquí mismo —vociferó el Viejo, exasperado. Tenía la metralleta junto a la cadera y apuntaba a Porta.

Hubo un silencio. Era la primera vez que veíamos a el Viejo en tal estado; en tres años de vida en común, nunca había ocurrido. Atónitos, contemplábamos a nuestro querido Viejo, a nuestro Wilhelm Bayer. Respiraba con dificultad, como si estuviese a punto de asfixiarse.

Después, siguió hablando, con tartamudeos.

—Esos SS son unos bestias, unos asesinos, merecen todo lo que podáis hacerles. Si alguien os entiende, ése soy yo.

Se llevó la mano a la garganta, se sentó en el borde del agujero y lanzó una mirada hacia la montaña, donde los SS seguían cantando:

*So weit die braune Heide geht,  
Gehort das alles mir.*

*Donde quiera se extienda la tierra parda,  
todo es mío.*

—Pero con el asesinato no se combaten las matanzas, no lo olvidéis nunca.

La voz de el Viejo era casi imperceptible. Porta quiso hablar, pero el otro se lo impidió con un ademán.

—¿Os acordáis de cuando matasteis a aquel perro de teniente en Lemberg?

Nos miraba a todos alternativamente, y su mirada nos atravesaba.

—¿Os acordáis?

Nadie contestó. Lo recordábamos como si hubiese ocurrido ayer. Un teniente de la Policía del frente murió de un balazo en la cabeza, en plena calle Pahlevi, en Lemberg. Durante la redada subsiguiente, detuvieron a sesenta personas y las fusilaron ante la casa donde habían matado al teniente. Entre ellas había diecinueve niños de menos de diez años. Todas las viviendas próximas fueron reducidas a cenizas. Una mujer con su bebé fue derribada de un culatazo.

—¿No ha lamentado su acto el asesino de aquel oficial de Policía? —concluyó el Viejo en voz baja.

Tiró su casco al suelo, el cual bajó rodando por la pendiente. Una gran cantidad de piedras cayeron detrás de él.

—¿Os acordáis de aquellos dos SS que apuñalasteis en Stalino? —prosiguió el Viejo con obstinación—. La represalia fue la matanza de los habitantes de Brigadenhof. ¿Y aquella telefonista que afirmaba haber sido violada por unos paisanos rusos? Treinta mujeres y niños fueron conducidos como esclavos a los campos del Reich...

Sí, nos acordábamos. La telefonista confesó más tarde que no había sido violada. Se encogieron de hombros y la metieron en chirona diez días por haberse burlado de la Policía Secreta, pero los niños se morían de hambre en el pueblo, mientras sus madres se morían de tanto trabajar en Alemania.

El Viejo proseguía hablando con los ojos cerrados. Citaba ejemplo tras ejemplo. Porta parpadeaba. Stege gemía, Heide escupía, el legionario silbaba «Ven, dulce muerte, ven...». Sólo Hermanito parecía insensible.

—Si liquidáis a esos SS —prosiguió el Viejo hacedlo sabiendo que toda la población de los alrededores sufrirá las consecuencias y también los prisioneros —añadió al cabo de unos instantes—. Seréis los responsables de cada fusilamiento. Cada bala en la nuca, será la vuestra, y cuando todo haya terminado, podréis deciros que sois unos asesinos.

El Viejo nos miró de nuevo intensamente y gritó por fin:

—¡y ahora, si os atrevéis, disparad! Pero no olvidéis que cada vez que un SS lanza el último suspiro por vuestra causa, al mismo tiempo matáis a veinte paisanos, y probablemente a mujeres y niños, bebés, colegiales, chiquitines hambrientos que en estos momentos juegan sin sospechar nada. ¡Disparad, muchachos! Disparad y vengad al judío Gerhardt Stief, que no quería acostarse en una cama para no ensuciarla con sus piojos. Os escupiría encima si viese lo qué vais a hacer. ¿Queréis vengarlo? Entonces, proclamad en todas partes lo que habéis visto. ¡No lo olvidéis nunca! Cuando, después de la guerra, todo el mundo se sienta a gusto, seguid proclamándolo. Será la venganza para los millares de Gerhardt que han torturado.

El pequeño legionario se levantó con aire cansado.

—Tienes razón, Viejo, como siempre. —Tiró con rabia el pesado estuche del lanzallamas, lo pisoteó y gritó con voz ronca—: ¡Malditos sean! Nos lo han quitado todo, la alegría, la libertad, y el valor no sirve para nada. En cuanto a las armas, sólo pueden ser utilizadas en servicio de esa basura, incluso por nosotros, cerdos de uniforme.

Se dejó caer en el suelo, sacó su alfombra de oraciones, se quitó las botas, se prosternó hacia el Este, y rezó mucho rato. Silenciosos, contemplamos a aquel lobo de las montañas beréberes que ni siquiera podía morder el cuchillo que nos asesinaba lentamente.

Nos fuimos incorporando uno tras de otro. El Viejo inició el descenso, y todos le seguimos con un peso en el corazón. Porta escupió, se caló el sombrero, se echó su metralleta al hombro y siguió también a la silueta pequeña y rechoncha que bajaba hacia el valle sin volverse. Los SS continuaban cantando. Nosotros apretábamos los puños de dolor y de rabia. Heide gruñó:

—¡Los hubiésemos liquidado a todos! No habríamos tardado ni cinco minutos.

El Viejo trotó más de prisa y los demás le Seguimos pesadamente.

La pendiente del valle tocaba a su fin cuando un olor asfixiante nos llegó de súbito, procedente del otro lado del bosque. Nos detuvimos, estupefactos, al descubrir gruesas columnas de humo que surgían de los árboles.

—¿Qué será esto? —murmuró el Viejo, pensativo.

—Debe ser en el bosque, y, sin embargo, parece venir de más lejos —dijo Porta. Empujó su sombrero hacia atrás—. No me sorprendería que fuese Katowitz; pero, ¿por qué diablos había de arder?

Stege sacó el plano y la brújula:

—Lo que arde es Tekolowitz —anunció secamente.

Nos precipitamos como locos hacia la montaña pero por las rocas, los senderos y los atajos. El sudor nos nublaba la vista. El legionario lanzó un grito y señaló hacia el Sureste. Una nueva y espesa humareda se elevaba en el cielo azul.

Stege volvió a coger el mapa:

—Esta vez es Branowitz. ¿Qué significará esto?

—Represalias —contestó el Viejo—. Pero, ¿Por qué?

Brandt se echó al hombro el tubo de bazooka.

—Vayamos a ver.

Un nuevo incendio se inicia en el Sur.

—Pero, ¿qué diantre hacen? —gritó Heide, perplejo.

—Represalias —repitió el Viejo—. Algún loco ha debido cargarse a un esbirro de Himmler y ahora la mitad del distrito sufre las consecuencias.

Un perro se acercó ladrando. Porta lo capturó. Era un corpulento bastardo de

perro lobo, como los que había en la mayor parte de las granjas, con el collar roto y la pelambreira chamuscada. El perro estaba loco de miedo y de dolor.

El Viejo mordisqueó su pipa, pensativo, mientras contemplaba el perro.

—Esta bestia viene de una de las granjas de la montaña y no de los pueblos.

El legionario acariciaba la cabeza del perro.

—¿Querrá decir esto que liquidan también las pequeñas granjas? Pero, ¿qué ha podido ocurrir?

Empezó a examinar cuidadosamente su arma y, cuando el Viejo hizo ademán de proseguir la marcha, le detuvo con un ademán. Dejando el arma con precaución, se inclinó hacia el Este, se sentó con las piernas cruzadas, y pidió un cigarrillo.

—Muchachos, el Viejo nos ha hecho un gran sermón —dijo—, y nosotros hemos sido razonables porque había motivos para serlo. Pero ahora todo arde ahí arriba. Es probable que algunos colegas del otro lado hayan sido menos razonables. De modo que considero que ya no hay motivos para que lo sigamos siendo nosotros.

—Cállate —dijo el Viejo—. Recoged las armas, nos marchamos.

—Espera a ver qué quiere decirnos el nómada.

El legionario rió malévolamente. Sus ojos brillaban con odio fanático.

—¡Por Alá! Vamos a matar a esos SS.

—No —dijo el Viejo.

—¡A los perros rabiosos, se les mata! —aulló el legionario—. ¡Y los bastardos de Himmler no son otra cosa! ¿Quién me acompaña? Levantad la mano.

Porta, Hermanito, Heide y Brandt levantaron el brazo. Nosotros les imitamos a regañadientes. El último fue Stege, tras dirigir a el Viejo una mirada de disculpa.

—¡Por Alá! Esto es una fiesta —dijo el legionario, levantándose. Apoyó una mano en el hombro de el Viejo—. Nosotros te comprendemos, pero compréndenos tú también. Los SS ya no pueden vengarse, puesto que lo han hecho ya y todo arde. ¿Nos conducirás, como siempre has hecho en el frente?

El Viejo meneó la cabeza.

—Os seguiré porque me veo obligado a ello, pero no dirigiré un asesinato.

El legionario se encogió de hombros.

—Bien, muchachos, seguidme.

Llegamos al lindero del bosque escalando obstáculos que hubiesen hecho retroceder a cazadores alpinos, pero la venganza nos proporcionaba alas. Progresamos hora tras hora, abriéndonos paso a través de los espinos con nuestras palas y nuestras hachas. Nos sangraban las manos, pero el legionario nos azuzaba, más fanático que nadie. Furiosos, le amenazábamos con nuestras armas, pero él se reía, despectivo, y lanzaba a los cuatro vientos su grito de guerra marroquí.

Por fin, llegamos a la primera granja. Una ruina humeante y tres cadáveres chamuscados, dos mujeres y un niño.

El Viejo cerró los ojos; estaba pálido. Éramos veteranos que lo habíamos visto todo, pero nuestras manos se crisparon con mayor fuerza sobre las armas y nos precipitamos en pos del legionario: dos hombres muertos de un balazo en la nuca. El legionario les dio la vuelta, los rostros no eran más que una masa de carne.

—«P 38». —decidió, Porta, palpando el orificio con un dedo.

En los cadáveres no había ningún documento. Se lo habían llevado todo. —Tal vez sea obra de los partisanos —insinuó Kraus, el cobarde.

—¡Seguro! —dijo Bauer, echándose a reír, lo mismo que todos nosotros.

El Viejo apartó la pipa de sus labios y habló ante la nariz del SS: —Puedo citarte palabra por palabra lo que dirán mañana los diarios: unos campesinos pacíficos han sido asesinados por los bandidos. Estos, además, han incendiado tres pueblos y varias granjas. Las represalias no han de tardar. Firmado, Heinrich Himmler. Después, el SS Standartenführer Blobel, por orden del Führer en jefe de la Policía, Brach, realizará las ejecuciones acostumbradas. Para mayor seguridad, se explicará que los bandidos llevaban uniformes alemanes. En el R.S.H.A. <sup>[2]</sup> piensan en todo.

Porta pasó un dedo sobre la herida de uno de los asesinados y después lo olfateó.

—Gangrena en primer grado.

—¡Caramba! Igual que los cadáveres amarillos de Dobrovina —dijo el legionario.

Porta meneó la cabeza y olfateó de nuevo.

—El otro se ha ensuciado en el pantalón.

—Es lo que hacían cuando los gaseábamos en Birkenau —dijo de repente el SS Kraus.

Se produjo un terrible silencio. Olvidamos los cadáveres porque acababa de surgir algo, una cosa de interés diabólica. Todas las miradas se clavaron en el corpulento SS, el que había sido expulsado por sus semejantes, degradado y enviado al regimiento disciplinario por desertión.

—Caramba, caramba... ¿y qué más viste en Birkenau?

El SS palideció. Lo que había ocultado tan cuidadosamente durante tres años acababa de escapársele en el momento más impensado. Durante noches de insomnio, había temido ser traicionado, por alguien de la secretaría, por ejemplo entre otros suboficiales Julius Heide, a quien había encontrado entre nosotros. ¡Qué pánico experimentó al ver a Heide! ¿Debía suplicarle que se callara, pagándole lo que pidiese? Pero tal vez Heide no lo supiera todo...

De lo contrario, era inaudito que hubiese guardado silencio durante tanto tiempo... Kraus había intentado obtener el traslado, pero el capitán Von Barring había dicho: «Ni hablar.» Maldito Von Barring, maldito, lo mismo que todos los componentes de aquella condenada sección. Traidores a la patria que deberían ser liquidados Después, ocurrió lo inaudito: nadie le había traicionado, exceptuando él mismo. Dirigió una oración silenciosa al Dios del que había abjurado en 1938,

cuando su ingreso en la sección infame. ¡Cuán orgulloso se sentía al mostrarse en uniforme nazi, verde, con las calaveras de plata! ¡Con qué cuidado había cosido la cinta negra con letras plateadas «Totenkopfverband» <sup>[3]</sup> en la manga izquierda! Había reído de buena gana ante el pánico de su madre cuando compareció en su casa vistiendo el temido uniforme. Había amenazado a su padre con la cárcel cuando éste había invocado la justicia de Dios ¡Qué satisfacción ver cómo la morralla del barrio le observaba con terror! Todos los que se habían mostrado impertinentes le halagaban ahora a más y mejor. Y cuando aquel tabernero se había atrevido a rehusarle crédito él había echado sobre la mesa los marcos grasientos y había gritado en el pesado silencio:

—¡Muy pronto vendrás a arrastrarte a mis pies!

La cosa no se había hecho esperar... Unas palabras en el buzón del campo, el que recogía personalmente Heike, el jefe SS, con el nombre y la dirección del tabernero, y la mención «traidor a la patria». Tres semanas más tarde, el tabernero era convocado, y el mismo día, sujeto en el caballete, recibía diez bastonazos. ¡Cerdo de tabernero! Un día de enero de 1938, se dejó atrapar en las alambradas y fue enterrado con una cincuentena de judíos que acababan de ser ahorcados tras el establo.

El día en que llegó a Gross Rosen como Unterscharführer fue uno de los más hermosos de su vida. A menudo, lo recordaba con emoción. Se le confió la custodia de los perros. Adoraba sus perros, pero el jefe SS Hauptsturmtührer Streicher era un imbécil. Debido a que varios traidores a la patria habían sido mordidos levemente por los perros, Streicher armó un alboroto. Desde luego, hubo uno que murió, pero, ¿qué importaba aquello? De todos modos, habrían muerto igual. Era un viejo schnock, un antiguo ministro de la República que se desvanecía cada vez que recibía un bastonazo...

El Hauptsturmtührer Streicher solicitó una investigación y si no hubiese habido, además, la historia del «Hopla Hop», se hubiera echado tierra al asunto. Pero el «Hopla Hop» era tal vez algo fuerte, Kraus debía reconocerlo, incluso para unos inmundos traidores a la patria.

Fue Steinmüller, el Oberscharführer del bloque 7 quien lo inventó, y el juego comprendía una docena de variantes.

Por ejemplo, varios prisioneros eran conducidos a la gran plaza, detrás de las perreras, se les ponía una caja en la cabeza y se les amenazaba con una paliza si la caja caía. Los SS hacían puntería en las cajas, y naturalmente ocurría a veces que un prisionero recibiese un balazo en la cabeza. Pero, ¡qué maravilloso ejercicio de tiro, y cuán divertido!

Se organizaban también carreras por encima de las letrinas, y se retiraban las planchas cuando los sujetos estaban en medio. Era divertido verlos chapotear entre los excrementos, algunos morían asfixiados, pero, una vez más, ¿qué importaba?

¡Dios, cuánto se divertían en aquel batallón! Había muchas maneras más de jugar al «Hopla Hop», pero un día Steinmüller había exagerado la nota. Había atado a tres prisioneros desnudos a la caldera de la calefacción, para ver si eran valientes.

Aquel animal de Streicher lo descubrió. ¡Menudo jaleo! ¡Si hubiesen podido pescar al soplón! Pero, por fin, pudieron saldar cuentas con aquel bandido de Streicher. Fue juzgado por un consejo de guerra por haber defendido a los traidores a la patria, expulsado de las SS y trasladado a la aviación. Se decía que le habían derribado en Polonia.

Después de Gross Rosen, Ravensbrück. Sólo mujeres. ¡Qué época aquella! Había allí un Starführer con la insignia de sangre de 1923. Era un vicio! Lo que llegaba a inventar con aquellas mujeres... Después de una de aquellas sesiones había para volverse loco. Una de las prisioneras, antigua abogado, se atrevió a acusar a los SS de abuso de poder. La lisiaron con el palo de una escoba y después le saltaron encima desde la mesa, hasta aplastarla como una cáscara de huevo. El comandante de Ravensbrück no solicitó una investigación: Él, por lo menos, sabía cómo tratar a aquella chusma. ¡Qué divertido era azotar a las mujeres! A veces te dolía todo el cuerpo, pero, una vez, estuvo a punto de salir mal librado, porque una de aquellas arpías, bajo pretexto de que estaba encinta por obra de Kraus, había protestado con vehemencia. Él se las había arreglado para liquidar a la potranca gracias a su amistad con el médico en jefe. Era inaudito lo difícil que resultaba matar a una mujer...

Había sido preciso recurrir a la inyección de gasolina. También había estado muy bien su nombramiento para la sección de liquidación de Birkenau. Al principio, sin embargo, causaba cierta impresión; sobre todo, cuando llegaban millares de judíos para recibir la dosis de Cyclon B. Pero uno se acostumbra a todo, y, en verdad, no sabía qué cantidad de judías había liquidado.

Un día, no obstante, tuvo mala suerte; fue el día más negro de su existencia, aquél en que fue despedido del servicio de liquidación. Fue el SS Unterstunnenführer Rochner, el culpable, y sólo por haber violado a una rumana. ¡Como para fiarse de los compañeros! Cayeron sobre él y sus cuatro acólitos y se decidió enviarle a la sección de instrucción de combate

en Cracovia. Pero él se escabulló a causa de un pie infectado. Mil marcos para obtener esa infección del pie; sin embargo, la mala suerte se ensañaba con él. Fue enviado directamente a Klagenfurt, al regimiento SS «Der Führer». Un regimiento de estúpidos que sólo aspiraban a una muerte heroica...

Fueron meses de sudores, de desesperación y de miedo, hasta que huyó del frente en Kharkov, el mismo día de su llegada. Consejo de guerra, degradación, prisión y Torgau.

Aún temblaba ante el recuerdo de Torgau, aquella prisión atroz, y después, el colmo...Aquel espantoso regimiento disciplinario formado por criminales de la más

baja ralea.

Y ahora, esa gentuza deleznable se atrevía a juzgarle, a él, el soldado del Führer, el veterano de los nazis. Sacó el pecho, pero su valor huyó por todos sus poros cuando miró a Porta, a Hermanito y al legionario.

Nunca se sabía lo que aquellos psicópatas eran capaces de inventar... Unos bestias... Podía ocurrírseles lo peor. Kraus pensó en el capitán Meyer, en el Obersturmführer Gratnohl, en el Sonderführer Hansen... El sudor brotaba, helado, de su frente. ¿Debía pedir socorro? Tal vez hubiese en las cercanías algunos camaradas SS... Denunciar por fin a aquellos cerdos, ¡qué placer! Habría varios balazos en la nuca, y ya iba siendo hora de que ocurriera...

Pero, ¡qué diablo! He aquí a Porta que se adelantaba... lentamente... ¡No me toques!, quiso gritar Kraus; pero sus labios no exhalaban ni un sonido. Su lengua estaba hinchada, seca; el sudor le resbalaba por la espalda. El legionario, aquel monstruo marroquí, aquella sucia bestia desfigurada por la cicatriz, se le acercaba sonriente, y aquel gorila de Hermanito... E incluso Julius Heide, un hermano de armas... Andaban algo inclinados, como si quisieran atacar. Brandt, aquel ladrón, sacó su cuchillo.

¡Era imposible que quisieran matarle! El Viejo había hablado de asesinato. Y, sin embargo, habían matado lentamente a Hansen, lo que era un crimen y habían ahorcado a Gratwohl, lo que también era un crimen. Y al capitán Meyer le habían fusilado, lo que era otro homicidio... ¡Qué horror! Aquellos traidores a la patria. Se defendería... Dispararía...

Un ruido metálico. ¡Dios mío! Porta le había hecho caer la carabina de las manos.

—¡No, no! —gritó cuando el legionario le lanzó una patada a la entrepierna.

— Sonreían, silenciosos, descubriendo sus dientes apretados. ¿Iría a morir hoy? Pero era horrible... La vida... La hermosa vida... Había cumplido con su deber, nada más. ¿Comprenderán esto aquellos criminales?

El Viejo le observaba sin hablar, con ojos sombríos, ojos que ya no eran los de el Viejo. Era su enemigo, y no dijo: «Es un asesinato.»

El círculo se estrechaba. Le rodeaban desde muy cerca. Él estaba en medio, como la mancha en el centro del blanco. Golpearon. Un indecible sufrimiento atravesó su cuerpo de pies a cabeza. Gritó mientras caía, como había gritado Gerhardt.

—Jesucristo, ayúdame, Santa Virgen, ayúdame. ¡Ah! —oró sin ser escuchado—. Me haré sacerdote para el resto de mi vida. Dios mío, te serviré, nunca volveré a renegar de Ti. ¡Sálvame de estos demonios!

Las montañas se derrumbaban, el cielo se abría... Le ataron fuertemente con cuerdas y le dejaron allí, ensangrentado, sin prestarle atención, mientras fumaban en silencio.

Después, un álamo fue curvado hacia el suelo.

Kraus sabía lo que iba a ocurrir. Aulló como una bestia, tal vez como un loco. Pero sólo Satanás debió de oírlo, y se regocijó.

Así murió el SS, con todos los miembros y todas las articulaciones descoyuntadas. Gritó durante diez minutos antes de morir. Porta encontró que había ido demasiado rápido.

Echamos el cuerpo en una garganta estrecha y la sección prosiguió su camino. Cerca de otra ruina humeante encontramos una bandada de SS, pero nadie disparó, y el grito del legionario, «¡Alá el Akbar!», no resonó en la montaña. Nuestra sed de sangre estaba saciada.

Gisele dormía. La besé; ella se despertó, se desperezó y me besó con pasión. Había dormido mucho rato.

¿—Así pues, el judío que encontrasteis, ¿murió por fin?

La besé sin contestar. Ella rió y volvimos a caer abrazados; después, preguntó de nuevo.

—¿Murió?

—No. Un judío nunca muere.

—De todos modos, es preciso que algún día muera —observó, sorprendida. — No. No se puede matar a un judío. Sigue viviendo, pese al odio, pese a la persecución.

—No lo entiendo, pero no importa. Esas cosas me aburren; prefiero hacer el amor.

*En el burdel se había hecho limpieza a fondo, y habían llegado nuevas pensionarias.*

*El enorme pescado que había sobre el escritorio de Madame había desaparecido para ser sustituido por una cabeza de toro. Alguien había colgado una media extrafina a uno de los cuernos, y en el otro había unas bragas color azul pálido.*

*Una mujer completamente desnuda bailaba sobre unas mesas. Se contorsionaba mientras unos reflectores iluminaban con luces de colores las partes más íntimas de su anatomía.*

*El público aullaba y Hermanito rebasaba todos los límites. Para calmarle, hubo que golpearle con una botella.*

## HERMANITO SE ECHA NOVIA

Aquel día, llegué al hospital inmediatamente antes de la visita.

El doctor Malher se detuvo junto a la cama de Mouritz, y, como de costumbre, echó una ojeada a los papeles que le alargaba Bola de Sebo. Silbó por lo bajo y después observó con atención a Mouritz, el voluntario sudete.

—¿Cómo está hoy nuestro aventurero?

—No muy bien, señor doctor en jefe —contestó Mouritz, según las mejores tradiciones de la profesión militar.

—¿De veras? No está tan enfermo como eso, querido amigo.

Se volvió y descubrió a Hermanito, muy estirado en su cama, con las manos llanas sobre la sábana y la expresión maravillosamente estúpida. El doctor Malher sonrió y volvió a silbar por lo bajo:

—¿Se encuentra mejor el paciente? —Hermanito jadeó de miedo, pero Malher no le oyó—. El estado general del paciente es en conjunto, muy bueno. Requiere su envío al batallón de convalecencia de la división. —Hermanito se irguió de golpe, con una mirada que partía el corazón—. Podremos firmarles su hoja de salida... Veamos...

—El martes, 7 —susurró Bola de Sebo.

El doctor Malher sonrió débilmente:

—Bien, enfermera, el 7.

Hermanito abrió la boca, el terror le brotaba por los ojos, y comprendía tan poco como los otros cuál era la idea del doctor Malher. Pero, con alivio general, éste se volvió con viveza hacia la cama de Mouritz y alargó la mano al paciente.

—¡Buena suerte! Espero que haya descansado bien entre nosotros.

Hermanito se volvió a dejar caer en la cama, con la impresión de encontrarse en el paraíso.

—El paciente parece algo pálido —dijo el doctor Malher al llegar junto a la cama del gigante.

Bola de Sebo lanzó un resoplido y alargó al médico una hoja donde se hablaba más de castigos por indisciplina, que de enfermedad. El doctor efectuó una minuciosa auscultación de la poderosa caja torácica.

—El paciente respira con notoria dificultad —dictaminó—. Aliento extremadamente fétido y lengua muy sucia. —La lengua de Hermanito asomaba como un enorme pedazo de carne podrida por el tabaco y el alcohol—. Y aparte de esto, ¿cómo está usted, amigo mío? —prosiguió el doctor, con sarcasmo.

—Señor doctor, cuando estoy acostado, bastante bien, pero así que me incorporo, la cosa ya no marcha —dijo con voz moribunda.

—Hum, hum... Entiendo. ¿Poco apetito y mucha sed?

—Sí —contestó Hermanito, que no tenía ni la menor idea de lo que significaba la palabra apetito.

El doctor sonrió y dio la orden.

—El paciente será sometido a régimen durante ocho días. Cama integral, baños alternos en combinación con lavajes.

Bola de Sebo mostró sus dientes amarillos en una sonrisa diabólica, en cuanto al doctor, saludó y prosiguió su ronda.

No fue hasta después de haber sido revisada toda la sala, cuando Hermanito se dio cuenta con horror de lo que acababa de ocurrirle. Pero nada se podía hacer. Llegó la hora del lavaje, administrado por Bola de Sebo en persona.

El espectáculo fue inolvidable.

—¡Voy a llamar a la gendarmería y serás sometido a un consejo de guerra! —vociferaba Bola de Sebo, sujetando con todas sus fuerzas el tubo introducido en el enorme trasero de Hermanito.

—No hay consejo de guerra que valga si quiero ensuciarme encima de ti —contestó Hermanito, mientras lanzaba un pedo.

El agua empezó a agitarse violentamente y se desbordó del recipiente. La enfermera chillaba, Hermanito relinchaba, pero el lavaje acabó por ser administrado hasta la última gota.

—¡y vas a retenerlo! —gritó Bola de Sebo.

Blasfemando y despotricando. Hermanito retuvo el líquido más de una hora, sabedor de que la enfermera volvería para ponerle una inyección. La aguja era siempre la más vieja y grande que ella podía encontrar, y la clavaba con lentitud, para escuchar los gritos del gigante. Era su hora de la venganza.

Aquel día, apenas se había inclinado la enfermera sobre el enorme e hirsuto trasero cuando un ruidoso surtidor emergió con fuerza. Bola de Sebo pegó un salto hacia atrás y lanzó un grito de terror, mientras que las carcajadas de Hermanito hacían temblar todas las camas.

La enfermera, mojada de pies a cabeza, apestaba de una manera horrible.

—¡Cerdo lúbrico! —tartamudeó—. ¡Voy a hacer que te encierren hasta que te pudras!

—¡Cállate, saco de pipí! —cloqueó Hermanito, risueño.

Bola de Sebo profirió unos sonidos salvajes y cogiendo el enfermo por las orejas, le golpeó la cabeza contra el borde de la cama.

—¡Mierda! —exclamó el legionario, admirado, antes de volver a enfrascarse en la lectura del Corán.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta y desapareció como por arte de magia al darse cuenta de la escena. Sin embargo, Hermanito se salió con la suya y desde entonces fueron suprimidos los lavajes.

Ocho días más tarde, «convaleciente» y más bebido que una cuba, se dirigió a la habitación de Bola de Sebo, que se tomaba su hora de descanso, tendida en la cama, leyendo *La mujer de dos hombres*, su novela favorita.

De repente, hubo un alboroto monstruoso, que nadie se atrevió a interrumpir. El médico de servicio, un novato, advertido precipitadamente, tuvo la prudencia de limitarse a pegar la oreja a la puerta, sin intervenir en aquella batalla de titanes.

Después de muchos minutos, el silencio reinó de nuevo. Temimos que hubiera algún cadáver. El silencio duró dos horas y media, y todo el mundo empezaba a inquietarse en serio, cuando vimos comparecer a Bola de Sebo y a nuestro camarada, que bajaban la escalera cogidos del brazo.

Hermanito tenía un ojo amoratado y un uniforme maravillosamente cepillado. Sus botas y su cinturón, pulimentados, brillaban como nunca. Bola de Sebo exhibía un abrigo rojo y un sombrero azul adornado con plumas multicolores de faisán. Sin dirigirnos ni una sola mirada, desaparecieron en dirección a la Reeperbahn y no regresaron hasta muy avanzada la noche. Hermanito estaba completamente ebrio y Bola de Sebo sufría arrebatos de risa mientras jugueteaba con una pelota de terciopelo rojo que llevaba atada a una muñeca.

El gigante se dejó caer en una cama, que no era la suya y cuyo propietario fue lanzado al otro extremo de la sala. Reía en sueños y roncaba como un cerdo saciado, impregnando la sala de efluvios de taberna.

Al día siguiente nos declaró que se había enamorado e inició un adecentamiento personal del que nadie osó burlarse.

—¡Brillantina! —susurró el legionario.

La brillantina, esparcida con el cepillo de la ropa, nada podía ante aquella pelambrera:

—¿Estoy guapo, nómada?

El legionario, con una mueca, dio la vuelta en torno a Hermanito. —Estás guapo, pero tienes demasiado trasero en los pantalones. Sin embargo, nadie lo notará —dijo condescendiente—. Vete y sé feliz.

No tardó mucho rato en regresar, bajando la escalera como un toro furioso. Con mirada malévola, entró como un bólide y se sentó en el suelo, rezongando:

—¡Puerca, marrana, granuja! ¡Me ha echado diciendo queapestaba a perfume como un burdel en bancarrota!

—¿y tú lo has tolerado? —dijo el legionario, con expresión sorprendida.

—Si, porque me ha cogido por sorpresa, pero ya verá. ¡Yo soy un guerrero!

—y un imbécil —dijo con amabilidad el legionario—. Yo, Alfred Kalb, de la Legión, me permito afirmar.

El gigante pasó del blanco al rojo. Pegó una patada a un cubo, un puñetazo a Mouritz, amenazó con abofetear a Stein e insultó por la ventana a un ciclista que nada tenía que ver con la cuestión.

Tras de lo cual, ordenó a Mouritz que nos cantara unos salmos. Como el desdichado se negase, fue perseguido bajo todas las camas, para regresar, finalmente, a la suya, de la que surgieron unos cánticos ejecutados con voz moribunda. Se hubiese dicho un cristiano a punto de ser echado a los leones.

Hermanito metió la cabeza bajo el grifo. Se secó con un trapo y ordenó de repente

—¡Stein, Bauer! ¡En marcha a ver a las putas!

—¿A esta hora? —preguntó Stein, mientras Bauer empezaba a vestirse.

El legionario se reía:

—Si, necesitamos ejercicio.

Nos marchamos ruidosamente. En el ancho pasillo, un cubo estaba en nuestro camino y Hermanito lo volcó de una patada. El agua manchó el suelo impecable.

La enfermera de sala, indignada, se precipitó sobre el gigante.

—¡Lo has hecho adrede, cerdo!

—¡Eh? ¡Bruja de Hitler!

El cubo recibió otra patada que lo envió contra una puerta encristalada. El cristal se rompió con gran estrépito, mientras la enfermera empezaba a chillar. Un suboficial de servicio, con casco y armas de acuerdo con el reglamento, llegó al trote. Era un jovenzuelo sin experiencia, con ojos muy azules que relampagueaban, lo que también formaba parte del reglamento.

—¡Firmes! —ordenó.

Con bastante desgana, hicimos chocar los tacones y adoptamos una actitud que podía parecerse a la posición de firmes. El rostro de la enfermera se iluminó. Se secó las manos en el delantal, que llevaba en el vientre un águila descolorida y se alejó vociferando por el ancho corredor.

—Usted, cerdo —dijo el suboficial—, voy a enseñarle buenos modales.

Hermanito inclinó la cabeza sobre un hombro y miró con curiosidad al suboficial lleno de celo, con el casco demasiado grande para él, como si intentara descubrir en su rostro los primeros síntomas de la locura.

—¿Yo? —dijo Hermanito con expresión sorprendida, señalándose con un dedo—. ¡Mira por donde! —sonreía lleno de confianza—. De acuerdo con el reglamento, he de ser mencionado por mi grado, incluso aunque tenga colitis. —Colocó su manga tan cerca de la nariz del suboficial, que éste tuvo que retroceder un paso para no ser derribado—. Como puede ver el señor suboficial, soy Obergefreiter <sup>[4]</sup>, y le recuerdo que ha de dirigirse a mí en esta calidad.

Enrojecimos de placer. Nadie hubiese creído a Hermanito capaz de una respuesta digna del mismísimo Porta.

—¿Pretende darme lecciones? —gritó, el suboficial—. Cuádrese y no hable hasta que se le interroge.

—¡Eres un culo con orejas! —dijo Hermanito.

El suboficial estalló como una bomba.

—¡Todos son testigos de lo que este hombre me ha dicho! —tartamudeó.

El legionario rió suavemente, lo que aumentó la furia del suboficial:

—¿De qué te ríes, imbécil, negro castrado? ¡Ya me ocuparé de ti!

La sonrisa se borró del rostro del legionario y sus ojos se volvieron fríos como los de una serpiente. El joven novato acababa de crearse un enemigo mortal.

Stein se apresuró a gritar:

—Declaro, señor suboficial, que no podemos testimoniar nada. No hemos visto nada.

—¡Rebelión! —vociferó el novato—. ¡A mí, la guardia!

Armando más ruido que un tanque, se presentaron diez soldados enfermeros que surgieron de la sala de guardia.

—¡Deténganles!

Nadie reaccionó.

—No tenemos derecho —dijo un viejo Obergefreiter, con acento cansino—. No podemos.

—¡Rebelión, rebelión!

El viejo Obergefreiter, encantado, nos guiñaba un ojo, mientras nosotros seguíamos el curso de los acontecimientos, esperando lo peor.

El suboficial, que había conseguido recuperar la serenidad, consiguió gritar:

—¡Reflexionen! Esto les costará la cabeza. ¡Soy führer de las Juventudes Hitlerianas! Sacó de la funda su voluminoso «P 38», lo armó y tartamudeó con rabia —: Quedáis todos detenidos en nombre del Führer. Y haré que os corten la cabeza.

Entonces ocurrió lo que debía suceder. El revólver se disparó. El suboficial sufrió tal impresión que, maquinalmente, disparó por segunda vez, lo que hizo temblar las paredes del hospital y salir corriendo a la enfermera, aterrada, que, sin embargo, no olvidó su cubo.

Una puerta se abrió y compareció el Hauptfeldwebel <sup>[5]</sup> Domas, con la boca brillante aún del desayuno. Examinó la situación de una ojeada, y volviéndose hacia el suboficial preguntó con expresión de reproche mientras seguían resonando las palabras «rebelión» y «sabotaje».

—¿Está seguro de la exactitud de su informe? —Tamborileaba en el botón superior de la impecable guerrera del suboficial—. ¿Quién ha disparado?

—¡Yo! —ladró el insignificante oficialillo.

—¿De veras? ¿Contra quién? No hay muchos muertos. —Miró a su alrededor, buscando un cadáver que hubiera molestado su sentido del orden—. Siempre ocurre lo mismo cuando los novatos se ponen a disparar. ¿Y por qué ha disparado usted, señor suboficial?

Recalcó la palabra «señor» y «suboficial», para significarle su desprecio. No hubo respuesta.

El feldwebel del hospital se divertía. Señaló con un dedo acusador los dos agujeros de nueve milímetros que atravesaban la puerta del laboratorio, de donde ahora surgían unas muchachas rubias como el trigo. El feldwebel se regocijaba. ¡Deliciosa situación! ¡Poder aplastar a aquel piojo de suboficial! Se lamía los bellos.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Una rebelión! Estas cosas no suceden en «mi» hospital. Supongo que estará de acuerdo. ¡Vamos, conteste!

—Herr feldwebel...

—¡Nada de discursos imbéciles! —interrumpió el feldwebel, encantado.

De repente, con gran decepción por su parte, en el ancho pasillo compareció el doctor Mahler en persona. Su blusa blanca flotaba tras de él de una manera lo menos castrense posible.

Se detuvo ante el grupo que había al pie de la escalera e hizo un ademán de indiferencia.

—¡Qué horror! Ayudante, límpieme todo esto. Cualquiera creería que estamos en una estación bombardeada., ¿Ibais a salir? ¡Largaos! —Señaló la puerta encristalada —: Que cuiden de sustituir ese cristal; está todo muy, desordenado. Esta casa es un hospital y no un circo.—El doctor Mahler decía siempre «hospital» y no «lazareto» según la expresión militar.

Lanzó una breve ojeada a las numerosas mujeres que se habían reunido en el pasillo.

—¿No tienen mis enfermeras nada más que hacer que escuchar historias de soldados?

Saludó y prosiguió su camino. Las enfermeras se esfumaron, la guardia regresó ruidosamente a su puesto y nosotros desaparecimos por las puertas giratorias. El ayudante dijo al suboficial con los dientes apretados:

—Después subiremos y me ocuparé de usted. Para empezar, irá al calabozo.

—¡Al calabozo! —gritó el desdichado con tanta fuerza que el doctor Mahler, en el otro extremo del pasillo se volvió de repente.

—¿Decía usted, ayudante?

—No, señor doctor en jefe.

Entretanto, nuestra salida se presentaba bien. Irrumpimos ruidosamente en el burdel, donde una gruesa y fea mujer, tras una mesa, esperaba a los clientes. En la pared había un aviso en que se indicaba que, en caso de necesidad, había que llamar a la sección de Feldgendarmarie número 0 001, y en caso de extrema urgencia, a la sección número 0 060.

Al no complacerle en exceso la pinta del bergante de Hermanito, la gruesa mujer pensó en la sección número 0 001. Hermanito se inclinó sobre el mostrador.

—¿Sabes el alemán? —preguntó a la mujerona—. ¿Sí? Entonces, escucha, gordinflona: avisa a tus chicas, y a toda prisa. ¡Pensamos pasárnoslo en grande!

Se rió muy satisfecho, se irguió cuan alto era y esperó. La celestina se levantó, colosal; sus senos lucharon por escapar del sostén, sus ojillos incoloros lanzaban relámpagos, varios pelos de su barbilla se erizaban belicosamente.

—¡Fuera de aquí o llamo a los, gendarmes! —gritó.

Nos salpicó a todos con su saliva. De debajo del mostrador sacó una porra de gendarme, que descargó con fuerza sobre el cráneo de Hermanito.

Éste lanzó un aullido, y después todo ocurrió con la velocidad de un relámpago. De la celestina no quedó más que un zapato. El resto se debatía en el salón, donde un rebaño de chicas semidesnudas se escondía por los rincones, pensando que una «V2» acababa de aterrizar en medio del burdel de Hamburgo.

—¡Bravo, chicas! —gritó el gigante de buen humor—. ¡Henos aquí otra vez! —¡A beber, y al catre!

—No tenemos nada que beber —dijo Elfriede—. Madame guarda las llaves.

Hermanito se inclinó sobre la montaña de carne tendida en el suelo y encontró las llaves ocultas entre los senos. Las chicas, encantadas, salieron corriendo hacia la bodega, y se inició una orgía indescriptible. Todo el mundo estaba ebrio; echábamos los licores en la garganta de las prostitutas. Stein pintaba con tinta el trasero de una de ellas. Bauer se divertía con la corpulenta Trude encima del piano; la sala estaba

cubierta de vasos rotos.

Hermanito, demasiado cansado para subir al otro piso, se ocupaba de Isle en el mismo suelo, mientras todos cantábamos al compás:

*Schön ist die Liebe im Hafen*  
*Hermoso es el amor en el puerto*

*Schön ist die Liebe zur See.*  
*Hermoso es el amor por el mar.*

Y llegaban nuevos clientes, con los ojos desorbitados por la estupefacción, Apenas nos habíamos marchado del burdel, cuando se presentó como una tromba la Feldgendarmerie. Los gendarmes iban armados hasta los dientes y parecían decididos a todo. En el establecimiento resonaban gritos de mujeres histéricas.

—Las putas reciben una azotaina —dijo Hermanito, que estaba más excitado que de costumbre.

Sin ningún motivo, se detuvo en el centro de la calle, hizo bocina con las manos y vociferó la palabra rusa:

—Stoi!

Tres gendarmes que habían permanecido junto a su vehículo se volvieron con viveza hacia nosotros y vieron a Hermanito agitando los brazos, desafiando a una legión de gendarmes.

Hubo ruido de botas, tintineo de armas, un poderoso motor se puso en marcha. Los gendarmes, que acababan de pegar una buena paliza, no sólo al personal del burdel, sino a los clientes que habían encontrado dentro, se hallaban ahora frente a la pieza más importante.

—Venid, piojos, para que os destroce —vociferaba Hermanito a los gendarmes, ebrio de violencia y decidido a aplastarlo todo bajo sus pies.

En todas las Policías del mundo entero no se encuentra a nadie que pueda ser comparado con los brutos alemanes que llevan en el pecho la media luna de metal. Los miembros de la Feldgeñdarmerie adoraban romper los brazos en varios tiempos. Sabían cómo golpear a un individuo sin que se desvaneciese, pero de manera capaz de hacerle perder la razón, y, efectivamente, bastantes soldados habían pasado de las celdas blindadas de la feldgendarmerie a las acolchadas del manicomio, que ya sólo abandonaban con los pies por delante.

—¡Alá es grande! —gritó el legionario, preparándose para el combate.

Hermanito seguía con las piernas bien separadas en la vía del tranvía; ¡hermoso objetivo para aquellos brutos! Stein blasfemaba, Bauer reía roncamente y se rodeaba la muñeca con la correa en cuyo extremo colgaba, la funda de la bayoneta, arma terrible para quien sabía utilizarla, y Bauer era un maestro en su uso.

El Oberfeldwebel y feldgendarme Braun, un toro que adoraba ciertos golpes bajos —que lo convertían todo en papilla—, bajó lentamente por la calle, seguido por sus acólitos. Su casco parecía pequeño en la enorme cabeza. El Oberfeldwebel Braun, del tercer comando de la Feldgendarmerie, era el granuja más grande que hubiese llevado jamás aquel uniforme. Rastrero ante sus superiores y déspota con todos los que dependían de él, se había formado en un comando de Policía de Hamburgo. Muchos huelguistas habían quedado tullidos después del trabajo de Braun, muchas mujeres de San Pauli habían jurado venganza después de haber sufrido el tratamiento especial del dispensario número 7 de la Davidstrasse. Al volverse muy malsano para él el aire de Hamburgo, Braun se había hecho trasladar a Berlín, pero, cuando la declaración de guerra, volvió a comparecer en Hamburgo a la cabeza de un comando especial.

Durante muy breve tiempo, París había conocido sus actividades, pero a Braun le entró el pánico del maquis francés y volvió a conseguir que le trasladaran a Hamburgo. Le encantaba golpear a un soldado hasta matarlo. El grito que lanzaba la víctima cuando le pegaba entre las piernas era para él la música más deliciosa, y el llegar ante Hermanito en cabeza de sus esbirros, parecía un demonio sediento de sangre. Su cachiporra le rozaba las botas, una cachiporra que, según él, había matado a dos soldados de un solo golpe. Los hombres le llamaban el Gorila.

El grito de Hermanito resonó como un trueno. —¡Gorila! ¡Grandullón! ¡Ven a que te liquide!

—¡Adelante! ¡Hemos de cogerle vivo!

Siete gendarmes se precipitaron sobre el gigante, que les aguardaba como una roca en mitad de la calzada. Las cachiporras actuaron. Se oyeron ruidos sordos, un gendarme lanzó un estertor, Hermanito bramaba como un ciervo, los comandos de Braun galopaban por la calle.

La contienda no duró más de cinco minutos. Atado como un salchichón, Hermanito fue metido en el vehículo de la Feldgendarmerie.

¡Alá el Akbar! —aulló el legionario.

Y se lanzó a la carga.

Su puño golpeó la nuca de un gendarme. Un cuchillo relampagueó, resonó un disparo. A lo largo de las casas, se adivinaba la sombra de los que huían ante la sombra de los soldados gendarmes. El legionario saltó a la espalda de uno y le apretó el cuello hasta que el sujeto se derrumbó. Stein reía como un loco; de un manotazo derribó a uno que sacaba su revólver.

De repente, sonaron unos estridentes silbatos. Una mujer lanzó un grito de alarma:

—¡Largaos, muchachos! ¡Ahí viene el comando de ataque!

En la Reeperbahn ululaba una sirena, se encendían luces verdes, se escuchaban las pisadas de botas claveteadas que corrían por la calle. Sin querer averiguar más y

arrastrando el cuerpo inanimado de Hermanito, salimos a toda marcha hacia la cervecería «San Pauli», en la que un guardián nos abrió una puerta oscura. Se escuchó crepitar una ametralladora.

Hermanito era, con mucho, el más mal parado: tenía el rostro cruzado por dos heridas que sangraban abundantemente. Fuimos a buscar un enfermero del hospital, que recosió a nuestro camarada sin demasiadas precauciones. El desdichado blasfemaba de dolor, pero sus manos todavía atadas, le impedían, por fortuna, que se defendiera.

Al cabo de algún tiempo, y por caminos apartados, el mismo enfermero nos hizo regresar al hospital.

Tres días más tarde, diez hombres de la Feldgendarmerie, bajo el mando de Braun en persona, irrumpieron en la sala y manifestaron su júbilo al ver a Hermanito. Se lanzaron sobre él y se lo llevaron, pero a nosotros nunca se nos identificó.

Transcurrieron dos días. Con gran estupor nuestro vimos que Bola de Sebo salía del hospital en el instante en que había más trabajo. Iba vestida de punta en blanco: sombrero rojo, vestido amarillo y paraguas verde, lo que la hacía parecer una gran bandera brasileña.

Todo el hospital se asomó a las ventanas. La enfermera en jefe iba a toda marcha a lo largo del Zirkusweg y desapareció por la escalera de la estación que conducía a San Pauli.

Regresó a las cinco y cuarto de la tarde, llevando a Hermanito de la mano. Nadie hubiese sabido nunca lo que ocurrió, a no ser por un Feldgendarme que contó la fantástica historia.

Bola de Sebo tenía relaciones de alcurnia, entre las que había incluso un general. Se la vio entrar como una tromba en la Feldgendarmerie, seguida por el general de artillería, por tres oficiales de Estado Mayor y por un SA Gruppenführer. Este último sólo sabía decir «¿Ah, sí?» a todo.

Desde la puerta, el general trompeteó

—¡Mucho cuidado! ¡La disciplina deja que desear aquí!

Repitió estas palabras tres veces, con treinta segundos de intervalo. Herbert Freiherr von Senne, artillero lo mismo que el general, solicitó ver al Oberfeldwebel Braun, Hans.

Pronunció «Hans» con la sequedad de la hoja de una guillotina. Los otros dos oficiales palmoteaban satisfechos los estuches de sus revólveres, que llevaban, sobre el vientre, contra lo que prescribía el reglamento. El general se puso el monóculo y pegó una patada a una Biblia que había por el suelo. Un funcionario balbuceó

—Comisaría número 7. ¡Nada que señalar!

—¡Cerdo! —contestó Bola de Sebo, hurgando con su paraguas el estómago del funcionario.

—Sí, señora —admitió éste, a quien la vista de un general hacía perder la cabeza.

El Oberfeldwebel Braun salió corriendo de su cubículo, más allá del pasillo de las celdas, se cuadró a la prusiana y desembuchó un informe insignificante que no llegó a terminar.

—¡Cuerpo a tierra, Ober feldwebel!

Braun volvió la cabeza, sin comprender. Hacía por lo menos diez años que había perdido la costumbre de aquella clase de ejercicio. El general miraba a Braun a través de su monóculo. Bola de Sebo adelantó su papada doble.

—¡Échate cerdo!

Como una montaña que se derrumba al ser dinamitada, Braun se dejó caer en el suelo y tuvo que ejecutar reglamentariamente el ejercicio antes de dejar satisfecho al general.

—¡Esta pandilla necesita disciplina! —exclamó el general de artillería, escupiendo sobre la foto de un jefe militar llamado Ludendorff.

Se ocupó enérgicamente de todo el personal de la comisaría, exigió que se dejase en libertad a Hermanito, habló del frente del Este y terminó con estas palabras aterradoras:

—Toda esta porquería está comunicada al Führer. Voy a cuidarme de enviar la propuesta de vuestro traslado a una unidad combatiente sin pérdida de tiempo.

Se dejó oír un «sí, mi general».

A Hermanito le gritó —¡De ti ya hablaremos más tarde!

Pero, en el mismo momento, descubrió la insignia de los regimientos disciplinarios y enrojeció. Respiró profundamente.

—¡El frente del Este te espera!

Hizo un ademán a Bola de Sebo y pegó un empujón a Hermanito, que parecía atontado.

—¡Al menor síntoma de huida, esta dama utilizará su arma!

Después se marcharon.

Hermanito escupió en el suelo, y dijo: —Ven, Emma, larguémonos.

Ella le cogió por la mano y se lo llevó como si fuera un niño. Le acostamos, pero cuando la noche estuvo avanzada, se embriagó con el legionario, y ambos cuchichearon durante mucho rato. De vez en cuando captábamos algunas palabras: «Gendarmes» y Gorila...

Fue un sábado por la tarde cuando decidieron ir a encontrar a el Gorila. Estaban ya en plena forma, y esa forma mejoró aún gracias a la botella de vodka que el legionario había cogido.

Braun se estaba desvistiendo y pareció sorprendido ante aquella visita imprevista. Tardó algún tiempo en reconocer a Hermanito, que se mostraba especialmente amistoso, haciéndole cosquillas con su cuchillo, pellizcándole las mejillas y

prometiéndole rebanarle el cuello. El Oberfeldwebel Braun sólo consiguió lanzar un débil grito, medio ahogado por los dedos de acero del legionario, que le oprimían la garganta.

—Quiero matarle yo —protestó Hermanito, cuando el rostro de Braun empezó a amoratarse.

En aquel momento, la señora Braun salió del dormitorio, era un miembro activo de las mujeres nacional-socialistas. Antes de comprender bien lo que ocurría, ordenó

—¡Calma! ¡En seguida!

En la penumbra se podían ver sus bigudíes, así como su camisa de noche, que, como todo lo demás, había pertenecido a la propietaria del apartamento, una viuda judía que había muerto en Neuengamme. Ese apartamento era un viejo sueño de la señora Braun, que, por fin, un día pudo convertir en realidad. La viuda y sus tres hijos habían sido detenidos por

las SS, a las tres de la madrugada sin llevarse más que lo que llevaban puesto. La señora Braun estaba allí en persona, con botas y vestido de cuero. En la escalera, el pequeño de tres años lloró y dijo que tenía frío bajo la lluvia. Un SS le abofeteó. La señora Braun escupió al rostro de la madre y le pegó una patada en una pierna.

—¡Ya cuidarás de ti y de tus cachorros, en el campo!

Después, subió al apartamento y empezó a arreglarlo a su gusto, antes de la llegada de su marido.

La judía y los dos hijos más jóvenes fueron enviados a la cámara de gas. La mayor, una muchacha de quince años, acabó en un prostíbulo de campaña.

Todo esto lo había averiguado Hermanito por conductos misteriosos que sólo conocen quienes frecuentan ciertos ambientes. Hermanito miró a la señora Braun. Se oyeron unos gruñidos cuando la cogió por el cabello. La mujer gritó, pero no mucho. Él le golpeó la cabeza contra el montante de la puerta y dejó caer el cuerpo sin vida.

—Era un demonio —dijo el legionario, pisando el rostro de la mujer con sus pesadas botas.

Estranguló á Braun con un pedazo de alambre, y cuando estuvo seguro de que había muerto, murmuró algunas palabras latinas que habían permanecido en su memoria desde los tiempos de la prisión católica de Minden. Al salir, comprobaron con cuidado la cerradura de la puerta.

—¡Corre tanta gente indocumentada! ¡Podrían desvalijar el apartamento! —comentó Hermanito.

Después se subió el pantalón y siguió al legionario al establecimiento de tía Dora, quien colocó ante ellos dos vasos mientras decía

—¿Otro traguito, muchachos? —como si acabaran de darse una vuelta por la pista de baile.

—Skól! —dijo el legionario, apurando su vaso.

—¿Está hecho? —murmuró tía Dora sirviéndose un bitter. —

El legionario la miró —y guiñó un ojo al tiempo que levantaba su vaso.

—Skól! —repitió.

—A la salud de todos los que habrás vengado —dijo tía Dora, que estaba dispuesta a jurar a los indiscretos, que aquellos dos clientes no se habían movido de allí en toda la noche. Pero no hubo indiscretos.

Al día siguiente, los aviones canadienses bombardearon el barrio donde había vivido el Gorila, y lo dejaron convertido en un mar de llamas.

Hermanito miró al legionario.

—Fue una suerte que nos decidiéramos a ir ayer, o de lo contrario hubiésemos llegado demasiado tarde. Y nunca habríamos entrado en el paraíso de Alá, ¿no es cierto, nómada?

—No te burles de las cosas serias —contestó el legionario.

—Hay que tener relaciones —dijo tía Dora—. Son tan necesarias como el aire que se respira.

*El Bello Paul era una excelente amistad. Enviaba a la gente al cadalso o conmutaba la pena por trabajos forzados, según se le antojara, y, por otra parte, no hacía nada por nada, pero tía Dora tampoco era una amistad menospreciable.*

*El Bello Paul era una de las serpientes más temibles del Tercer Reich. Tía Dora no tenía miedo de las mordeduras. Se rió y se rascó los gruesos muslos mientras seguía con la mirada la salida de los esbirros del Servicio de Seguridad.*

*El vaso de ginebra que el Bello Paul se había limitado a olisquear, fue vaciado en el fregadero, para más seguridad. ¡Y Hermanito encontró que era una lástima!*

## VINDSTYRKE II

Nuestra hoja de salida del hospital fue firmada cierto miércoles. El doctor Mahler nos estrechó la mano, mirándonos a los ojos, y tuvo unas palabras amables para cada uno de nosotros.

Necesitamos tres días para despedirnos de todos los conocidos. Hermanito se superó en el prostíbulo. El legionario y yo nos emborrachamos a conciencia en el «Vindstyrke II», en compañía de tía Dora, que de vez en cuando murmuraba palabras incomprensibles mientras miraba al legionario con expresión extraña. Estábamos sentados en uno de los pequeños camarines, bajo la suave luz roja.

—¿Qué haréis después de la guerra? —preguntó por decir algo.

—¿Después de la guerra? —repitió el legionario. Dio vueltas al vaso entre sus manos, observando con interés cómo la absenta cambiaba de color—. Tal vez un poco de comercio.

—La trata de blancas —sugirió tía Dora.

—¿Por qué no? Una mercancía u otra... hay lugares donde las mujeres escasean y se pagan caras. Si te hubiese conocido unos cuantos años atrás, gordinflona, hubiese podido encontrarte un buen enchufe. Te habrías divertido con todo tu batallón en el B.M.C. de Argel.

—Puerco —fue la respuesta de tía Dora.

—Si tengo éxito —prosiguió el legionario—, después de haber rebanado el cuello a unos cuantos que lo merecen, procuraré no armar jaleo y me iré a vivir como un hombre rico al otro lado del charco. Un lugar donde no haya esta diabólica Policía.

Rió ante aquel pensamiento.

—Ni siquiera tú lo eres —dijo tía Dora, mientras encendía un nuevo cigarro—. ¿Quieres que te diga lo que harás así que la guerra haya terminado? Irás a la primera oficina de alistamiento francesa y te cuadrarás para conseguir un contrato en la Legión.

El legionario la miró fijamente. La cicatriz que tenía en el rostro adquirió un color rojo vivo como si la sangre quisiese atravesar la delgada piel. Aplastó en un cenicero el cigarrillo a medio fumar.

La puerta giratoria chirrió y la cortina de abalorios colgada ante la puerta del guardarropas tintineó. Era una cortina como las que se encuentran en el sur de España o en las Filipinas, regalo de un marinero, hacía ya mucho tiempo. Una noche, ese marinero había gritado ante las narices de un tipo de la Gestapo: «¡Iros al diablo, tú y Adolfo!» y le había echado un vaso a la cara mientras que el otro sacaba su revólver. Tía Dora estaba algo apartada, pero rápida como un rayo, se la vio bajar un brazo lastrado con una piedra. El hombre de la Gestapo fue encontrado más tarde, en un foso, al otro lado de Hamburgo.

Al día siguiente, el marinero embarcaba, pero regresó y trajo la cortina de abalorios. Poco después, se hacía a la mar en el Bismarck y murió en el agua helada, con los ojos comidos por las gaviotas, por aquella bandera que odiaba.

—¡Alfred! —dijo tía Dora, con voz extrañamente suave, una voz de la que nunca la hubiésemos creído capaz—. Quédate junto a mí y podrás tener todo lo que quieras, te lo prometo, todo, desde el instante en que hayas tirado el uniforme hasta el día de tu muerte.

¿Era una ilusión o las lágrimas brillaban en los ojos de aquella mujer brutal? ¿Aquellos ojos descoloridos, duros como los de una cobra que va a lanzarse sobre su presa? Los dos se parecían, la tabernera y el mercenario reseado por quince años en los desiertos de África. Coincidencias del destino.

—Dora, mi vieja —cuchicheó confidencialmente el legionario—, intentemos portarnos como personas mayores y no empecemos a ponernos sentimentales. La flor azul no está hecha para nosotros. Tú estás en tu ambiente entre las chicas y los bandidos, y yo, en el desierto con una metralleta en el hombro. Sin embargo, cuando seamos viejos de verdad nos reuniremos para comprar un pequeño local con un bar y siete sillas.

Tía Dora suspiró

—Alfred, jamás tendremos un bar y siete sillas porque hará mucho tiempo que tú habrás muerto en la arena roja, desangrado, y yo también, de delirium tremens.

El legionario se levantó, fue a buscar algunas botellas, preparó cierta mezcla y llenó un gran vaso para tía Dora.

—Bebe, mujer. Todos sabemos lo que es el pesimismo.

Una sirena inició el toque de alarma, que desencadenó todo un concierto.

—¡Alerta! —dijo alguien, como si todo el mundo no lo supiera. Y la mitad del establecimiento se vació.

Una dama con el cabello castaño oscuro entró y preguntó dónde estaba el refugio. Era hermosa, con tacones altos, falda estrecha y medias muy finas de color gris claro. No era una cualquiera.

Las primeras bombas empezaron a caer, sacudiendo la casa. Después, intervino la flak. Allá, en lo alto, se formaron nubecillas blancas.

—Se les oye —dijo alguien.

Sí, se oía a los pesados bombarderos describir círculos encima de Hamburgo.

—¿Dónde está el refugio? —preguntó la dama

—Aquí —contestó alguien, indicándole un taburete del bar.

Otro rosario de bombas se aplastó sobre el asfalto.

—Algunos deben de ensuciarse encima —dijo, risueño un marinero de submarino, metiendo la mano bajo las faldas de una chica.

La dama que quería bajar al refugio, salió, seguida por un señor obeso, muy nervioso. En el mismo instante, un estampido sacudió la casa y la luz parpadeó peligrosamente.

—¡Ésta es buena! —dijo el marinero, doblegando hacia atrás a la chica, que gimió en voz alta.

La dama y el señor nervioso regresaron precipitadamente. Ella estaba atractiva con sus cabellos en desorden y las mejillas enrojecidas por el miedo. Se sentó ante el bar y miró, amedrentada, a su alrededor. El marinero, que había perdido la cinta de su gorra, echó a un lado a la chica y se acercó a la dama. Sin una palabra, deslizó su manaza a lo largo de una esbelta pierna.

—Deje tranquila a mi esposa —dijo el señor grueso, levantándose.

El marinero no le vio, e inclinándose hacia la dama, cuchicheó algunas palabras entre las que se repetía «cama».

—¡Deje tranquila a mi esposa, marinero! —repitió el señor, indignado.

—¿Por qué? —preguntó el marinero.

—Porque es mi esposa.

—¿Es tu marido? —dijo el marinero, escéptico—. ¿Sí? Me gustan las chicas casadas. El señor le cogió un brazo.

—¡Ya ve usted que es mi esposa!

—¿Y qué? —dijo el marinero, bastante ebrio—. Quiero acostarme con tu esposa, ¿lo entiendes, hermano? —Metió una mano entre los muslos de la dama, quien le

abofeteó, furiosa. Él se rió a carcajadas, bebió un trago y gritó Me gustas, me encanta la resistencia y mañana zarpo con el U-189. —Hizo un ademán y dijo confidencialmente—: Es mi último viaje.

Un terrible estrépito nos cubrió de repente de un fino polvillo de yeso. El marinero encogió la cabeza entre los hombros y sonrió.

—Ésta ha caído muy cerca, pero a mí nada me ocurrirá. Me han predicho que moriré en el próximo viaje. Al primer torpedo, zas... El U-189 es un cacharro, y el comandante Von Grawitz, un puerco. Tú, blindado del desierto, ¿conoces al puerco de Von Grawitz, con su cruz alrededor del cuello, para agradecerle todos los que ha enviado a pique?

—Cállate —dijo el legionario, que detallaba a tía Dora cierta receta de sopa que preparaban en Damasco.

El grueso señor, que se había dejado caer pesadamente en una silla ante él estrépito de la bomba, se levantó y aproximóse al marinero. Se detuvo, amenazador, ante él.

—Le ordeno que deje en paz a mi mujer y que me presente disculpas.

— ¡Mierda! —exclamó el legionario—. ¿El idiota quiere pelearse con el hombre de mar?

—No es cosa que nos concierna —dijo tía Dora, exhalando una nube de humo.

El marinero se inclinó y besó a la dama en plena boca. El señor vaciló, golpeó al hombre en la barbilla y gritó cosas incomprensibles. Su mujer, también gritaba. El marido levantó el puño y volvió á alcanzar al marinero, derribándole su cerveza, un doble «ingefar» que costaba mucho de obtener. Eso fue lo que enfureció al hombre. Pegó una patada al señor, que cayó al suelo, y después se lanzó sobre la mujer y la dobló hacia atrás.

El marido se levantó, pálido, cogió una silla y quiso romperla en la cabeza del marinero, pero falló el golpe y alcanzó a su mujer, que se derrumbó como un muñeco.

El marinero saltó hacia él.

—¡Cerdo! ¡Pegarle a una mujer! ¡Ahora sabrás lo que es bueno!

El señor cayó de bruces, con la nariz en el polvo y el belga le echó a la calle.

—¡Coge a la mujer! —gritó el feldwebel de Infantería—. ¡A ver si la dejas bien satisfecha!

¡Cállate! —gritó tía Dora.

La puerta se abrió y un schupo entró dando traspiés.

—¡Todo Kierchenhalle está ardiendo! —dijo—. ¡Parece un infierno!

Se quitó el casco y apareció muy pálido, con rayas negruzcas en el rostro.

Su uniforme apestaba a humo.

—¡Señor, y cómo arde! —Pidió un doble y lo vació de un trago—. Hay un tipo grueso que lloriquea en la calle. ¿Le han sacado ustedes? —Sin esperar la respuesta,

señaló a la dama tendida sobre el mostrador, que movía la cabeza y gemía—. ¿Ha recibido un golpe en la cabeza?

—¡Eres muy curioso! —gritó el feldwebel, vacilante—. ¿Quieres luchar conmigo, amigo?

—Desde luego que no —contestó el schupo, limpiándose la boca con el dorso de la mano, lo que esparció el hollín de su rostro y le hizo parecer muy sucio.

—¡Cobarde! —gritó el feldwebel.

—Escucha, soldado— dijo el agente con paciencia—, tranquilízate. ¡Hay que ver cómo arde! —prosiguió, volviéndose hacia Trude—. Otra cerveza. Este humo da mucha sed. Y tú, soldado, lárgate; no lucho contra los heridos.

El feldwebel de la cabeza vendada trató, con pasos vacilantes, de alcanzar al policía, pero perdía el equilibrio. Con gran dificultad, cogió la botella y la lanzó a la cabeza del agente, que dio un salto hacia atrás.

—¿Estás loco?

Sacó su revólver.

—Sí —tartamudeó el borracho—, por completo.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó un pedazo de papel, que colocó ante las narices del asombrado agente.

—¡Vaya! —Se enjugó la sangre que le manaba de la herida producida por el botellazo—. ¡Un permiso de caza! Uno de verdad. Estás de suerte, porque de lo contrario, habrías muerto. ¡Menudo golpe me has atizado! ¡Qué bruto!

El marinero hurgó de nuevo bajo las faldas de la dama.

—Voy a hacerle cosquillas. Ya veréis cómo vuelve en sí —dijo riendo. La dama gimió. De un golpe, el marinero le arrancó la falda—. ¡Ropa interior rosa! —exclamó. Le dio una palmada en las nalgas—. ¡Vamos, despierta! Heinz no volverá jamás a Hamburgo.

Nuevo rosario de bombas. Los vasos cayeron con un tintineo, la luz se apagó, una muchacha gritó de nuevo. El feldwebel se puso a cantar. El schupo tosió. Su casco había rodado hasta una esquina en el momento de la explosión. El marinero besaba a la dama, que seguía gimiendo.

—¡Un brindis de bodas! —gritó alguien.

Todo el mundo rió, y se bebió a la salud del marinero y de la dama.

—¡Espabílate, maldita sea! —se escuchó en la oscuridad—. Es mi último viaje, mañana zarpa el U-189, pero hoy te toca a ti.

Trude llegó con una luz, y en la penumbra vimos a dos cuerpos tendidos en el suelo. La dama lanzó un grito estridente. El schupo gruñó.

—¡Puerco, déjala tranquila!

Tía Dora se levantó sin ruido y avanzó en la oscuridad hacia el hombre tendido sobre la dama.

La ropa de ésta estaba destrozada, ella se defendía violentamente, pero el marinero iba a triunfar, por fin. El agente le arrancó a su víctima.

El hombre se irguió y gritó como un loco... Pegó un salto hacia la puerta.

—¡Al primer movimiento, disparo! —advirtió el schupo.

El marinero desapareció por la escalera en el momento en que se oían estallar unas bombas incendiarias. Inundado de líquido, el asfalto empezó a arder. Las llamas ascendieron, vivas; el calor se asemejaba al de un horno. Una voz gritó pidiendo arena. Aquel resplandor infernal alargaba las sombras. Toda la calle ardía.

Tía Dora, muy tranquila, encendió un cigarro, el veinteno desde el principio de la alarma.

El legionario canturreaba: «Ven, dulce muerte, ven...» Por la ventana, vimos cómo el marinero ardía cual una antorcha y se derretía lentamente hasta convertirse en un muñeco negruzco.

La mujer violada estaba sentada en el suelo y miraba fijamente ante sí, sin ver nada. Se balanceaba sin cesar de gritar, y empezó a golpearse la cabeza contra las paredes, cada vez más de prisa, como un tren que gana velocidad. Su voz se elevó en un falsete estridente.

—Se ha vuelto loca —dijo un suboficial de zapadores.

Tía Dora lanzó una mirada a la mujer, que no cesaba de balancearse.

—Atrás —ordenó, haciendo un ademán a Ewald.

Nuevo estampido. Unas casas se derrumbaron muy cerca, pero los gritos fueron sofocados por la tempestad de fuego que barría como un tifón el lado opuesto de la Hansplatz.

Tía Dora, siempre tranquila, llegó con un plato de castañas asadas, que nos estábamos comiendo en el momento en que una patrulla del Servicio de Seguridad entró ruidosamente. Su primera mirada fue para el schupo, que estaba poniéndose el casco, y el Oberscharführer que mandaba el grupo lanzó un prolongado silbido.

—¡Ajá! ¡Un agente que descansa junto al hogar! ¡Qué agradable sorpresa!

El agente se cuadró y comunicó la novedad al Oberscharführer.

—Vigilante de Policía Krull, de la comisaría de la Estación central. Nada que señalar.

Los SS se echaron a reír.

—¡Qué poca imaginación, abuelo! La mitad del barrio arde y ¿tú no tienes nada que señalar?

Ahí junto a la puerta hay dos cadáveres, y ¿tú no tienes nada que señalar?

El SS alargó la mano, sin dejar de reír. En silencio el schupo le entregó su orden de patrulla y su carnet. El SS hojeó con indiferencia el pequeño carnét gris, ni tan sólo leyó la orden de servicio y se lo guardó todo en el bolsillo de su guerrera.

—¿Aspiras a un balazo en la nuca, abuelo?

El schupo parpadeó, meneó la cabeza y murmuró unas palabras incomprensibles.

—Estar al fresco en este burdel mientras nosotros cumplimos con nuestro deber... ¡Es el colmo! —Dio la vuelta al agente y le registró con cuidado. El «Mauser» desapareció en un bolsillo del SS—. ¡Vamos! ¡De cara a la pared, y a toda prisa! —Empujó al agente hacia la pared con el cañón de su metralleta—. Vas a balancearte, amigo, con un letrero colgando del gaznate. ¡Desertor! —Los otros SS se echaron a reír—. ¡Pon las manos en la nuca o te arranco las orejas! —gritó el SS.

Se volvió hacia el bar y ordenó

—Cinco dobles, en seguida.

Tía Dora se levantó, guiñó un ojo a Trude, que desapareció hacia la trastienda, donde estaba el teléfono, y ocupó el lugar de la camarera. Aspiraba enérgicamente el humo o de su cigarro.

El SS la miró con fijeza. Su seguridad parecía disminuir ante la mujercilla obesa y de ojos brutales que le miraba con indiferencia.

—He dicho cinco dobles.

Lentamente, tía Dora apartó el cigarro de sus labios y lanzó una bocanada de humo al rostro del otro.

—No.

Todo el mundo levantó la cabeza. El «no» de tía Dora había estallado como un disparo de fusil. El legionario descubrió los dientes. Se levantó también y fue a ocupar el taburete contiguo al del Oberschard.

—¿Un tipo que ha enloquecido? —preguntó a tía Dora, señalando al hombre con la barbilla.

—No, pero sin duda es tonto.

—¿Quién es tonto? ¿Eh, arpía? —gritó el SS.

Tía Dora le lanzó otra bocanada de humo.

—Tú. Si fueses listo, hace rato que tú y tus hombres os hubieseis marchado de aquí.

De la trastienda salió Trude, que hizo un ademán imperceptible a tía Dora y miró con maligno gozo a los SS. El jefe de éstos se irguió, enfurecido.

—¿Me amenazas, vejestorio? Ya va siendo hora de que vengas a hacernos una visita. ¡Me ocuparé de ti, personalmente, gordinflona!

Sus hombres rieron ruidosamente y uno de ellos dejó su metralleta en el mostrador. El legionario la empujó con indiferencia, por lo que la metralleta cayó al suelo con estrépito.

—¡Especie de piojo! —gritó el SS.

Tía Dora lanzó una mirada a Trude, quien de nuevo asintió con la cabeza.

—Siéntate y recoge el arma —ordenó el SS a su hombre. Luego, volviéndose hacia tía Dora—: ¿Y esos dobles? ¿Tendremos que cogerlos nosotros mismos?

—No tendréis nada —contestó tía Dora, mientras colocaba una botella en uno de los estantes.

—¿Cómo dices? ¿Te niegas a servirnos? —Un SS se deslizó sin ruido sobre el mostrador—. Obedece, maldita, o peligra tu cabeza.

El feldwebel con el permiso de caza se levantó titubeante y se acercó al bar.

—¿Alguien quiere pelear conmigo, cerdos de las SS?

El SS le dirigió una mirada de indiferencia.

—¡Lárgate, sapo!

El feldwebel, cada vez más titubeante, pegó su rostro al del SS

—¡Veo que buscas camorra, canalla!

El hombre sólo pegó un culatazo con su revólver y el feldwebel cayó como una masa. Un hilillo de sangre le manaba de la nariz.

—¡Ya basta! —gruñó tía Dora, dejando su cigarro—. Si no desaparecéis los cinco a toda velocidad, vais a recibir un rapapolvo del qué os acordaréis. —Empujó la metralleta lejos del bar—. Esto es un bar, no un arsenal.

Y empezó a frotar febrilmente el mostrador, mientras dirigía miradas ansiosas hacia la puerta.

El legionario abrió la boca.

—¡Cállate! —susurró tía Dora—. Ocupate de tus cosas.

—¡Por Satanás! —vociferó el Oberschard—. Vamos a ocuparnos de ti, vieja ramera, y ya verás el aspecto que tiene tu jeta cuando terminemos contigo.

Pegó una patada al feldwebel inanimado, lo que hizo saltar el vendaje de éste. Apareció una larga cicatriz, muy fresca. Se había vuelto a abrir en varios puntos y se veía la carne roja atravesada por un tubo de drenaje.

Una muchacha se inclinó sobre el herido:

—¡Hans! ¡Oh, el pobre Hans!

Y le arrastró con dificultad hacia uno de los camarines.

Los SS rieron y el jefe se encogió de hombros.

—Cuando nos marchemos, nos llevaremos a ese bruto. Le daremos un rapapolvo. Y ahora, la cerveza, o ya os podéis preparar.

En aquel preciso momento, el belga, que permanecía junto a, la puerta, carraspeó discretamente. Tía Dora levantó la cabeza y sonrió.

Acababa de entrar un hombrecillo vestido de negro, con una bufanda blanca al cuello, guantes blancos y un impermeable gris. Sus ojos eran extraños, opalescentes como los de los muertos.

Tía Dora encendió un nuevo cigarro y dijo;

—Buenas noches, Paul.

El hombrecillo inclinó la cabeza:

—¡Heil Hitler!

Sus zapatos crujían. Sin apresurarse, colocó un cigarrillo en una larga boquilla de plata con embocadura de marfil, que los SS contemplaron, hipnotizados, y con la punta del cigarrillo señaló al Oberschard, encaramado en su taburete,

El Oberschard se turbó. No sabía exactamente lo qué debía hacer. Levantarse y comunicar la novedad, o limitarse a gritar: «¡Vete al diablo!», que es lo que hubiese preferido. Pero la voz era demasiado familiar, recordaba el cuartel o los oscuros pasillos de la Policía. No se atrevía. Por otra parte, la experiencia lo habla enseñado que bajo la indumentaria ridícula de los paisanos podían ocultarse sorpresas increíbles.

Se deslizó del taburete, pero lentamente, y sólo unió a medias los tacones, sin hacerlos chocar. Dijo que realizaba una inspección rutinaria y que había encontrado a un schupo sospechoso de desertión.

El hombrecillo dirigió una mirada indiferente al schupo que permanecía de cara a la pared

¿La orden de inspección?

El SS vaciló. Una mano enguantada se alargó hacia él,

—¿La orden?

—No la tengo, señor.

Un ojo sorprendido le miró, uno solo, el izquierdo de aquel rostro pálido; el otro miraba al vacío y era de una porcelana tan sensible como el corazón del hombrecillo, pero práctica para asustar a los acusados.

—¿Qué quiere decir esto? ¿No tiene orden?

—No, señor... —El SS vaciló respecto al grado. ¿Quién podía encontrarse ante él?—. Hemos pensado que esta pocilga necesitaba una inspección.

El hombrecillo contrajo una comisura de sus labios, en una especie de sonrisa que parecía una mueca horrible.

—¿Quién ha pensado tal cosa? ¿Y qué entiende por pocilga? Porque el único cerdo que hay aquí es usted, Oberschard.

Se produjo un largo silencio. A lo lejos, se escuchaba el estampido de las bombas.

—¿Es usted quien está al mando, Oberschard?

—Sí, señor.

—¿Qué le parece! ¿De modo que usted es el responsable de esta irregularidad? Inspecciones personales realizadas sin ninguna orden, Esto vale consejo de guerra, ¿no es cierto, Oberschard?

El SS tragó saliva y se balanceó sobre uno y otro pie. Ahora habla juntado los tacones y alineado el dedo meñique con la costura del pantalón. Aquel paisano le daba muy mala espina. Tía Dora seguía frotando el mostrador y sus ojos brillaban con malévol alegría.

El SS Oberschardfurer Brenner comunica que la responsabilidad de la patrulla

sólo le incumbe a él.

El hombrecillo enarcó una ceja. El ojo vivo se ensombreció un poco; el muerto siguió helado.

Ya volveremos sobre eso en el Cuartel General, Oberschard. Márchese con sus hombres.

—¿Dónde debo presentarme, señor?

El hombrecillo dio la vuelta al local sin contestar. Examinó los numerosos camarines iluminados con velas y señaló al agente de Policía, pegado a la pared con las manos en la nuca.

—Llévense a ése.

El Oberschard dio media vuelta, siempre en posición de firmes, a fin de dar la cara al hombrecillo.

¿Dónde debemos presentarnos, señor?

No hubo respuesta. El hombrecillo de negro estaba ante el bar y contemplaba las filas de botellas. Tía Dora seguía frotando sin mirar a nadie. Fue Trude quien le sirvió un gran vaso de ginebra. El individuo la olisqueó.

—De Holanda —dijo, como hablando consigo mismo.

Jugueteaba con el vaso y contemplaba el líquido. Empezó a canturrear:

*Judenblut soll spritzen...*

*La sangre de los judíos debe manar...*

Dejó el vaso lleno sobre el mostrador. Acercó a él la nariz y murmuró

—Amsterdam. Kaeizersgracht.

Olisqueó una vez más. Hizo un ademán y se levantó sin probarlo. Se dirigió rápidamente hacia la puerta, pero, al pasar, apoyó una mano en el hombro de Ewald.

—Preséntate mañana en mi casa a las doce y diez. Tu jefe te dará la dirección.

El matón Ewald palideció como un muerto. Le esperaban conflictos. Llegado a la puerta, el hombrecillo se volvió hacia el Oberschard.

—Soy el consejero criminal Paul Bielerf, de la Seguridad Nacional, Sección 4, II A—. Y acto seguido Desapareció.

—¡Diablos! —murmuró el Oberschard, aturdido—. ¡El Bello Paul en persona!

Miró a su tropa. Aquello quería decir una próxima partida para el frente del Este, encuadrados en una unidad combatiente.

El grupo pegó patadas al schupo, amenazó al belga y escupió sobre Ewald, pero a tía Dora no le dijo nada. Allí ocurría algo que no acababa de entender.

La alarma llegaba a su fin. En toda la población se escuchaba el aullido de las sirenas de la policía, mezcladas con las de los bomberos que corrían por las calles. Todo ardía. Hasta nosotros llegó olor a carne asada, pero se trataba de carne humana. El feldwebel con el permiso de caza no recuperó el sentido y murió entre los brazos

de una muchacha que se vendía para tener mantequilla y café, objetos más preciosos que un lingote de oro.

—¡Maldita sea! —exclamó el legionario—. ¡Qué noche!

Miró a tía Dora, que se bebía su ginebra a sorbitos.

—¿Quién es ese Bielert y cómo le has conocido?

—Es curioso, ¿verdad? —contestó ella, sonriendo—. Paul Bielert es un pez gordo de la Policía Criminal de Hamburgo. Es consejero de la Criminal. Su firma puede enviar a cualquiera al otro barrio, sin necesidad de juicio. Lo han convertido en un importante Sturmbannführer de las SS, o algo por el estilo.

—¿Y tú frecuentas a ese tipo?

Tía Dora prosiguió sin preocuparse de la interrupción.

—Antaño, Paul no era gran cosa, un malandrín insignificante de la «Kripo». Un día le saqué de un apuro. —Se limpió los dientes con una cerilla—: Sin mí, el Bello Paul hubiese salido mal librado, pero como es lógico adopté mis precauciones. —Rió silenciosamente—. Cuando se trata con serpientes de esa especie, hace falta el antídoto adecuado.

El legionario se rascó una oreja.

—¡Hum! —dijo pensativo—. ¡Cuidado que no te resulte malsano! Si el Bello Paul creyera oportuno liquidarte... Amiguita, yo en su lugar no lo dudaría.

Tía Dora se echó a reír.

—Oye, Alfred, ¿crees que acabo de salir del cascarón?

—¡Mierda! ¡Desde luego que no! Si fueses una novata, ya haría mucho tiempo que no estarías aquí, pero de todos modos..., ese tipo tiene una jeta... Yo preferiría no saber nada que pueda perjudicarlo.

Tía Dora se estaba divirtiendo.

—Si alguien fuese lo bastante estúpido para liquidarme, todo lo que sé saldría de mi tumba y los tribunales deberían hacer horas extraordinarias. Todos lo saben. Les interesa que no me ocurra nada y que salga viva de esta guerra, puedes creerme. Por otra parte, es posible que termine con varias putas buscando clientes detrás de la iglesia Sankt-Michaélis. Pero Adolf habrá reventado mucho antes.

Apuró su ginebra de un sorbo y aspiró furiosa el humo de su cigarro, que sostenía con ambas manos.

—¿Es político lo que sabes de él?

—Naturalmente. ¿Crees que las historias de crímenes le dan miedo a esa gentuza? Bebimos en silencio.

El schupo que había venido a enjuagarse la garganta a causa del humo, fue juzgado por un tribunal de excepción en veinte minutos. El juez, un viejo juez, debía juzgar a miles de personas, lo que rebasaba en mucho sus posibilidades. Su mujer estudiaba los expedientes mientras él comía, y firmó muchas sentencias de las que no

había leído ni una sola línea.

Después de la guerra, se jubiló y se dedicó al cultivo de tulipanes y claveles en su pequeña casa de Aumühle, a cinco minutos de la columna de Bismarck.

El día en que dictó la sentencia de ese pobre schupo, había tenido una mañana especialmente fatigosa y deseaba marcharse a comer. En el nombre del Führer, el detenido, pagará con la vida su desertión, pero habida cuenta que ha servido muchos años en la Policía, no se le aplicará la pena de decapitación y será pasado por las armas. Su «Heil Hitler» fue pronunciado cuando ya casi se había marchado del tribunal.

El schupo de cincuenta años, con treinta de servicio, se derrumbó sollozando. Alguien dijo que el desdichado estaba ya muerto de miedo antes de que las doce balas le hubieran atravesado. Uno de los hombres del pelotón le alcanzó en el rostro, que quedó mutilado. Esto no era reglamentario, y podía pasar por violencia, algo que no tiene cabida en una ejecución militar.

El teniente de Policía que mandaba la ejecución se enfureció y castigó al pelotón, que quince días más tarde salió con rumbo a Polonia, a luchar contra los partisanos. Una noche oscura, la compañía fue enviada al norte de Lemberg. Dos camiones quedaron encenagados. Mientras se trabajaba para sacarlos, sonaron unos disparos, violentos como un terremoto, con malignas llamas azules. Procedían de la derecha, de la izquierda y también de delante. El combate duró exactamente catorce minutos, y después reinó el silencio; sólo se oyó chisporroteo de las llamas que consumían los camiones y también algunos gemidos.

Unas siluetas con vestidos campesinos, se adelantaron. Pegaron patadas a los muertos y el tiro de gracia a los heridos. No se, había precisado mucho tiempo para liquidar a 175 soldados de la Policía; y después, el teniente Wassíli Poloneff desapareció sin ruido, tal como había llegado. Los 175 soldados eliminados eran todos hombres de cierta edad, que durante muchos años habían recorrido las calles de Hamburgo, de Bremen y de Lubeck, sin sospechar la existencia de asesinos fanáticos como Wassíli Poloneff.

Al cabo de algún tiempo, el correo llevaría una postal a las familias:

***«El sargento jefe Schultz (o Müller) ha caído por el Führer y por la gran Alemania. El Führer les da las gracias.»***

Y sobre todo, no se debía llorar, porque mostrar pena no es alemán y podía interpretarse como sabotaje, y las esquelas no debían hablar de dolor.

***«Hemos recibido con orgullo la noticia de la muerte por la Patria de nuestro hijo el teniente de la reserva Heinz Müller...»***

Tres semanas más tarde, la familia Müller recibió una extensa carta anunciándole el envío de 147 marcos y 25 pfennigs; el agradecimiento del Ejército por el sacrificio. El padre de Müller se encolerizó y dijo muchas cosas sobre el precio de la sangre y fue oído por un vigilante de la casa.

A la noche siguiente, se presentaron dos caballeros bien vestidos que se llevaron a Müller. Hubo un juicio. Derrotismo, conducta impropia de un buen alemán, ofensas al Führer e incitación a la rebeldía. Una mañana de noviembre, mientras caía una fina llovizna, el verdugo cortó la cabeza del padre de Müller.

La señora Müller, que durante tanto tiempo había vivido en compañía de Hans Müller fue enviada a Ravensbrück, para su reeducación.

*Un concierto de gritos y llamadas surgía de miles de gargantas. Las bombas caían como granizo. Antorchas humanas corrían por las calles, para acabar convertidas en pequeñas momias ennegrecidas.*

*Llamaban a Dios, pero el Señor no les escuchaba.*

*La iglesia de San Nicolás era un océano de llamas. El sacerdote quiso salvar la Sagrada Familia, pero un gran crucifijo de piedra se derrumbó y le aplastó los riñones.*

*Toda la ciudad de Hamburgo ardía.*

*En cuanto a nosotros, bebíamos en los sótanos del hospital, mientras los jerifaltes del Partido celebraban una francachela en un restaurante subterráneo de Baumwall, por donde Paul Bielert andaba buscando a un asesino.*

*La noche era propicia para los desvalijadores de cadáveres.*

## NOCHE DE BOMBAS

Los torpedos aéreos caían en el barrio del hospital; el asilo infantil, hacia el lado de Landugsbrticke, había sido ya pulverizado. Una inmensa nube de polvo, y el asilo había desaparecido, junto con las águilas hitlerianas y los niños refugiados en el sótano. Nueve chiquillos de doce años que manejaban el cañón antiaéreo, desaparecieron al mismo tiempo.

Una de las alas del hospital, la que daba a la Nachtstrasse, estaba medio arrasada. Se podían ver restos retorcidos de camas de hierro, una pierna desnuda arrancada al nivel de la rodilla y cubierta con millares de moscas que zumbaban, y luego, una mano, una mano grande y callosa, con un anillo en el dedo. Dos perros escuálidos se la disputaban, lo que nos hizo reír.

—Mierda, camaradas —susurró el legionario—. El final se acerca. Alemania se convierte en la línea de fuego.

Ante la cervecería «Saint Paul» una mujer semicubierta por una falda y una vieja alfombra rosa, completamente salpicada de cal gris, lloraba a solas. Eran muchos los que aquel día lloraban a solas. Se vio salir de Hamburgo, por la puerta norte, una interminable caravana, eran los obreros extranjeros que trabajaban bajo contrato.

Nadie intentó detenerles, pues la Policía había sufrido un colapso. Cargados de paquetes, los obreros atravesaron Neumunster, pasaron por el puente de Rensburgo y se aproximaron a la frontera. Ya tenían bastante de guerra alemana. Cruzaron la frontera sin que nadie les diera el alto. Alemania entera parecía arder.

En cuanto a nosotros, nuestra salida del hospital fue aplazada sin motivo y se nos dedicó al desescombro. Pero la que nos mandaba no tenía la suficiente experiencia para tratar con soldados viejos como nosotros. Era una enfermera en jefe recién llegada, con un grueso moño en lo alto de la cabeza; un personaje germánico, delgado y satisfecho de sí mismo. El emblema del partido, muy dorado, se explayaba en su pecho, encima de un broche de plata. Hablaba con voz gutural y ronca:

—¡Ustedes cuatro, inútiles, intenten moverse un poco! Busquen una pala y desescombren la sección tercera.

—¿Una sola pala? —inquirió Hermanito.

—¡Impertinente! —ladró la mujer flaca.

El legionario se levantó con expresión indiferente, y dijo en francés

—¡Vamos allá, muchachos!

—¡Aquí se habla alemán! —gritó ella. —¡Vete al cuerno!

La mujer rechinó los dientes y desapareció en la escalera. Una joven enfermera, testigo de la escena, nos cuchicheó:

¡Cuidado con Mathilde! Tiene un hermano en la Gestapo...

El legionario se volvió hacia Hermanito.

—Recuérdame que añada a Mathilde a la lista de Porta.

—¿Para qué? —preguntó la enfermera.

El legionario le cogió la barbilla con dos dedos.

—Para el día del ajuste de cuentas, pequeña. Preparamos la lista poco a poco.

—¡Señor! —gritó la muy tontaina—. ¿Son comunistas?

El corpulento Willy Bauer se echó a reír, y la muchacha movió la cabeza mientras nos alejábamos.

—Cuidado con lo que dices, Grethe —cuchicheó a una de sus compañeras—. Los comunistas anotan los nombres; ya es hora de que nos larguemos.

Grethe se echó a reír.

—¡Esto no me preocupa, chica! Desde hace cinco años mi padre está en un campo de concentración. Era nacionalsocialista, pero no sabía callarse. Ya ves, que es un seguro para el futuro.

La pequeña enfermera se rascó un muslo.

—¡Ojalá yo pudiese decir otro tanto! Por desgracia mi padre es comandante en una división SA de la Feldherrenhalle, y dos de mis hermanos están en la división SS «Das Reich».

Siguieron limpiando cánulas y jeringas en silencio, y después la pequeña dijo

pensativa:

—¿Tengo que dar parte al jefe? Es lo que ordena el reglamento cuando se escuchan frases subversivas.

Grethe la miró fijamente:

—¡Margaret, no lo hagas! Será peligroso para ti el día en que Adolfo salte. Ese reglamento está hecho para sentársele encima, no olvides mi consejo: no ver nada, no oír nada, no decir nada.

Dio media vuelta, y añadió

—Si quieres subsistir, acuérdate de esto. Come, duerme, haz el amor, pero cállate, es esencial.

La enfermera Grethe sigue aún en los hospitales. Durante cuatro años cuidó a soldados, cerró los ojos de los muertos, embruteció a los hombres con morfina cuando les acechaba la locura, se acostó con ellos cuando sus nervios no podían más. Durante dos años, cuidó a los soldados ingleses, poniéndolos inyecciones, riñéndoles, como habla hecho con los alemanes. Después, los paisanos sucedieron a los militares, con extrañas enfermedades desconocidas hasta entonces. La enfermera Grethe de la Cruz Roja, rehusó los ascensos y siguió poniendo inyecciones. De vez en cuando, se encontraba con un antiguo enfermo, alemán, noruego, danés, inglés, un negro del Congo, un árabe de Argel, un legionario que temblaba de fiebre que regresaba de Indochina. Al encontrarles, se reía, bebía con ellos; a veces, se acostaba con uno o con otro.

—Sólo son humanos —decía—, ¡y hemos vivido ya tanto!

Grethe era una gran enfermera, que algunos despreciaban en nombre de la moralidad, pero que otros —mucho más numerosos— saludaban con respeto. Lector, si pasas un día por Hamburgo, ve a Lungendamm, cerca de la Reeperbahn. A la izquierda de Hafenkrankheit, en una casa algo apartada donde hay una clínica especializada, visita a la enfermera Grethe y dale las gracias en nombre de miles de hombres desconocidos, vestidos de caqui o de verde.

La pequeña Margaret fue ahorcada un día de mayo de 1945, y murió tan estúpidamente como había vivido, en nombre de la moralidad y a causa de informes demasiado numerosos. Que descanse en paz; no es la única que ha terminado así.

Por nuestra parte, habíamos encontrado el medio de escabullirnos de las labores de desescombro y jugábamos a los naipes en casa del enfermero Peters.

—Porque si ayudamos a desescombrar —decía el pequeño legionario—, ayudamos también a la gente a quien detestamos.

Peters estaba ganando; nos atiborraba de salchichón rociado con alcohol de noventa grados diluido con agua; nos sentíamos felices: vivíamos. En Hamburgo, en 1944, era lo principal.

Hermanito señaló un frasco de vidrio en el que nadaba algo indefinible,

—¿Qué es eso? —preguntó, alargando el cuello.

—Un apéndice infectado —dijo Peters.

Curioso, Hermanito lo cogió con dos dedos, y con un silbido llamó al perro, cuyo hocico asomaba por debajo del aparato de rayos X.

—¡Cerdo! —dijo el legionario, mientras observaba cómo el animal se tragaba el pedazo.

—Ya verás —dijo Peter—. Te apuesto tres de mis salchichones contra un litro de tu schnaps a que no lo guarda.

El perro, agazapado en un rincón, nos miraba con ojos hambrientos. De repente se levantó, lanzó un hipo violento y escupió el apéndice.

—¡Trae tu litro! —gritó Peters, encantado—. Ya te lo había dicho.

No obstante, tuvo un arrebató de esplendidez y entregó a Hermanito uno de sus salchichones, al tiempo que nos explicaba que en la sección 7 había un artillero capaz de tragarse cualquier cosa.

—¡Bah! —dijo el legionario, a quien no era fácil sorprender—. Yo he visto a hombres que se tragaban serpientes, cristales, y que escupían fuego

—Vamos a ver —dijo Hermanito—. ¡Y si no quiere hacerlo le calentaremos!

Al atravesar el jardín para dirigirnos a la sección 7, cazamos una rana. El artillero era un montañés corpulento, con puños como mazos. Sus cejas se unían bajo la frente baja y obtusa, sus ojillos negros nos miraban con expresión estúpida. Sonrió con orgullo cuando Peters le preguntó si podía tragarse una rana.

—Como cualquier cosa siempre que se me da algo para que lo haga.

—¡Un bofetón! —dijo Hermanito.

—En cuanto a esto —contestó el artillero— puedo dejar sin sentido a todo el mundo, incluido tú gusano.

Hermanito tuvo un sobresalto. Un cazador alpino se nos acercó y susurró en un dialecto casi incomprensible.

—Emile puede arrancar con las manos la pata de una mesa, puede dejar sin sentido a una vaca... ¡Así! Y la vaca cae al suelo. Puede levantar un caballo de artillería con todo su equipo.

Hermanito resopló despectivamente. Se dirigió a la triple ventana, cogió el marco, dio una o dos sacudidas y después, hizo uso de toda su fuerza. Empezó a llover polvo de yeso y fragmentos de ladrillo; el gigante estaba allí, con el marco en las manos y una expresión triunfal en su rostro. Lo lanzó todo por el hueco del muro y en el jardín se escuchó un estrépito ensordecedor, acompañado por un concierto de protestas. El artillero movió la cabeza. Se levantó con lentitud, cogió la gran mesa que había en el centro de la sala, le arrancó una pata, que rompió contra la esquina de una cama. Encogiéndose de hombros, Hermanito, agarró la cama, cuyo ocupante aullaba de miedo, y la proyectó al otro extremo de la sala.

—¡Dejadnos tranquilos! —aulló un feldwebel desde su cama.

Dos bofetones le dejaron sin sentido; en cuanto al artillero, un puñetazo le dejó tendido, boquiabierto por la sorpresa.

El legionario nos hizo un ademán. Cogimos a Hermanito y nos lo llevamos.

—Esto, amigo mío, te valdrá el calabozo —profetizó Peters—. Te denunciarán; lo peor es lo de la ventana.

—¡No bromees! ¡Desaparecen tantas cosas en estos tiempos!

Hermanito sacó la rana de un bolsillo y la echó sobre el escritorio de la enfermera, quien saltó hacia atrás mientras lanzaba un grito de terror.

Por la noche, volvieron los aviones. Las brasas, reanimadas por el fósforo, se inflamaron de nuevo y produjeron más víctimas. Los niños se precipitaban descalzos a los refugios, para morir allí, cogidos en la trampa como ratas.

En un lugar próximo al puerto, una columna de prisioneros flanqueada por los guardianes SS, se dirigió también hacia un refugio. Nadie oyó el aullido de la bomba, que les alcanzó de lleno. Sólo quedó una mancha sanguinolenta de carne que se retorció, y después, la pestilencia acostumbrada de sangre, de pólvora y de carne quemada. Un SS sin piernas se arrastró llorando hacia un prisionero sin dientes. Murieron el uno en brazos del otro, y los lanzallamas de los zapadores los redujeron a cenizas.

Cerca de Monckebergstrasse, se deslizaba una silueta que, de vez en cuando, se inclinaba sobre los cadáveres. Un cuchillo brillaba, seccionaba un dedo, y un anillo caía en una bolsa grande. La silueta seguía andando hasta el próximo cadáver: un gemido, un golpe de cachiporra, y unos dedos ágiles que se pasean sobre el cuerpo estremecido aún... Por las cercanías del «Alster», de la Hansplatz y de la Kaiser Wilhelmstrasse, este espectáculo se repetía una y otra vez. En la esquina de la Alter Wall, una mujer chilló de miedo. Una diminuta silueta felina cayó sobre ella, unos dedos de acero sofocaron el grito en su garganta... Con una mano, el hombre le hizo la zancadilla y la derribó; una mano hurgó bajo la estrecha falda, desgarrando la leve ropa interior. Las piernas de la mujer se agitaron desesperadamente, pero un muslo flexible y firme las separaba... Palabras cálidas y dulces eran cuchicheadas al oído, mientras una boca ávida besaba el rostro convulso.

—Déjame hacer... No te quiero ningún mal...

La mujer se dejaba hacer; más valía aquello que la muerte... Sólo lloraba de terror... Por encima de ellos, un árbol de Navidad, se mecía resplandeciente en el aire, el agua gorgoteaba en el canal del «Alster», los proyectores iluminaban el cielo, lívido de polvo del que la violaba. Con precaución, acariciaba las piernas separadas y desnudaba a la desdichada: una joven que corría hacia un refugio y que había tropezado con un monstruo de los que engendran esa clase de noches. Él se lanzó sobre ella... que ni siquiera gritó. Una bomba estalló muy cerca, pero no le prestaron

atención, no sintieron como la tierra les salpicaba.

Suavemente, el hombre retiró una de las largas medias de seda, dejó que sus labios resbalaran sobre ella y la oprimió contra su rostro... Su respiración se aceleró, sus ojos brillaron a la luz de las llamas. Mordió la mejilla de la mujer, la cogió por el cabello y, rápidamente, enrolló la media a su cuello y apretó... Ella lanzó un gorgoteo, forcejeó con violencia. El hombre rió. Pero los labios adquirieron un color azulado, los ojos se desorbitaron, la boca se abrió. La mujer quedó flácida, muerta. El hombre quitó rápidamente las pequeñas bragas de su víctima y se las guardó en el bolsillo; después, violó el cadáver otra vez y besó los labios sin vida. Se calmó, sonrió al cadáver mancillado, cayó de rodillas y unió sus manos.

—Señor mío, soy tu instrumento. Otro demonio femenino ha sido castigado según me has ordenado.

Se inclinó sobre el cuerpo y, con la punta de un cuchillo, hizo una entalladura en forma de cruz, en la piel de la frente; después, desapareció como un gato entre los escombros humeantes.

Poco más tarde, dos muchachas encontraron a la mujer asesinada; pero, llenas de pánico, huyeron a toda velocidad. Era el quinto asesinato de mujer que se producía en pocas semanas; la Policía estaba al acecho.

El asunto pasó de Kripo a la Gestapo, y el Kriminalrat Paul Bielert se encargó de la investigación; el Bello Paul en persona, el protector de tía

Dora. Con abrigo y guantes blancos, con la boquilla de plata en los labios y la nariz protegida por un pañuelo perfumado, contempló el cadáver en silencio durante mucho rato. Se habían tomado fotografías y medidas, un anciano encorvado, el médico, se irguió y miró de reojo al Bello Paul.

—La ha violado antes de estrangularla. Los cortes han sido hechos después de la muerte.

—¡Preferiría que me dijese quién los ha hecho! —gruñó el Bello Paul—. ¡Sería más útil!

Volvió la espalda al médico y se dirigió hacia su «Mercedes». Su cerebro trabajaba a fondo, aquel cerebro que había inventado las torturas más satánicas para «los enemigos del Reich» y que, por fin, se ocupaba en algo razonable.

En la tercera planta de la Jefatura de Policía, en la Karl Muck Platz, se hacía el recuento de las víctimas del bombardeo, con una aproximación de varios centenares, claro está, porque era imposible establecer estadísticas. Después de muchas discusiones, se había llegado a la cifra de 3.418 muertos, otros tantos heridos, igual número de desaparecidos, porque muchos cuerpos habían sido reducidos a cenizas después de la limpieza que con los lanzallamas habían hecho los zapadores. Se rellenaron fichas y se enviaron a los archivos. Se selló un montón de certificados de defunción, y ya todo quedó listo para el próximo ataque. En una sociedad civilizada,

el orden es necesario.

En el número 367, segundo piso, el Bello Paul, rodeado por varios colegas; estudiaba cinco fotografías de mujeres asesinadas. La más joven tenía diecisiete años; la mayor treinta y dos; todas estranguladas con una media, todas con cruces sangrientas en la frente; y en todos los casos, el asesino se había llevado las bragas.

—El hombre es un soldado —dijo de repente Paul Bielert, poniéndose en pie.

Sus tres colegas le contemplaron, estupefactos. Un SS le ayudó a ponerse el abrigo; se calzó los guantes blancos con cuidado y, sin abandonar su larga boquilla, se marchó de Jefatura. Durante horas, se le vio paseando por las calles pestilentes, con un pañuelo perfumado sobre la boca, observado con desprecio por unos o saludado obsequiosamente por otros. Se le vio en casa de tía Dora; charló con las muchachas, riñó al matón Ewald, después, se marchó a lo largo de Neuer Wall y entró en varios lugares.

Al anochecer, llegó a un restaurante de lujo, próximo a Baumwall, situado varias plantas por debajo de la superficie del suelo. En éste, sólo se veía una vieja bodega llena de desperdicios, pero una empinada escalera de hierro que conducía hasta muy por debajo del nivel de la calle, descubría un nuevo mundo. Salones con clima artificial mostraban mesas con manteles resplandecientes, cubiertas de porcelana y de platería. Lámparas de color, enormes butacones y gruesas alfombras contribuían a formar una atmósfera íntima. Un ejército de camareros con chaqueta blanca ribeteada de rojo atendía a la elegante y alegre clientela.

Ni carta de vinos ni menús en esos restaurantes de lujo subterráneo. Se pedía cuanto se quería, y el precio estaba en función del pedido. Una damita muy ligeramente vestida, recogió el abrigo del Bello Paul, quien se dejó caer con indiferencia en un sillón, sin dirigir ni una mirada al maitre que le hacía una profunda reverencia. Perdiz con champiñones, patatas fritas, una botella de Oppenheimer... Después, el Bello Paul se echó hacia atrás y empezó a examinar a la numerosa concurrencia.

Elegantes oficiales en uniforme gris o verde, oficiales de Marina, de azul oscuro, con múltiples galones dorados, aviadores de gris azulado con camisas de blancura deslumbradora, SS de negro, con los cuellos bordados de plata, funcionarios — del Partido con tantos dorados que un mariscal de la época de Francisco José hubiese sentido celos. Todo ese mundo reía, despreocupados, en compañía de mujeres vestidas de pieles y sedas. Un almirante se exhibía entre dos damas muy alegres; de su cuello colgaba la Cruz de Caballero con espadas y hojas de roble, así como la de «pour le Mérite» de la Primera Guerra Mundial. Paul Bielert resopló despectivamente al ver que el almirante le lanzaba una mirada de condescendencia, pero el almirante se hubiese quedado helado de haber podido leer los pensamientos del SS Standartenführer Paul Bielert.

El Bello Paul detestaba tanto a los oficiales superiores como a los «Junkers», cosa que demostró fehacientemente después del atentado del 20 de julio, cuando, en su calidad de SS Gruppenführer fue colocado bajo las órdenes directas del jefe de la Gestapo, Kaltenbrunner.

Entretanto, comía en silencio su perdiz y mordía la carcasa como una fiera, sin preocuparse de las miradas desdeñosas de sus vecinos. Aplastaba los huesos entre sus dientes vigorosos, y, de vez en cuando, escupía uno para limpiarse después los dientes con el tenedor. Se le escapó un eructo.

Un individuo de paisano, seguido por una señora, le saludó cortésmente, demasiado cortésmente, al pasar ante él. Bielert correspondió al saludo sin apartar de su boca un muslo de perdiz que sostenía con ambas manos.

—Agente de la Gestapo. Ocupa una posición muy elevada. ¡Dios sabe lo que estará haciendo aquí! —susurró el individuo a su compañera.

Un funcionario del Partido, en uniforme caqui, entró rodeado por tres mujeres. Reclamó un coñac y, al pasar, pegó una fuerte palmada en las nalgas de una dama cuyo acompañante se disponía a demostrar su enojo, pero al reconocer al culpable se deshizo súbitamente en sonrisas. El hombre del Partido pegó otra palmada en el trasero de la pareja de un comandante de la Luftwaffe. Éste protestó y lanzó unas débiles amenazas. El nazi se echó a reír y contempló la Cruz de Guerra del comandante, que brillaba solitaria sobre el uniforme gris-azulado.

—¿Languideces en espera de la muerte de los héroes? —preguntó.

La sangre afluyó al rostro del oficial, pero su compañera sonrió al hombre del Partido. El aviador se irguió y dijo débilmente:

—Tendrás noticias mías.

—Y tú las tendrás mías —dijo el hombre llevándose a sus damas hacia el bar, donde se encaramó en un elevado taburete.

El Bello Paul se limpió los labios con la servilleta y pidió un moka. A lo lejos, se oyó el aullido de las sirenas que anunciaban la alarma.

Las pesadas puertas de acero provistas de ventiladores contra los gases, fueron aherrajadas, relegando al exterior el mundo en llamas. Sólo un débil estremecimiento indicaba la caída de las bombas.

Los camareros servían como de costumbre, sin prisa, sin temor; ni la menor compasión se manifestaba respecto a los que con aullidos de terror danzaban allí arriba, en el asfalto llameante, o a los niños que se consumían a la luz cegadora del fósforo. Una orquesta tocaba una lánguida música para la flor de Hamburgo y del Partido. Los collares brillaban en las gargantas desnudas de las mujeres; pedrerías de un valor incalculable salpicaban de destellos las manos refinadas de las bailarinas.

Afuera, en las calles vecinas, las siluetas fantasmagóricas de las noches de alarma estaban al acecho... Una bomba sobre el elegante restaurante nocturno, ¡qué ganga

para los desvalijadores de cadáveres! Algunas de esas siluetas llevaban la cruz gamada en la solapa.

Una mujer, hermosa, con vestido azul pálido y zapatos de altos tacones, se deslizó entre las mesas y se detuvo ante Paul Bielert.

—Hola, Paul, ¿tú por aquí?

Con los ojos entornados, él le hizo un ademán de bienvenida y le indicó la silla que tenía delante.

—Siéntate, Elsebeth, y charlemos...

Elsebeth se sentó y levantó un poco su falda, lo que puso de manifiesto un par de esbeltas piernas cubiertas de medias finísimas.

—¿De cosas personales o del servicio?

El Bello Paul hizo una mueca. Su ojo sano relucía, amenazador.

—Es la guerra, Elsebeth. Siempre de servicio.

Ella rió sarcásticamente.

—Me he dado cuenta, Paul. Incluso después de haber perdido un esposo y tres hermanos. —Encendió un cigarrillo—. Así como un hijo —añadió después de reflexionar—. Mi hijo único. ¿Comprendes lo que significa esto, Paul?

—No significa nada, Elsebeth, nada en absoluto. Lo único que cuenta es la victoria de Alemania. Morir por el Führer ha de ser el deseo de todo alemán, hombre o mujer. Y es una hermosa muerte, Elsebeth, que hay que envidiar. No todo el mundo puede mostrar a cinco héroes caídos.

Ella contempló largamente su ojo muerto.

—¿Has dicho héroes?

—Sí, héroes caídos en el campo del honor, por el Führer.

Al decir «Führer», Paul Bielert se irguió.

Elsebeth rió forzosamente.

—Mi pequeño tenía siete años; una viga le aplastó la espalda. Mi pequeño Fritz... Hubieses debido oírle llorar...

—No hay victoria sin lágrimas, Elsebeth, es la leyenda de la vida. Hemos de sufrir para vencer. También el Führer pasa momentos difíciles.

Un camarero trajo el moka y se inclinó confidencialmente hacia Bielert.

—Hace veinte minutos que están cayendo bombas en Barmbeck y en Roter Baum. ¡Dicen que esta vez es terrible!

Paul Bielert enarcó la ceja que sombreaba su ojo muerto.

—¿Por qué me cuenta esto, camarero? ¿Ha ido a verlo usted?

—No, señor, pero todo el mundo lo comenta.

—La transmisión de rumores está castigada por la justicia —dijo Bielert con tono altanero—. ¿No lo sabía? De todos modos, ¿por qué no está usted movilizado? Me parece muy capaz de sostener una metralleta.

El camarero cambió de color y se pasó un dedo por el cuello de su camisa. Por fin, pudo balbucear:

—He sido eximido a causa de una enfermedad cardíaca.

—¿Enfermedad cardíaca? —dijo la voz despectiva—. ¿Qué representa hoy día una enfermedad del corazón? Carece totalmente de sentido. Se dispara con la mano, se apunta con el ojo, se es transportado hasta primera línea. Ni siquiera hay que andar. ¿Sabe lo que es usted? Un derrotista, amigo mío.

El camarero lanzó una mirada de angustia hacia el hombre del Partido, que bebía acodado en el mostrador, con una mano bajo las faldas de una dama. Sus miradas se cruzaron.

El nazi se levantó, se estiró la chaqueta del uniforme y avanzó, corpulento y seguro de sí mismo, hacia la mesa de Bielert, donde el camarero sudaba la gota gorda.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre, mientras pegaba una palmada en el hombro del camarero y miraba condescendiente a Bielert, quien cruzó las piernas con precaución a fin de no arrugar sus pantalones.

—Este señor me amenaza con los tribunales y el frente —dijo el camarero, indignado.

—¿Qué? —gruñó el otro, acercando su rostro brutal al de Paul, que fumaba con indiferencia—. Este hombre es amigo mío, debo advertírselo. Si alguien debe ir al frente del Este, será usted. ¡Su documentación!

Bielert sonrió malévolamente. Su ojo vivo, cual el de un reptil que fascina a sus víctimas, relampagueó. Lentamente, se llevó una mano al bolsillo y sacó una tarjeta de identidad que con dos dedos, colocó ante la nariz del nazi. El hombre, estupefacto, vio la tarjeta roja de la Gestapo y leyó el grado: SS. Standartenführer und Kriminalrat R. S. A. Se cuadró.

Paul Bielert dejó que su mirada pasase del nazi al camarero.

—Mañana, a las diez y cuarto, en la oficina 338, cuartel general de la Karl Muck Platz. Dispondremos el viaje de estos dos caballeros hacia el frente del Este.

Les saludó con un ademán protector y prosiguió su conversación con Elsebeth. Se le oyó manifestar:

—Cuando encuentro a unos emboscados, los facturo a toda velocidad.

—¿Has estado alguna vez en el frente? —preguntó ella con suavidad.

—No, no en el frente en que piensas, sino en otro —dijo Bielert con voz tajante—. Adolf Hitler —volvió a erguirse— necesita gente que haga funcionar la máquina, gente sin piedad para los traidores, para los derrotistas, que protejan de esta peste al heroico pueblo alemán. No creas que nuestro trabajo sea una sinecura, mujer. Hemos de ser duros, duros como el acero de

Krupp, e ignorar toda sensiblería infantil. Créeme, yo no sé lo que es corazón.

Ella le miró.

—Te creo.

Entretanto, el hombre del Partido, loco de rabia, llenaba de injurias al desdichado camarero.

—¡Cretino! ¡En buen lío me has metido! Incluso un imbécil como tú podía ver que ese tipo apesta a Gestapo. Pero peor para ti, no volveré a comprometerme con un tipo de tu ralea.

Llamó al director y le cuchicheó unas palabras junto al oído, mientras señalaba al pálido camarero. Diez minutos más tarde, éste reunía sus pertenencias y abandonaba el lujoso paraíso por la escalerilla de hierro. La puerta de acero se cerró tras de él con ruido siniestro.

Fuera, una luz deslumbradora... Hamburgo ardía. El camarero se agazapó tras un pequeño muro. Lloraba, sollozaba, le dolía el corazón, las lágrimas resbalaban por sus mejillas ante el pensamiento del paraíso que había perdido.

Seis semanas más tarde, el soldado Theo Huber estaba en una choza rusa y fumaba un cigarrillo de machorka que acababa de liar él mismo con mano cansada, mientras charlaba con unos campesinos. Bebían vodka y jugaban a los naipes. El soldado más joven, un chiquillo de diecisiete años, jugueteaba con una sirvienta de la granja, todos reían nadie había visto aún el frente, pues habían llegado la víspera para cubrir bajas. De repente, los órganos de Stalin hicieron estremecer la noche, rugiendo como fieras heridas.

En la choza, todos se pusieron en tensión y miraron hacia la oscura ventanita que había en lo alto. Después, se escuchó una explosión terrible.

—Pretsmjartnuj —cuchicheó la muchacha rusa que jugaba con el soldado de diecisiete años.

Hasta la choza llegó el aullido del órgano, un huracán arrancó el techo, un vapor ponzoñoso les paralizó. Estaba terminado.

El muchacho de diecisiete años fue lanzado por el aire y, al caer, quedó empalado en la punta de un árbol. Giró dos veces, como una hélice, agitó los brazos y murió lanzando un grito penetrante. El ex camarero Theo Huber, proyectado contra un poste, miraba la oscuridad. Con ambas manos se oprimía el vientre, donde se le había clavado un pedazo de acero del tamaño de un plato. Lanzó un gemido interminable y acercó hacia sí una pierna arrancada para apoyar la cabeza. La cabaña terminó de derrumbarse. Un violento estremecimiento le recorrió, sus brazos se hicieron más pesados. Murió en silencio, casi loco de dolor.

En Hamburgo, bajo la Baumwall, siguieron bailando, y nadie echó de menos al camarero, pero el «buscador de héroes» no se dio por satisfecho. Lo vigilaba todo, inspeccionaba los hospitales, los batallones de guardias, las unidades de Policía, las fábricas, las oficinas. Inválidos, viejos, chiquillos, todos caían en sus redes.

—¡Adelante, camaradas!

Y se dirigían cantando hacia las unidades en formación. «¡Es tan hermoso ser soldado...!»

¡Viva la gran Alemania, viva Adolf Hitler, viva la muerte de los héroes!

El Bello Paul seguía merodeando; se le veía en todas partes. Cuando se sentía aburrido, hacía acudir a dos mujeres, para «la visita». Esto duraba algún tiempo, y luego, algo congestionado y fatigado, Paul Bielert se marchaba de la «Kriminal». Las mujeres «visitadas» eran dejadas en libertad. Todo se paga.

Hubo otro asesinato de mujer, tres días más tarde, a pocos metros de la Reepersbahn, en la Hein-Hoyerstrasse, no lejos del hospital. El Kriminalrat Paul Bielert estuvo a punto de volverse loco. Se presentó con una docena de expertos y los soltó como una jauría, amenazándolos con toda clase de desdichas.

—¡Y no comparezcáis sin haber obtenido un resultado! Tenéis cinco días, ni un segundo más. U os espera la División SS del sector central del frente del Este. Allí podréis reventar reglamentariamente en los pantanos.

De dos en dos, los sabuesos abandonaron el edificio gris de la Karl Muck Platz. El sexto asesinato fue el de una enfermera de nuestro hospital, el de una muchacha de veintiún años. Había sido violada como las otras, y sus bragas también habían desaparecido.

*La moral mezquina de una madre estúpida fue en parte la causa de sus crímenes. Asesinaba para hacer el bien, creyendo ganar méritos.*

*Todo lo que se le había explicado estaba grabado con rasgos de fuego en su cerebro enfermo, enturbiándole el entendimiento. Pero nadie se preocupó de comprenderlo.*

*También nosotros éramos asesinos, pero asesinos legalizados, lo que es muy distinto... excepto para los asesinados, naturalmente.*

## EL ASESINO DE MUJERES

Fue Hans Bauer quien encontró las bragas. Como puede suponerse, este hallazgo dio origen a las bromas más procaces, hasta que Stein nos colocó el periódico ante las narices.

Se trataba de un nuevo crimen. Otra mujer. El cadáver, como los de las víctimas precedentes, había sido despojado de sus bragas por un homicida verosíblemente sádico.

—¡Diablos! —exclamó Bauer.

Miró, aturdido, la bolsa donde acababa de encontrar las bragas, que contó febrilmente. ¡Seis! Quisimos comprobarlo, y el resultado fue el mismo. El pequeño legionario lanzó un silbido.

—¡Córcholis! Seis bragas y seis cadáveres; las cuentas salen justas.

Hermanito alargó el cuello y echó una ojeada a la enorme bolsa, colocada en el suelo, junto a la cama; contenía varios paquetes de galletas de centeno y un poco de ropa de aviador plegada reglamentariamente; con el águila bien a la vista.

—¿Cómo las has encontrado? —preguntó Hermanito, empujando la bolsa con el pie. Hans Bauer volvió la cabeza.

—¡Qué mierda haber metido la nariz ahí dentro! Buscaba algo con qué escribir y he sentido una cosa lisa, eso es todo.

¡Mientes! —decidió Hermanito—. La verdad es que has olfateado estas delicadezas y has empezado a hurgar en la bolsa de Georg.

Sólo estábamos nosotros cinco en la sala. Los demás estaban trabajando o en la

visita del médico.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bauer.

—Querrás decir qué vas a hacer tú —rectificó Stein—. Eres tú quien lo has encontrado, no nosotros. Nosotros no registramos las cosas de los demás.

Bauer rió malévolamente y levantó un dedo tan acusador como sucio.

—¡Mira quién habló! ¿No fuiste tú quien birló el schnaps de Hermanito mientras estaba en el burdel? ¿Eh? ¡Ahora ya no dices nada, mierdoso!

Hermanito pegó un salto, furioso. Cogió a Stein por el cuello y gritó con rabia

—¡Cerdo! ¿Es verdad que me has robado?

Stein, colgando de los puños del gigante, balbuceaba con expresión abatida.

—¡Un ladrón de camaradas! ¡Qué porquería! —Sacudió a Stein, cuya cabeza osciló de un lado para otro, y le soltó al tiempo que profería una blasfemia—. Vas a devolverme a toda velocidad tres botellas que puedes robar a quien se te antoje. Pero a toda marcha, ¿entendido? —Cogió unas bragas y las olfateó—. Todavía huelen a mujer.

—¡Cállate! —exclamó el legionario, volviéndose hacia Bauer, que se había derrumbado en su cama—. ¿Qué piensas hacer? ¿Enviar unas líneas a la Criminal?

—¡La Kripo! —Bauer se sobresaltó—. ¿Estás loco? ¿Por quién me tomas? ¿Crees que quiero tener algún contacto con esos perros de la Policía:

El legionario movió la cabeza.

—Es lo que suponía. Pero hay que hacer algo ¿Tienes alguna idea?

Bauer negó con la cabeza.

—Entonces, yo te daré una. —Sin esperar le respuesta, tiró a Bauer su largo cuchillo de trinchera—. Utiliza esto de modo que podamos olvidar esta historia lo antes posible.

Bauer sostenía el gran cuchillo, y su mirada aturdida iba del arma al legionario, que fumaba tranquilamente su pipa.

—¿Quieres que mate al pequeño Georg? ¡No es posible!

El legionario le miró, estupefacto.

—¡Cretino! ¿Quieres que lo haga yo, o Sven, o Stein? Eres tú quien ha hecho el descubrimiento, y es asunto tuyo, pero como nos lo has explicado, también lo es nuestro. Por eso queremos que se haga algo. Ir a la Kripo, tienes razón, es imposible. Desde hace mucho tiempo la Policía y nosotros no congeniamos. Por lo tanto, hemos de solucionarlo nosotros mismos. Georg ha matado seis mujeres. Tal vez digas que nosotros hemos matado también a mucha gente, lo que es cierto, pero al mismo tiempo, distinto. ¿Y la pequeña enfermera? Era una compañera. Al matarla, Georg ha hecho una cosa inmundada, porque también era compañera suya. Como ves, ya no tiene derecho a vivir, y esto es algo que nos concierne.

Bauer cerró los ojos. Estaba muy pálido.

—No puedo matar al pequeño Georg. Nunca me ha hecho nada, y lo que tú exiges es un asesinato. Me cogerían y me enviarían al verdugo.

Estas palabras le produjeron un escalofrío.

El legionario se levantó, se acercó lentamente a Bauer, le arrancó de las manos el cuchillo y volvió a guardárselo en su bota. Gruñó.

—Tendríamos que suprimirte a ti, ¡cobarde!

Bauer se balanceaba sobre uno y otro pie, encorvado bajo el desprecio del legionario. De repente, Hermanito se ofreció para cortarle el cuello a Georg.

El legionario se volvió hacia él y le miró prolongadamente.

—¿Por qué quieres hacerlo tú?

El gigante se echó a reír.

—Puesto que hay que eliminar a ese asesino, que lo haga yo u otro no importa.

—¿Y no te causa ningún efecto? —insistió el legionario.

—¿Por qué? Georg es un cerdo, tú mismo lo has dicho, nómada.

El legionario se echó a reír y se dejó caer en su cama.

—¡Por Alá! Eres magnífico. Georg es un cerdo, y tú, fríamente, le cortas el cuello. —Se incorporó sobre un codo—: ¡Camaradas! En nombre de la sociedad futura, deseo de veras que la muerte del héroe te alcance antes de que esta guerra haya perdido el aliento.

Sacó una botella de coñac de debajo de su colchón, de la que bebió un trago antes de hacerla circular.

Así, pues, ¿te cargarías sin dificultad a ese Georg?

—¡Acabo de repetírtelo! —gritó Hermanito, que estaba amenazando a Stein—. ¿Para cuándo es mi schnaps, ladrón de camaradas? —Pegó una patada a unas bragas color azul pálido que había en el suelo—. ¿Y cuánto tiempo esos estuches de nalgas van a quedarse aquí, para excitar a todo el mundo?

Bauer se apresuró a recoger la ropa femenina y a meterla en la bolsa de Georg, que empujó bajo la cama. Después, se volvió hacia el legionario, que jugueteaba con tres dados.

—¡Señor Jesucristo! —murmuró Bauer con voz ronca. Alargó un brazo—. Dame ese cuchillo y Georg será cortado en tantos pedazos que ni su propia madre podrá reconocerlo.

El legionario levantó la cabeza; una débil sonrisa apareció en sus labios brutales, atravesados por la cicatriz. Sin decir palabra, sacó de su bota el cuchillo siberiano y lo alargó al tembloroso Bauer, quien lo cogió y lo ocultó bajo su almohada.

La puerta se abrió. Georg y los demás hicieron una entrada jovial y ruidosa. Georg llevaba un voluminoso pastel, obsequio de una enfermera, porque todas adoraban a aquel pequeño aviador de veinte años que aparentaba dieciséis. Una sonrisa malévola apareció en el rostro de Bauer. Sacó de debajo de la almohada el

largo cuchillo siberiano.

—¡Coge éste, camarada! ¡Lo mismo puede servir para cortar pasteles que para marcar a las putas!

Georg se puso rígido por espacio de un segundo, pero después se echó a reír con su risa infantil y empezó a repartir el pastel.

—¿Alguno de vosotros se viene al burdel? —gritó Erich, el corpulento zapador. Se metió un pedazo de pastel en la boca e inició un combate de boxeo contra un adversario imaginario.

—¡No gastes energías inútiles aquí! —gritó Hermanito con voz estentórea—. Recoge tus perras y ve a buscar cerveza, si no quieres que te dé yo una sesión de boxeo fantasma.

Y un buen puñetazo envió al zapador sobre la cama de Thomas Hensen, quien se levantó y fue a sentarse en otra cama. Thomas, oriundo del Schleswig, nunca intervenía en nada. Se murmuraba que había sido voluntario en 1939, y en cuanto a él, ni lo negaba ni lo afirmaba.

Pero todo el mundo se daba cuenta de que sentía añoranza. Voluntario o no, ya estaba harto de la guerra, y también se afirmaba que se había estropeado voluntariamente el brazo, librándose por un pelo del Consejo de Guerra,

Thomas guardaba un mutismo de ostra así que alguien mostraba alguna curiosidad.

El legionario había ordenado a Hermanito que sonsacase a la enfermera en jefe, que conocía a fondo a Thomas, pero el estúpido hombretón estropeó la maniobra al manifestar su interés con toda franqueza. La enfermera Emma rió reflexivamente a Hermanito, y después movió la cabeza, tras de lo cual se acostaron los dos. Pero algo más tarde, Emma fue al encuentro del legionario, que dormía con el sueño de los justos, y con impulso irresistible lo sacó de la cama.

—¡Víbora marroquí! ¡Incitar a Hermanito a que haga de espía! ¡Eres un puerco!

Después, acarició una mejilla de Hermanito y se marchó mientras el gigante le lanzaba besos.

—¡Eres el mayor imbécil que haya pisado la tierra! —había exclamado el legionario, furioso.

Hermanito sonrió, muy satisfecho.

—Soy estúpido, nómada, lo sé bien. No he sabido expresarme, pero es que no sé mentir.

—En efecto —reconoció el legionario con resignación.

—¿No vienes con nosotros, Georg, a divertirte un rato? —preguntaba Bauer a Georg, mirándole con fijeza—. Estás en la edad más adecuada.

—Gracias, no me atrae. Sigo los consejos del doctor Goebbels a los jóvenes soldados. Mantenerse alejados del alcohol, del tabaco y de las mujeres.

Bauer empezó a limpiarse los dientes con el cuchillo siberiano.

—Muy justo. Todas las mujeres son unos demonios; te pegan la viruela y lo demás. Más valdría liquidarlas a todas, ¿no? —Se echó a reír e hizo un movimiento significativo con la punta de su cuchillo—. ¡Pegarles un buen corte con un chisme como éste!

Y volvió a reír.

Georg dejó bruscamente de comer, pastel y se quedó boquiabierto ante Bauer, que reía y agitaba el cuchillo por encima de su cabeza.

—¿Por qué dices esto? —preguntó tranquilamente.

Bauer le miró.

—Las mujeres son una basura, ¿no lo crees?

—No lo entiendo —dijo Georg—, nunca te había visto así. —Dejó el pastel en la mesa y paseó nerviosamente por la sala—. No tengo nada contra las mujeres; todas las que conozco son muy amables conmigo. También mi madre era buena; era maravilloso cuando venía a darme las buenas noches antes de que me durmiese, de niño. Ahora ha muerto... quemada por el fósforo. Supongo que está en el cielo.

—Sabe Dios dónde estará —dijo brutalmente Bauer. Ya no reía, y miraba de reojo al legionario, quien seguía jugando a los dados con expresión indiferente—. ¿Nunca te has acostado con una mujer? —prosiguió Bauer, inclinándose para observar al joven soldado.

Stein, muy nervioso, empezó a silbar. Sentía, como todos nosotros, que Bauer iba demasiado aprisa.

—¡No! —exclamó Georg—. ¡Odio todo esto! ¡Por fin lo has comprendido! Lo odio... Sois unos animales, unas bestias inmundas, cuando pensáis en las mujeres. Y cuando las mujeres desean lo mismo que vosotros, entonces son los instrumentos de Satanás.

Bauer retrocedió, espantado, ante la mirada de Georg; en ella se leía la locura. El joven soldado se mesaba los cabellos como si quisiera arrancárselos, y después se dejó caer en su cama, hundió el rostro entre sus manos y empezó a sollozar.

En la sala reinó un denso silencio. Todos contemplaban aterrados al joven soldado, pero, de los quince, sólo cinco comprendíamos lo que ocurría. Hermanito se levantó, subió los pantalones y se dirigió hacia Georg; pero, cual una pantera, el legionario dio un salto, apoyó una mano en el hombro del gigante y dijo con firmeza:

—Ven, Hermanito, vamos a beber una cerveza.

—¿Pagas tú? —preguntó el gigante, muy satisfecho.

El legionario asintió y se lo llevó.

—¿Debo matarle? —preguntó inocentemente Hermanito, bajando la voz y señalando a Georg, que sollozaba en su cama, sin darse cuenta de nada.

Stein y yo le encuadramos inmediatamente, y accedió sin dificultad a

acompañarnos. A nuestro regreso, varias horas más tarde, la sala estaba en calma. Georg se había ido al departamento de las enfermeras, donde ayudaba a una alumna a enrollar vendas. Los dos reían, muy alegres; se les oía desde el pasillo.

Bauer se tendió en su cama y murmuró —Lo haré esta noche, es preciso.

El legionario asintió con la cabeza.— Cuanto antes, mejor.

Empezamos a beber sin disimulo, como hacíamos siempre, sin preocuparnos de la prohibición, mientras Hermanito subía a la habitación de Emma. La velada iba transcurriendo y estábamos todos muy borrachos. De repente, compareció la enfermera en jefe, sin uniforme, envuelta en una bata de color verde chillón. ¡Un espectáculo inaudito!

Silenciosa como un gato, se dirigió hacia Bauer, alargó una mano y cuchicheó —Dámelo.

Bauer se mostró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Ella se inclinó sobre él y murmuró para no despertar a la sala:

—Lo sabes muy bien. Dámelo.

Bauer se irguió y la miró, perplejo: —No la entiendo.

¡Ah!, ¿no lo entiendes? Pues bien, puedes considerarte dichoso de que sea yo y no la Policía quien esté aquí.

Hurgó bajo la almohada de nuestro camarada, sacó el cuchillo y lo ocultó en el interior de su bata. Después, se marchó sin mirar a nadie.

El legionario se levantó de un salto.

—¡Es ese borrico de Hermanito el que se ha ido de la lengua!

—¿Qué hacemos? —inquirió Bauer con desesperación.

—¿Ocurre algo? —preguntó una voz en la oscuridad.

Nadie contestó. Muy avanzada la mañana, compareció Hermanito, de excelente humor y hablando con voz estentórea. El legionario le llamó aparte, cuchichearon, salieron y fueron a proseguir su conversación en los retretes. A su regreso, Hermanito se mostró casi sobrio, silencioso e incluso algo abatido.

El legionario se tumbó en su cama y fumó. No pronunció ni una palabra y fingió no comprender nuestros ademanes de interrogación. La mañana prosiguió como de costumbre, con la visita médica, el doctor Mahler en cabeza. La enfermera en jefe se mostraba de una rigidez reglamentaria; su rostro no traicionaba lo que había ocurrido aquella noche. Un artillero con un pie amputado, que acababa de llegar, se puso a reír estúpidamente cuando el doctor Mahler le preguntó cómo se encontraba.

—¡Bien, señor carnicero en jefe, magnífico! He ido al burdel a beber coñac. Comuníqueme que me siento endiabladamente bien, señor carnicero.

¡Lárguese, matarife del campo de batalla!

Todo el mundo se sobresaltó y esperó una explosión, pero el doctor contempló un

instante al artillero y le dio una palmada en el hombro.

—Estupendo, Fischer, quisiera que todos pudiésemos decir otro tanto.

El legionario me miró y se tocó la frente con un dedo. La enfermera en jefe salió la última, y un momento antes de trasponer la puerta, se volvió y su mirada se cruzó con la del legionario. Ellos dos se entendían, el soldado duro y la mujer no menos dura. El uno delgado y reseado, la otra obesa, abotargada. La puerta se cerró con un chasquido seco.

El pequeño Georg se levantó y empezó a hurgar en su bolsa. Le vimos levantar la cabeza con aire sorprendido, su mirada buscó algo... Examinó de nuevo el saco y, luego, como si adoptara una decisión repentina, lo ató rápidamente, lo empujó bajo la cama, lanzó un grito penetrante y salió de la sala como un loco.

—¿Qué ocurre? —preguntó el legionario a Bauer.

—No lo entiendo. ¡Otro que se ha vuelto loco!

—Dan vueltas y más vueltas hasta que te aplastan —gritó el artillero Fischer, soltando una carcajada de demente—. Te aplastan suavemente... Te aplastan los huesos... ¡Viva, camaradas! ¡Adelante! ¡Al combate! ¡Somos los blindados, los cerdos, la carne de cañón más estúpida del mundo!

Volvió a reír frenéticamente.

—¡Calla! —aulló el prusiano del Este, que tenía el vientre perforado.

Fischer le observó cortésmente, hizo chocar sus tacones y relinchó con voz de falsete

—¡Sí, mi general! Nos callamos. Creo en la Santísima Trinidad y en la victoria. ¡En el nombre de Adolfo, amén!

—¡Está completamente loco!

El legionario hizo un ademán a Hermanito y los dos fueron a colocarse ante Fischer, que se mantenía firme.

—¡Descanse, artillero! —ordenó el legionario, como durante el ejercicio.

Fischer adelantó un pie y se relajó. Sus ojos miraban al legionario, pero no parecía verle.

—¡Acuéstate y duerme! —prosiguió diciendo la voz dura.

El artillero contestó

—¡Batería en posición! ¡Fuego! ¡Artilleros, ocultaos!

De un enorme salto alcanzó su cama, donde cayó de espaldas con los ojos fijos en el techo.

—¡Maldita sea! —exclamó el prusiano del Este—. Está completamente chiflado.

Terminábamos casi nuestro desayuno cuando, de repente, la puerta se abrió para dar paso a un pelirrojo, con el sombrero tirolés sobre la nuca; entró seguido de un tipo de piel morena, macizo, con el sombrero de fieltro hundido en el cráneo como si le viniese demasiado grande.

—¡Heil! —gritó el pelirrojo.

Quince hombres levantaron su nariz de la sopa de ortigas, con expresión interesada.

—¡Vete al cuerno! —dijo el prusiano del Este.

El pelirrojo se echó a reír.

—Ven a verme uno de esos días, aspirante a héroe, y te calentaré el trasero de tal modo que podrás cocer huevos encima.

—¿Sois de la territorial? —preguntó Hermanito, mirando con suma curiosidad a los dos individuos de paisano.

El pelirrojo contestó, riendo.

—¡Esta sí que es buena! Somos de una territorial, pero no de la que te figuras, muchacho.

Soltó otra risotada y dio una palmada en el hombro del cetrino que le acompañaba; cuya gravedad resultaba impresionante.

El legionario entornó los ojos.

—¿Policía?

El pelirrojo asintió con la cabeza.

—Diana, Kripofritz. Nunca habíais visto esto, ¿eh? ¿Cuál de vosotros se llama Georg Freitag, servidor de la flak, Georg Freitag, del 7º regimiento de la flak?

Todas las miradas se volvieron hacia Georg, quien, blanco como una sábana, se apoyaba en la mesa. El pelirrojo se le acercó.

—¿De modo que tú eres Georg Freitag, ángel mío?

Georg abría y cerraba la boca sin que de sus labios surgiera el menor sonido. El pelirrojo se inclinó hacia delante y sonrió.

—¿Has perdido el habla, conejito? ¿Sólo porque el tío Kripo viene a verte? Tal vez traigamos una buena noticia... Una importante herencia de una dama que ha muerto súbitamente. ¡Cuando se tiene la conciencia limpia, no se tiene miedo del tío Kripo!

En la sala, reinaba un silencio de muerte.

—¿No quieres decir nada al tío? Lástima. ¿Tienes inconveniente en que examine tus cosas para ver si eres el heredero que buscamos?

Sin esperar la respuesta, se inclinó y cogió la bolsa del joven soldado.

—¡No! —gritó Georg—. No lo toquéis, es mío.

El pelirrojo hizo como si no hubiese oído nada, y el cetrino fue a situarse, cual una peña, a espaldas de Georg. El pelirrojo inició el registro. Su abrigo de cuero negro se entreabrió y observamos la correa de cuero oscuro que sostenía la funda del pesado «38».

Georg le miraba, hipnotizado. Brutalmente, el hombre esparcía sus posesiones militares tan cuidadosamente dobladas; un bote de mermelada rodó por el suelo,

seguido por la fotografía de una señora de cabellos grises.

—¡Mamá! —gritó Georg con desesperación, siguiendo la fotografía con la mirada.

Varios libros de texto fueron echados al suelo; después, una Biblia y, por fin, un cuchillo en su funda, la clase de cuchillo que los finlandeses llevan en el cinto.

El pelirrojo extrajo lentamente de su funda el cuchillo y examinó el acero brillante, surcado por una profunda ranura.

—¿Es tuyo, amiguito?

El arma desapareció en el bolsillo del abrigo negro. El policía sostenía ahora entre dos dedos unas bragas de mujer, unas bragas blancas, a las que siguieron otras azules, después otras blancas... seis, en total.

El policía se levantó. La expresión burlona había desaparecido y sólo quedaba la hiena que ladraba.

—¡Basta de bromas! Tú eres el asesino de esas chicas. Si niegas, sólo conseguirás empeorar tu caso. ¡Acompáñanos!

Los dos hombres le cogieron por los hombros.

—¡Dejadme, estoy enfermo! —gritaba Georg con desesperación—. Tengo fiebre. Intentó pegar patadas a los dos colosos.

—Calma —dijo el cetrino, a quien escuchábamos por primera vez.

Lejos, ya, en la escalera, todavía oímos a Georg que gritaba

—¡Dejadme, dejadme! ¡Tengo fiebre!

Un instante después, cuando el vehículo se detuvo en lo alto de la Reepersbahn, George consiguió desasirse de los policías y, corriendo a lo largo de la Glacis Chaussee, saltó por encima de la valla que daba a la Sportsplatz. Los dos hombres galopaban tras sus huellas.

—¡Alto! —gritaron tres veces, reglamentariamente—. ¡Alto!

Después, resonaron los disparos. Un ligero ruido de beso. Los proyectiles de las metralletas le hicieron saltar en el aire; por un instante, pareció flotar, después, se derrumbó brutalmente. Arañó la tierra y murmuró algo incomprensible.

El pelirrojo lo empujó con la punta de una bota.

—Muerto. Tarea cumplida. Vámonos con el cadáver a ver al Bello Paul.

Con el cetrino al volante, se encaminaron hacia la Criminal.

—Estamos de suerte. Por esta vez aún nos libramos del frente del Este.

*Aún no ha nacido el hombre capaz de con quistar mi corazón —había dicho siempre tía Dora.*

*—Amar a una sola mujer, va contra la naturaleza —aseguraba el legionario.*

*Pero estas frases eran de antes de haberse conocido.*

*Ahora habían vuelto, a ser unos niños y soñaban con un paraíso, es decir, con un pequeño bar con siete taburetes.*

*Tía Dora suplicó al legionario que desertase, pero él era demasiado viejo y demasiado listo para intentar está locura.*

*El tren arrancó y les separó como a tantos otros.*

*La guerra proseguía, más feroz que nunca.*

## SOLDADOS CON PERMISO

El oficial de servicio que estaba en la estación examinó nuestros documentos y dijo con tono seco:

—Tren de soldados con permiso Berlín-Varsovia Lemberg, andén número 4.

—¡Bueno, ya está! —suspiró el legionario.

El capitán le miró, y dijo burlonamente:

—César dijo casi lo mismo al atravesar el Rubicón.

—Sí, alea jacta est.

Sorprendido, el oficial contempló al moreno soldado.

—¿Es usted estudiante, Obersgefreiter?

—No, soy del segundo batallón de la Legión Extranjera —replicó el legionario, a quien divertía la sorpresa del oficial.

—¿Y sabe lo que eso significa? —insistió el otro. —¡Sí, figúrese!

El oficial enrojeció y nos hizo pasar. De repente Hermanito lanzó un grito y salió a la carrera. Acababa de descubrir a Bola de Sebo quien, con sorpresa general, había venido a despedirse de él. Se precipitaron el uno contra el otro, como dos elefantes de guerra.

El tren, cual una larga y ávida serpiente, esperaba a la muchedumbre de soldados que se apretujaba en el andén. Miré el reloj de la estación, en el que iban

trascurriendo los segundos. La aguja giraba... giraba... Los devoraba uno tras otro... Pronto habría terminado el tiempo.

El prusiano del Este y Thomas Hensen llegaron lentamente, inclinados bajo el pesado equipo del soldado de Infantería. Stein y Bauer se asomaron por la ventanilla del compartimiento y gritaron que tenían reservadas cinco plazas; mientras les alargábamos nuestros paquetes, una pequeña «cruz roja» nos preguntó si queríamos café, es decir, aquel líquido que parecía el resultado de la cocción de un viejo saco de yute.

—¡Al tren! —gritó el oficial de andén, por cuarta vez, porque nadie le hacía caso.

Varios hombres fueron empujados brutalmente, entre ellos Hermanito, quien lanzó un torrente de improperios dirigidos a un suboficial de la gendarmería, pero éste, sabiendo por experiencia que más valía no buscar camorra a los soldados que regresaban al frente, desapareció como por arte de magia. Esa clase de trenes, tenía la virtud de crisparnos los nervios.

Se oyó una voz de mujer que gritaba

—¡Alfred!

El legionario dio media vuelta y corrió hacia un quiosco, donde tía Dora, con el cuello subido hasta las orejas, se ocultaba más o menos bien.

Ella apoyó una mano en el hombro del pequeño legionario y le dijo en voz baja:

—Te he traído ropa de paisano. Corre a cambiarte en el lavabo y huye.

El legionario entornó los ojos.

—Dora, vieja amiga, nada de tonterías. Conoces tan bien como ya a esos sabuesos de la gendarmería. Ni uno de cada mil se sale con la suya, y si me descubren en tu casa, tú también vas lista.

—¡No temo sus cárceles!

—¡No, pero sí a sus balas!

El legionario sacó del bolsillo un recorte del diario y lo colocó ante los ojos de tía Dora. Ésta movía los labios mientras decía:

**«Aviso a los desertores y a los cobardes. Pido al pueblo alemán, y sobre todo a las mujeres, que no pierdan de vista a esos cobardes que intentan ocultarse en las columnas de refugiados, para pasar del Este al Oeste. ¡Ninguna piedad para esos miserables desertores! Vosotras, orgullosas mujeres nacionalsocialistas alemanas, denunciadles implacablemente, ya se trate de extraños, de vuestros maridos, hijos o hermanos. ¡No hay sitio para ellos en nuestra gran Alemania nacionalsocialista!**

**Firmado: Heinrich Himmler.**

Tía Dora meneó la cabeza.

—¡Qué monstruo! ¡Pero espera a que se le corte todo lo que sobresale!

—Y a nosotros también —dijo secamente el legionario—, si cometiésemos una imbecilidad. La única oportunidad de sobrevivir a esta locura es seguir el movimiento en silencio. Escabullirse donde sea posible. —Cogió la barbilla de tía Dora entre sus dedos—. Y arreglárselas para tener buenos documentos en el bolsillo, impermeables ante el examen más minucioso. —Señaló a un corpulento feldwebel, con pinta de hipopótamo—: Fíjate en ese con su jeta de luna llena, se muere de ganas de atrapar a un desertor y de ahorcarlo con un letrero en el pecho. ¿Lloras, mi vieja Dora? ¿Qué quiere decir esto? ¡Dora no debe llorar!

Secó torpemente las lágrimas que resbalaban.

—Eres un tonto, eres un tonto —sollozaba la mujer, ocultando el rostro en el hombro del legionario—. Te escribiré, Alfred, todas las semanas.

Acarició la cicatriz de la mejilla, mientras contemplaba la locomotora que escupía vapor en forma de grandes nubes blancas, y pensó: «Se diría una fiera a la que hay que alimentar con carne y con sangre.» Dijo en voz alta: —¿A dónde crees que os envían?

El legionario echó una ojeada hacia el puente, por el que traqueteaban los tranvías. Después, contestó —El Viejo ha escrito últimamente que el regimiento está cerca de Orscha, en el sector central. Orscha es un nudo de comunicaciones entre Minsk, Tula y Moscú. La carretera va hasta Siberia —añadió—, y termina en Kolyma, donde camaradas nuestros trabajan ahora en las minas.

«¡Orscha! —pensó ella—. Un nombre. Un nombre desconocido, un punto en el mapa. Un lugar triste y sucio en la eternidad rusa por el que pasan miles de soldados, la mayoría de los cuales no regresan.»

Acariciaba las manos del legionario, las manos que un hado malévolo destinaba a producir la muerte a otros soldados, y que ella hubiese preferido tanto ver dedicadas a mezclar bebidas...

—¡Alfred! —murmuró, devorando el feo rostro con sus ojos duros empapados de lágrimas—. ¿No comprendes, imbécil, que te amo? ¿Por qué? No lo entiendo. Fui violada a los doce, a los quince me aficioné a ello, pero ya ni siquiera pienso en ello. Ya no podemos tener hijos, pero somos dos seres humanos que se entienden y pueden amarse. Los dos sabemos lo que es la vida: un horrible carnaval en el que hay que llevar una buena máscara. Alfred, te esperaré treinta años si es preciso. Un día despertaremos de este mal sueño, y entonces venderemos el cafetuchito y desapareceremos para ir a algún sitio donde podamos trabajar.

El legionario se echó a reír.

—¿Adónde, Dora? ¿Al Tíbet?

Ella meneó la cabeza.

—No, al Brasil. Mi hermana tiene allí un verdadero burdel hay sitio para nosotros

dos. Ni gendarmes, ni Gestapo, y en cambio el derecho a respirar libremente.

Una joven enfermera recién salida de las escuelas del Führer deambulaba a lo largo del andén, colgando aquí y allá una rama de abeto en las empuñaduras de las portezuelas, como había visto hacer en las películas de guerra. Se secaba los ojos con una punta del pañuelo y echaba hacia atrás la cabeza como una walkiria, mientras gritaba

—¡Gracias, héroes! Gracias por luchar por nosotras, mujeres alemanas, y por defendernos de la peste soviética.

Un soldado con rostro de zorro soltó un pedo sonoro y le dijo ante sus narices — ¡Necesitas que te cuiden un poco, chica!

Una enorme risotada surgió de los compartimientos vecinos, mientras el soldado subrayaba sus palabras con una palmada en las nalgas de la enfermera.

—¡Lárgate a toda prisa! ¡Los vencedores se acercan!

La joven enfermera, ofendida, arrancó la rama de abeto y corrió a quejarse a un feldwebel, quien se encogió de hombros y no le hizo caso.

Más lejos, toda una familia acompañaba a un muchacho de diecisiete años, que salía hacia un campo de instrucción en Polonia.

—¡Sé valiente! —gritaba el padre, un Regierungsrat, se aseguraba—. ¡Honra a tu familia!

—¡Escribe pronto, sobrino! —exclamaba un viejo de cabello blanco, con uniforme de coronel de la Primera Guerra Mundial—. ¡Comunícenos en ella que el Führer te ha concedido la Cruz de Hierro!

—Envía una fotografía así que puedas —murmuró la madre, que se secaba una lágrima furtiva.

El padre, la miró reprobadoramente a través de su monóculo:

—Las mujeres alemanas no lloran, Luisa.

Un pastor, con sombrero redondo, rodeó con un brazo los hombros de la madre y dijo con tono de voz consolador:

—¡Es un honor enviar a un hijo que luche contra los bárbaros que amenazan con invadir nuestra patria!

Otro miembro de la familia, en uniforme nazi, le miro con viveza:

—¿Qué? ¿El enemigo amenaza con invadir nuestra patria? ¿No ha explicado el Führer que sólo se trataba de una rectificación de líneas?

—¡Rectificación hasta Berlín...! —dijo un suboficial acodado en la ventanilla del tren, mientras reía con suavidad.

El pastor parpadeó amedrentado. Se pasó un dedo por el cuello, y su nuez de Adán empezó a agitarse mientras miraba con humildad al hombre del Partido.

—Estoy seguro de que el señor jefe de sector me ha interpretado mal. Quiero decir que el enemigo se lanza sobre Ucrania, que, según palabras del Führer, es

también nuestra patria.

—¿Cuándo ha dicho tal cosa el Führer?

—Muchas veces, al hablar del Gran Reich, que debe extenderse hasta el Cáucaso, donde precisamente están nuestros enemigos.

El jefe de sector examinó al pastor de pies a cabeza; éste inclinaba la cabeza sobre un hombro y tenía las manos unidas.

—¿No sería una buena cosa para usted, señor pastor, darse una vuelta por el Este para ayudar a nuestros héroes a rechazar a los enemigos del Gran Reich?

Se le iluminó el rostro al ver que el pastor se estremecía.

Una silueta gris se desplazaba a lo largo del tren, y Bauer aulló de alegría al reconocer al Ewald de tía Dora, en uniforme de campaña.

Dos días antes, Ewald había traspuesto la puertecilla gris del Cuartel General de la Gestapo en la Karl Muck Platz, y después de haber esperado mucho rato se encontró, por fin, en el despacho de Bielert, cuya puerta cerró un SS vestido de negro.

Bielert, sentado en una esquina de la mesa, recibió de manos de Ewald el acostumbrado fajo de papeles cubiertos de una escritura apretada. Bielert tocó los papeles.

—¿Cuántas mentiras e invenciones hay aquí?

¡Ninguna, Herr Brigaden führer! ¡Todo es verdad!

—Puede suprimir el Herr. Entre nosotros, se dice Brigadenführer a secas —gruñó Bielert—. Procure recordarlo.

Y un diluvio de invectivas cayó sobre el aturdido Ewald, que no entendía nada. Por fin, Bielert mostró una hoja de papel blanco, cruzada diagonalmente con una línea roja, y la puso ante las narices de Ewald.

—He aquí tu alistamiento en un regimiento disciplinario. Fuiste soldado seis semanas en total, ¿no es cierto?

—Sí, Brigadenführer —trompeteó Ewald, haciendo chocar sus tacones, como se le había enseñado en la plaza de armas de Grafenwehr.

Sólo el recuerdo de aquello le produjo un escalofrío. Antes la prisión que un cuartel de Infantería, dijo en aquella ocasión. Le licenciaron cuando se descubrió que se trataba de un error; en realidad, había sido destinado a un correccional, por robos y otras minucias.

Despedido del Ejército y después de purgar su pena, vivió en los bajos fondos de Hamburgo; pero ahora, no se tenían tantos miramientos. El frente acogía a todo el mundo, incluso a los individuos como Ewald, y los regimientos disciplinarios existían para los bandidos de su ralea.

Bielert se había inclinado hacia él y había cuchicheado:

—Pero hay otra solución, amiguito.

El rostro de Ewald se iluminó; se veía ya a salvo. Había salido del correccional

para convertirse en confidente. Poquísimas eran las personas que habían escapado de la Gestapo como resultado de las denuncias de Ewald, y Paul Bielert le debía en el fondo su nombramiento de Brigadenführer, porque Ewald, por pura casualidad, había descubierto un asunto importante.

—Haré todo lo que desee, Brigadenführer —balbuceó Ewald, con mirada de perro apaleado.

Bielert se echó a reír.

—Puedes escoger entre dos soluciones. Batallón disciplinario o juicio sumarísimo en calidad de individuo perjudicial para el bien público.

Ewald se atragantaba:

—¡Pero si no he hecho nada! —gimió—. Nunca he intervenido en política.

—¿De veras? —contestó Bielert, mostrando los papeles—. ¿Y esto? ¿Se trata tal vez de chismes mundanos? Estás metido hasta el cuello en la basura política, amigo mío.

Se volvió hacia la puerta y llamó:

Geige, Botz!

Dos gigantes en uniforme SS se presentaron inmediatamente.

—Juicio sumarísimo para éste —gruñó Bielert, señalando a Ewald, quien temblaba y parecía al borde del desvanecimiento.

Los dos SS se le acercaron y le cogieron por un brazo, diciéndole con fría amabilidad ven, pequeño.

—¡No, no! —gritó el desdichado—. ¡No puede hacerme esto, Brigadenführer! ¡Siempre le he servido fielmente, siempre he cumplido todos sus deseos!

Bielert se echó a reír.

—Sólo tengo un deseo, bestia inmundada, y es no volver a verte nunca más.

Ewald gritaba como un loco. El miserable había cometido la estupidez de mencionar a tía Dora en su último informe. Todo había terminado para él; no se podía tocar a tía Dora.

—Bien, buscadle un uniforme y que salga con la primera expedición.

Y por ese motivo, Ewald se deslizaba a lo largo del tren, en un uniforme sin insignias.

Bielert no se había contentado con enviarle a un regimiento disciplinario cualquiera, sino al batallón 219 de reeducación disciplinaria, dirección Brest-Litowsk. Si Ewald hubiese sospechado lo que le esperaba, habría echado a correr en el acto para ocultarse en los bajos fondos de Hamburgo. Sin duda hubiese tenido más probabilidades de salvarse que en la unidad más célebre del Ejército alemán, en la que el Stabsfeldwebel Neuring recibía invariablemente los recién llegados con estas palabras:

—Si pensáis, que tenéis alguna posibilidad de salvar la piel al venir aquí, os

equivocáis. A las doce menos cinco, balazo en la nuca reglamentario.

Los gendarmes, con sus placas brillantes en el pecho, corrían a lo largo del tren. El pequeño legionario besó a tía Dora y la apretó contra su pecho.

—Bueno, Dora, he de marcharme. Esta guerra no puede terminar sin el cabo Alfred Kalb, del 2º Extranjero. ¡Piensa que, si Hitler ganara, la cosa iría mal para los dos!

Tía Dora apretó su voluminoso pecho contra la delgada silueta. Sus labios encontraron los de él; le sujetaba con tanta firmeza que parecía como si no hubiera de soltarle nunca. —Alfred —cuchicheó—. ¡Vuelve!

Era casi una orden dada a Dios: el legionario no debía morir por una causa estúpida. Él asintió con la cabeza y se esforzó en sonreír.

—Volveré, mi querida Dora, por Alá que volveré. Esos rusos no matarán a un cabo de la Legión. Para eso hace falta una verdadera kábila.

—¡Alfred, escíbeme, escíbeme! ¡Enloqueceré, si me olvidas!

Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó salvajemente, con el corazón desgarrado. Lloraba, y las lágrimas formaban profundos surcos en la gruesa capa de polvos.

—¡Al tren! —gritaba el feldgendarme—. ¡Van a cerrarse las puertas!

El legionario subió lentamente y permaneció en el hueco de la portezuela. Dora volvió a acariciar el flaco rostro.

—Adiós —dijo él con voz ronca.

Ella contrajo sus labios en una débil sonrisa. —No, marroquí, nada de adiós, sino hasta la vista.

Él rió —Tienes razón, Dora, hasta la vista, que será muy pronto.

Hermanito echó su bolsa por la ventanilla del compartimiento; después, su cantimplora, junto con tres salchichones, un pan de centeno y varias botellas de schnaps. Se precipitó una vez más entre los brazos de Bola de Sebo, que le levantó del suelo para besarlo.

—Cuídate bien, oso, para que pueda recuperar tus pedazos —gruñó ella en voz baja—. Después, nos casaremos y tendremos veintitrés niños tan feos como tú.

—¡Por el diablo! —exclamó riendo Hermanito—. ¡Es lo mejor que habré hecho en la vida! ¡Ojalá perdamos la guerra en seguida! ¡Válgame Dios, veintitrés chavales!

—¡Y te convertiré en un personaje, bandido de alcantarilla!

Ella le dio un vigoroso cachete en la mejilla. Hermanito reía, muy feliz.

—¡Estoy enamorado de ti! Vales más que todas las chicas del burdel de Wiener Neustadt. Y, sin embargo, aquello era estupendo. —Su rostro se iluminó con una idea maravillosa:

—¡Emma! Cuando la guerra haya terminado, iremos juntos al burdel y podrás darte cuenta de que vales más que todas las putas.

—¡Cerdo! —gritó Bola de Sebo, ultrajada—. Soy una mujer decente y no una cualquiera, procura recordarlo. Por lo demás, ya me encargaré yo...

Hermanito inclinó su cabezota:

—Perdóname si te hago avergonzar, pero acuérdate de que no soy ningún caballero. Y por favor, cuando los ingleses suelten sus pepinos, encoge bien el cuello.

Ella sonrió, lo que hizo que sus ojillos desaparecieran entre los pliegues grasientos del rostro.

—Mi gran oso —murmuró—, estúpido como un buey. Pero me encanta. Quiero que vuelvas, incluso con una pierna menos, esto no tiene importancia. —Reflexionó un momento—. Incluso sería mejor; me obedecerías más fácilmente.

Un feldgendarme se detuvo ante ellos, con las piernas muy separadas.

—Escuche, Obergefreiter, ¿necesita una invitación escrita para subir?

Agarró a Hermanito y lo empujó hacia el tren.

—¡Volveré dentro de quince días, Emma! Permiso de noviazgo, o de boda, ya encontraré algo —gritaba el gigante.

El tren arrancó con una sacudida, y la cabeza de Hermanito golpeó contra un hierro; empezó a sangrar.

—¡Jesucristo! ¡Me he fracturado el cráneo! ¡Espera que vuelva!

—¡Vuelve, vuelve! —gritaba Emma. Corría a lo largo del tren, levantándose la falda con una mano y agitando con la otra la cinta roja de las enfermeras; su rostro estaba cubierto de lágrimas—. ¡Vuelve, oso mío, vuelve pronto!

Tía Dora, semioculta tras el quiosco, hacía signos al legionario, que seguía ante la portezuela abierta. Una mujer de unos cincuenta años cayó con un niño de tres en los brazos; la criatura salió rodando por el asfalto. Se oyó el grito de terror de un soldado de Infantería de Marina.

Más de prisa, más de prisa... El interminable tren avanzaba, llevando a tres mil ochocientas cabezas de ganado en uniforme, a través del Hamburgo en ruinas, rumbo a Berlín.

Un feldgendarme se abrió paso a lo largo del corredor.

—Cerrad las ventanas. Dispararemos sobre todo lo que asome por ellas.

—¡Vete a la mierda! —gruñó un suboficial desde lo alto de su hamaca.

En otro compartimiento, alguien se puso a cantar:

*Vuelve, te espero  
te espero porque para mí  
eres toda mi alegría...*

En el andén, centenares de seres queridos, madres, esposas e hijos contemplaban aún el horizonte por donde había desaparecido el tren, dejando sólo una columna de humo que se confundía con las nubes cargadas de lluvia. La mayoría no habían de

volver a verse.

Tía Dora, sola junto al quiosco, tenía una mirada ausente, y sus labios se estremecían en su pálido rostro.

—Vuelve, Alfred... Por amor de Dios, vuelve a mí, no importa cómo, incluso con muletas, pero vuelve.

Bola de Sebo, en el extremo del andén, seguía agitando maquinalmente su cinta roja. Jadeaba a consecuencia de aquel ejercicio desacostumbrado.

—Grandullón estúpido —cuchicheaba—, no te quedes allí...

Y aquella mujer tan dura hizo algo de lo que nadie la hubiese creído capaz, en medio de un andén de estación, bajo las cristaleras hechas añicos, unió las manos y rezó.

Empezaba a llover, una lluvia fina y apretada. El andén se vaciaba lentamente cuando las sirenas empezaron a ulular. La gente se desparramó en todas direcciones. A lo lejos, cayó la primera bomba.

En la entrada del andén permanecía aún una joven de rostro descompuesto que mordía un pañuelo y desgarraba la ropa con sus dientes.

—Otto —tartamudeaba con voz ronca—. ¡Oh, no! Otto...

De repente, lanzó un grito penetrante y se arrancó los cabellos con desesperación.

—¡Otto! ¡No dejes que te asesinen! ¡Hitler, asesino! —gemía incesantemente—. ¡Hitler, asesino!

Dos jóvenes de paisano, con capote negro, surgieron bruscamente junto a ella. Una insignia plateada brilló en una mano. Se escuchó: «Gestapo.» Ella se resistió desesperadamente, pero los hombres se la llevaron. Desaparecieron en la sombra misteriosa de la Comisaría de

Policía. En el tren, el soldado Otto murmuraba

—Lotte, cariño, pronto volveremos a vernos.

Y confesó a un camarada que Lotte estaba encinta.

Pero el hijo de Lotte no llegó a nacer. Su madre había dicho la verdad en un país donde la verdad equivalía a una sentencia de muerte.

El tren corría a través de Alemania. Se detenía unos momentos en estaciones llenas a rebosar, tragaba nuevas oleadas de soldados aturridos, que trepaban por montañas de sacos, de cantimploras, de máscaras antigás, de carabinas, de metralletas, de capotes enrollados y de cuerpos yacentes, vestidos de verde, de azul, de negro, de pardo. Todas las armas.

Soldados de Marina de dieciséis a veinte años, con la insignia de los submarinos en la bocamanga; SS fanáticos con la mirada fija, educados en lo que se llamaba «casas del orden» del estado dictatorial; policías de cierta edad, en uniforme verde, camino de una División de la Policía de Campaña y destinados a ser liquidados por los partisanos enemigos, que les acechaban como locos. Había soldados de las

Divisiones blindadas, en sus negros y sucios uniformes, apestando a gasolina y a grasa; soldados de Caballería gruesos como campesinos, con hombreras de color amarillo chillón; esbeltos cazadores alpinos, con el edelweiss de plomo en la manga; artilleros, con extrañas condecoraciones; zapadores cuyos rostros reflejaban una fatiga indescriptible, consecuencia

de trabajos inhumanos, y tristes como sus hombreras negras. Había también artilleros de la Marina, corpulentos y gordos, satisfechos de pertenecer a un arma alejada del frente, a lo largo de las costas; agentes de enlace de mirada inteligente, que salpicaban sus frases con palabras extranjeras, para demostrar que sabían idiomas. Pero la mayoría de los hombres eran soldados de Infantería en uniforme tan raído que desmentía abiertamente la gloriosa denominación de «reina de los ejércitos».

En todos los rincones se bebía, se jugaba. Un grupo cuchicheaba en torno a un Obergefreiter de Sanidad.

—Con la ictericia no hay nada que hacer —decía el sanitario—. Y con la viruela tampoco... Por un poco más te dejarían hasta sin orinal cuando te presentas con esas cosas. —Lanzó a su alrededor una mirada precavida, pero no parecía haber un auditorio peligroso en la vecindad. Prosiguió con un cuchicheo—: ¡El tifus, muchachos, un buen tifus de veras, esto es lo que conviene! Una temperatura que hace estallar el termómetro. Ante uno que está casi muerto, no ofrecen resistencia... Y que si te alisan el cabello, que si te acarician una mejilla... Uno ni siquiera cree que sea verdad,, de tan buenos como se muestran, porque creen que te vas al otro barrio. Y además, dura mucho tiempo.

—Pero, ¿cómo se pesca un tifus? —preguntó un soldado canijo.

Unos paquetitos cambiaron de mano y el sanitario se guardó dinero en el bolsillo. Sonrió después de lanzar otra mirada circular.

—Mezclad lo que hay en los paquetes con el café, y después, atizaos un buen trago de vodka. Quince días más tarde, estaréis en cama, y la guerra habrá terminado para vosotros durante seis meses.

—¿Hay peligro de diñarla? —preguntó un soldado de Caballería, escéptico.

—¿Se puede obtener algo sin correr riesgos, cretino? —dijo un aviador con elegante uniforme gris azulado y el pecho cubierto de condecoraciones.

Tenía apenas veinte años, pero la guerra le había hecho envejecer otros diez. También los héroes voladores de Hermann Goering estaban hartos.

La travesía de Berlín se realizó por la noche. Había alarma. En todo el tren atestado había peleas para ir a los retretes; frases estúpidas se cruzaban en la atmósfera pestilente.

El legionario, apretado entre Hermanito y yo tenía enfrente a Ewald, con el rostro verdoso, encuadrado por Stein y por Bauer. Desde lo alto de la hamaca, el prusiano

del Este gastaba bromas y hacía imitaciones muy graciosas.

—¡Explícanos lo que dice el Führer de la situación! —gritó Stein.

El prusiano levantó su máscara de gas cual si fuese una trompeta, se echó un mechón sobre la frente y adelantó el labio inferior. Parecía una horrible caricatura de Hitler, pero la voz era sorprendente.

—¡Mujeres alemanas, hombres alemanes! ¡Nunca hemos estado tan cerca de la victoria! Nuestras líneas en forma de bolsa hacían difíciles las operaciones. Acaban de ser rectificadas hasta posiciones preparadas anticipadamente para que nuestra acción pueda desarrollarse de acuerdo con mi plan. Los enemigos del pueblo dicen que estas rectificaciones son una retirada, pero vosotros sabéis que allí donde están mis heroicos soldados no existe retirada. Otro pequeño esfuerzo y la victoria final es nuestra. Pero, entretanto, estad seguros, moriréis como héroes.

Al levantar el brazo para el Heil, el orador perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—El Führer ha caído —dijo Bauer.

Hermanito se liaba un cigarrillo con mucho cuidado. Durante los cuatro meses de estancia en el hospital, había recogido concienzudamente todas las colillas que encontrara y poseía ahora una bolsa enorme llena de tabaco. Su miseria ante Dios le había enseñado a no rechazar nada; todo podía servir.

—¿Creéis que me darán permiso si me caso con Emma? —preguntó mientras humedecía con la lengua el papel del cigarrillo.

El legionario se echó a reír

—Seguro que no. El Hauptfeldwebel Edel dirá que eres el idiota del regimiento, y que los idiotas no deben casarse. Además, ¿por qué convertir en viuda a una simpática muchacha?

—¡Cállate! Ante todo, Emma no tiene nada de simpática muchacha. Es un tanque y muy capaz de pegarle al Hauptfeldwebel Edel un bofetón que le deje sin sentido para toda la vida.

—Edel dirá también —prosiguió el legionario que tu única oportunidad es morir como un héroe, porque de lo contrario, después de la guerra, te encontrarás en un campo de exterminio, como peligro público.

Esta evocación nos hizo arrugar el ceño.

—No lo entiendo —dijo Hermanito.

—No me sorprende —contestó riendo Bauer.

—No soy más que un cerdo procedente de un correccional. A mi madre los pequeños no le importábamos, y en cuanto al viejo, siempre estaba borracho. En el internado nos pegaban y en los ratos libres nos peleábamos entre nosotros. ¿Alguno de vosotros sabe lo que es un correccional? —Nadie contestó—. No, ya me lo figuraba. Es el infierno. No había escuela. No lo necesitaréis, decía el director, un antiguo sacerdote de Turingia. Se decía que la mujer del organista había sido su

amante, y que por tal motivo se le había expulsado de la iglesia de Turingia. Y era cierto que no había necesidad de saber leer y escribir para transportar vigas de hierro o excavar fosos. Después, me hice soldado, porque no habéis de olvidar que soy de la activa, no un reservista. Se me dijo: «Vas a la guerra para defender a la patria.»

Me pregunté por qué había de defender a la patria que nunca había sido buena conmigo, pero tampoco era por mi causa que había guerra. Me puse, pues, a defender a la patria.

«Contra los bárbaros, contra enemigos implacables», dijeron. Bien. De modo que combatí a los bárbaros, a los enemigos implacables. Allá arriba deben saberlo, pues son más listos que tú, Hermanito. Tú no eres más que una bestia. Disparé contra todo lo que quisieron, me cuadré, cuando decían «en marcha», andaba. Y así me estuve paseando durante siete años con la gallina nazi en el pecho.

Hermanito se detuvo y nos miró con expresión maliciosa.

—Pero ahora hay novedades, y esto me desconcierta. Estoy prometido y voy a tener "veintitrés hijos con la mejor esposa del mundo. —Se limpió el rostro con una mano tosca—. Hay algo que no está bien. El de enfrente, el de Kharkov, de Kiev, de Sebastopol y de otros lugares donde defendía la patria, si le preguntases: «Escucha, Ivan Ivanovich, ¿por qué disparas contra mí?», contestaría: «Tovarich Fritz, no lo sé. El padrecito Stalin dice que debo hacerlo.» ¡Y zas! Tienes un agujero en el cráneo. —Hermanito se pegó una palmada en la frente—. Decidme si no estamos todos chiflados.

El legionario miró vivamente a su alrededor, cerró apresuradamente la puerta que daba al pasillo y dijo con rudeza

—¡Cállate, cretino! Si no, te ahorcarán, tanto si Iván te comprende como si no.

¡Pero si es lo que te estoy diciendo! —exclamó Hermanito—. En todas partes te dan explicaciones cuando has de hacer algo, pero aquí se limitan a decirte: «¡Cállate! ¡Haz lo que te digo o te colgamos!» No lo entiendo.

—No tiene importancia —dijo bruscamente el legionario—. Obedece. Es más sano para ti y para nosotros. Si reflexionas, acabarás por enfermar; tu cabeza no ha nacido para eso, sólo para llevar el paso.

Hermanito se encogió de hombros.

—Debes de tener razón, nómada.

—Conozco esto —dijo el legionario.

*Contemplábamos a los soldados ahorcados que se balanceaban a impulsos del viento. Las hienas de la Policía estaban muy ocupadas en este momento. Se seguía al pie de la letra las nuevas órdenes del Führer: Consejo de Guerra o ley de excepción para todos los casos siguientes:*

*Derrotismo, deserción, sabotaje. Amenaza a la seguridad del Estado. Saqueo, desvalijamiento de cadáveres, traición.*

—Conozco esto —repitió el legionario—. *Es el principio del fin. Las guerras se pierden siempre de la misma manera.*

## EL CAMINO PARALELO

Nuestro viaje duró doce días, para terminar en el camino paralelo Pinsk-Gomel, hacia el Sudoeste de Dawyd Gorodok. Según el Servicio de Información, el regimiento debía encontrarse o en Petrikowo, o en Skrigalow.

El que haya visto una sola vez aquel camino paralelo, nunca lo olvidará. Es un camino de cuarenta a sesenta metros de ancho, formado por el paso de millones de ruedas y de botas. No, ni siquiera un camino, y, sin embargo, algo tan vital para el ejército como lo es la aorta para el corazón. Esa arteria late continuamente, noche y día roncan por ella millares de vehículos a un ritmo incesante que si llegara a detenerse, produciría la muerte del frente.

En un sentido avanzan las largas columnas de amunicionamiento, de abastecimiento, de cañones, de tanques, y los vehículos de Correos. En el otro, la artillería averiada, los vehículos destruidos, los restos de tanques, objetos retorcidos que habían sido aviones, y una fila interminable de ambulancias llenas de ruinas humanas. En resumen, todo lo que involucra la palabra guerra. Ese camino paralelo era un suplicio para los soldados. En invierno, una pista de patinar; en verano, un río de polvo; en tiempo de lluvia, un pantano en el que máquinas, bestias y hombres quedaban pegados en el barro.

Nos arrastrábamos por él tosiendo, blasfemando y escupiendo, en el centro de un pliegue del terreno, esperando, como todo el mundo, encontrar un medio de

transporte.

Durante una detención, Hermanito, según su costumbre, había salido a merodear por el campo y no regresó hasta tres horas después. Llevaba un voluminoso saco completamente lleno de comestibles.

—¡Estás loco! —exclamó el prusiano del Este—. Esto es saqueo, muchacho. Si te pescan, es la horca.

—¡Cobarde! —replicó Hermanito, riendo—. ¿No ves que se está rectificando el frente, o sea que nos retiramos? Hay orden de volarlo todo. ¿Os acordáis del Kuban? ¿Cuando enviaron a las nubes doscientas toneladas de suministro? —golpeó el saco y sonrió con expresión astuta—: ¡Vitaminas para la victoria!

Y soltando una risotada, se metió de un solo golpe dos plátanos en la boca.

—Cada vez que vuelvo a ver este camino —dijo Bauer, tirando su colilla a un charco—, siento un desasosiego en el trasero.

Hermanito, que empezaba a aburrirse y a quien también desasosegaba el ansia de pelea, empezó a reñir a Bauer, y no es posible saber lo que hubiera ocurrido si un gran camión tanque no se hubiese detenido en aquel momento frente a nosotros. Asomó un feldwebel.

—¿A dónde vais, gandules?

—Al 27º Regimiento de Blindados.

—¡A este paso nunca llegaréis! —ladró malévolamente.

Todas las cabezas se irguieron. Uniforme a medida, gorra elegante, correa no reglamentario con revólver de oficial. Pese a pertenecer alas tropas de Intendencia, se había permitido los galones amarillos de la Caballería, en lugar de los azules, tan menospreciados, que las tropas del frente debían llevar incluidas las de Intendencia.

Como fui el único que me levanté, en tanto que los demás permanecían tumbados en la hierba, mostrando una indiferencia completa, el feldwebel saltó del camión vociferando como un jumento.

—¡En pie, cerdos! ¡Y en marcha! ¡Hacia el Este, donde os espera la muerte de los héroes!

Se levantaron con lentitud exasperante. Hermanito se echó al hombro su bolsa, como si fuese un faquín, y emprendió la marcha sin dirigir ni una mirada al feldwebel.

—Y usted, Obergefreiter, ¿qué es esa bolsa?

—Una bolsa de yute.

El suboficial estuvo a punto de asfixiarse de rabia:

—¿Se burla de mí? ¿Qué hay dentro?

—Correo y objetos para nuestro comandante, el teniente coronel Hinka —contestó Hermanito, sin pestañear.

—Enséñemelo.

—No puedo —dijo Hermanito, apretando la abertura de la bolsa.

—¿Cómo dices?

—Gekados! <sup>[6]</sup> —murmuró el gigante, guiñando un ojo.

—¡Esto está bien! —cuchicheó el legionario admirado.

—¿Qué quiere decir esta tontería? —aulló el feldwebel.

Hermanito inclinó la cabeza sobre un hombro:

—El teniente me ha dicho: soldado, que nadie meta la nariz en esta bolsa. Es gekados. Esto es lo que me ha dicho Herr feldwebel, de verdad.

Y con la mano hizo un enérgico ademán.

El feldwebel desconcertado, nos miró y observó que poco a poco íbamos agrupándonos en torno a Hermanito. Subió al camión de un salto mientras gritaba

—¡En marcha, y a toda prisa! Llamaré la atención de la feldgendarmerie para que os vigile.

El camión desapareció en medio de una nube de polvo, mientras Hermanito distribuía fraternalmente una ronda de chocolate.

Reemprendimos la marcha por el camino paralelo, sin apresurarnos, como unos gitanos que tienen toda la vida por delante, y al cabo de unas decenas de kilómetros decidimos echar otra siestecita.

La oscuridad era total cuando un ruido de motor nos despertó sobresaltados. El camino rebosaba de vehículos, camiones, automóviles, artillería, baterías de lanzagranadas, transportes de tropas, blindados, toda la impedimenta de un ejército moderno.

—¡Caramba! —exclamó Bauer—. ¡Cualquiera diría que está desfilando todo el ejército!

—¡Sí, y hacia el Oeste! —añadió Stein.

—¿Ha terminado la guerra, camarada? —gritó Hermanito a un viejo territorial que conducía un camión de municiones.

—¡Rectificamos las líneas! —contestó el otro riendo.

Un comandante llegó a la cabeza de una larga columna. Saltó en mitad del camino y enarboló un revólver.

—¡Paso para mi regimiento! —gritó—. ¡U os parto la cabeza!

Pero nadie le prestaba atención y la larga serpiente de vehículos seguía avanzando a velocidad de caracol. Un gran automóvil «Horsch», con gallardete cuadrado de metal, se abría paso lentamente. En su interior, se distinguían a los oficiales de Estado Mayor. Un teniente coronel de la gendarmería apareció rodeado por una sección de gendarmes.

—¡Paso al general comandante del ejército! —gritó enfurecido.

Pero la larga serpiente seguía casi inmóvil y el general también. Entonces, los gendarmes dieron la orden de enviar al otro lado del terraplén los vehículos que

obstruyeran el paso. Se inició esta operación.

—¡Esto es el colmo! —gritó alguien—. ¡A causa de ese tipo se destruyen todos esos vehículos! ¡Qué vergüenza!

El pequeño legionario se echó a reír.

—Otros pocos años de guerra y acabarás por entenderlo, amigo mío.

Un coronel comandante de un regimiento de artillería a caballo protestó violentamente al ver que los gendarmes empezaban a volcar sus vehículos, y en el momento en que el teniente coronel de la gendarmería echaba mano a la brida de su caballo, le cruzó el rostro varias veces con su fusta mientras gritaba

—¡Abajo estas patas!

Haciendo encabritar su caballo, que relinchó, el oficial emprendió el galope en dirección a donde estaba el general. Saltó a tierra, se cuadró y quiso hablar. Pero no tuvo tiempo.

—¿En qué está pensando, coronel? —chilló el general—. ¿He dado o no he dado órdenes? ¿Se figura que voy a quedarme en esta cloaca hasta oxidarme?

—Mi general —contestó el coronel con tono helado—, mis baterías no pueden salir del camino. Mis caballos están derrengados y son incapaces de hacer subir el terraplén a uno solo de mis vehículos.

—Esto no me importa. Tengo que avanzar sin pérdida de tiempo.

—Rehúso ejecutar sus órdenes. Mis vehículos permanecerán en el camino.

El general miró al otro con frialdad.

—Si rehúsa obedecer... entonces...

El coronel se irguió. Le llevaba toda la cabeza al general; de su cuello colgaba una condecoración.

—¿Entonces, mi general?

Los ojos del general se contrajeron.

—Haré uso de mis poderes y le haré comparecer ante un tribunal de excepción, por incumplimiento de órdenes. En el Ejército alemán no necesitamos oficiales como usted.

El coronel palideció.

—¿Es su última palabra, mi general?

Éste no contestó, y se volvió hacia el oficial de la gendarmería que estaba tras de él. Obersleutnant Scholl...

El coronel se llevó la mano al cinturón, sacó un revólver y lo armó. El general retrocedió un paso y palideció como un muerto, mientras el oficial de gendarmería se inmovilizaba, impresionado. Toda la vida del camino paralelo pareció detenerse de repente.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios del coronel.

—No tema mi general, es usted demasiado repugnante para que pueda disparar

contra usted.

Pero, desde ahora, me niego a servir en el Ejército de la Alemania actual.

—¡Detenedle! —ladró el general.

Antes de que los gendarmes hubiesen podido hacer el menor movimiento, el coronel se llevó el revólver a la boca y disparó. Permaneció en pie un segundo, erguido; después, se balanceó hacia delante y se derrumbó a los pies del general.

Éste dio media vuelta y se sentó en su automóvil, donde un asistente le cubrió las piernas con una manta. Se le escuchó comentar con su jefe de Estado Mayor:

—En estos tiempos se encuentran a demasiados imbéciles.

Los gendarmes hicieron desviar los vehículos hasta el otro lado del terraplén; los caballos relincharon desesperadamente al rodar por la pendiente; el cuerpo del coronel fue echado dentro de un camión y, poco después, el «Horsch» desapareció por el camino.

—¡Caramba! —exclamó el prusiano del Este—. ¡Ese coronel ha sabido despedirse!

Un aullido de Hermanito le interrumpió.

En efecto, un gran camión con toldo avanzaba, marcado con nuestro signo distintivo: dos cruces blancas sobre el fondo azul, pintado en la parte posterior y en el parabrisas.

—¡Eh, camarada! —gritó Bauer—. ¿A dónde vas? ¿Podemos subir?

El chofer, un Obergefreiter, gruñó sin ni siquiera mirarnos:

—¡Voy a Colonia, idiota!

—¿A dónde? —preguntó el legionario, estupefacto.

—¿Tienes mierda en las orejas? He dicho a Colonia.— Y deletreó el nombre, que todos se detuvieron a escuchar y que desencadenó una tempestad de risa.

—¿Habéis oído? ¿Ese chiflado quiere ir a Colonia?

—¡No olvides cambiar de tren en Breslau!

Las carcajadas aumentaban. Un artillero saltó al estribo

—¡Toma! Aquí tienes un salvoconducto para el próximo atajo.

Y echó al hombre una de las hojas que todo soldado del frente del Este guardaba en su bolsillo, pese a los severos castigos. Eran prospectos redactados en forma de salvoconducto y que los aviones rusos arrojaban a millares.

—¿Quieres conducirnos a Berlín? —preguntó el legionario—. Bastará con que nos dejes en la próxima estación del Metro.

—Sí os viene de gusto, subid —dijo el soldado, sin turbarse.

No necesitó repetírnoslo dos veces. A través del cristal roto, el prusiano del Este preguntó al chofer:

—¿De verdad vas a Colonia?

—Desde luego. Es una misión importante.

Exhibió su orden de marcha y leímos, con estupefacción, que iba en misión especial a Colonia, pasando por Lemberg, Varsovia, Breslau Berlín y Dortmund.

—¡Vaya! —exclamó Bauer—. ¡En toda mi vida había visto una locura igual! Hacer recorrer mil kilómetros a un viejo camión, aunque sea para algo importante.

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntaron varias voces.

—¡Capotes ingleses para las tropas del frente, camaradas!

Otros soldados se encaramaban al camión. —La guerra terminará pronto —dijo un suboficial sucio, escupiendo en el camino.

—Y, entretanto, seguimos adelante —comentó riendo un soldado muy pálido.

—¿Sabéis por qué Adolfo no comparece ya nunca por el frente? Teme que la gente grite. ¡Führer, te seguimos! Y que vayan tras de él hasta Berlín.

Un soldado de dieciocho años cuyo uniforme nuevo estaba adornado con las iniciales H.J. <sup>[7]</sup>, se levantó, pálido como un muerto.

—Os prohíbo que habléis así. Esto es derrotismo. Dadme vuestros nombres, porque tengo el deber de denunciar estas frases sediciosas.

Stein cogió al muchacho por los hombros y lo proyectó al fondo del vehículo.

—¡A callar, mequetrefe! A los traidores como tú se les liquida en un santiamén.

El chiquillo pedía auxilio, e iniciábamos una canción para ahogar sus gritos cuando, de repente, Hermanito lanzó un aullido

—¡Los aviones!

Saltó por encima de la caja del camión y fue a agazaparse en el campo vecino. El legionario se lanzó en pos del otro, seguido por el prusiano del Este. A lo largo del camino se produjo una desbandada total.

Tres cazas rusos nos enfilaban con sus cañones ametralladores. Nos pegamos al suelo, con la cabeza hundida entre los hombros y sintiendo el viento frío de los aparatos en vuelo rasante. En sus alas brillaba siniestramente la estrella roja... —¡Por los diablos del infierno! —blasfemó un Obergefreiter—. Llevo diez mil litros de gasolina en mi camión. Si estalla, ya nos podemos despedir de todo. Serán unos hermosos fuegos artificiales.

Los tres aviones viraron y enfilaron de nuevo el camino. Algunos cuerpos humanos salieron proyectados por el aire. Soldados muy jóvenes empezaron a disparar, al mismo tiempo que lanzaban aullidos.

—Esto va a complicarse —murmuró el prusiano del Este, aplastándose como una alfombra.

En el camino, una masa de vehículos ardía ya. Se oían gritos de: «¡Los sanitarios, los sanitarios!» Pero, ¿quién podía preocuparse? El prusiano del Este empujó con viveza al legionario hasta el agujero en que nos habíamos acurrucado, en el momento en que seis aviones picaron uno tras de otro.

«¡Esta vez estamos listos!» La idea fulguró en mi cerebro mientras rodaba hasta

el fondo de un cráter. En lo alto, llamaradas azules surgieron de los cañones de los cazas, la tierra se elevó como un colosal surtidor, se escucharon clamores de terror. Un capitán, con mirada extraviada, amenazaba con sus puños a los aviones que viraban y volvían hacia nosotros. El capitán se derrumbó en un charco de sangre, y su cabeza, con los ojos muy abiertos rodó como un melón por la calzada. Su gorra saltó hasta algo más lejos.

Un soldado de dieciocho años, corría vociferando sobre sus muñones, con los pies cortados por encima de los tobillos. Dejaba tras de sí un largo rastro purpúreo.

Un terror loco se apoderó de los soldados. Se levantaron todos e hicieron lo peor que puede hacerse, es decir, huir a lo largo del camino.

Los aviadores se entregaron entonces a una verdadera matanza, y las salvas crepitaron sobre los cuerpos estremecidos. Un teniente, con el uniforme negro de las tropas blindadas, saltó al interior de nuestro agujero, y su bota golpeó a Hermanito, que blasfemó. El teniente se echó a reír mientras se presentaba: —Ohlsen —susurró.

Era el verdadero tipo de oficial del frente, con la metralleta al hombro y el pecho cubierto de condecoraciones.

El legionario levantó la cabeza, le miró y se presentó a su vez.

A nuestro alrededor, todo se agitaba, todo ardía, caía una lluvia de fuego. Los aviones atacaban de nuevo. Una explosión ensordecedora nos arrancó de la tierra protectora. Un tórrido huracán sopló nuestros rostros, mientras un torrente de fuego se esparcía por el camino.

—¡Mis diez mil litros! —gimió el Obergefreiter.

Cayó un rosario de bombas; restos de todas clases saltaron hacia el cielo. Era el final. Los aviones desaparecieron por el Este mientras su fuselaje plateado brillaba al sol.

Nos levantamos lentamente, para ver el camino sembrado de muertos. Un oficial aviador tomó el mando y empezamos a apartar los cadáveres y los vehículos carbonizados. El Obergefreiter que debía ir a Colonia miraba abrumado su camión llameante.

—¡Válgame Dios! ¡Mis papeles, mis papeles! ¡Y todo lo demás se ha quemado!

Los soldados que no formaban parte de una unidad determinada fueron reunidos en una compañía heterogénea, muestrario de todas las armas y todos los países del Eje: rumanos, húngaros, búlgaros, un cabo finlandés, yugoslavos e incluso un bersaguere italiano, con las plumas de gallo en el casco.

Hermanito, a quien este mosaico ponía nervioso, golpeó a un soldado de la Policía polaca:

—¡Vete de aquí, traidor!

Gran alboroto en la Compañía, de la que el veinticinco por ciento de sus hombres eran voluntarios. El teniente Ohlsen intentó calmar a los vocingleros, a quienes la

palabra «traidor» había enfurecido. Un cosaco de Tiflis llegó a sacar un cuchillo y lanzó una serie de injurias en un burdo alemán. Hermanito se echó a reír y llamó al legionario, que iba al frente de la compañía con el teniente Ohlsen.

—¡Déjanos en paz! —gritó el legionario.

El teniente se echó a reír y amenazó al gigante, cuya cabeza emergía del rebaño dispar. Hubo unos porrazos, y un murmullo de cólera se elevó de la compañía, mientras una piedra alcanzaba a Hermanito en el hombro. La había tirado un checo que llevaba el uniforme de la Policía del frente. El gigante contrajo los labios y se deslizó hacia el hombre, quien se batía en retirada cuando una mano de hierro le atenazó la garganta y lo lanzó, aterrado, a la cuneta del camino. Después, nuestro camarada se reunió con nosotros y empezó a cantar.

Tres días más tarde, estábamos en Proskurow, donde la extraña compañía fue disuelta, y cada uno de sus miembros se las arregló lo mejor que supo. Fue en aquella población donde vimos por primera vez los terribles indicios de un estado de cosas aún más terribles.

Dos soldados de Infantería, unos veteranos, pendían ahorcados, cada uno de un poste telegráfico, con un letrero en el pecho donde se leía en letras rojas: «¡Demasiado cobardes para defender la patria!»

Nos detuvimos para contemplar los cuerpos, que se balanceaban al viento, en medio de la plaza. —Para ellos la guerra ha terminado —filosofó el prusiano del Este.

—Conozco esto —dijo el legionario, rascándose la nariz—. Es buena señal. También se veía esto en las montañas del Rif, antes de la rendición de los rebeldes.

Proseguimos la travesía de la ciudad, en busca de un sitio donde pasar la noche. Apareció un edificio con aspecto de granja, del que se desprendía un fuerte olor a patatas podridas y a heno enmohecido.

—Tanto peor —dijo el prusiano del Este—. Hemos de descansar aquí.

—Bien —dijo Hermanito—, tú serás el primero que te largarás.

Como una locomotora, se precipitó hacia la oscuridad, de la que surgieron blasfemias y gritos. Dos cuerpos volaron por los aires y al cabo de pocos minutos los siete estábamos aposentados.

El teniente Ohlsen se reía cuando, en la oscuridad, surgió una voz.

—Hermanito, ¿eres tú?

El legionario encendió una linterna y, estupefacto, reconoció al Ewald de tía Dora.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Tú también aquí? —gritó Hermanito—. ¡Espera hasta mañana y recibirás la azotaina que mereces!

De repente, lanzó un aullido de alegría y saltó por encima de los cuerpos dormidos. Un grito de mujer hizo eco.

—¡He atrapado una chica! —Unas voces femeninas protestaron—. ¡Venid, muchachos! ¡Es un burdel de campaña!

Se encendió otra linterna, que iluminó las insignias de un capitán. Lo que Hermanito había tomado por un burdel era una sección de la Cruz Roja y de telefonistas de Aviación.

El legionario se lamentaba: hubo que sentarle a la fuerza, y el teniente Ohlsen se dedicó a calmar al capitán, que hablaba de consejo de guerra por tentativa de violación.

Por fin, reinó el silencio. Acababan de tocar las doce cuando fuimos despertados por un ruido de botas claveteadas. Parpadearon unas luces, unas voces brutales reclamaron las cartillas militares y las órdenes de misión. Eran las hienas de la Policía. Fuertemente armados y macizos como rocas, rodearon la granja; sus placas, en forma de media luna, brillaban intensamente, en la penumbra, mil veces más temibles que las ametralladoras enemigas.

El miedo... Un miedo atroz nos invadió. A veces, era posible entenderse con Iván, pero jamás con aquellos brutos, que eran la encarnación de la bestialidad. Tenían ya a uno: un suboficial de Artillería que forcejeaba y gritaba:

—¡Dejadme, dejadme! ¡No iréis a matarme! Tengo hijos, tres hijos, mi mujer ha muerto en un bombardeo. ¡Tengo que volver con mis hijos!

—¡Cállate, cerdo! —gruñó el feldwebel, cuya insignia lanzaba resplandores homicidas.

El suboficial pareció volverse loco

—¡Soltadme, canallas! ¡Sois unos asesinos de camaradas! —forcejeaba—. ¡No quiero morir, no quiero morir!

Empezaron a golpearle. Un Oberfeldwebel le pegó una patada en la entrepierna, lo que le hizo derrumbarse lanzando un aullido. Los que le sujetaban, le soltaron. De repente, se precipitó sobre el policía más próximo, que cayó bajo aquel ataque inesperado. El miedo a la muerte daba al desdichado una fuerza inaudita. Mordió al hombre en el rostro, mientras lanzaba aullidos de fiera, pero otros policías acudieron y golpearon con las culatas de sus armas el rostro del suboficial, hasta reducirlo a una masa sanguinolenta de la que surgían lágrimas y gemidos.

El suboficial fue echado a un camión y, perfectamente insensibles, aquellos brutos prosiguieron su inspección. Un Oberfeldwebel examinó nuestros documentos.

—¡Un regimiento de tropas blindadas del ejército en misión especial —murmuró.

Miró al legionario y a Hermanito con expresión apabullante. Sus ojos se fijaron en mí y en Stein, y seguidamente en el prusiano del Este.

—Damos un pequeño rodeo, ¿eh, perezosos? Esto tiene todo el aspecto de llamarse desertión, ¿no es cierto?

Estas palabras nos produjeron escalofríos. El tribunal de sección no escuchaba las

explicaciones: había mucho trabajo, dos minutos de deliberación y el resultado era el pelotón o la cuerda.

—¿Última unidad? —gruñó el Oberfeldwebel.

—Hospital de reserva 19, Hamburgo —contestó el legionario.

—¿Y ahora estáis aquí desvalijadores de cadáveres? ¿Pensabais tal vez esperar el final de la guerra? —Señaló hacia la puerta y gritó a un suboficial que empuñaba su fusil ametrallador—: Ocúpate de esta pandilla de cerdos, sospechosos de desertión. ¡Vamos, en marcha!

Estamos listos, pensé. Y miré a Hermanito y al legionario, con los rostros blancos como sábanas, pero que con expresión indiferente salían del edificio, empujados por uno de aquellos bestias.

Se nos hizo subir a un camión cuyo toldo había sido pintarrajeado recientemente. Tras de nosotros, las telefonistas tropezaban.

—Dejad sitio a las damas —dijo un policía.

Escupió en pleno rostro de una de ellas, que, instintivamente, lo apartó hacia un lado.

—La cabeza erguida, mujer. Ya tendrás ocasión de volverla te lo prometo.

Cuatro enfermeras salieron corriendo, y una de ellas cayó al hacerle la zancadilla un suboficial. Otro le pegó una patada en la espalda. Ella lanzó un grito y un murmullo de cólera se elevó de entre nosotros.

—¡Chitón! ¡Malditos desertores! —chilló el teniente de Policía.

El Ewald de tía Dora fue arrastrado, vociferando, por dos enormes brutos que le llevaron hasta el camión. El legionario cuchicheó

—Si nos libramos de ésta, me alisto con Iván para poder cargarme a estas bestias feroces.

Una de las bestias feroces echó una ojeada al camión, pero no pudo ver quien había hablado.

Tres camiones, llenos a rebosar, se dirigieron hacia la antigua prisión de la G.P.U., en el centro de la ciudad, donde fuimos acogidos a patadas e insultos. De todas las celdas húmedas y grises, atestadas de hombres y mujeres, surgían gemidos, maldiciones y plegarias. Un joven fusilero maldecía a voz en grito a Hitler, a Himmler, a la guerra, a Stalin. Y una de las telefonistas se desnudó y se ofreció a un policía. «Si después me dejas marchar», cuchicheó... Una campesina rusa, que estaba segura de ser fusilada porque había ocultado a unos desertores, proclamaba con fanatismo su odio hacia Hitler.

Al otro lado del pasillo, un capitán, de rodillas, rezaba en silencio. ¿En cuántos sitios fue invocado Dios durante esta guerra? En todas partes, sin duda, y con el mismo fervor, los prisioneros le pedían misericordia. Vi a un general de División que rogaba a Dios que le ayudase contra los blindados rusos, cuando la desbandada de sus

tropas; Hitler le citaba en sus discursos dedicados a exaltar a la gran Alemania, mientras sus SS ahorcaban a los curas en los campos de exterminio. Se gritaba el nombre de Dios en las barracas siniestras, llenas de parásitos, antes de que la cuerda sofocase los gritos. Soldados de las SS con los bolsillos llenos de objetos robados, condenados a muerte por los tribunales de sección, imploraban la misericordia divina. Eso significaba que solicitaban la ayuda del Señor para recuperar el uniforme nazi... Pero Dios no parecía oír ni a los condenados a muerte de la prisión de la G.P.U. ni a los curas de los campos de concentración, ni al general enfrentado con los T-34, ni los gemidos de los amputados del hospital.

Uno tras de otro, todos los prisioneros hechos por los gendarmes fueron conducidos ante el tribunal de excepción, y a todos se les hizo las mismas preguntas. Nombre, edad, regimiento. Un cuchicheo entre los tres jueces, unos papeles consultados, exactamente sesenta segundos... Después, otra pregunta por parte del diminuto juez con gafas sin montura.

—¿Tiene que decir algo en su defensa?

Pero apenas había abierto la boca el inculcado... —Basta, ya sabemos esto.

Nuevo cuchicheo. Una firma estampada en unos papeles, un sello.

—En el nombre del Führer y del pueblo alemán, condenado a muerte. Fusilado. ¡El siguiente!

De esta manera, el Tercer Reich creía poder ganar una guerra.

En el otro extremo del pasillo, allí donde empezaba la escalera, se escuchaba un ronco murmullo: era el pelotón de ejecución que acababa de llegar. Con relampagueante rapidez se abrían las puertas de los calabozos, aunque siempre se hacía sin orden preciso, a fin de que los prisioneros no pudiesen adivinar a quién le tocaba el turno. Una enfermera de más de cincuenta años, a la que hubo que llevar hasta el patio, se echó al suelo. Fue atada a las cuerdas de secar la ropa, con las manos atadas por encima de la cabeza. Tres órdenes y doce disparos. Trajeron al siguiente, y esto siguió así todo el día, con breves interrupciones.

Cada dos horas, cambiaba el pelotón. Sacaron al capitán arrastrándole por los pies. Se aferraba al menor punto de apoyo y recibió tantas patadas en las manos que le quedaron convertidas en papilla. Gritaba como un animal herido y hubo que matarle tumbado en el suelo. Ewald aullaba como un loco. Escapó de manos de los carceleros, corrió por los pasillos y por fin saltó desde el tercer piso, rompiéndose las dos piernas. Para fusilarle le ataron al secador de la ropa.

—Y aún es demasiado honor —dijo el legionario.

El chofer del camión, con destino a Colonia, cuya documentación se perdió con el vehículo carbonizado, fue a colocarse, aturdido, bajo el secador. Dos días más tarde, su regimiento lo reclamaba, pero ya era tarde.

Nuestra suerte no nos abandonó. Antes de que nos llegara el turno, las hienas de

la Policía, con gran pesar por su parte, se vieron obligadas a soltarnos. El teniente Ohlsen había acudido con documentos al regimiento, que demostraban que estábamos a sus órdenes y

que no éramos desertores.

Salvados in extremis, salimos con rumbo a Drubny, donde estaban nuestras posiciones.

*El feldwebel desconocido envió al azar una salva hacia los enemigos invisibles que había en el bosque.*

*Como respuesta, una lluvia de proyectiles levantó el polvo alrededor de nuestros agujeros.*

*—¡Idiota! —gruñó el legionario, arrancando la metralleta de —las manos febriles del feldwebel—. ¡No es así como se dispara!*

*Se arrastró fuera del agujero y, pegado al suelo, disparó apuntando a cada arbusto en particular.*

*Cuatro siluetas se levantaron e intentaron huir, pero unos proyectiles bien dirigidos las derribaron. El legionario cambió el cargador y siguió disparando.*

## REGRESO AL FRENTE

Fue el Hauptfeldwebel Barth quien nos acogió en la 5ª Compañía. Le habíamos apodado el Gordo. Bajo su gorra de caballería, antirreglamentaria, sus ojillos malévolos nos examinaron de pies a cabeza, y lo que vio le desagradó enormemente. Con la expresión de un niño mimado que protesta ante su plato de sopa, adelantó el grueso labio inferior, y empezó a jugar con su agenda, que asomaba entre los botones segundo y tercero de su guerrera.

Movió la cabeza como si sus peores presentimientos acabaran de materializarse, se irguió ante el prusiano del Este, y gruñó:

—¿Su nombre?

Su voz llegó hasta las tristes cabañas de los campesinos y resonó en la deprimente neblina gris.

—Obergefreiter Otto Bülow, Herr Hauptfeldwebél, se presenta, según las órdenes recibidas, en el 27º Regimiento, 5ª Compañía, después de haber sido licenciado del hospital de reserva 19, Hamburgo.

—¡A tierra! —silbó el Gordo.

Escupió las palabras al rostro del hombre, quien, con la velocidad de un rayo se dejó caer en el barro y adoptó la posición reglamentaria.

El Gordo le observó con cuidado, y después se situó ante el pequeño legionario,

pero antes de haber podido pronunciar una sola palabra, éste hizo chocar sus tacones y gritó a la manera típica del viejo soldado.

—Obergefreiter Alfred Kalb, Herr Haupt feldwebel, se presenta de regreso después de haber permanecido en el hospital de reserva 19, Hamburgo.

No ocurrió nada. El legionario se mantenía rígido como sólo un soldado con muchos años de servicio sabe hacerlo.

Barth le quitó el gorro y observó secamente

—Cabellos de longitud antirreglamentaria. ¡A tierra, bastardo de África! ¿Y éste? Prosiguió, apoyando una mano en mi hombro.

—El portaestandarte Sven Hassel, Herr Hauptfeldwebel, se presenta de regreso después de su estancia en el hospital de reserva 19, Hamburgo.

Barth tiró de mi correa

—Demasiado flojo. Equipo antirreglamentario. ¡A tierra!

Lo mismo ocurrió con Stein. Le llegó el turno a Hermanito, que era tan alto y ancho como el Hauptfeldwebel Barth, aunque mucho más musculoso. Su enorme pecho sobresalía sobre un vientre llano; su rostro, de frente estrecha, estaba iluminado por unos ojillos vivos y brillantes como los de una zorra; su nariz aplastada, estropeada por las peleas, su boca gruesa y de labios torcidos le daba un aire infrahumano. El Gordo le miró estupefacto.

—¿Qué jeta es ésta? ¡Jamás había visto algo tan feo!

—¡Yo tampoco! —contestó Hermanito, contento y sonriendo con la cabeza inclinada sobre un hombro. Por lo demás, me llaman Hermanito, pero no es este mi nombre. Mi madre quería que me llamasen Wolfgang, como un tal Mozart, por si salía músico. Y después me llamó también Helmuth, en recuerdo del general feldmarschall Von Hindenburg. De mi viejo, aquel golfo, recibí el nombre de Creutzfeldt. Además, tengo almorranas y me sudan los pies. Y usted es el Hauptfeldwebel Barth. Y ahora me echo en seguida al suelo, para que no se moleste en decírmelo. Gritar tanto es malo para la garganta.

Y se tumbó junto a nosotros.

Sólo Dios sabe lo que pasó por el cerebro de el Gordo, a quien este discurso dejó paralizado un instante. Nadie se había atrevido nunca a contestarle de aquella manera. Empezó a gritar y a blasfemar como todo buen suboficial a punto de estallar en cólera. Esto siempre daba tiempo para reflexionar. Hermanito le observaba con verdadero interés.

—¡En el barro, cerdo! —gritó—. ¡En pie! ¡Corre! ¡Anda! ¡Salta! ¡Arrástrate! ¡Da cincuenta vueltas! ¡Más aprisa, gandul!

En la llanura, resonaban los ecos salvajes. Hermanito reía, corría, saltaba, se arrastraba, sin dejar de reír. El Gordo se quedó sin aliento.

—Cuando veo sus galones —siseó—, siento un escalofrío en la espalda. En mi

opinión, todo individuo que ha alcanzado el grado de Obergefreiter ha de tener la experiencia suficiente.

Escupió en el suelo mientras examinaba a Hermanito, rígido ante él y cubierto de barro desde los pies hasta la cabeza.

Sus miradas se encontraron y ya puede suponerse lo mucho que, decían; pero fue Hermanito quien rompió el silencio.

—El Obergefreiter Herman... —se apresuró a rectificar—. Wolfgang Creutzfeldt ruega a Herr Hauptfeldwebel que le conceda un permiso. —Sonrió—. Tres semanas de permiso de boda. Mi novia se llama Emma, Herr Hauptfeldwebel.

El Gordo se quedó sin aliento. Su labio inferior cayó como una escotilla que se ha salido de los goznes.

—¿Qué solicita?

—Un permiso —contestó Hermanito, sonriendo—. He de casarme, Herr Hauptfeldwebel.

El color desapareció del rostro de el Gordo. Empezó a vacilar, sus ojos se abrieron y quedaron fijos. Aquello debía ser el fin... La tierra iba a abrirse... No podía ser cierto que un individuo que llevaba media hora sometido a un castigo se atreviese a pedirle permiso con aquella sonrisa estúpida. Un tipo que desde hacía cuatro meses se daba la gran vida en el hospital... ¡Un tipo que acababa de escapar por un pelo al tribunal de excepción! El Gordo soñaba. Era una pesadilla... ¡Pero; no! Era real... El oso estaba allí, sonriendo, con una sonrisa infame, imbécil, capaz de enloquecer a cualquiera. Y ante él... el Hauptfeldwebel Herbert Barth, a quien en la escuela de suboficiales de Berlín llamaban Herbert el Sabio, el suboficial más rudo de todas las tropas blindadas...

Todo su cuerpo empezó a temblar, palideció, enrojeció. Su boca se abrió para lanzar un grito animal, heredado sin duda de los bárbaros que habían saqueado la provincia de Noricum... Pero calló en seco. El Gordo acaba de observar que Hermanito seguía sonriendo y, como todos los viejos Hauptfeldwebel, sabía que es posible hostigar a un viejo

Obergefreiter mientras éste no empiece a sonreír. Entonces, se vuelve peligroso... Es el principio de la locura. Uno de esos arrebatos que sólo una bala bien dirigida puede detener; pero ante él, el Gordo, hubiese sido convertido en papilla y esparcido por la llanura.

Miró a Hermanito y dijo con voz ahogada: —¡Lárgate! ¡Largaos todos! ¡Ojalá encuentre vuestros nombres en la lista de muertos! Y tú, no comparescas nunca más ante mí. Dio media vuelta y se marchó a la carrera.

Alcanzamos las posiciones con los soldados de Intendencia y averiguamos que el regimiento de blindados, escaso de tanques, como de costumbre, había visto sus batallones primero y tercero convertidos en batallones de Infantería. Porta estuvo a

punto de morirse de risa al ver la llegada de Hermanito.

—¡Otra vez estás en tu tierra, vaca gorda! ¡Qué gusto me da verte! ¿Se te ha derretido el culo después de la operación? ¿Es verdad que sólo te queda la mitad? ¡Cuando yo te pesque no te quedará nada en absoluto!

Porta esquivó por los pelos un recipiente vacío de granada, mientras que el Viejo, contoneándose como siempre, nos recibía a su manera, seca, pero calurosa.

—Müller ya no existe. Iván lo pescó durante un ataque, y le encontramos tres días más tarde... Ya podéis adivinar cómo.

El prusiano del Este enarcó una ceja.

—¿Atado entre dos álamos?

—Sí. Hugo Stege está de permiso, en Berlín, cuando hubiese debido ir a Dortmund. Por causa de una chica, ha escrito en su última carta.

—¿Qué zorra habrá podido encontrar? —gruñó Hermanito.

Nadie contestó. Avanzábamos, encorvados, por la trinchera que conducía a primera línea, cuando llegó un proyectil. Un suboficial lanzó un grito y se derrumbó. La bala le había alcanzado entre los ojos, bajo su casco.

—Tirador siberiano —dijo Porta.

Izamos el cuerpo sobre el parapeto y lo hicimos rodar hacia el otro lado, en medio de una nube de polvo.

—Amén —dijo Porta, prosiguiendo la marcha.

Al anochecer, mientras estábamos en el refugio jugando a los naipes, el teniente Ohlsen entró bruscamente. Se había hecho cargo de la Compañía después de la muerte del teniente Harter, caído poco tiempo antes. Ohlsen se sentó sobre una caja llena de máscaras antigás y nos miró alternativamente. Porta le alargó una cantimplora con coñac. Él apoyó un pulgar en el gollete, levantó el brazo y bebió como lo hacíamos nosotros. Después, carraspeó y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Beier —dijo, mirando a el Viejo—, usted y el grupo han de salir de patrulla esta noche. Pero puede indicar a otro para que tome el mando del grupo. El regimiento ha dado la orden de que deben hacerse prisioneros.

¡Santa Madre de Kazán! —gritó Hermanito con rabia—. En cuanto se está algo tranquilo, a los jefes les empieza a picar el trasero.

El teniente se echó a reír.

—¿Quién ha dicho que usted participará, Hermanito?

—Mi teniente, es preciso. Hago de niñera para estos héroes imbéciles. ¡Fíjese en Julius Heide!

El Viejo empezaba ya a equiparse, cuando el pequeño legionario se levantó.

—Quédate aquí, Viejo. Yo conduciré el grupo. Tú tienes hijos, y después de la guerra la gente como tú hará mucha falta. —Nos señaló con la mano—. En cambio

nosotros somos unos inútiles que no representamos nada.

—No, nómada —contestó el Viejo—. Voy yo; el teniente designará el grupo 2, no el 1, y le conduciré yo. En mi ausencia, el portaestandarte Paust mandará la sección.

—¡Cielos! —gimió el prusiano del Este, mientras cogía su ropa de cuero—. ¡Qué reunión de héroes! ¡Aquí nunca habrá jubilados!

A las once de la noche estábamos todos en la trinchera. El comandante del regimiento, teniente coronel Hinka, había acudido personalmente. Hermanito rezongaba.

—El doctor Malher dijo que no debía cansarme, pero naturalmente, aquí nadie me hace caso. ¡Santa Virgen de Kazán, qué porquería de guerra!

—Cállate, Hermanito —dijo Hinka, campechanamente—. Uno de estos días te verás metido en un buen lío.

Se sincronizaron los relojes.

—Veintitrés horas nueve minutos exactamente —dijo Hinka.

En el sector de la derecha retumbaba la artillería, sonido algo inquietante.

—Es por el lado del regimiento de cobertura 104 —dijo el legionario, siguiendo con la mirada la cola de cometa de una granada.

Tras de él, el Gordo, que había llegado con los suministros, descubrió a Hermanito sentado en el terraplén atiborrándose de galletas. Su rostro se congestionó.

—¿Estás aquí especie de apache? ¡Ajá! ¡Si me entero que ha desaparecido una sola galleta, tu pellejo no valdrá ni cinco céntimos! Y será el día más hermoso de mi vida.

—Sí, señor —contestó Hermanito, con los tacones juntos, pero sin levantarse.

—¿De dónde has sacado estas galletas? —insistió el otro.

Hermanito volvió a hacer chocar sus tacones, pero sin moverse.

—De una puta de Dubrasna, señor. Me las ha enviado por cosaco especial.

El suboficial gruñó, pero de repente se sintió incómodo bajo la mirada del teniente coronel Hinka. Si a aquel estúpido se le ocurriera darle el mando de la patrulla... El Gordo se estremeció. Hitler, por lo menos, era un suboficial y se encargaba de enviar ante el piquete a todos aquellos pavos reales... El Gordo se echó a reír en voz alta ante la idea de los generales cuadrados en presencia de un suboficial. El teniente coronel Hinka le miró con sorpresa y le preguntó a qué se debía aquella hilaridad. El Gordo vaciló.

—Pensaba en una cosa, mi coronel.

—¿De veras? —dijo Hinka—. ¿Tal vez en una fuerza de choque que le gustaría mandar?

—Sólo de pensarlo se ensucia en los pantalones —comentó Hermanito, risueño.

Hinka miró con suavidad al gigante.

—Usted, guárdese sus expresiones barriobajeras. El Hauptfeldwebel es su

superior, no lo olvide.

Hermanito se puso en pie de, un salto e hizo chocar sus tacones.

—Sí, mi coronel, nunca lo olvido. Pero desearía poder hacerlo.

A Hinka le costó conservar la seriedad, pero consiguió murmurar.

—¡Tenga usted cuidado, pues!

—¿Preparado, Beier? —cuchicheó Ohlsen, pegando una leve palmada en el hombro de el Viejo.

Hermanito se adelantó, sosteniendo ante sí su «MG», cual si fuese una pala, lo que hizo menear la cabeza al coronel Hinka, sin embargo, renunció a discutir el reglamento con semejante cabeza de chorlito.

—Sostened los pertrechos de manera que no choquen entre ellos —dijo el Viejo—. Y vigilaos los unos a los otros para que nadie desaparezca...

Nos deslizamos por el lado del terraplén hacia la tierra de nadie y las posiciones rusas. Nos movíamos sin ruido a lo largo del estrecho sendero que atravesaba los campos de minas, deslizándonos como panteras por entre las alambradas, en la oscuridad que se extendía ante nosotros como una muralla de terciopelo. El legionario y yo nos arrastrábamos inmediatamente detrás de el Viejo; después, venían Hermanito y Porta; Heide, con el pequeño saco que contenía las granadas de mano atadas juntas para volar las fortificaciones.

Heide respiraba ruidosamente, como siempre que tenía miedo.

Un silencio de mal augurio nos rodeaba; la tierra respiraba, la humedad ascendía de las marismas, se olía a madera quemada. Teníamos la impresión de estar solos en el mundo... La muerte acechaba en todas partes.

El Viejo enderezó sin ruido su pesada mochila y comprobó el funcionamiento de su metralleta. Hermanito quiso encender un cigarrillo.

—¡Imbécil! —cuchicheó el legionario—. ¿Tienes ganas de que nos maten?

—¡Callaos de una vez! —susurró el Viejo, nervioso.

Bauer apoyó la cabeza en el saco de granadas.

—Esto no saldrá bien —dijo, pesimista.

Tendidos los unos junto a los otros, contemplábamos las posiciones rusas, más allá de un montículo, desagradablemente próximas. Con sólo adelantar la mano podíamos tocar el campo de minas enemigo.

Hermanito hizo descansar su ametralladora en el trípode y miró a el Viejo.

—¿Y cómo vamos a atravesar esto?

El legionario se mordió los labios

—Volaremos antes de decir ¡ay!

Nos llegó un ruido, un leve tintineo... Nuestros músculos se pusieron en tensión.

Porta susurró— A la izquierda.

Nuevo tintineo.

—Job twjemadj.

—Iván en persona —dijo apaciblemente Hermanito.

El Viejo le lanzó una furiosa patada. Conteníamos la respiración... Porta, cuyos ojos brillaban en la oscuridad sacó su cuchillo de trinchera. Se oyó una risa en la oscuridad y después cuatro siluetas aparecieron a pocos metros de nosotros. Nos bastaba con alargar la mano para hacer prisioneros... Nada parecía más sencillo.

—¡Vamos! —cuchicheó el Viejo.

Silenciosos como gatos, nos arrastramos hacia las cuatro siluetas que no sospechaban nada, porque proseguían su conversación. De súbito, se produjo un ruido y un grito entrecortado: Heide acababa de caer en un agujero.

En un santiamén, todo cambió. Los cuatro rusos saltaron hacia sus posiciones, gritando —Germanski, germanski!

Lanzando un aullido, Hermanito arrojó su corta pala de soldado contra el ruso más próximo, pero de las líneas enemigas llegaba ya el silbido de las balas trazadoras, que lo iluminaban todo con luz cegadora. Heide, después de salir del agujero, se echó de bruces detrás de la «MG» y barrió el espacio con sus disparos. Una silueta saltó hacia mí. Apenas si puede distinguir un rostro mogol contraído. Una voz casi infantil, siseó

—Gjoss!

Tres balas de metralleta en el ancho rostro de ojos muy separados, y el hombre rodó por el suelo donde quedó inmóvil. Por el lado ruso, crepitaban los disparos y los lanzagranadas.

Brandt, nuestro primer artillero, fue alcanzado por una bala rusa y cayó con la sangre manando abundantemente de un gran orificio entre el cuello y el hombro. Este espectáculo nos hizo perder la cabeza, y luchamos como furias, olvidada nuestra misión y los prisioneros que debíamos capturar.

—Pomotsch, pomotsch! <sup>[8]</sup> —gemía un herido que yacía a corta distancia.

—¿No habéis hecho ningún prisionero? —preguntó el Viejo, cuando, sin aliento nos encontramos en un cráter—. La orden decía que no regresáramos sin ellos.

Miró al ruso que gritaba.

—¿Y ése?

Hermanito se encogió de hombros.

—Está hecho papilla. ¡He torcido mi pala de tanto pegarle con ella!

—¡Qué imbécil! Es lo único que sabes hacer. Es una desgracia tenerte con nosotros.

—¡Muy bien! —aulló Hermanito sin preocuparse de los rusos—. ¡Siempre tengo yo la culpa! —Golpeó la tierra con ambos puños, se irguió cuan alto era y gritó a pleno pulmón—: ¡Bien, bien! Voy a casa de Iván y traeré al comandante. ¡Tal vez, por fin, os sintáis contentos!

—¡Hermanito! —exclamó el Viejo, aterrado—. ¡Échate!

Unos proyectiles rozaron la silueta del gigante, pero éste, indiferente, había echado ya a correr, enarbolando su metralleta. Desapareció en la oscuridad, sin interrumpir sus gritos.

—¡Está loco, loco de atar! —gimió el Viejo—. Hemos de alcanzarle antes de que se meta en las trincheras.

Nos precipitamos y le encontramos en un cráter, preparando sus granadas. Desde una legua se podía escuchar el alboroto que armábamos. De repente, los disparos cesaron por ambos lados; todos debían creer en una locura colectiva. Una hora más tarde, estábamos en nuestras líneas, sin prisioneros, donde fuimos acogidos por un encolerizado teniente coronel Hinka.

—¡Esta compañía es la peor banda de idiotas de todo el regimiento! Volveremos a vernos.

Dio media vuelta y desapareció sin estrechar la mano del teniente.

Hermanito escuchaba, recostado en el parapeto de la trinchera. La noche siguiente, la compañía recibió la orden de enviar dos secciones tras las líneas enemigas, para descubrir qué era lo que ocurría allí.

Ohlsen observó que la acción costaría cara, pero Hinka le interrumpió secamente

—Basta, teniente. El deber de un soldado no es salvar su piel, sino luchar. La División me da una orden y yo debo cumplirla. Piensa usted demasiado, teniente. Hay que obedecer si no queremos establecer contacto con Torgau <sup>[9]</sup>. Olvide lo que tiene en la cabeza mientras la lleve bajo el casco de acero. Aquí, en el 27º somos los últimos de los últimos, entiéndalo de una vez por todas. Espero su informe dentro de seis horas.

El teniente permaneció inmóvil, con el auricular en la mano y una expresión desesperada en el rostro.

Desde hacía algún tiempo, oíamos ruido de motores tras las líneas rusas, pero los aviadores no habían podido descubrir nada. Todo estaba maravillosamente disimulado, como de costumbre. Cada huella de blindado borrada por los zapadores, y había que recurrir a los viejos métodos, el reconocimiento efectuado por la Infantería. En cuanto a nosotros, veteranos, también lo notábamos en nuestro fuero interno: allí enfrente ocurría algo excepcional.

—Este silencio no me dice nada bueno —comentó el Viejo—. Iván ha reunido mucho material ahí detrás.

—Pero, ¿por qué hemos de ir siempre nosotros? —gruñó Heide—. Así que hay jaleo, ¡adelante la 5º Compañía!

—Porque eres un cretino —dijo riendo Porta—, y sirves en un regimiento especial, al que se espera liquidar por la gran Alemania. Ya verás, tendremos nuestro retrato con letras de oro. A condición de que antes no nos deshinchemos,

naturalmente.

—Yo no me deshincho —gruñó Hermanito—. Yo soy el más valiente de todos vosotros, granujas.

En el mismo instante, compareció el teniente con el correo.

—Hay una para ti, Hermanito. El gigante se quedó atónito. —¡Una carta para mí!

Miraba casi aterrado el sobre de color gris sucio donde, con mano torpe e infantil, se había escrito: «Panzer Obergefreiter Wolfgang Creutzfeldt Panzer—Ersatzabteilung II, Paderborn»

El remitente no debía saber nada de nuestro camarada desde hacía mucho tiempo, porque había llovido mucho desde que dejara Paderborn. Fue en aquella guarnición donde se añadió el sector postal: 23745.

—¡Santa Madre de Dios! Es la primera carta de mi vida —cuchicheó, el gigante—. ¿Cómo se abre?

Torpemente, desgarró el sobre y sacó una hoja de papel de embalaje, cubierta por una escritura apretada. Quedamos impresionados al verle palidecer, mientras leía con dificultad.

Julius Heide enarcó una ceja.

—¿Malas noticias, camarada?

El gigante no contestó, y siguió mirando la carta, como hipnotizado. Heide le pegó un empujón.

—¿Qué sucede? Cuéntanos.

Hermanito pegó un salto. Cogió a Heide por el cuello, le tiró contra el parapeto y sacó su cuchillo, pero una zancadilla del legionario le hizo caer al suelo, a los pies de Heide, a quien el terror había paralizado.

Hermanito se levantó y miró al legionario.

—¡Esto te costará la cabeza, maldito árabe!

El legionario encendió un papirochka, sin mostrar la menor emoción.

—¡Nunca será un caballero! —murmuró Heide, muy pálido.

—¡Callaos!

El gigante se alejó, recogió la carta y la desarrugó sobre sus rodillas. Lentamente, reemprendió la lectura. El Viejo fue a sentarse junto a él y le alargó un cigarrillo, los dos fumaron en silencio, y después el Viejo apoyó una mano en el hombro de Hermanito.

—¿Puedo ayudarte en algo, camarada?

—Sí —gruñó el otro—. —Déjame tranquilo hasta que Iván o un SS me meta un balazo en el pellejo.

Se levantó, rechazó a el Viejo, tiró su carta y se dirigió hacia la puerta. De un patadón envió a rodar el saco de granadas, tras de lo cual se volvió, iracundo

-Una sola palabra, pandilla de héroes, y os liquido a todos.

Cogió su metralleta y nos la tiró a la cabeza, tras de lo cual desapareció en la trinchera.

El Viejo, movió la cabeza, recogió la carta y la desdobló.

—Debe de ser una carta tremenda para ponerlo en ese estado.

—¡Cretino! —murmuró Heide, frotándose el cuello.

—Podríamos solicitar su traslado —propuso un recién llegado, el gefreiter Trepka, cuyo padre era coronel de Infantería.

—Si quieres intentarlo tú... —dijo Heide, sin dejar de frotarse el cuello.

—¿Por qué no? —Trepka se acercó a la mesa—: Ese tipo es un criminal cuyo puesto está frente al pelotón.

El legionario lanzó una blasfemia en francés y echó una mirada a el Viejo.

—¿Quieres denunciar a Hermanito? —preguntó Julius Heide...

—No es difícil —contestó Trepka.

Sacó una hoja de papel y empezó a redactar un informe.

—¡Magnífico! —dijo Heide, riendo—. Si Hinka lee esto, buena te espera.

—Esto no irá a manos del coronel —contestó Trepka—, sino a las del N.S.P.O.

[10]

Se guardó en un bolsillo la nota que significaba la ejecución de Hermanito.

El Viejo nos llamó al legionario y a mí y nos enseñó la famosa carta.

La había enviado la madre de Hermanito.

*Mi querido Wolfgang, tengo, reumatismo en las piernas, pero de todos modos quiero escribirte para decirte que ya no eres mi hijo, aunque te haya puesto en el mundo. Maldito sea este día. Tu padre, aquel bandido, era un verdadero ladrón, pero tú eres mucho peor.*

*Eres un criminal y tu pobre madre es la que sufre las consecuencias. Ayer recibí un par de medias de lana de la señora Schutz, ya sabes, la que me ayudó a hacerte entrar en la escuela de niños. Ella era como todo el mundo y te apreciaba, pero tú sin el menor agradecimiento, huiste porque te pegaban un poco. Sólo has provocado desgracias, eres un verdadero inútil.*

*Ha habido amables caballeros y hermosas damas que han querido ayudarte cuando yo hacía faenas en sus casas, y me sentí muy humillada cuando robaste un marco del bolsillo del frutero Molerhans. Los schupos hubiesen debido matarte el día en que te dieron una paliza porque te habías bebido la leche del guardián Grüner. ¡He hecho tanto por ti, yo, tu pobre madre! Recibiste un par de zuecos nuevos el día en que entraste en la institución y, te pegué cada vez que era preciso a pesar de mi reumatismo en el hombro. Todas las manchas de esta carta son las lágrimas de tu pobre madre.*

*En la oficina de colocación dicen que eres un criminal de profesión, y el*

*director Apel, que es un señor muy simpático, dice que si hubieses muerto entonces podría encontrarme trabajo, pero que tú eres un enemigo de la sociedad y la desgracia de tu madre. Cuando hayas muerto por la Patria, dicen que cuidarán de mí. De modo que sé buen chico, Wolfgang, y da a tu madre esta única alegría; todo el mundo dice que es fácil, pero yo sé que tú no lo harás.*

*Ya no nos queda carbón, y por tu culpa en la oficina de suministro me dicen: «¿Sigue vivo su abominable hijo, pobre señora Creutzfeld?» ¡Malo! Tu pobre madre tiene frío, Wolfgang; los aviones vienen cada noche y es terrible; ayer, cambié un vale de mantequilla por uno de café. Tienes que ser buen hijo para que yo pueda ir a abastos si caes por el Führer.*

*Casi lloro cuando pienso en lo felices que hubiésemos sido si te hubieses adscrito en el Partido como el Carl de la señora Schutz. Carl es un joven elegante con muchas condecoraciones, y la señora Schutz, dice que conoce a Himmler. Carl proporciona muchas alegrías a su madre, y le ha regalado un anillo, un collar de oro con piedras rojas, y muchos vales de mantequilla. Había recibido esas joyas de un enemigo del pueblo, que esperaba que así salvase la vida de uno de esos monstruos que nos traicionan a los pobres alemanes, pero ya puedes figurarte que Carl explica cómo trata a esa gente horrible.*

*Wolfgang, la señora Schutz me llama, voy a tomar con ella una taza de café. Sé buen chico y muere como un héroe para que tu pobre madre pueda tener carbón.*

*No te envío tiernos recuerdos, bastardo, porque nunca has sido capaz de hacer algo por tu madre.*

*P.D. Cuando hayas caído por el Führer, recomienda a tus camaradas que me envíen una foto de la tumba para que pueda enseñársela al señor director Apel.*

—¡Por Alá, que horrible madre! —exclamó el legionario.

El Viejo tenía todo el rostro crispado. —Alcanzad a Hermanito antes de que ocurra una desgracia.

Le encontramos tendido en un nido de ametralladoras; al vernos, gruñó unas palabras incomprensibles.

—He leído la carta —dijo el Viejo—. Tu madre es abominable.

El pobre diablo fumaba su papirochka y, cuando contestó, creímos que iba a atacarnos un oso.

—Una vez me envió a la Kripo por haber fracturado un distribuidor automático. Quería la mitad del dinero, pero yo no la entendí y entonces me denunció. Un día que nos visitó la Gestapo y encontró octavillas que había olvidado uno de aquellos caballeros, dijo que eran mías y todos los que me conocen saben que yo no me meto

en esas cosas. Siempre ocurría lo mismo, y os juro que no tardará en ir a la Gestapo para acusarme de algo. Se le ha metido en la cabeza que tengo que morir, y lo conseguirá. —Sus ojos llameaban peligrosamente bajo las hirsutas cejas—. ¿Te das cuenta, Viejo? Nací como una rata, he sido perseguido como una rata y ella quiere que me maten como una rata.

El Viejo le pegó una palmada en el hombro.

—Tranquilízate, Hermanito. Aquí te apreciamos. Aunque el coronel Hinka o el comandante Von Barring te riñan, te aprecian y te defenderán contra las SS.

El legionario le dio un amistoso empujón.

—Cuando haya terminado esta puerca guerra, siempre podrás venir conmigo.

—¿Y Emma? ¿No crees que era sincera?

—Sin duda, pero con las mujeres nunca se sabe.

—¡Estaba tan contento por haber recibido una carta! Era la primera de mi vida.

—No vuelvas a pensar en ella —dijo Heide, interviniendo en la conversación—. Se escriben muchas cosas que más tarde se lamentan.

—¿Tú crees? —dijo Hermanito, escéptico—. Sería demasiado hermoso.

Y entonces, ocurrió algo que jamás hubiésemos creído posible: las lágrimas brotaron de los ojos del desdichado, aquellos ojos que nunca sonreían, ni siquiera cuando el gigante se ahogaba en risa. Las lágrimas trazaron surcos en las sucias mejillas.

Heide le rodeó los hombros con un brazo.

—¡Por el diablo, camarada, detente o yo también me pongo a berrear! Envía al cuerno a tu madre. No merece que lloren por ella, y si alguien te quiere mal, dile que vaya a ver a Julius Heide.

Pero el gigante sollozaba. Le atiborramos de schnaps, de cigarrillos, de fotografías de mujeres; los regalos se amontonaron en la trinchera. El prusiano del Este le alargó su cuchillo y le dijo con voz insegura:

—Toma, coge mi cuchillo,

Pero el pobre seguía inconsolable. Era una vida entera de desdichas lo que le subía al corazón; cuando era pequeño, nadie le había deseado las buenas noches, nadie le había acariciado el cabello... El teniente Ohlsen, atraído por el ruido, vino a preguntar lo que ocurría y quedó estupefacto ante aquel espectáculo. Sin una palabra, el Viejo le alargó la carta, que el otro leyó meneando la cabeza.

—¡Señor! Cuando se piensa en la infancia de la gente...

Palmoteó un hombro de Hermanito.

—Levanta la cabeza, muchacho, nos tienes a nosotros, que somos tus amigos. Esta carta irá a manos del comandante.

*Los oficiales superiores de la División celebraban un banquete y el vino les soltaba la lengua. Nadie ocultaba su oposición al Gobierno.*

*—¿El Partido? —dijo el coronel del regimiento de Artillería, paseando su mirada por el círculo que le rodeaba, un círculo constelado de condecoraciones—. ¿Qué haría sin nosotros?*

*Jugar a la oposición era la dulce manía de los oficiales Superiores, pero llevándola a cabo «en privado». Estaba bien visto expresarse así. Sin embargo, las frases siempre prudentes, no revelaban una oposición de principio. Sólo se debían al egoísmo.*

*En el fondo, no se tenían grandes agravios contra el Partido, pero costaba aceptar que rehusara admitir la soberanía del Ejército. No se reprochaba en exceso la guerra a Hitler, sino sólo a que un simple soldado que se las diera de estratega.*

*Esos caballeros, los oficiales de Estado Mayor aceptaban de buen grado ganar la guerra del Partido, pero querían ganarla por sí mismos.*

## TRAS LAS LINEAS ENEMIGAS

Era un poco antes de medianoche. Esperábamos la «hora H».

—Doble ración de alcohol y libertad toda la tarde —observó Porta—. ¡Sabemos lo que esto quiere decir!

Las órdenes habían sido cambiadas hacia mediodía; ya no eran dos secciones las que salían de reconocimiento, sino toda la 5.ª Compañía dividida en doce grupos que actuaban independientemente.

—Ni uno sólo escapará. —había dicho el teniente Ohlsen, meneando la cabeza.

El legionario limpiaba febrilmente su ametralladora, un «MG 42», la nueva arma de tiro rápido.

—De todos modos, uno se siente importante con esta jeringa —dijo mientras quitaba el polvo de un soplado—. Tengo mucho que decir contra nuestros paseos por el bosque, pero nada contra esta herramienta; uno se siente menos solo cuando los rusos hormigean por el terreno.

Íbamos vestidos con uniformes camuflados, desde el casco hasta las botas. ¡Unos

verdaderos fantasmas! Una línea indefinida de fantasmas semejantes, armados hasta los dientes.

—Treinta segundos —murmuró el teniente Ohlsen, situado entre Hermanito y el legionario, reloj en mano—. ¡Adelante! —ordenó.

Los hombres empezaron a franquear el foso.

Un teniente de granaderos anunció, siniestro —Yo no intervengo, pero la cosa irá mal.

—¡Cerdo! gritó Porta, que iba en pos del legionario y de Heide.

Grupo tras grupo, todo el mundo desapareció en la oscuridad; un breve ataque de artillería retumbó en el sector vecino, para distraer a los rusos.

—¡Cuidado! —advirtió Hermanito—. Hay minas por aquí, las percibo a diez metros de distancia. Se arrastraba en cabeza del grupo y nos guiaba a través de los campos—. ¡Adelante, héroes! ¡Seguid a Hermanito!

Sin encontrar oposición, conseguimos deslizarnos a través de las líneas rusas, hasta alcanzar un poblado situado a seis o siete kilómetros detrás del frente. Fue Porta el primero en descubrir los tanques maravillosamente camuflados.

—¡Virgen Santa de Kazán! —exclamó Hermanito—. Todo un ejército de «T-34».

—¡Si empiezan a avanzar, ya podemos prepararnos!

—Callaos de una vez —dijo el Viejo que miraba nerviosamente a su alrededor.

—Voy a daros un consejo —gruñó Hermanito—. Larguémonos a toda prisa. Aquí apesta a un balazo en la nuca.

—Tienes razón —dijo el legionario—. Apresurémonos; ya hemos visto lo que había que ver.

—Sí, vámonos —aprobo el Viejo.

—Pandilla de cobardes —dijo Trepka, riendo—. ¡Huir de esta manera ante esos brutos!

Hermanito miró con curiosidad el delgado rostro de Trepka, en el que lucían dos ojos llenos de odio.

—Quédate y espérale; nadie te lo impide.

Con Hermanito y Porta en cabeza nos precipitamos a toda velocidad a través del bosque, por el que nos guiaban con instinto seguro a lo largo de estrechos senderos que bordeaban las marismas, con mucha frecuencia bajo el agua.

Acabábamos de llegar a un terreno descubierto, cuando cuatro cohetes verdes se elevaron iluminando la escena con luz mortecina. Nuestros rostros adquirieron una tonalidad pálida.

Nos dejamos caer de bruces, pero, como si alguien hubiese apretado un botón, todo empezaba a vibrar a nuestro alrededor. Voces roncadas daban órdenes, resonaban silbatos, el aire se llenaba con el rumor de centenares de motores, las cadenas de los tanques chirriaban, la tierra temblaba bajo nosotros con el paso de la artillería y de los

«T-34» que avanzaban hacia sus posiciones de ataque.

—¡Diablos! —exclamó Hermanito, incorporándose a medias—. ¡Nos encontramos en plena ofensiva!

—¿Qué vamos a hacer? —gimió Schmidt.

—Permanece tendido y cuenta las estrellas —dijo el legionario—. Y cuando nos marchemos, sígueme.

—Yo decidiré cuando hay que marcharse —intervino Hermanito—. Y decido que sea ahora mismo, porque dentro de un segundo nos caerá encima la Infantería y vamos a cosechar un balazo en la nuca. Yo no puedo quedarme aquí porque he prometido a Emma que volvería.

—¿Cómo sabes que la Infantería avanza? —preguntó Trepka, incrédulo.

—¡Estúpido! —susurró Heide—. ¡Cuánto tienes que aprender! Después de los tanques llega la Infantería, y si nos encuentra aquí te olvidarás de que hay que ser un héroe.

—¡Ahí van! —dijo Porta, señalando el lindero del bosque.

Una larga línea de siluetas salía de los arbustos; era la Infantería rusa. Inmediatamente, los tanques empezaron a avanzar en dirección a las líneas alemanas.

—Hasta la vista —dijo Hermanito. Y desapareció.

El Viejo le siguió en seguida, así como el legionario y yo. Trepka intentó retener a Heide, pero sólo consiguió recibir un culatazo. Los cohetes ascendían; tras de nosotros la infantería rusa vociferaba:

—¡Viva Stalin!

Por todas partes resonaban disparos. Oleada tras oleada de Infantería surgía de las trincheras enemigas. Se desencadenó un infierno, las granadas removían la tierra. La artillería rusa y la artillería alemana rivalizaban en estrépito.

El legionario y yo saltamos a un cráter de granada recién abierto por una explosión; en el fondo yacía un cuerpo doblado en dos. Alguien me cayó sobre la espalda y lancé un grito de miedo.

—¡Cállate, bestia! —susurró la voz de Hermanito.

Acababa de liquidar a un ruso y estaba cubierto de sangre. De repente, un ruido de cadenas nos heló la sangre en las venas...

—¡Un «T-34»! Han debido vernos... Permaneced echados. Cuando esté cerca, escaparemos.

El horrible ruido se aproximaba. Sentía como el miedo trepaba a lo largo de mi columna vertebral, pero sabía que correr un segundo antes de tiempo significaba la muerte. Los labios del legionario temblaban como los de un conejo, y sus dedos se crispaban en la tierra, pero Hermanito parecía totalmente tranquilo. De repente, chilló

—¡Vámonos!

Y vimos al «T-34» asomar por el borde del cráter... ¿Cómo conseguimos

escapar? Aún hoy lo ignoro. Nuestras piernas se movían automáticamente. El tanque se balanceó sobre el cráter, aplastando todo lo que contenía, y después prosiguió su camino. Nosotros nos habíamos precipitado en otro cráter. Con la boca abierta, jadeaba. Nuestra ropa nos oprimía casi hasta asfixiarnos... Hermanito ató juntas seis granadas y murmuró:

—¡Ya arreglaré yo a esos cerdos que quieren impedir que vuelva a ver a Emma!

El ruido de cadenas volvía a acercarse... Nos enloquecía.

—¡No puedo más, no puedo más! —grité con desespero.

—Envíales un telegrama para decírselo —bromeó el legionario, mientras levantaba ligeramente la cabeza.

Vio que el tanque frenaba, la torreta giraba, el largo cañón buscaba un blanco... Después, volvió a arrancar, las cadenas chirriaron... Un estampido, y un obús voló hacia un nido de ametralladoras alemán que desapareció en medio de un surtidor de fuego. El brazo de Hermanito se echó hacia atrás, con un ramillete de granadas en el puño.

—¡Tíralas, tíralas! —gritó el legionario, observando como hipnotizado la mano de nuestro camarada.

Hermanito esperó un momento que nos pareció un siglo y después se dejó caer en el cráter.

Aplastamos nuestros rostros en el barro. Una explosión nos arrancó los tímpanos... Un mar de llamas...

—¡Nos vamos, chicos! —rugió Hermanito, triunfalmente.

Del tanque ardiendo colgaba un cuerpo, vociferante, que el legionario remató con una andanada. En aquel momento, salía corriendo del bosque el teniente Ohlsen, seguido por una quincena de reclutas. Un «T-34» les vio; ascendió un cohete y el grupo quedó totalmente iluminado.

—¡Corred! —gritó el teniente.

Pero nadie le escuchó.

Desde el hoyo en que se había metido, Ohlsen vio cómo los proyectiles barrían a los quince reclutas. El feldwebel Schneider galopaba hacia nuestras trincheras semiderruidas. Una granada del 15 estalló ante él y lo absorbió en su llamarada... El suboficial Grünert y el soldado Hauber fueron descubiertos por un, tanque, que dio media vuelta y disparó sobre ellos. Una bala atravesó el pecho de Hauber, que cayó de bruces, lanzando un aullido. El «T-34» le pasó sobre el cuerpo, aplastó sus huesos, la sangre y la carne salpicaron a ambos lados de las cadenas. A la vista del monstruo de acero, Grünert quedó convertido en estatua de piedra, con los brazos extendidos como si quisiera detenerlo. El «T-34» se balanceaba en una danza siniestra; de la cadena izquierda colgaba una de las manos de Hauber, que parecía saludarle; la parte delantera del tanque estaba cubierta de sangre. A Grünert se le salieron los ojos de las

órbitas; gritó, echó a correr, cayó y en un santiamén, las cincuenta toneladas de acero le pasaron sobre las piernas. El desdichado se arrastró por la tierra desigual, con las piernas colgando tras de sí. Un soldado ruso le vio, blasfemó y le envió una ráfaga de metralleta a la espalda. Grünert se derrumbó y ya no se movió, pero el ruso sólo le había roto un hombro, y tardó dos horas en morir.

El segundo comandante, teniente Burgstadt, voló sobre una mina que le arrancó el vientre. Dos rusos le encontraron con las manos oprimidas sobre el abdomen, intentando retener la salida de los intestinos; la sangre brotaba entre sus dedos y su boca estaba muy abierta, pero no emitía ningún sonido.

—Tschorst Germanski! —dijo uno de los rusos, clavándole en el pecho su bayoneta triangular. Lo hizo lentamente, muy lentamente... Su hermana había sido ahorcada en Kharkov por los SS, y él siguió el consejo de Ilya Ehrenburg: «Saciad vuestra sed de venganza con la sangre alemana.»

La tercera sección bajo las órdenes del Oberfeldwebel Dorn, galopaba alocadamente por la tierra de nadie. Tres «T-34» abrieron fuego. Los hombres intentaron ocultarse en un cráter, donde se amontonaron los unos encima de los otros, pero la infantería rusa cayó sobre ellos procedente del bosque. Dorn dio unas órdenes y todos empezaron a disparar contra los rusos, con sus tres «MG-42 pero los tanques lanzaron granadas. Pese a las furiosas amenazas del Oberfeldwebel, los hombres se irguieron con los brazos en alto; los soldados rusos, a cubierto, se irguieron también, levantaron sus metralletas y dispararon sobre la tercera sección, como si se tratara de un tiro al blanco, hasta que hubo caído el último hombre.

—Así sabemos lo que nos espera —dijo el Viejo—. Sólo podemos hacer una cosa, y es regresar con los nuestros todo lo aprisa posible.

*Joseph Porta estaba sentado en el borde del terraplén, con una lata de arrendajo en la mano. Hablaba por los codos cuando fue interrumpido por el estampido de un centenar de cañones.*

*La violencia de la deflagración fue tal que Porta y su lata volaron a la cabeza de Hermanito, acurrucado en el fondo del foso.*

*En pocos minutos, la red de trincheras quedó irreconocible. Los cazas salían de las nubes, picaban en masa, las bombas incendiarias llovían.*

*Ya no había tierra, ni cielo, ni sol. El mundo no era más que explosiones, aullidos, zumbidos, gemidos desgarradores y gritos. Los muertos volvían a ser lanzados al aire; los vivos se bañaban en un mar de fuego.*

*La División había dejado de existir.*

## LOS PARTISANOS

En el fondo de un bosque, a veintisiete kilómetros de lo que habían sido las líneas alemanas, estaban los restos de la 5 ° Compañía; en total, doce hombres: el teniente Ohlsen, el Gordo, Porta, Hermanito, el legionario, el Viejo, Bauer, el prusiano del Este, Stein, Heide, Trepka y yo.

Hermanito mordisqueaba un pedazo de madera húmeda, con la esperanza de calmar una sed inextinguible; en cuanto al teniente, en una noche había envejecido diez años. Sus ojos fijos, hundidos en las órbitas, estaban inyectados de sangre.

—¡Doce hombres! —gemía—. ¡Doce, de doscientos!

Su mirada pasaba del uno al otro, desesperada.

—Mi teniente —dijo el Gordo—, permítame proponerle algo. —El teniente hizo con la mano un gesto cansado—. Propongo rendirnos a los rusos.

Hermanito se echó a reír y llamó al legionario, que descansaba junto a un tronco de árbol—¡El gordinflón está hartó! ¡Ofrece una fiesta en casa de Iván!

El Gordo pegó un salto— ¡Silencio, Obergefreiter!

—Después de la proposición que acabas de vomitar, has perdido todo derecho a dar órdenes —contestó Hermanito.

El Gordo estuvo a punto de estallar

—Mi teniente, solicito un tribunal de excepción contra este hombre, por insubordinación flagrante.

—Calma, calma —dijo Julius Heide—. Hermanito y yo podemos formar un tribunal de excepción en el acto y colgarte de este mismo árbol.

—¡Mi teniente, esto es un motín!

—No, Hauptfeldwebel. Su propuesta de rendición al enemigo le hace culpable de tres delitos que pueden merecer la horca.

Hermanito rió e hizo cosquillas al hombre detrás de las orejas:

—¿Eh? ¿Lo entiendes, besugo?

—Déjale —dijo el Viejo—. Siempre ha sido un cerdo. Y ahora, además, es un cobarde. Ya le ajustaremos cuentas cuando regresemos... si es que volvemos.

Lanzó una mirada hacia la pista, por donde los rusos, en una ola incontenible, avanzaban en dirección Oeste. Lemberg, Brest-Litowsk, y Tolochino. El ruido de sus columnas motorizadas hacía pensar en el de una tormenta. Los tanques rugían, los motores roncaban, las cadenas rechinaban, los caballos relinchaban, la artillería rodaba formando una serpiente interminable.

Porta y Hermanito habían encontrado suministros; no gran cosa: unas latas de arrendajo, unos paquetes de galletas húmedas y... un gato. Todos miraron con asco el animal, pero Hermanito se rió mientras empujaba hacia la nuca su sombrero.

—¡Ya cambiaréis de idea, soldados de lujo! —Indicó el bosque—. Ese territorio tiene cien kilómetros de profundidad y está lleno de partisanos. Dentro de pocos días os castañetearán los dientes y suspiraréis por un muslo de minino.

—¡Cerdo inmundo! —exclamó el refinado Trepka—. Que un tipo como tú tenga derecho a llevar uniforme es el colmo.

Hermanito se volvió en redondo: —¡Una palabra más y te parto los riñones!

Trepka palideció. Con mirada de odio, murmuró algo incomprensible y buscó su revólver, pero se detuvo cuando vio la mirada de Heide.

—Mi teniente —dijo Hermanito—, ¿quiere usted repartir el suministro?

El teniente Ohlsen asintió e hizo doce partes rigurosamente iguales. Para terminar, distribuyó a cada uno la cuarta parte de una galleta. Hermanito levantó el gato por encima de su cabeza.

—¿Quien quiere una porción de gato? —No hubo respuesta—. ¡Granujas! ¡Después no me vengáis con reclamaciones! —Sacó su petaca del bolsillo—. Aquí hay tabaco. Cada mañana haré doce cigarrillos y cada uno podrá tener el suyo, pero no creáis que es un regalo. Presto con el veinticinco por ciento de interés—. Agitó uno de sus enormes puños—. ¡Y no penséis en engañarme! Panjemajo? [\[11\]](#)

—¿Cuánta munición nos queda? —preguntó el teniente.

—Poquísima, mi teniente —contestó Porta, que lanzaba piedras sobre la superficie de un pequeño estanque—. La suficiente para disparar una bala a la cabeza

de cada uno de nosotros.

—Me cansa usted, Porta. —El teniente empujó unas cajas de municiones hacia el Viejo—. Éstas están llenas. ¿Funciona la ametralladora? ¿Qué otras armas hay?

El Viejo hurgó en un hueco con una rama y contestó con aire fatigado

—Tres metralletas, una de ellas rusa. Diecisiete granadas de mano, un lanzallamas y un lanzagranadas sin municiones.

—¡Santa Madre de Dios! —dijo Porta, riendo—. ¡Lo bastante para terminar la guerra! ¡Si Iván se entera, emprende la retirada!

—¡Cállense de una vez! —gritó el teniente furioso—. Sus estupideces no sirven para nada. Más valdría que tuviesen alguna idea; necesitamos atravesar esta región llena de partisanos para reintegrarnos a nuestras líneas. ¡En algún sitio deben de estar!

—Por los alrededores de Berlín —gruñó Hermanito.

—¡Frasas derrotistas! —gritó Trepka—. Reclamo un tribunal de excepción, según la ordenanza número 8 del Führer.

El teniente se volvió con lentitud hacia el sanguinario muchacho...

—Es usted un idiota completo. ¿Cree usted que detrás de las líneas rusas tenemos tiempo de ocuparnos de estas cretinadas?

Trepka mostró una mirada fanática; hizo chocar sus tacones y trompeteó como un gallo enano.

—Mi teniente, todo soldado alemán, cualquiera que sea su grado, puede solicitar un tribunal de excepción contra los traidores y los derrotistas.

Sacó del bolsillo la denuncia que había escrito contra Hermanito y la alargó a Ohlsen. Éste la leyó en silencio, la rompió en mil pedazos y después miró con curiosidad a Trepka, que permanecía tieso como un palo ante él y más orgulloso que Don Rodrigo en la horca.

—En su lugar, yo no me enorgullecería. Es usted un verdadero maniático de los tribunales de excepción.

—Cuando Iván nos eche la zarpa —gritó Hermanito—, ya veremos si este mierdoso sigue siendo tan partidario de los tribunales de excepción.

—Deja de vociferar o nos encontraremos camino de Kolima sin saber cómo.

—¡Cáspita! —gruñó el legionario—. Prefiero el Sahara a Siberia.

—A mí no me interesa ninguno de los dos —dijo Porta—. Yo quiero volver a Berlín Moavit.

—¿Y se puede saber cómo piensas hacerlo?

—Le birlaremos un vehículo a Iván —dijo Porta.

El teniente miró a el Viejo y meneó la cabeza:

—¡Loco de atar!

Porta se levantó, se echó la metralleta al hombro y empezó a trotar hacia el

bosque. Hermanito, como un perro fiel, llevaba la caja de municiones. El teniente, con expresión resignada, ordenó:

—En columna de a uno, detrás de mí.

Y durante horas, nos abrimos camino a través del bosque de pinos, temerosos, derrengados, llorando a veces, blasfemando siempre; pero el instinto de conservación y el conocimiento de lo que los rusos hacían a los prisioneros, nos obligaban a avanzar.

Con el seguro instinto del lobo de las estepas, Porta y Hermanito nos guiaban a través de matorrales y de pantanos, y después de cuatro días de esfuerzos sobrehumanos, descubrimos, de repente, la luz de unas hogueras. Nos agazapamos a la velocidad del rayo y todos, exceptuando nuestros dos guías, estuvimos de acuerdo para desaparecer en silencio. Pero, a fin de cuentas, la opinión de Porta prevaleció, pese a que en su fuero interno el teniente le considerara un insensato.

—Donde hay fuego hay rusos, y donde hay rusos hay vehículos. Y nosotros necesitamos uno. Ven, Hermanito, hagamos un reconocimiento.

Desaparecieron en la oscuridad, escoltados por las blasfemias que murmuraba nuestro jefe. Dos horas más tarde, les vimos regresar y sentarse a nuestro lado, Hermanito se echó el sombrero hongo hacia la nuca y empezó a reír.

—Hace mucho que hubiésemos debido conocernos, Joseph Porta. ¡Qué hubiésemos sido capaces de hacer en la Reepersbahn!

—¡Menudo vehículo! Blindado todo terreno, atestado de gasolina, lo suficiente para ir hasta la Bornholmerstrasse.

—¿Y los rusos? —preguntó el teniente, contemplando las cimas negras de los pinos.

—No hay que preocuparse. Ocho simios amarillos acurrucados junto a una hoguera. Panjemajo? Tienen por lo menos diez litros de vodka que han birlado a su Intendencia. ¡Apostaría a que festejan su regreso en coche! —Porta soltó una carcajada—. Y nosotros que estamos aquí precisamente por el coche.

Hubo un silencio. Porta se lió un cigarrillo. Por fin, el teniente se levantó

—Bueno, vamos a buscar ese vehículo.

Entonces, a retaguardia de las líneas enemigas, ocurrió uno de esos innumerables dramas que ningún comunicado, relata. Sólo quedan una docena de nombres tachados en las estadísticas del ejército.

El cabo Vassili Rostof y el soldado Iván Skoljenski, de la 347ª brigada de blindados, se dirigían hacia su magnífico vehículo nuevo para buscar carnero asado, cuando unos dedos de acero se clavaron en sus gargantas. Todo se desvaneció lentamente ante sus ojos; el vehículo nuevo pareció flotar en el aire. Vassili consiguió llevarse una mano al cuello antes de morir. Iván vio fugazmente la imagen de sus dos hijos, quiso llamarlos, pero ningún sonido surgió de sus labios. Forcejeó, el

legionario apretó con más fuerza y murió también.

Porta y Hermanito se pusieron rápidamente las dos guerreras rusas, por encima de las suyas, y se cubrieron con los cascos de los muertos.

Un cuchicheo... y nos deslizamos hacia la hoguera, alrededor de la cual se calentaba el resto de la tripulación del vehículo.

—Job twojemadj! —blasfemó Porta en voz alta. Junto al fuego, los rusos se echaron a reír y uno de ellos gritó

—¡Daos prisa! Estamos esperando la manduca.

—En seguida, muchacho, en seguida —murmuró el legionario—. La comerás en el jardín de Alá.

Avanzamos entre el humo de la hoguera, silenciosos como panteras. Julius Heide empuñaba su alambre de acero; el legionario, su puñal morisco. Otro, la corta pala de soldado, cada uno, su arma preferida... Todas brillaron de golpe a la luz de la hoguera. Un gorgoteo de terror... Unos cuerpos estremecidos...

Julius Heide se lanzó sobre el sargento, le hundió el rostro entre las brasas, que se apagaron con un silbido y no soltó a su víctima hasta que ésta dejó de moverse. El teniente Ohlsen empezó a vomitar. Todo había ocurrido con rapidez estremecedora, sin ruido, sin heroísmo.

Contemplamos con estupor los cadáveres aún calientes; uno de ellos tenía en la mano un pedazo de pan; otro, una escudilla volcada, cuya «kapuska» le había caído sobre el pecho...

El Viejo, con la cabeza entre las manos, estaba pálido; había tirado lejos de sí su pala ensangrentada; en cuando el teniente, seguía vomitando. Aquellos dos nunca llegarían a acostumbrarse. Pero Hermanito y Porta habían saltado ya hacia el vehículo nuevo, Porta al volante, Hermanito a la ametralladora. Heide y Stein subieron por detrás y lanzaron gritos de alegría al descubrir las armas: dos ametralladoras y uno de los incomparables lanzagranadas rusos.

Porta, radiante, puso en marcha el motor, que despertó todos los ecos.

—¡Qué herramienta! ¡Nosotros no tenemos nada semejante!

El teniente y el Viejo se sobresaltaron:

—¿Te has vuelto loco? ¡Aquí se oye todo! ¡Haz funcionar más silenciosamente este motor!

—Imposible, mi teniente. Iván no sabe construir motores silenciosos. ¡Tienen que atronar!

Dio otra vuelta con el pesado vehículo, pero sin brusquedades y encendió los faros, lo que hizo pegar otro salto a Ohlsen.

—¡Esas luces, por Dios! ¡Apáguelas!

—Mi teniente, si hago lo que usted me indica no iremos lejos. Ahora ya no somos unos alemanes derrotados, sino unos rusos vencedores. Entonces, ¿por qué andar a

oscuras y en silencio? ¡Mucha luz, océanos de luz, la victoria es nuestra! ¡Viva el padrecito Stalin! Jof twojemadj!

El teniente, aturdido, se golpeaba la frente mientras miraba a el Viejo; Porta le inspiraba una viva inquietud. Como un loco, conducía el blindado en la oscuridad; Hermanito y él, vestidos con uniformes rusos, ocupaban el asiento delantero; cuando llegaban a un campo que no era posible rodear, aceleraban y los dos hacían con el puño el signo de «frente rojo» a unos hombres barbudos, de aspecto salvaje con sus extraños uniformes, que nos contestaban agitando sus armas.

—¡Viva Stalin! ¡Viva el Ejército Rojo! —gritaban los partisanos, porque de ellos se trataba, ebrios de victoria a la vista del blindado.

—¡Mueran los germanskis! —vociferaba Porta—. ¡Vamos a lavarnos el trasero en Berlín!

—¡Llevadnos! —contestaban los partisanos, entusiasmados.

Hora tras hora, el blindado avanzó a través del bosque; durante el día sólo nos deteníamos después de camuflar tan cuidadosamente nuestro vehículo que resultaba invisible desde pocos metros de distancia; la mitad de nosotros acechaba detrás de las ametralladoras, mientras que la otra mitad dormía profundamente.

Aquel día, en lo más espeso del bosque, una sección de partisanos bajo las órdenes de un teniente del ejército ruso, había formado una especie de tribunal sumarísimo. Habían capturado a una joven rusa, natural de una región del Volga, que, a cambio de comida y alojamiento, se había prestado para hacer la limpieza del cuartel general de un regimiento alemán. Se produjo la ofensiva. Más o menos adrede, la joven rusa fue olvidada; ¡había bastantes mujeres en todas partes! Los uniformes con galones siempre agradan a las chicas.

Ésta se despertó, pues, para ver las nubes de polvo que dejaba el regimiento en retirada, y recogiendo apresuradamente sus pertenencias, se lanzó, también, en pos del ejército alemán. Insultada por los bestias de la Feldgendarmerie, caía, se levantaba, vacilaba, lloraba; durante algunos kilómetros, pudo asirse al estribo de uno de sus compatriotas cosacos; pero el cosaco aceleró y ella cayó al suelo. El hombre la golpeó con su largo nagajka, diciéndole «nitchevo»; escupió sobre ella y espoleó su caballo, mientras el sol hacía brillar la insignia de su gorro rojo.

Durante otro trozo de camino, la chica pudo encaramarse en el remolque de una cocina ambulante, hasta que un teniente la hizo bajar. Y ya, sin que ella se diese cuenta, los soldados rojos le pisaron los talones.

Desesperada, se refugió en el bosque, donde, sin embargo, había sus peores enemigos, que no eran los soldados del frente; deambuló durante horas enteras, paralizada por el terror, y luego, una mañana, tropezó con dos partisanos barbudos y fue llevada a presencia del teniente Turjetza, el jefe de la sección.

Era un hombre alto y delgado, el mejor de su promoción en la escuela militar de

Omsk. A los catorce años había denunciado a su madre por ideas contrarrevolucionarias, y ésta murió bajo un desprendimiento de tierras en SibChikago, el campo de deportación. Piotr Turjetza, cuando se enteró de la noticia, encogió los hombros y dijo: «Se lo merecía.» Era inteligente, fanático y rápido en sus conclusiones.

Al ver a María entre sus dos guardianes observó instantáneamente sus calcetines alemanes con el típico borde verde. Sonrió fríamente.

—¡Traidora! —siseó. Le escupió al rostro y la abofeteó con su gorro de piel—: ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes?

Ella se irguió bajo los golpes; la obstinación propia de su raza se puso de manifiesto. Entornó sus hermosos ojos de color azul ultramar, se lamió la sangre que resbalaba por su rostro y gritó

—Vengo de las rodillas de mi madre y huyo de los alemanes. Tal vez tú no sepas lo que ocurre en los poblados, tú que te escondes en el bosque y que matas a traición.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos, mala pécora? —Llamó a su lugarteniente, un pequeño kalmuko, el sargento jefe, Igor Poltonek—. Ocúpate de esa chica.

El kalmuko sonrió con aire de haber comprendido. Empezó por golpear a María, le rompió dos dedos, después, la acarició.

—Mariska —dijo después el teniente—, ¿nos espiabas por cuenta de los alemanes?

Le pegaron patadas, después le arrancaron la ropa y la lanzaron contra un árbol, donde permaneció colgada de una rama mientras los otros arrancaban finas tiras de piel de su cuerpo y embadurnaban después las heridas con sal. Entonces, ella confesó. Dijo todo lo que quisieron; que había vendido a Rusia, que había luchado contra el ejército rojo, que se había burlado de Stalin, que era una traidora de Vlassov. La obligaron a beber vodka y después el teniente se encogió de hombros.

—Hacer con ella lo que queráis.

El kalmuko se lanzó sobre ella y la violó. A continuación dibujó en su frente una cruz gamada con la punta de un clavo enrojecido. Le afeitaron la cabeza y quemaron sus cabellos, escupieron sobre su cuerpo y por fin la dejaron sin sentido. La abandonaron al alba. Turjetza preguntó a Igor si estaba muerta.

—Sí —dijo el kalmuko, echándose a reír.

Esperaba que muriese lentamente en el bosque, pero no murió. Era una hija del Volga, y la gente del Volga es muy resistente.

Cuando volvió en sí, un solo pensamiento anidaba en su cabeza que ardía de dolor: matar al kalmuko antes de morir. Vacilante, se puso en marcha; instintivamente, se dirigió hacia el Oeste.

Tres días más tarde se sentó en un tronco de árbol para morir. Los dolores más lacerantes se habían atenuado, la quemadura de la frente ya no la torturaba, pero se

sentía presa de una fatiga mortal. Mordisqueaba ramitas húmedas para apaciguar su fiebre, pero todos los dientes se le movían y tenía la boca ensangrentada.

De repente, una mano oprimió su cuello y la empujó hacia atrás. Se sintió morir al ver la pinta del bandido de Hermanito bajo el casco ruso.

—¡Una chica! —gritaba—. ¡Una chica con la marca en la frente!

—¡Idiota! —exclamó el Viejo—. Suelta a esta desdichada, vas a ahogarla.

Hermanito ayudó a María a levantarse, pero no sin que sus manos se deslizaran por el cuerpo bien formado, oculto apenas por unos andrajos.

—¡Santa Madre de Kazán! ¡Qué bombón!

—¡Hay que llevarla al teniente! —gruñó el Viejo—. Y si la tocas, disparo.

Y armó su revólver.

Hermanito palpaba a la chica, como se palpa un pollo

—¡Señor! ¡La sangre me hierva! —gemía.

—¡Basta! ¡En marcha!

Dieron unos pasos entre los abetos. De repente, Hermanito exclamó

—Job twojemandj!

María lanzó un grito, mientras el Viejo se volvía asustado.

—¡La fulana no lleva pantalones, acabo de notarlos!

—¡Basta de porquerías! —gruñó el Viejo, furioso. Pegó un culatazo en el brazo del gigante—. ¡Es posible que los partisanos estén cerca y tú sólo piensas en tus porquerías!

Ante la amenaza de el Viejo, Hermanito soltó a la joven y los tres se dirigieron hacia nosotros. Porta lanzó un silbido admirativo al ver a María, con la ropa hecha trizas, y el rostro excitado de Hermanito, que gritaba

—Es una ganga! ¡Ni siquiera lleva pantalones! ¡Menudo bombón, muchachos!

El teniente pegó un salto y se colocó ante el Viejo:

—¿Qué le han hecho?

El Viejo le miró con sus ojos tranquilos y guardó silencio. Ohlsen se turbó.

—Perdón, Beier. Estando usted nada ha podido ocurrir.

Alargó la mano a el Viejo, quien la estrechó en silencio. Después, el teniente interrogó a la chica. De momento, con desconfianza; pero la sangrienta cruz que llevaba en la frente era demasiado explícita para que se pudiese dudar de su relato. María habló durante una hora y media con voz entrecortada.

—Y ahora, ¿dónde están los partisanos? —preguntó el teniente.

María señaló el bosque, en dirección Este: —Por allí.

—¿Hay muchos? —inquirió el Viejo.

—Da. Idos aprisa. Dawai, dawai. Nix nemma <sup>[12]</sup>

—Sí —dijo el teniente—. Larguémonos.

La muchacha se colocó entre Porta y Hermanito, en el asiento delantero del

blindado. Con una gorra de soldado ruso en la cabeza, y sus ojos oblicuos, parecía un joven soldado enemigo. Heide le ofreció una metralleta y ella rió al sentir la frialdad del acero.

—Yo vengarme. El kalmuko Igor... Disparar, muerto. ¿Puedo? —dijo con su alemán elemental. Porta se encogió de hombros

—Más vale que no le encuentres, chica, y sobretodo, ahora que estás con nosotros. Tardarías por lo menos quince días en morir.

Reanudamos la marcha por el estrecho sendero a través del bosque. A cada parada, María nos contaba sus aventuras, y nos enteramos de cosas que nos hicieron hervir la sangre; pero, por lo general, el teniente interrumpía el relato para emprender la marcha. Desde que estábamos tras las líneas rusas, el teniente Ohlsen parecía otro: nervioso, febril, sin desear convertirse en héroe.

—Su prisa me enloquece —gruñía Julius Heide.

—Cualquiera diría que va detrás de una condecoración —añadió otro.

Un día en que todos nos quejábamos, el teniente, como si hubiese adivinado pensamientos, se nos acercó:

—Sé lo que murmuráis de mí, pero os equivocáis. Añoro mi patria, esto es todo, y sólo tengo una idea: salir de este bosque infernal y sobrevivir. —De su cartera, extrajo una fotografía—. Son mi mujer y mi hijo. Él tiene siete años y hace tres que no le veo. De modo que si os doy prisa es por puro egoísmo. Es imposible escapar solo de este país maldito.

Pareció esperar una respuesta, pero nos callamos. Heide tarareó:

*Muy largo es el camino que conduce a la patria.*

*Tan largo, tan largo...*

—Os necesito del mismo modo que vosotros me necesitáis a mí —prosiguió el teniente— Podemos escoger: o morir en esta tierra con sus taigas infinitas, como unos esclavos, o tratar de regresar. Morir en este bosque putrefacto no tiene sentido.

Porta levantó la cabeza:

—Vivir es lo que todo el mundo desea, los de enfrente tanto como nosotros, y, sin embargo, hay que reconocer que muy pocos lo conseguirán.

—Es ganado nacido para el matadero —dijo el legionario—. Nosotros tenemos más instinto de conservación que estos colegas.

—Tienes razón —aprobó Heide—. Es un mal ganado, demasiado cobarde para renunciar.

—¡No! —gritó el teniente—. Esto no es cierto. Nuestro fervor no debe dirigirse a Hitler o a Stalin, sino a la vida. ¡Sobrevivir, sobrevivir! ¡Hay que abrirse paso como sea, a través de las montañas y de los bosques!— Se secó el sudor de la frente y pegó una patada a su casco de acero, que rodó por el suelo.

El Viejo respiró profundamente:

—No es para desalentaros, pero no creo que regresemos. Tengo una mujer y tres hijos, un taller que me espera, y sé que nunca más volveré a verlos.

El teniente cogió a el Viejo por las solapas y lo atrajo hacia él. Cuchicheaba, casi imploraba

—No digas esto, Beier. No tienes derecho... En lo más profundo de tu corazón debes de creer en nuestro regreso... La guerra se aproxima a su fin, tiene que terminar... Los rusos nos persiguen como conejos, nuestros jóvenes soldados no valen nada. Ya no tenemos armas, ni gasolina, ni suministro. La Policía hace que reine el terror, y nuestras ciudades se desploman. ¡Es cuestión de semanas o de meses ver el final de este infierno!

—Sí, ¿y los vencedores? —dijo el legionario—. ¡Menuda nos espera a nosotros, los soldados! No imagine que estemos salvados porque la guerra termine. Después, habrá otras alambradas, el hambre, y acabaremos comiéndonos los unos a los otros.

—¡No! —gritó el teniente—. Esto, no.

—Pues sí —insistió el legionario—. A nosotros, veteranos desgastados, desmoralizados, nadie nos necesita; somos un material. Cuanto antes desaparezcamos, mejor. Yo he olvidado incluso cómo se trabaja. —Se encogió de hombros y con un resoplido, quitó un poco de polvo que había en el cañón de su metralleta—. Quedaos en el Ejército, como yo; te dan alojamiento, comida y vestido; se tiene poco dinero y una muerte rápida.

—¡Qué horror! Es muy poco para mí —replicó Porta—. Ya encontraré algún medio de sobrevivir en esta sociedad de mierdosos. —Hizo chasquear la lengua y levantó un dedo como para confiarnos un secreto—: ¿Sabéis lo que haré? Recogeré mujeres para un burdel estupendo, del que seré director. ¡Hay mucho dinero que ganar con las mujeres!— Se limpió la boca sucia con el dorso de una mano—. ¡Cómo me divertiré, chicos!

—¡Cerdo! —dijo el teniente, con asco.

—¿Por qué mi teniente? —preguntó Porta, sorprendido—. A las mujeres, esto les encanta, no crea, pero no se les presenta la ocasión a menudo.

Empezó a ofrecer empleos a la redonda, exceptuados el teniente y el Viejo, para todos aquellos a quienes, después de la guerra, tentara su futuro negocio en Berlín.

Dos días más tarde, nos tropezamos con la Feidgendarmerie.

Heide fue el primero en verlos. Se había adentrado en el bosque con Hermanito y María, en busca de algo, no sabíamos bien qué, pero nuestro instinto había hablado. Hermanito, riendo, preparaba ya su lazo de acero, pero Heide le indicó que desconfiara.

Nos acercamos por detrás, en compañía del teniente Ohlsen. Los bestias —tres feldgendarmes— quedaron de momento atónitos ante nuestra presencia, pero pronto

se mostraron insolentes. Un uniforme desacostumbrado les hacía parecerse vagamente a los soldados de Infantería. Uno de ellos, un teniente coronel de unos cincuenta años, corpulento y gordo, reclamó brutalmente la orden de marcha del teniente, quien se quedó sin aliento.

Hubo un momento de silencio. Después, el oficial habló de nuevo:

—¿Se ha quedado sin voz, teniente? ¿O es duro de entendederas? Quiero ver su documentación para saber con qué derecho se pasea usted por el bosque.

—¡Pero qué absurdo! —exclamó Heide.

—¡Silencio! —gruñó el oficial, con un gesto amenazador.

El cañón de su metralleta rozaba el pecho del teniente.

En el mismo instante, una voz dura, quebrando el silencio del bosque, resonó entre los matorrales, a espaldas de los gendarmes.

—¡Arriba las manos!

Con la rapidez del rayo, tres pares de puños se levantaron y las armas cayeron ruidosamente al suelo. Porta y el legionario salieron del bosque; Porta llevaba al hombro la pesada ametralladora, y el legionario pegó una patada al teniente coronel.

—¡De rodillas, bastardo! Pronto tendrás un trasero aún más pesado.

Los dos suboficiales recibieron cada uno un bofetón de Hermanito

—De rodillas —dijo éste.

—Dejadles tranquilos —empezó a decir el teniente Ohlsen.

—¡Lo pagarán caro! —chilló el teniente coronel—. El artículo 987 castiga con la muerte a quien maltrate a un gendarme en el ejercicio de sus funciones.

—Y la desertión está castigada con la horca —interrumpió el teniente.

Los tres brutos ignoraban que habíamos encontrado a María, quien les conocía. Había servido con ellos algún tiempo y les había oído decir que irían a rendirse a los rusos, disfrazados de soldados, después de dejar que la ofensiva les rebasara. Una vez tranquilizada la región, podían hacerse pasar por comunistas gracias a unos documentos espléndidamente falsificados. Más tarde, ya buscarían un medio de alcanzar los Balcanes.

María sabía que todos ellos llevaban los bolsillos llenos de hojas de marcha en blanco, con la firma de un general hecha por un tampón. En cuanto al teniente coronel llevaba cierta orden de misión destinada a abrirle todas las puertas.

—¿Os habéis caído del carro de la basura? —preguntó Porta, risueño, mientras pinchaba al teniente coronel con su cuchillo de trinchera.

Un gorgoteo salió de la boca del oficial:

—¡Lo pagaréis caro, cerdos!

—Seguramente lo sabremos antes de que amanezca, pero por entonces tú tendrás frío el trasero amigo. Hermanito se muere de ganas de estrangularte.

—¡Basta! —dijo el teniente—. Registradles —añadió con tono seco.

—¡Protesto! —aulló el oficial de gendarmerie. Es una afrenta a nuestro honor.

—No —dijo Hermanito—, es el preludio de la horca.

El Viejo mostró los papeles, entre los que había tres hojas de destino en blanco, con la firma de un general.

—Todo está perfectamente claro —dijo el teniente, sacudiendo los papeles.

Hermanito alargó el cuello.

—¿Puedo matarles mi teniente?

Sacó del bolsillo un pedazo de alambre de acero, unido a dos trozos de madera.

—¡No! —gritó el teniente con rabia—. Les llevaremos a nuestras líneas. Mientras yo mande no existirán esos supuestos tribunales de excepción. Sabedlo bien.

Heide y el Gordo recibieron la orden de llevar los tres hombres hasta el vehículo, donde les fueron atadas las manos a la espalda. En aquel momento descubrieron a María. Se les vio palidecer. Ella se les acercó lentamente, se detuvo ante un gordo gendarme y le escupió al rostro, mientras silbaba:

—Tschort!

María había soportado sus caricias en una choza abandonada, en las proximidades del camino paralelo. Como ella se resistiera, él casi la había asfixiado, le había arrancado la ropa y, lúbrico, le había manoseado y mordido en un pecho. Era un bruto vestido de suboficial, en el que ardía un deseo animal. Una vez satisfecho éste, había entregado la joven a sus compañeros. De los labios del grueso gendarme habían salido palabras de amor que él creía adecuadas incluso en el curso de una violación. Ella había permanecido como muerta mientras el hombre la violaba; para terminar, él le había separado los dientes y, tranquilamente, le había escupido en la boca. María había vomitado; aquello era peor que las torturas de los partisanos.

Una piedra alcanzó al Stabsfeldwebel en la nuca, y la mujer rió como una hiena. Hermanito le alargó otra piedra.

—¡Tírasela al hocico!

Pero ella soltó la piedra y se echó a llorar. Hermanito se encogió de hombros y, con una zancadilla hizo caer de bruces al feldwebel. Observó, por un momento, el corpachón derrumbado y luego, apuntando cuidadosamente,— pegó una patada entre las piernas del otro. Un chillido bestial resonó en el bosque y el cuerpo se puso tenso hasta formar un arco.

El teniente Ohlsen llegó corriendo e insultó a Hermanito, quien se mantenía cuadrado, con expresión totalmente indiferente. El teniente coronel, con los brazos atados a la espalda, gritaba con indignación

—¡Esto es tortura, sadismo! ¡Ha maltratado a un suboficial en activo! ¡Le costará la cabeza!

Nadie se molestó en contestar. Una vez en nuestras líneas, su proceso sería corto: desertión, falsificación de documentos. Sólo cabía un desenlace.

Pero al amanecer, poco después de salir el sol, fue el Viejo quien descubrió su evasión.

Quedamos sorprendidos... El Gordo estaba de guardia. Le encontramos desvanecido y fue incapaz de dar una respuesta coherente al teniente Ohlsen. No sabía nada... Sólo recordaba haberse derrumbado de repente... El teniente gritó, blasfemó y evocó el consejo de guerra para el centinela que se duerme en su puesto, pero el Gordo juró, con lágrimas en los ojos, que no se había dormido; toda su grasa temblaba ante la ira del teniente.

—Están lejos —dijo Hermanito, mirando al legionario y a Porta, quienes, sentados junto a María; mordisqueaban una remolacha.

El Viejo levantó sus ojos tranquilos, que se fijaron sucesivamente en cada uno de los tres hombres y en la mujer... Movi6 la cabeza en silencio, se ech6 la metralleta al hombro y se metió en el bosque.

—¿Eres un compañero? —le gritó Porta.

El Viejo se volvió sin decir nada, y después prosiguió su camino.

Terminábamos de cargar el vehículo, cuando reapareció:

—Sí —contestó el Viejo con tono seco, lanzando una mirada a Porta y Hermanito, que jugaban tranquilamente a los dados y reían pegándose en los muslos.

—¿Qué ocurre? —insistió el teniente.

—Es lo que no sé.

El legionario se acercó con paso tranquilo, limpiándose las uñas con su puñal.

—¿Qué pasa?

Su eterna colilla temblaba un poco en la comisura de sus labios.

—¿Te has paseado esta noche?

—Desde luego, todas las noches me levanto para orinar.

—¿No has notado nada?

—No, tenía demasiado sueño —contestó sonriente.

—¿Estaba María contigo?

—Sí. —Se adivinaba una ligera amenaza en su voz—. Pero oye, ¿acaso eres de la Gestapo?

—He encontrado a los prisioneros —articuló el Viejo con esfuerzo.

El teniente pegó un salto

—¿Qué?

—¡Vaya suerte! —gritó el legionario. Lanzó su cuchillo al aire y lo cogió al vuelo—. ¡Esta vez les ahorcamos!

—Es inútil —dijo el Viejo—. Ya está hecho.

El rostro del teniente Ohlsen se congestionó. —Vamos a ver —dijo secamente—, y que Dios se apiade de quien lo haya hecho.

Nos precipitamos hacia el bosque y, al cabo de un trecho relativamente largo,

descubrimos los tres cuerpos. Las hormigas invadían ya sus rostros violáceos; gruesas moscas verdosas pululaban en los ojos desorbitados del teniente coronel; era un espectáculo espantoso.

Porta se inclinó sobre el cadáver del oficial: —Han sido los partisanos —dijo. El Viejo le miró a la cara:

—Yo también lo había pensado, pero cuando he visto lo que los dos cadáveres mutilados tienen en la boca, he recordado la historia de María y he sentido una terrible sospecha. Lanzó una mirada al legionario y prosiguió, recalcando bien cada palabra—: ¿No es eso lo que se hace con los prisioneros en las montañas del Rif?

El legionario sonrió, sarcástico

—¡Hace mucho que los rusos han aprendido a imitarles!

El teniente apoyó un brazo en el hombro de el Viejo

—Más vale creer que han sido los partisanos. Estos cerdos han conseguido escapar para caer entre sus manos.

El Viejo movió la cabeza:

—¡Cómo pueden volverse los hombres! —murmuró. Y como Hermanito gritara a voz en grito, dio un salto y le cogió por la guerrera—. ¡Si vuelves a abrir la boca, te mato!

El legionario seguía jugueteando con su cuchillo, mientras observaba la escena por el rabillo del ojo. Declaró, con los dientes apretados

—Estos cerdos no merecían nada mejor. Es la guerra.

El Viejo se volvió en redondo:

—¿De veras?

El legionario asintió

—Sí, y creo que cuando regresemos deberías cuidarte los nervios.

El Viejo rió con cansancio y miró al teniente:

—No es mala idea: encerrar a la gente normal y dejar sueltos a los asesinos.

Con la rapidez del rayo, el cuchillo del legionario fue a clavarse, vibrante, en el árbol, un poco por encima de las cabezas de el Viejo y del teniente.

—Me ha parecido ver una ardilla —dijo sonriendo el hombrecillo.

—Por fortuna, tus manos no tiemblan —contestó secamente el Viejo—. De lo contrario, quien debería temblar es tu conciencia.

Regresamos lentamente al blindado para terminar los preparativos de marcha, y hacia el final de aquel día nos paramos de nuevo a orillas de un río profundo. Hermanito se acercó discretamente al agua y el Viejo le vio lanzar a la corriente su lazo de acero pero se abstuvo de comentarlo. El legionario se echó a reír, mientras el Gordo, sentado en el tronco de un árbol, reanudaba sus blasfemias. Le dolía la cabeza y no llegaba a comprender cómo tres prisioneros atados habían conseguido soltarse y dejarle sin sentido, a él, un Hauptfeldwebel veterano.

—¡No lo entiendo! ¡Estaba mirando a aquellos tres mierdosos y mi cráneo ha estallado!

—Seguramente habrá sido un partisano —insinuó Hermanito, conciliador, mientras palpaba el chichón del desdichado, grande como un huevo de gallina.

—Y sabía lo que se hacía —añadió Porta, acariciando la cabeza del obeso suboficial.

Caía la noche. Se trataba de atravesar el río teniendo en cuenta que dos de nosotros, el Gordo y Trepka, no sabían nadar.

—Quédate junto a mí y te pasaré —ofreció magnánimamente Hermanito a Trepka.

—¿Y quién me ayuda a mí? —gimió el Gordo.

Resonó una carcajada homérica cuando Porta le propuso que se quedara a este lado del río.

La oscuridad se acentuaba con rapidez. De repente, sonó un disparo; era el de una carabina 98. Nos precipitamos: a poca distancia de nosotros, en el lindero del bosque, yacía María con la cabeza destrozada. Había colocado el cañón de la carabina en su boca y había apretado el gatillo con un dedo del pie. Hermanito rezongó algo incomprensible, en lo que traslucía un rencor masculino, y pegó una rabiosa patada a una liana que se le había enredado en el tobillo. Este detalle acabó de encolerizarlo, y la pobre María no tuvo más oración fúnebre que ésta.

Durante la noche, atravesamos el río a nado. Trepka estuvo a punto de ahogarse y sólo se salvó gracias a Hermanito, lo que les hizo olvidar por completo la famosa denuncia. En cuanto a el Gordo, que jadeaba de miedo, hizo la travesía agarrado a Heide y a Porta.

Con anterioridad, había precipitado el vehículo ruso dentro de un pantano, en las proximidades del río. El blindado servía de tumba a María.

*Toda la pandilla le había acompañado hasta la estación. El pequeño «Wolkswagen» hecho para cuatro personas estaba a punto de ser aplastado bajo sus diez ocupantes.*

*Sobre el capot estaban encaramados Heide y Hermanito, a los que perdimos dos veces durante el camino. En aquella ocasión importante, todos tuteaban al teniente.*

*El tren arrancó y estuvimos saludando con la mano hasta que la última nube de humo hubo desaparecido. Acodado en la ventanilla el teniente Ohlsen soñaba. No veía los árboles quemados, las ruinas, los restos de vehículos, las locomotoras destruidas y echadas terraplén abajo. Sólo veía a Inge y a Gunni. Su corazón estallaba ante la dicha de volver a verles. Eran Inge y Gunni los que cantaban en las ruedas... Ohlsen veía la cálida sonrisa de*

*Inge, sus ojos risueños; escuchaban ya la vocecilla de Gunni:*

*—Papá, ¿a dónde van las nubes?*

## EL REGRESO

El teniente Ohlsen se marchaba de permiso, el primero en tres años. ¿Hay necesidad de añadir que se marchaba loco de alegría? Y cuando el tren se detuvo en la estación de Breslau, fue precisamente un rostro amigo el que asomó en el compartimiento.

Encuentro maravilloso después de tantos años. ¡Había tantas cosas que decirse! El amigo en cuestión era un actor.

—Cuando lleguemos a Berlín, vente conmigo a Darlem. Formo parte de una especie de compañía teatral, una compañía de guerra —añadió riendo ruidosamente—. ¡Nos divertimos mucho! Chicas, champaña a mares y caviar a todo pasto. Lo mejor que uno puede desear. El director es SS Obergruppenführer.

Soltó otra risotada.

El teniente Ohlsen movió la cabeza.

—Sólo deseo una cosa, Heinrich: llegar a mi casa lo antes posible. —Sus manos se crispaban de impaciencia—. ¡Me entran ganas de bajar del tren y de adelantarlo corriendo por la vía!

Heinrich volvió a reírse

—Te comprendo. Pero, de todos modos, ven a vernos algún día. ¡Te reservo una de esas chicas! Una morena estupenda... Puro fuego, amigo mío, puedo asegurártelo. Verás también a nuestros SS capaces de todo, créeme. Si alguien se mueve... ¡Zas! Suprimido. Seguro que nunca has visto algo igual.

—No sabía que fueses del Partido.

—Es que no lo soy, Bernt. Pero, ¿qué se puede hacer? Prefiero trabajar con ellos que pudrirme en las trincheras. E incluso aunque no estuviese de acuerdo, ¿en qué cambiaría la situación?

—¿No ahorcaron a tu hermano en Buchenwald? —preguntó el teniente, sorprendido.

—Sí, y también a mi padre —contestó Heinrich con naturalidad—. Pero yo no puedo hacer nada. Quisieron dárseles de listos y escogieron la mala carta. ¡Hay que saber apearse a tiempo del tren! Liselotte y yo hemos sido más astutos; comprendimos que Adolfo era la carta blanca y nos hemos espabilado.

—Procura apearte a tiempo también —le advirtió el teniente.

—¡No te preocupes! Hoy SS, mañana N.K.V.D. o F.B.I., me da lo mismo, con tal de seguir a flote. Si quieres seguirme, Bernt, nunca más volverás al frente.

Ohlsen sonrió

—Temo no ser lo bastante listo para saber escoger bien en el momento oportuno.

Llegaron a Berlín al anochecer y se separaron en la estación de Silesia. Heinrich dio su dirección al teniente, bajó corriendo la escalera, sin dejar de reír, y desapareció.

El teniente cogió un tren que se detenía en la Friederichstrasse, y, algo deprimido, se apeó en esa estación tan conocida, entre una oleada de gente apresurada. De repente, sintió miedo. Una angustia avasalladora se apoderó de él. Entre la multitud, un viejo territorial saludó, rígido, pero Ohlsen no correspondió al saludo: le hizo un ademán con la cabeza, como tenía costumbre hacer entre los camaradas del frente. En el acto, se le acercó un capitán de Caballería, sonriendo amistosamente, pero su mirada era tan fría como los escudos de acero de su gorra de dragón.

—Camarada —dijo—, ¿me permito hacerle observar que la disciplina exige que un oficial responda militarmente a sus oficiales, y bajo ningún pretexto, como si fuese un camarada? Esto es casi sabotaje.

El capitán de dragones saludó

—Que tenga buen permiso y salude de mi parte a los héroes de las trincheras.

Se alejó, y sus espuelas tintinearón alegremente en el andén; era su manera de hacer la guerra.

El teniente Ohlsen se secó la frente sudorosa bajo el gorro de campaña y siguió con la mirada al capitán, que, algo más lejos, dirigió una reprimenda a un feldwebel.

Movió la cabeza y, echándose al hombro sus dos macutos, bajó la escalera hacia la Friederichstrasse. Se sentía cansado, terriblemente cansado, con la atroz sensación de encontrarse en un mundo extraño. El miedo le atenazó la garganta... ¿Tendría razón el pequeño legionario?

Contempló su uniforme deslucido, polvoriento, sus botas gastadas, su correa manchada que sostenía la funda negra del «0,38», que ninguna semejanza tenía con el elegante estuche pardo del «Mauser» que los oficiales llevaban a la cintura. Formaba una extraña mezcla de soldado raso y de oficial; sólo las hombreras de plata revelaban el grado. Ohlsen inspiró y se pasó una mano por los ojos.

—¡Berlín, mi Berlín!

De repente, se le apareció el rostro de Hermanito; volvió a verle cuando daba una patada al feldgendarme; volvió a ver el cuchillo amenazador del legionario cuando se clavó en el árbol, sobre su cabeza, y los cadáveres mutilados; a María, muerta en medio de un charco de sangre, y volvió la cabeza para tratar de ver otras cosas a su alrededor...

Todo parecía desierto en la noche. Ruinas por doquier; bajo sus pies, cristales rotos; en las paredes, mensajes escritos con tiza «Mamá, en casa de tía Anna en Bergenwalden»,. «Müller, del tercero, dirigirse al tío Theo...» Ohlsen aceleró el paso para no perder ni un segundo de las breves semanas en que se le permitía, por fin, volver a convertirse en un ser humano. Tres semanas en tres años.

Como en sueños, le pareció ver la escritura de Inge: «Gunni muerto, dirigirse a casa de papá.» Empezó a sollozar de miedo y se dio cuenta de que corría. Nadie le prestaba atención porque no era extraño ver, personas que corrían llorando por las calles de Berlín. Incluso las paredes y las piedras lloraban...

Bueno, estaba ya ante su casa. Ningún mensaje le esperaba... Se puso rígido. Ya no existía la casa. Limpia. La superficie desnuda del suelo.

El teniente se sentó pesadamente sobre su macuto, ocultó la cabeza entre las manos y sollozó como un niño. ¡Sus camaradas! Sí, le hubiese gustado tenerles junto a él... Aquel bruto de Hermanito, el Viejo, tan paternal, el malicioso Porta, el petulante Julius Heide, el legionario, seco y brutal... Todos, sí, todos los camaradas de la muerte.

Una mano se apoyó en su hombro, la mano sucia y encallecida de un obrero. Ohlsen levantó la cabeza y miró con sorpresa el rostro curtido, arrugado, con una barba de varios días.

—¡Señor Graup! —exclamó, cogiendo la mano del viejo.

—¿Has vuelto, Bernt? —gruñó el hombre—. ¡Y ahora eres teniente! Tu mujer y tu pequeñito están a salvo; hicieron falta tres días para desenterrarles. Salvamos a diecinueve; el sábado hizo quince días: arrasaron toda la calle. ¿No te ha escrito tu mujer?

El teniente movió la cabeza.

—Inge no escribe a menudo. Tiene mucho que hacer.

—Desde luego —dijo el viejo, escupiendo. Parecía sentirse violento.

—¿Dónde están?

—Con el padre de ella, o más exactamente en la casa de su padre. Han llamado a tu suegro.

¡Telefonea antes de ir! —gritó el hombre.

Pero el teniente no oyó nada. Corría ya.

—Inge, Gunni —cuchicheaba, jadeante—. ¡Estáis vivos! ¡Alabado sea Dios, estáis vivos!

Tras de él, el viejo escupió de nuevo:

—¡Pobre hombre! —murmuró—. Pero peor fue ayer con el Oberfeldwebel. La mujer y los cinco hijos muertos, y él a Plotzensee, por sus observaciones contra Adolfo. —Acarició un gato que se frotaba contra sus piernas—. ¡Tú sí que tienes suerte! ¡Sólo te persiguen los perros!

El teniente Ohlsen regresó corriendo a la Friederichstrasse y cogió el tranvía hasta la Halensee. Estuvo a punto de tener un conflicto por no fijarse en un general, con quien se cruzó en la Kurfürstendamm. Se irguió, en posición de firmes, mientras murmuraba por lo bajo —¡Viven! Inge y Gunni... ¿Es que no lo entiendes, imbécil? Viven. Sí, mi general, no hay disciplina en el frente. Viven... Sí, mi general, el deber de saludar es la base de la victoria. ¡Señor, te doy las gracias por haberles salvado! Sí, mi general, no volverá a ocurrir...¡Cerdo! Ojalá una bomba te envíe sobre la puerta de Brandeburgo. Gracias, mi general, por permitir que la clemencia se imponga al reglamento...

El general se llevó tres dedos a la gorra, se alejó, encantado de sí mismo. El teniente hizo chocar sus tacones desgastados y prosiguió su carrera. No obstante consiguió saludar a un comandante de Estado Mayor, con pantalones color gris perla y franjas rojas.

—¡Maravilloso y podrido Berlín! ¡Que las compañías del frente vengan a limpiar todo eso! ¡Qué hermoso sería! Porta y Hermanito tras una ametralladora junto a la Brandemburger Tor. Ver saltar a todos esos emboscados... Dios mío, viven...

Se metió por la Joachim-Friederichstrasse, perdió uno de sus macutos, lo recogió y prosiguió con renovados bríos. Una mujer quiso detenerle, pero él ni la hizo caso. Ella rió y gritó

—¡Cerdo!

Era media libra de mantequilla y una botella de vodka lo que le había pasado ante las narices.

La casa, por fin! Un edificio pretencioso, con escalinata de granito pulimentado y una verja de hierro forjado; escalera de mármol y en cada descansillo, espejos con

marco dorado donde unos ángeles tocaban la trompeta. ¡Cuánto llegó a reírse al ver aquellos ángeles cuando su primera visita! El conjunto era enorme, lleno de ostentación.

En el primer piso, una gran puerta de roble con placa de cobre en que se leía, en letras góticas: «Von Lander», y en letras más pequeñas el maravilloso título «Regierungsrat» <sup>[13]</sup>. El teniente miró la placa, recordó a los altivos padres políticos y a la cuñada quisquillosa... Inspiró antes de tirar de la campana, cuyo tintineo resonó en el apartamento.

Silencio. Ohlsen volvió a tocar. Ni un ruido. Golpeó la puerta, primero discretamente, después con más fuerza. No hubo respuesta.

—¿No hay nadie en la casa? —se dijo—. ¡Es curioso!

Tamborileó en la puerta de roble esculpido. Nada. Entonces se sentó en un escalón, desconcertado. A lo lejos, un reloj dio doce campanadas. Era medianoche.

Inge hubiera debido estar de regreso. Gunni siempre tenía miedo cuando se quedaba solo...

Escuchó... Sí, algo se movía. Ohlsen tuvo la impresión de que una pieza de seda crujía ligeramente... Estaba seguro, había alguien detrás de la puerta.

La puerta de roble esculpido parecía burlarse del soldado del frente. Alguien se deslizaba, alguien que no quería abrir. Ohlsen se levantó de un salto y volvió a llamar. Ninguna respuesta. Intentó mirar por la rendija, pero algo la tapaba, una especie de tela roja. Empezó a aporrear la puerta con ambos puños. Silencio.

Le pareció oír el cuchicheo de una voz de hombre. ¿Un hombre? ¿A aquella hora? ¿En casa de su Inge? ¡Imposible! Ella le amaba. El día en que se despidieron en el andén de la estación de Anhalt, fue la última frase que ella había murmurado. Le amaba, le esperaba...

Con pasos pesados, bajó la escalera y cerró con violencia la puerta, cuyo estrépito resonó en toda la casa. Luego, silenciosamente, volvió a subir y se acurrucó en un rincón desde donde podía vigilar el descansillo.

Jadeaba mientras apretaba los puños sobre sus macutos. Los ángeles con trompetas parecían reírse de él, y Ohlsen les escupió. La profecía del legionario resonaba en sus orejas: Bestias inútiles, nacidas para el matadero...

Un señor elegante y una dama entraron en el vestíbulo y se detuvieron para besarse. Reían.

La dama pegó un cachete en la mano demasiado audaz de su acompañante.

—¡Otto! Espera un poco... ¡Me enloqueces!

—Lanzó un leve grito—. ¡No, aquí no, si viniera alguien...!

Siguieron subiendo y se sintieron muy confusos a la vista del teniente. Y también bastante inquietos. Incluso los alemanes podían equivocarse y confundir el uniforme negro de las tropas blindadas con el de las SS. Las siniestras calaveras recordaban las

expediciones nocturnas en los automóviles igualmente negros.

El señor y la dama se apresuraron más y le miraron por encima de la barandilla de la tercera planta. Ohlsen escuchó un cuchicheo

—Razia... Gestapo...

Una puerta se cerró secamente.

«Les he fastidiado la noche», pensó el teniente, mientras encendía su enésimo cigarrillo. Consultó el reloj. Casi las tres.

De súbito, la puerta del apartamento se abrió sin ruido. Ohlsen se asomó junto a la barandilla y por entre los barrotes vio a un hombre que salía, un hombre alto y corpulento en traje de paisano de buen corte. Hubo besos, una voz femenina gimió...

—Adiós, cariño —dijo un hombre en voz baja—. Hasta el jueves. Enviaré un paquete al pequeño.

Bajó la escalera sin darse cuenta de la sombra acurrucada junto a la barandilla.

Un velo rojo cubrió los ojos del teniente. Sus oídos empezaron a silbar, sus uñas se clavaron en las palmas de las manos. Lloraba con tal desesperación que, casi se asfixiaba.

¿Por qué, Inge, por qué? —De repente, una idea atroz le atenazó—: ¿Y Gunni? ¿Era Gunni a quien se refería el hombre al decir “el pequeño”? Gunni, que era suyo... ¡Gunni, su hijo!

Iría a la Gestapo, a las SS, al infierno... ¡Nada en el mundo le impediría recuperar a su pequeño! Sus camaradas renegarían de él si sabían que había ido a la Gestapo... Sus compañeros le volverían la espalda, tal vez el legionario le matase, pero todo le era igual... Antes el desprecio de sus camaradas que la pérdida de su hijo. Lentamente, bajó los escalones. Se detuvo ante la puerta, y llamó.

Tras la hoja cerrada, una voz grave de mujer preguntó:

—¿Quién es?

Él no contestó en seguida. Esperar... Esperar un instante para calmar su cerebro febril. Cuando, por fin, habló no reconoció su voz.

—Inge, soy Bernt.

La mujer debió de cerrar los ojos durante unos segundos y morderse los labios; después, apareció, alta y delgada, morena; sus ojos negros reían, su boca sonreía, mostrando una hilera deslumbradora de dientes.

—¡Bernt! —murmuró—. ¡Tú! —Y se lanzó a sus brazos.

Él la abrazó. Por unos momentos pensó que había soñado... Sí, todo había ocurrido en sueños. Se besaron apasionadamente.

Los dos entraron en el salón. Era un gran salón, lleno de hermosas alfombras orientales que en otro tiempo él temía pisar. ¡Cuánto se había reído Inge! Ella hablaba, hablaba... Las palabras penetraban apenas en el cerebro del teniente... «Bombas, todo destruido.., salvados. Padre llamado... Intendente de Estado Mayor

de Leipzig... Mamá está tomando las aguas en Karlsbad. Annie está con tía Ingeborg.»

Ella hablaba incansablemente ante los vasos llenos. Sus ojos brillaban, un estrecho quimono verde y negro moldeaba su cuerpo; cuando cruzó las piernas, Ohlsen vio que, bajo la seda, iba desnuda.

«¡Ramera! —pensó el teniente—. Ramera asquerosa.» Balanceó con calma una pierna enfundada en una bota. Sus botas estaban polvorientas; con polvo ruso... Volvió a aparecérselo el rostro burlón del legionario.

De repente, Inge se dio cuenta de que él no había abierto la boca desde que había llegado. Llenó de nuevo los vasos y Ohlsen vació el suyo de un trago. La hermosa boca sonrió levemente.

—¿Quieres tomar un baño?

Él movió la cabeza.

—¿Tienes hambre? Tengo pavo frío que ha enviado papá.

¿Hambre? Sí, tenía hambre, pero volvió a mover la cabeza.

—¿Estás cansado? ¿Quieres acostarte?

Estaba muerto de cansancio, pero no contestó.

Ella le miró y preguntó secamente —¿Qué ocurre, pues?

Él sonrió forzosamente: —Ocurre que estamos en guerra, querida, que ya no tenemos techo, que lo hemos perdido todo. Recalcó la palabra «todo» y la repitió. Inge sonrió con alivio

—¿Sólo es eso? ¡No te preocupes! Papá nos dará lo necesario e incluso más. Está estupendamente con el Partido.

—¿Y Gunni?

Ella miró la lámpara y encendió un cigarrillo antes de contestar.

—En la casa de educación del Partido, en Bergen, cerca de Luneburgo.

Ohlsen dejó su vaso con un brusco ademán, entornó los ojos y dijo con voz amenazadora: — ¿Puedo saber por qué?

Ella exhaló el humo de su cigarrillo.

—Porque he pensado que era lo mejor, y mis padres han opinado lo mismo.

—¿De veras? ¿Es que tú y tu elegante familia no sabéis que soy el padre de Gunni y que mi opinión también cuenta? ¿Sabes lo que quiere decir «casa de educación del Partido»? ¡Has vendido fríamente tu hijo a los nazis!

Ella inclinó la cabeza

—Lo sabía...

—¿Qué sabías? —dijo él con desprecio.

La rabia se le subía a la cabeza, le latían las sienes. Abría y cerraba los puños y se decía con los dientes apretados: «Calma, por amor de Dios, calma...»

—¡Sabía que no lo entenderías! —dijo ella, casi agresiva. Sus ojos

relampaguearon—. ¡Siempre tan obstinado y seguro de ti mismo! ¡Es fácil ver de donde sales!

El teniente sonrió con cansancio.

—Sí, se ve de donde salgo, Inge. Soy un individuo insignificante a quien se ha permitido lamer los pies de los Lander... ¡de los Von Lander!

Pronunció esta última palabra con un gruñido. Después, empezó a andar agitadamente de un lado para otro y pegó una patada al sofá.

—¡Sigo sin saber por qué te has separado de Gunni!

—¡Porque ese chiquillo es imposible! —exclamó Inge, fuera de sí—. Se te parece, es atroz, sombrío, obstinado. Cuando se le ordenaba algo, amenazaba con contártelo todo. Es mentiroso...

—¿Contármelo todo? No lo entiendo. ¿Qué diablo puede contar que yo no deba saber? ¡Me consta que tu familia habla mal de mí! Que tu encantadora hermana adora meterse en todo lo que no le concierne. Esa bruja...

—Ten la amabilidad de ahorrarme tus opiniones —exclamó ella, irguiéndose.

Ohlsen se echó hacia atrás y empezó a reír. A reír como un loco. Ella abrió la boca.

—¿Has perdido el juicio?

Su risa de demente cesó de súbito. La miró con ojos ardientes.

—Si la palabra bruja te molesta, ¿qué pensarás de zorra, prostituta, mujerzuela?

Ella se levantó. Su voz era muy tranquila.

—Ya basta, Bernt. ¡Vete!

Y señaló la puerta con un dedo en el que brillaba un diamante

—Ésta es la casa de mi padre, no la tuya. Y aquí nada tienes que hacer. Me ha acogido a mí, no a ti.

El teniente estrelló su vaso contra el suelo. —¿Por qué no has abierto cuando he llamado esta noche?

En su furor, acercaba al rostro de su mujer, el suyo contraído. Ella le miraba tranquilamente y, de repente, Ohlsen se dio cuenta de que le despreciaba, a él, que estaba allí, ante ella, con su uniforme deslucido.

—Porque no me venía bien abrirte. Debes de haberlo notado desde hace mucho tiempo.

Ohlsen sintió que se asfixiaba... Su vientre se contrajo; los papeles se invertían. Ya no era Inge la que había caído en la trampa. Su rostro mostró un sufrimiento indecible. ¡Inge! Su Inge a la que tanto amaba le decía con toda tranquilidad que no había querido abrirle... No se reconocía culpable, no explicaba nada. Todo puede perdonarse, incluso la infidelidad,

pero ella no pedía perdón. ¿Era el fin? ¡Oh, Dios mío, no lo permitas! Ohlsen podía soportarlo todo, incluso el infierno ruso, si es que debía durar, podía soportarlo

todo, pero no la vida sin Inge. No, aquello no... Y su hijo... Jadeaba al clavar la mirada en lo más hondo de aquellos ojos aterciopelados. Ella le devolvió la mirada sin retroceder y se pasó una mano cuidada por la brillante cabellera.

—¿Por qué no querías abrirme, Inge?

Toda su rabia había desaparecido y sólo quedaba el pesar, un pesar atroz.

—Tengo tres semanas de permiso.

Ella enarcó una ceja, hizo una mueca y acercándose a la gramola puso un disco.

—Porque tenía visita, mi querido amigo.

—¿Visita?

—Sin duda lo sabes muy bien. Supongo que te habrás escondido y habrás visto salir a Willi. —Y al decir esto, sonrió.

El asintió:

—Sí.

Agotado, se dejó caer en una silla y volvió la cabeza.

—¿Quieres que nos separemos?

Seguía el ritmo de la música

«...La gente no muere por tan poca cosa...»

—¿Separarnos? —dijo ella mientras se servía una copa de coñac—. No lo había pensado. Tal vez sea una buena idea. —Bebió el licor a sorbitos y colocó un cigarrillo en una larga boquilla adornada con cinco pequeños diamantes—. En todo caso, estoy harta de esperar. Por el momento, estoy enamorada de Willi, pero es posible que con tu mentalidad no puedas comprender que las mujeres no pueden vivir siempre solas. En el fondo, nuestro matrimonio fue un error.

—Decías que me amabas. Y tenemos a Gunni.

Ella fumaba febrilmente y volvió a beber. Una vena se hinchó en su frente.

—¿Se dicen tantas cosas! ¿Cuánta gente casada hay que se ame? El matrimonio se convierte en una costumbre. Si fueses de espíritu abierto y no hicieses una montaña de un grano de arena, habrías evitado esa escena estúpida y hubiésemos podido vivir agradablemente. —Los ojos de ella se habían vuelto malévolos, su boca, burlona—. Yo hubiese podido acostarme

con los que me gustasen y tú, lo mismo. Habríamos seguido siendo amigos, amigos con relaciones...

—¡Pero Inge! ¡Esto es monstruoso! ¡No es posible!

—¿No es posible? —El tono se hizo ronco—. No tienes ni idea de lo que es posible.

Ohlsen sintió un nudo en la garganta. ¿Qué había pasado? No era su Inge la que hablaba así. Enderezó su correa, tropezó con la funda del revólver y apoyó la mano en él reflexivamente. Ella vio el ademán y sonrió, crispada.

—¡Nada de drama clásico, por el amor de Dios! ¡Resultaría tan ridículo!

Ohlsen dejó caer la mano y se encogió de hombros.

—¿He de marcharme, Inge?

Ella asintió.

—Sería lo mejor. De todos modos, eres demasiado anticuado para comprender mi punto de vista. Si quieres divorciarte, Bernt, puedes escribírmelo.

Su quimono se había abierto. Ohlsen vio las largas y esbeltas piernas, que tan a menudo había acariciado. ¿Era real aquella escena? Todo parecía demasiado estúpido, demasiado fantástico, risible. Ella estaba allí, sonriente y hermosa, viva. Y sin embargo, estaba muerta, por lo menos para él. Volvió a tocar el revólver. A través del estuche entreabierto, sus dedos rozaron el frío acero. Después, pensó en el chiquillo... Y volvió a ver los ojos burlones del legionario. Su mano cayó de nuevo.

—¿No quieres beber un trago antes de marcharte?

Él dijo que sí... «A mí, su marido... Un trago antes de marcharme...» Bebieron juntos y ella hizo un comentario sobre sus botas polvorientas y el uniforme manchado. Y después, dijo algo respecto a un hotel donde podría ir a dormir. De repente, unas palabras surgieron de los labios de Ohlsen.

—¿Estás enamorada de Willi?

Ella bebía su coñac y sonrió; sus ojos se nublaron.

—Ya te lo he dicho: le amo.

—¿Habéis dormido juntos?

Ella echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Fue una risa provocativa. Ohlsen sintió deseos de pegarle y su mano volvió a dirigirse hacia el revólver; pero el rostro de su hijo le frenó por última vez. Mañana iría al campo donde estaba Gunni.

Al marcharse, Ohlsen le hizo un ademán de despedida, y vio en la muñeca de Inge un brazalete que él le regalara antaño, una joya con piedras azules, comprada en Rumania. En su alegría, Inge se le había lanzado al cuello y le había besado apasionadamente; después, se le entregó como nunca lo había hecho hasta entonces... De eso hacía cinco años.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el teniente pudo por fin llorar. Después; se dirigió a un cuartel de la guardia, en Potsdam.

Al día siguiente, salía en dirección a Bergen, para ver a su hijo. El campo, unos sencillos barracones de madera, estaba muy metido en la llanura, lejos de miradas indiscretas. Parecía como si se experimentara cierta sensación de vergüenza, como si no se quisiera que el mundo viese cómo, a sangre fría, metódicamente, se mataba el alma de los niños.

Un SS Obersturmführer que había perdido un brazo en 1941, le condujo al campo en su automóvil, llamándole “querido colega”, lo que exasperó indeciblemente a Ohlsen. El SS explicó que era responsable de la educación militar de los muchachos.

—Cuando llegan no son más que números —dijo el SS, levantando la voz para

dominar el ruido del motor del automóvil—, pero no hace falta mucho tiempo para convertirles en diablos. — Agitó, encantado, su manga medio vacía—. ¡Capaces de degollar a padre y madre!

El vehículo se detuvo en una colina, a algunos kilómetros del campo, y el SS señaló a un grupo de jóvenes, que se arrastraban por el terreno.

—He ahí a nuestro comando de sabotaje; es el final de nuestra educación. — Lanzó una risotada al decir «educación»—. También les damos, de vez en cuando, a un judío para que se ejerciten. Para ellos es más divertido matar a un judío que ver una pelea de gallos. Un día u otro tienen que empezar a matar hombres.

El teniente Ohlsen dio media vuelta y miró con horror a su interlocutor. Era un SS de aspecto atrayente y vestido con elegancia.

Llegaron al despacho del comandante del campo, el SS Bann führer Grau. Sonriendo, informaron a Ohlsen que ya no tenía hijo, pues éste pertenecía al Führer. Ni pensar en ver a Gunni o en hablarle, pero se le podían enviar paquetes, que le serían entregados de parte del Partido.

—Todos nosotros somos el Partido —añadió Grau, sin dejar de sonreír.

El teniente protestó con violencia contra la adopción de su hijo por el Estado; él no había firmado ningún documento.

—No tiene importancia —contestó el Bann führer, risueño—. Su esposa y su suegro son garantía suficiente, y usted no puede objetar nada al hecho de que su hijo sea educado como verdadero discípulo del Movimiento. La vida familiar no es indicada para nuestra juventud; aquí se la temple como el acero de Krupp.

Extremaron la amabilidad hasta acompañar al teniente Ohlsen a Betgen, no para hacérsele agradables, sino para impedir que, a pesar de todo, intentara ver a su hijo.

*Ante la villa, había un hombre con las piernas y los brazos amputados, colocado en el chasis de un cochecito infantil. Iba de paisano, pero en su chaqueta brillaba la Cruz de Hierro de primera clase.*

*El SS Obersgruppenführer Berger bajó de su «Mercedes», frunció el ceño y miró malévolamente al hombre-tronco.*

*—Quitadme eso de ahí —susurró a su ayudante.*

*Se apoderaron del inválido, que gritaba, y le metieron en el horno, junto con varios judíos y algunos gitanos. El chasis del cochecito infantil rodó a lo largo de la calle y sirvió de juguete a un chiquillo.*

*Ningún objeto desagradable ofendía ya la vista de los invitados.*

## FIESTA EN LAS SS

Una noche Heinrich condujo al teniente Ohlsen a una gran villa situada cerca del Wannsee. La flor y nata del Partido debía reunirse allí.

A ambos lados de la puerta, en la que estaba esculpida el águila de las SS había dos centinelas en uniforme de gala. La muchedumbre se apretujaba en el vestíbulo, donde otros SS en chaqueta blanca se hacían cargo de los abrigos de los invitados. Inmediatamente después venía una gran sala brillantemente iluminada por numerosas arañas de cristal, cuyas luces se reflejaban en espejos inmensos que cubrían la pared en toda su altura. En el centro de la pieza, había una mesa en forma de herradura, cubierta por una tela adamascada, con porcelana de Sévres, con candelabros de doce brazos de oro macizos, con cristalería tallada, con cubiertos de plata antiguos y pesados.

En uno de los extremos del salón, una veintena de oficiales superiores observaban con interés los enormes escotes de las damas. Heinrich condujo a Ohlsen hacia ese grupo y le presentó a un hombre bastante corpulento, que vestía un uniforme pardo, cuya, mirada heló al teniente. Ese hombre era uno de los engranajes más insensibles de la administración SS.

Alargó al teniente una mano flácida y pegajosa, y murmuró unas palabras alusivas al honor que representaba estrechar la mano de un oficial del frente; después,

invitó al teniente a que se sirviese y, sin más ceremonias, se precipitó hacia una dama con vestido color malva.

Todo el mundo se sentó a la mesa. Una larga hilera de SS en chaqueta blanca, maniobrando como en un desfile militar, entró llevando manjares cuya abundancia no se resentía en absoluto a causa del racionamiento. Allí había todo lo que podía desearse y de lo más succulento.

—¡Esto, por lo menos, es un menú! —dijo riendo el SS Untersturmführer Rudolph Busch, quien, bastante borracho, estaba sentado frente al teniente—. ¡Enhorabuena! —tartamudeó mientras mordía un muslo de faisán que sostenía con ambas manos, tratando de imitar así a los viejos héroes germánicos.

Busch, según palabras de Heinrich, había ahorcado a su propia hermana en Gross-Rosen dos años antes. Y efectivamente, tenía pinta de ser capaz de hacerlo.

—¡Menú internacional! —gruñó con un amplio ademán, tirando después por encima del hombro el hueso roído, que un SS se apresuró a recoger.

Nadie pareció sorprenderse. Los germanos se divertían como debían de hacerlo los huéspedes de Wotan.

—He aquí alcachofas de Yugoslavia —prosiguió con el orgullo del vencedor—, trufas belgas, champiñones de Francia, caviar ruso, mantequilla y jamón daneses, salmón noruego, perdices de Finlandia, faisanes búlgaros, carneros húngaros y patatas procedentes de las tierras arenosas de Polonia. En fin, sólo nos falta un delicioso rump-steak inglés. —Lanzó un segundo hueso por encima del hombro—. Pero lo que no figura aún en el menú puede llegar.

—Se lamió los relucientes labios—. ¡Espere un poco, teniente, a que atravesemos el Canal de la Mancha! Me regocijo ante la idea de establecer campos de concentración en Escocia y de ver ahorcar a los lores.

¡Bendito sea Dios! —pensó el teniente—. ¡Aún no se ha enterado de que la guerra se ha perdido!»

¿Qué piensa usted, querido colega, del porvenir de Alemania? —gruñó Busch, mientras clavaba los dientes en un pedazo de cabrito.

Tenía aspecto de caníbal en uniforme de gala.

El teniente se encogió de hombros y se disculpó por no saberlo. ¡Cualquiera hablaba claro con aquella compañía! Evocó el rostro burlón del legionario y se estremeció.

—¡Alemania será la nación —más grande del mundo y de la Historia! —aseguró algo más tarde el oficial SS, cada vez más borracho—. Pero hemos de prepararnos para sufrir y para pasar hambre —añadió después de un momento de reflexión—. ¡Un hambre de lobo! Fíjese en nuestros invitados. —Soltó una risotada—. Comer es hoy más importante para estos caballeros que la cultura o el combate. ¡Fíjese cómo tragan! Me refiero a los hombres.

—En efecto —dijo el teniente, que no pudo contenerse y añadió—: ¿Y las damas?

Rudolph Busch enarcó las cejas. Otro hueso, lanzado con indiferencia, aterrizó en un cubo de hielo para champaña.

—Espere un poco y ya lo verá. —Rió con aire de suficiencia y empezó a beber ruidosamente—. Aquí todo ocurre según las normas de las SS. No resulta tan artificial como sus reuniones, teniente. Una vez en el estómago, se pasa al segundo acto. —Mordió un melocotón y el zumo resbaló sobre su uniforme gris perla—. Así pues, segundo acto ante todo, la manduca. —Eruptó e hizo una ademán de excusa a su vecino—. Después, furioso, grandioso. —Mueca y chasquido de la lengua—. Y por fin, teniente, pastoral amorosa. Todo en su debida forma. Debo decirle, teniente, que los SS son, como dicen los ingleses, unos gentlemen. —Calló y se lamió un dedo manchado de salsa. Mirando de reojo al teniente, prosiguió, sin dejar de chuparse el dedo—: La salsa de rábanos silvestres me hace pensar siempre en las mujeres, pero en las rameras de primera clase.

Busch miraba al teniente con curiosidad y por fin se decidió a exponer lo que desde hacía tiempo tenía ganas de decir a un individuo del Ejército.

—Ustedes, oficiales del frente, no tienen ninguna noción de la educación. Son verdaderamente primitivos.

Se echó a reír, esperando la protesta del teniente.

Pero Ohlsen no le escuchaba, pensaba en lo que podía hacer contra Inge y su suegro.

—¡Mi suegro es el último de los cerdos! —exclamó en voz alta el teniente.

—Déme su nombre y se lo pasaré a un amigo de la Prinz Albrechtstrasse —tartamudeó Busch—. Todos los cerdos deben ser liquidados. Hay que dejar sitio —añadió en tono más bajo.

Desde algo más lejos, un SS Obersturmbaannführer gritó

—¡Cállate, Busch, borrachín, si no quieres saber lo que es bueno!

—Sí, Obersturm —tartamudeó Busch, bebiéndose su coñac; su mirada se volvió torva—; hay que liquidarles, echarlos a las bestias. ¡Sólo son buenos para las bestias!

El teniente le miró sin verle. Quien se le aparecía era Inge, en su kimono japonés abierto para descubrir sus hermosas piernas. Ohlsen volvió la cabeza, bebió un trago y sólo escuchó a medias lo que Busch seguía diciendo.

—Estas damas son distinguidas y ricas. ¡A todas les pica donde yo me figuro! —Rió muy satisfecho y empezó a filosofar—: Colega, la vida es curiosa. Usted es oficial de húsares, teniente en un regimiento del frente, ¿qué soy yo? Un miserable guardaestandarte en un campo. —Frunció tristemente las cejas, barrió de su plato un montón de huesos mondos y lirondos y tiró el plato vacío hacia atrás—. Soy muy desdichado, sinceramente desdichado. —

Sus ojos se abrieron, desesperados, como si se ahogara y se inclinó hacia Ohlsen

para murmurarle un secreto—. Mi vida es una decepción, colega. ¿Creería alguien que mi mayor deseo es profesar en religión?

—Seguro que no —dijo el teniente con convicción.

—¡Y, sin embargo, es la pura verdad! Y en cambio, ¿en qué me he convertido? —Escupió en el suelo, con asco, no alcanzando a su vecino por muy poco—. Heme aquí oficial de la Guardia. ¡Qué horror! Pero tengo una idea. Cuando la guerra haya terminado, obtendré un diploma de Teología y espero terminar como arzobispo de Colonia. ¡Sería sensacional!

—Cuando estas bellas damas hayan bebido bastante champaña, pasaremos arriba, a primera línea. —Rió al tiempo que guiñaba un ojo—. ¡Jugamos a prendas!

Calló y reflexionó con dificultad. Buscaba a alguien con la mirada. Por fin, señaló a una esbelta morena en traje de lamé de plata con un provocativo escote.

—Ésa, se lo advierto, es de lo más tórrido que existe.

El teniente siguió la mirada del otro y reconoció a una actriz cinematográfica muy de moda.

—¿Es que todas estas mujeres, son verdaderamente tan ramera? —dijo con expresión de duda, mientras observaba a la actriz, que coqueteaba familiarmente con un general de la policía.

—No todas —confesó Busch—. Pero a las que se las dan de melindrosas, las echamos. Aquélla de allí abajo, tan resplandeciente, lo es de veras. En sus películas se las da de Gretchen, pero aquí, ¡válgame Dios! Le doy mi palabra de que se convierte en una bac... una bac... Bueno, algo así.

—¿Quiere decir una bacante?

—¡No se las dé de listo, emboscado del frente! —estalló coléricamente el borracho.

El teniente se echó a reír y se encogió de hombros. Busch rezongó unas frases confusas...

«Liquidar a todo el Ejército, pandilla de traidores...»

De repente, su rostro reluciente se iluminó. —¿Sabe qué significan las iniciales de su placa?

—Wehrmacht Heer —contestó el teniente. —¡Falló! —gritó el hombrón, encantado—. ¡Quieren decir Wegmacht pinten! <sup>[14]</sup>. Regocijado, se pegó unas palmadas en los muslos y dio unos codazos a su vecina.

El teniente se echó hacia atrás.

—¿Y sabe usted cómo se llama a los SS en el Ejército?

—No —dijo Busch con curiosidad.

—Arsch <sup>[15]</sup>, Arsch! —cloqueó el teniente.

Hubo un silencio opresivo. Ohlsen se echó a reír, levantó su copa, y dijo:

—¡A la salud del Ejército!

Pero como las copas se levantaron sin entusiasmo, añadió con malicia

—¡A la salud del Ejército del Führer!

Era obligatorio brindar y romper después las copas, ya que éstas no debían volver a servir.

El teniente contempló satisfecho el montón de cristal destrozado y se prometió volver a las andadas antes de irse.

Al terminar la cena, los invitados se esparcieron por la enorme mansión.

—¿Qué estado de espíritu reina en el frente en este momento? —cuchicheó un oficial de Policía al oído de Ohlsen.

Éste hizo un vago ademán.

—Estoy de permiso y no tengo noticias recientes.

—¿Permiso? —gritó Busch—. ¿Y eso qué es? Los SS no tienen permisos. A lo sumo misiones para detener a traidores y a cerdos semejantes. ¡Para que luego vengan hablando del frente! ¡Unos traidores! Se me revuelven las tripas cuando me hablan del Ejército. —Sus ojos pálidos empezaron a llenarse de lágrimas—. ¡Fíjese en esos cochinos generales contoneándose en sus botas! Yo les llamo piojosos. —Se iba acalorando—. Si yo fuese el Führer, el hacha y a toda velocidad. —Se volvió hacia los oficiales de las SS que formaban círculo—. ¿No tengo razón, muchachos? El Ejército es un rebaño de carneros, una pandilla de cobardes.

Los interpelados, asintieron. Uno de ellos murmuró

—Sí, una pandilla de cobardes.

—¡Estos individuos de galones rojos se pavonean ante nosotros, la Guardia del Führer! Nos desprecian como si fuésemos basura. —Busch escupió en la alfombra persa—. Esos mierdosos olvidan por completó que gracias a nosotros son lo que son, porque, ¿me quieren decir qué sería de ellos si no estuvieran con nosotros?

El teniente se encogió de hombros. Observaba a una dama con la falda subida bastante por encima de las rodillas. Un SS le medía un muslo con un cordel.

—¿Qué eran esos perros? —prosiguió Busch, obstinado; y empujó al teniente con un codo—. ¡Unas nulidades! —Escupió de nuevo en la alfombra y aplastó con el pie la mancha pegajosa—. Vosotros, miembros de la Wehrmacht, obtenéis condecoraciones a paladas gracias a esta guerra insignificante.

Intentaron calmarle, pero inútilmente.

—¿Y nosotros? Veo que no me contesta, teniente con ínfulas de héroe. ¿Y nosotros?

—¡Basta, Rudy! —intervino una voz—. Éste oficial de blindados no tiene la culpa de que aún no hayas obtenido una condecoración.

—Déjame terminar, cretino —protestó Busch, aferrándose a la guerrera del teniente—. Nuestra guerra es mucho peor que la vuestra. Fíjese cómo me tiemblan las manos. —Las sacudió violentamente ante el rostro de Ohlsen—. Ejecuciones a

centenares, colega. Ejecuciones en masa. Debería intentar usted, hora tras hora, día tras día, mandar pelotones de ejecución, incluso aunque sólo matemos infrahombres. De todos modos, gritan, porque tienen miedo a la muerte. —Se lamió los labios—. A veces, les enterramos antes de que estén muertos del todo, pero no es porque seamos monstruos. ¡Acuérdate de que yo quería profesar! —Lanzó un resoplido, vació su copa, que en seguida fue llenada de nuevo, y la vació otra vez—. Pero tenemos trabajo, colega, tenemos una prisa atroz. Todos los judíos deben ser liquidados antes de que termine la guerra, y también la intelligentzie polaca, y la rusa. Así pues, teniente, ya lo comprenderá, hay que apresurarse para matar a tanta gente.

El teniente, que sentía náuseas, se apartó de Busch. El ambiente aún no había alcanzado su apogeo. En la escalinata, apenas si se empezaba a beber coñac en los zapatos de las damas. En otras partes, se jugaba con la botella y se retiraban las guerreras; en un rincón, dos oficiales superiores se esforzaban en quitarle las bragas a una dama que chillaba. Una muchacha vestida de azul bailaba encima de una mesa; lanzó sus zapatos hacia el techo, y alcanzaron una lámpara de cristal que cayó con estrépito. Inmediatamente, un Hauptsturmführer sacó un revólver e hizo caer otras dos.

—La bombilla me había caído encima —explicó—. Sigo las órdenes del Führer: dos por uno.

Volvió a cargar el arma y la enfundó, observando, muy satisfecho, que las damas presentes se habían fijado en, él. Disparar tan bien era signo de virilidad.

El teniente Ohlsen quedó absorto en la contemplación de un magnífico cuadro. Un SS Standartenführer se le acercó.

—Hermoso, ¿verdad?

El teniente asintió.

—Extraña casa —prosiguió el SS—. Pertenecía a unos judíos. Aquí celebraban sus orgías aquellos puercos. —Hizo un ademán de asco—. ¡Ya era hora de que limpiásemos estas cuerdas de Augias! —Pegó una palmada en el hombro de Ohlsen con unas manos recubiertas por guantes blancos. Yo la frecuentaba. ¡Era magnífico, suntuoso!

—¿Qué ha sido del propietario?

El SS se quedó sin aliento ante la candidez de la pregunta.

—¡Está en un campo, naturalmente! ¿Qué debíamos de hacer con él? Pero ante todo, bautizamos a ese adepto del Talmut.

El teniente le miró, sin comprender.

—¿Bautizar?

—Sí, desde luego, bautizar. Es lo que hacen ustedes con los partisanos, según creo.

Se acercó riendo a una dama, le desgarró el vestido e hizo un nudo con ambas

mitades de la falda, lo que dejó al descubierto el trasero de la dama... Era cómico; tenía las rodillas abultadas.

—Bueno, ¿nos vamos a acostar? —gritó un SS Stumbannführer de la División T «Vigilancia de los campos».

Es el segundo comandante de Oraniemburgo —le explicó un policía al teniente, mientras le ofrecía una copa de champaña—. Auténtico «Viuda Clicquot», sólo nosotros tenemos. — Llevaba la botella en el bolsillo y llenó las copas por segunda vez—. ¿Se ha buscado usted una ternera, teniente?

—¿Una qué?

El policía rió.

—Una ternera es una de las nuevas; una vaca, una de las veteranas, —y una yegua, una acróbata que lo hace ante todo el mundo.

—¿Y qué nombres da a los hombres?

El oficial de Policía se echó a reír y fue a reunirse con dos damas. Ohlsen volvió al lugar donde estaba Busch, quien seguía explicando a dos individuos vestidos de paisano lo que hacían los valerosos SS mientras los demás se divertían en el frente.

Uno de los individuos encendió lentamente un largo cigarro negro. Se notaba que era un experto. Era uno de esos alemanes misteriosos de que estaba llena América del Sur entre las dos guerras. Durante un tiempo, había sido consejero de la Policía secreta de Bolivia; más tarde, se dedicó a vender armas de Krupp al Paraguay, adversario de Bolivia en la larga guerra que había opuesto a ambos Estados. Ahora, estaba en el candelero en Berlín, con un despacho en el último piso de la Prinz Albrechtstrasse.

—Liquidamos a todo el mundo. —balbuceaba Busch, balanceándose peligrosamente y derramando el coñac sobre su uniforme—. Primero matamos hasta el último judío. —El individuo asintió en silencio—. Después a los gitanos. —El individuo volvió a asentir. Busch se metió en la boca el gollete de la botella, sin sospechar que un amigo le había llenado la mitad de vodka y la otra mitad de aquavit. Titubeó—: Después, les llegará el turno a los polacos y finalmente sólo quedaremos nosotros, los alemanes. ¡Adelante, camaradas, viva las SS!

Hizo chocar los tacones, extendió el brazo, y vociferó

—Heil! ¡Victoria!

Todo el mundo gritó a coro. Después, se cantó:

*...Judenblut soll spritzen...*

La canción fue interrumpida por una muchacha semidesnuda que corría gritando a través de los salones, perseguida por un oficial en mangas de camisa, con unos anchos tirantes que volaban tras de él. Un oficial con las insignias de general SS ordenó con voz estentórea:

—¡Atención...! ¡Al catre!

Una tempestad de alegría hizo casi volar el techo de la villa. Era la señal de una carrera loca hacia las damas. Una de ellas, que protestaba, fue violada en el alféizar de una ventana. Otra se sostenía sobre las manos y exhibía unas bragas de encaje negro sumamente indiscretas; un oficial vertió en ellas vino de Borgoña, muy suavemente, con sentimiento.

El Obersturmführer Stenthal aprobó este uso del vino generoso; en otros tiempos, había sido bodeguero en Bonn, y ahora era director de interrogatorios en la sección de Policía de Buchenwald.

Quitó las bragas a la mujer y se entregó con ella a ciertos experimentos pornográficos. Cada uno se superaba en invenciones eróticas; todos bramaban como ciervos en celo.

El teniente Ohlsen, sentado a horcajadas en una silla, estaba ebrio. Ante él, tendida en el suelo, una mujer desnuda, que sólo había conservado las medias sujetas por unas ligas de rosas rojas, se estremecía en brazos de un SS con los calzoncillos largos burdamente remendados. El teniente se reía ante aquel torpe remiendo.

—Superhombre alemán en calzoncillos largos mal remendados. —Escupió y alcanzó al SS en el trasero, precisamente encima del remiendo—. Eres un culo —dijo con convicción—. Mañana iré a la Prinz Albrechtstrasse y explicaré a ese perro del cuarto piso, amigo de Heinrich, sí, le explicaré muchas cosas sobre esa otra ramera, mi mujer.

Volvió a reírse.

Una rubia platino fue a sentársele a las rodillas y le acarició el cabello.

—Puedes llamarme Ilse —dijo.

—Ilse —repitió el teniente.

Y escupió otra vez hacia el calzoncillo.

Permanecieron silenciosos un instante, contemplando las contorsiones de los dos cuerpos en el suelo.

—A ella le gusta —observó la rubia Ilse.

Otra dama se les reunió. Llevaba un vestido dorado con un escote hasta la cintura.

—Pareces muy triste —dijo al teniente—. ¿Por qué no te diviertes? ¿No te gustan las mujeres? —

¿Eres una puta? —preguntó el teniente.

—¡Granuja!

—Es lo que necesitas —dijo brutalmente Ohlsen.

Pegó una patada a la mujer, pero estuvo a punto de caer junto con su silla. Sin embargo, consiguió salvar su vaso, que había dejado en el suelo. Era un hanap de un litro y medio, lleno de vodka y de coñac. Un teniente de Policía había declarado que aquella mezcla disipaba las preocupaciones.

Un SS Hauptsturm führer compareció arrastrando una silla tras de sí. Sólo tenía un ojo; el otro quedaba oculto por un monóculo negro que perdía a cada momento, poniéndose en evidencia un agujero rojo y húmedo. Le encantaba exhibir su agujero; los que lo veían perdían el apetito.

El hombre se sentó pesadamente al lado del teniente y miró a su alrededor con un único ojo negro como el azabache.

—¿Quieres venir al campo a ejercitarte con el cuchillo con unos traidores a la patria? Lanzó un suspiro y señaló a la rubia platino—. Y tú, ¿quieres hacer el amor?

—No contigo —contestó Ilse—. Eres un verdadero cerdo.

El SS se echó a reír y perdió su monóculo, que rodó hacia los dos cuerpos enlazados en el suelo. El agujero rojo brillaba; las mujeres se estremecieron. El teniente fumaba su cigarrillo y miraba con indiferencia el orificio sanguinolento que no quería cicatrizar.

—Y tú, una pequeña tigresa —le dijo el SS a Ilse—. Una pantera a la que hay que dominar con el látigo.

Su risa se hizo malévola.

—¿Por qué exhibes tu ojo de esta manera? —dijo el teniente, mientras bebía unos sorbos de su hanap.

—Está loco —murmuró la rubia—. Completamente loco. Dicen que en su campo crucifica a la gente.

El teniente miró al SS, que se reía, y cuyo ojo rojo daba una sensación de locura.

El SS asintió.

—Es cierto. Cuatro clavos, una sotana o un cerdo talmúdico. —Pareció reflexionar—. Los tipos del Talmud son más coriáceos, pero las sotanas gritan más, resulta más divertido. ¿No quieres venir, teniente? Podrás verlo, acaba de llegarnos una remesa.

Miró los dos cuerpos tumbados en el suelo, se inclinó, recogió su monóculo y cogió uno de los senos de la muchacha desnuda, que oprimió con fuerza. La muchacha gritó.

El tuerto prosiguió, indiferente.

—En mi habitación tengo dos cabezas del tamaño de una naranja. Una de ellas es de una muchacha judía, la otra, de una polaca. En el campo hay una francesa, y también quiero su cabeza. Encuentro que quedan bien encima de la mesa, y cuando la guerra haya terminado, seguramente tendrán valor. Es más difícil buscarlas en Berlín que en el corazón de América del Sur. Y mucho menos peligroso.

El teniente siguió bebiendo.

—¿Qué has puesto ahí dentro? —preguntó el tuerto.

El teniente volvió la cabeza, pero no contestó; se sentía físicamente incapaz de dirigir la palabra al coleccionista de cabezas.

—Teniente, ¿has probado alguna vez la sangre de mujer junto con el coñac? Se necesita un dedal de sangre en un vaso coñac, pero es maravilloso...

Cogió la muñeca de Ilse, la mordió brutalmente y apretó el borde del vaso contra la herida.

Ilse gritó de terror, lo que hizo que el otro riera ferozmente. Acudió la gente. Un individuo alto, vestido de oscuro, se acercó, seguido por varios SS en chaqueta blanca. Sin decir palabra, escuchó el relato de lo que había ocurrido, y volvió la espalda mientras murmuraba

—¿Esto es todo? Una broma. —Cuchicheó a los criados—: Hagan detener a la chica por insultos a un SS. Pero no ahora, más tarde.

Encendió un nuevo cigarro negro, miró divertido a una pareja en posición erótica y se marchó de la sala canturreando.

El cazador de cabezas que bebía sangre de mujer se levantó y empujó con el pie a la muchacha desnuda del suelo.

—¡Tu compañero lo hace mal, a ver si encuentras otro mejor!

Y se alejó. Al cabo de un rato, se le volvió a ver con un abrigo gris sobre su uniforme de gala, lleno de manchas. El monóculo negro se le había vuelto a caer y la carne del ojo inflamado tenía un color rojo vivo. La saliva le resbalaba por la comisura de los labios entreabiertos.

Tocó al teniente Ohlsen con la empuñadura de oro de su fusta de montar.

—¿Vienes al campo, teniente del —Ejército? ¿A clavar en una tabla a algún circunciso?

El teniente levantó la mirada. Palabras de odio acudían a sus labios, pero el lugar estaba mal escogido. No contestó y se dedicó a beber grandes tragos de su hanap. Olvidar... ¿Cómo podría olvidar algún día?

El SS se encogió de hombros y se alejó, vacilante. Pareció que iba a caer, pero de repente se irguió y se secó con su guante blanco la carne roja que no quería cicatrizar.

—Me marchó —gritó—. Si cambia de idea, pregunte por el Oberschardführer Schenk; le conducirá a mi campo y nos divertiremos con los circuncisos y las sotanas, a ver quién grita más.

Salió; haciendo tintinear sus espuelas doradas. La muchacha morena pidió a Ohlsen que le abrochara el sostén.

—¿Estás de servicio? —preguntó Ilse.

—Sí.

—¿No tienes familia? —intervino la morena, con los ojos entrecerrados como los de un gato.

El teniente no contestó.

—Puedes venir a dormir a mi casa —propuso la rubia.

—Lo pensaré —dijo, sin dejar de beber. Estaba completamente borracho, pero

nadie lo notaba. Dejando el hanap, miró a la rubia—. Yo en tu lugar, me largaría.

—¿Por qué? —exclamó ella, sacudiendo su cabellera suelta, brillante como la seda.

Ohlsen sonrió.

—Es un consejo, créeme. Vete sin que te vean.

—¡Qué estupidez!

La mujer se acercó a un Unterscharführer en cuyo cuello había las letras S.D. [16]. Él le acarició las piernas y los dos se encaminaron hacia el piso superior.

El teniente no volvió a verla. Ilse fue detenida después de haberse acostado con el SS, y fue éste quien se la llevó. La hicieron salir por la puerta posterior, que daba a una calle adyacente, y al día siguiente hallaron su cuerpo en Grünewald. Una nota de servicio indicó que había sido aplastada por un auto desconocido y que por otra parte era una de las mujeres «asociales» de Berlín. La gente se encogió de hombros.

—¡Una ramera!

Alguien pegó una palmada en un hombro del teniente. Era un SS Sturmbannführer muy joven que llevaba colgando el cuello la Cruz de Hierro. En una de sus mangas estaba cosida la cinta negra, donde, en letras góticas se leía «Leibstandarte SS Adolph Hitler». Llevaba una impresionante cantidad de condecoraciones en el pecho.

—¿Una cerveza de Ingefar, camarada? —preguntó el joven comandante.

Era la primera vez, durante la fiesta, que alguien llamaba camarada al teniente.

Sorprendido, levantó la cabeza.

—¿Cerveza de Ingefar? —dijo—. Me da náuseas. Levantó su hanap y bebió lentamente, pero le dio un ataque de tos. El comandante SS se puso a reír y olisqueó el contenido del hanap. — ¡Válgame Dios, qué fuerte es!

—Sí, es fuerte. Hace falta para vivir —añadió el teniente.

El comandante SS de la guardia personal de Hitler asintió con la cabeza y lanzó una ojeada circular.

—¡Qué pocilga!

Ohlsen no contestó; su opinión aún era peor.

—Cuando la guerra haya terminado, habrá que rendir cuentas por todo lo que esos tipos hayan hecho —dijo el comandante.

—Crucifican a la gente.

—Sí —dijo el SS. Se inclinó hacia, el teniente y cuchicheó—: ¿Sabes lo que voy a hacer, camarada? Voy a matarme.

Miró de nuevo a su alrededor y su boca sonrió con ironía.

—Y voy a hacerlo aquí, en medio de esta pandilla.

—Es una estupidez —dijo el teniente.

—Quizá, camarada, pero les dará qué pensar.

—¿Estás bebido?

—En absoluto —afirmó el comandante SS, que tendría veinticinco años como máximo.

Era muy delgado y muy alto. Su cabello tenía el color del trigo maduro; sus ojos, el azul del cielo en un cálido día de agosto. Era muy guapo. Se irguió cuan alto era.

—Fíjate bien, camarada.

Se acercó a un general SS cubierto de condecoraciones de la Primera Guerra Mundial, que encuadraban el emblema de oro del Partido. Un distintivo adornaba su manga derecha. El joven oficial le cogió por las solapas, donde brillaban las hojas de roble. Sonrió y dijo en voz muy alta:

—SS Gruppenführer, va a ver usted algo muy gracioso, una broma fuera de serie.

El general, que había rebasado la sesentena, contempló irritado al alto y hermoso oficial. Estaba hablando con un caballero que vestía un traje oscuro y con tres damas: unas actrices de la U.F.A.

—¿Y qué broma es ésta?

El joven oficial rió encantadora, contagiosamente. Ohlsen bebió otro sorbo y se recostó en la silla. Se sentía especialmente invitado a lo que iba a ocurrir.

El comandante señaló al general con su índice.

—SS Gruppenführer, es usted un miserable, un infame y miserable nazi.

El general pegó un salto hacia atrás. De su rostro abotargado se había retirado la sangre; permaneció boquiabierto... El comandante sonrió.

—Todos vosotros, esbirros de los campos y de los servicios de Policía, sois una pandilla de monstruos y de asesinos, pero vengo a daros la agradable sorpresa de comunicaros que hemos perdido la guerra. Los colegas del otro lado se dirigen hacia Berlín. Y van aprisa.

Una mano se apoyó en su brazo, pero él la sacudió brutalmente.

—¡Baja las patas, cerdo!

El hombre que le había cogido el brazo le soltó y dio un paso hacia atrás. La cinta de la Guardia y la cruz de caballero causaban cierto respeto. El joven comandante cogió su revólver y lo armó.

Se produjo un silencio de muerte.

El general y el individuo de paisano contemplaban como hipnotizados el pesado revólver reglamentario que empuñaba el joven oficial.

—Me avergüenzo del uniforme que llevo —dijo el comandante con lentitud, recalcando cada palabra—. Me avergüenzo por mi madre alemana; me avergüenzo de este país, que dicen que es el mío; espero, en verdad que nuestros vencedores tengan la sensatez de fusilaron a todos como el rebaño de hienas que sois, y que os cuelguen de vuestros propios cinturones a las paredes de vuestros cuarteles y vuestras prisiones.

Se apoyó el revólver en el vientre, hizo chocar los tacones y disparó.

El revólver cayó. El comandante se balanceó un poco, pero permaneció en pie. Cogió su puñal de gala, un arma afilada que llevaba sujeta con una cadena y, sin cesar de sonreír, la hundió lentamente en sus entrañas, abriendo de izquierda a derecha una profunda herida. La sangre brotaba entre sus dedos. Volvió a balancearse, como un árbol en la tormenta, y después cayó de rodillas. «¡No os esperabais esto, asesinos!» parecía decir. Pero sus labios no se abrieron. Con un enorme esfuerzo se levantó, pero volvió a caer. Miró al teniente, que seguía sentado a horcajadas en su silla y levantó una mano a manera de saludo. Una mano llena de sangre.

—¿No ha sido hermoso, camarada? —cuchicheó.

Su mirada se veló, pero siguió sonriendo. La cruz de caballero tintineaba contra sus botones. Le tendieron sobre una mesa; alguien abrió su uniforme y la parte alta del pantalón. El moribundo se fijó en el rostro barbudo del oficial que se inclinaba sobre él.

—¡Atrás, todos! Ya no pertenezco a vuestra cofradía. ¡Lástima no poder veros ahorcados!

Cuánto dolía... Señor, cuánto dolía...

—Tal vez haya sido una estupidez, camarada.

«Ponte de rodillas y reza al Señor», decía su madre. El abuelo era pastor, lo recordaba... Con un cuello rígido y blanco. El abuelo predicaba siempre con un lloriqueo, pero hacía trampas cuando jugaba en el café... La luz de la lámpara de cristal tallado en Praga le hería los ojos. Podía oír que alguien paseaba detrás de él.

—Es preciso que no muera —dijo una voz.

El comandante sonrió. Es decir, sus labios se crisparon hasta descubrir los dientes.

—Fallasteis. Me escapó...

Ahora podía morir, pero era divertido hacerles esperar... De todos modos, cuánto dolía...

¿Por qué se había clavado el cuchillo? Ha sido una estupidez, camarada, culpa de los japoneses. Esos simios amarillos tienen valor al hacerse el «hara-kiri», pero nunca hubiese creído que doliera tanto... Y hasta en el cuello, en la espalda... Con tal de que hubiese un Dios... No podía contársele entre los buenos, lo sabía, pero tal vez le serían tenidos en cuenta los sufrimientos si Dios le esperaba... Quizás el abuelo, con su cuello rígido, intercedería por él...

El general, pálido, se inclinó sobre la mesa donde habían tendido al comandante, y su rostro, de repente, envejeció como el de un anciano.

Con un esfuerzo del que nadie le hubiera creído capaz, el moribundo se incorporó, furioso. La sangre le salía por la boca.

Tosió, se asfixió, balbuceó una injuria. El general quedó salpicado de sangre, lo

que le encolerizó. Se escuchó la palabra «porquería». Una mujer lloraba.

El comandante volvió a caer pesadamente en la mesa. Ahora ya no le dolía... Se sentía bien, completamente bien... Murió.

*De repente, sin darse cuenta se encontró ante un gran edificio gris, en el n.º 8 de la Prinz Albrechtstrasse. Dos águilas y la mención «Policía Secreta» aparecían grabadas en la placa ovalada de bronce.*

*Subió la escalera como un autómatas, abrió la pesada puerta cuya empuñadura estaba situada a tal altura que uno se sentía reducido a la estatura de un niño. Los ordenanzas SS no le concedieron ni una mirada, pese al uniforme de oficial.*

*En la cuarta planta, se detuvo ante una puerta gris en que podía leerse, escrito en una plaquita de cobre: S.T.A.P.O. B.2.*

*Se estremeció como si tuviera frío. Más lejos, otra puerta se abrió. Aparecieron unos cascos negros y brillantes; y una mujer a la que arrastraron hasta un ascensor, que se hundió bruscamente hacia los sótanos.*

*Un individuo alto y rubio, de nariz aguilina —la silueta ideal para Himmler— inquirió qué deseaba el teniente Ohlsen.*

*—Me he equivocado —murmuró éste, como en sueños.*

*Bajó corriendo la escalera, llegó a la calle y respiró, aliviado. Podría mirar a el Viejo y al legionario sin necesidad de ruborizarse.*

## AMOR DE PASO

Llovía cuando el teniente Ohlsen abandonó la villa. No llevaba abrigo y con el gorro en la mano dejaba que la lluvia resbalara por sus cabellos. Se detuvo, levantó el rostro hacia las nubes y saboreó la lluvia que refrescaba su piel ardiente...

¡Qué bien había obrado el joven comandante! ¡Señor! ¡Cuán bien había obrado! Toda la fiesta estupenda... El teniente experimentó una especie de alegría, y reanudó la marcha.

Hubiera querido saber si él hubiese tenido ese valor absurdo... Le rondaba una idea, una idea maravillosa... retroceder, llamar, llamar con verdadera fuerza, dirigirse tranquilamente a sus arrogantes suegros, mirar al suegro sentado, imponente y orondo en su sillón, decirle todo lo que pensaba de ellos... ¡Unos cerdos y nada más! Unos cerdos cubiertos de diamantes. Ver sus ojos de pescado hervido cuando se clavara su bayoneta en el vientre...

¡Qué divertido!

Un «Mercedes» negro con matrícula de Policía oficial, le esquivó. En su interior se distinguían unos oficiales y unas mujeres que reían. El teniente se dijo que se aburría. ¡Sus compañeros! Hacía años que les había dejado... Tal vez todos hubiesen muerto. Sintió miedo y le pareció ver al pequeño legionario, cuyo rostro brutal asomaba tras aquellos arbustos... Un rostro sin cuerpo. El teniente dijo en voz alta:

—¡Salud, Alfred!

El pequeño legionario sonrió con su sonrisa de calavera. Sólo la boca sonreía, los ojos nunca. Hacía mucho tiempo que sus ojos y su corazón habían dejado de sonreír.

—¡Tenías razón, Alfred! ¡Dios! ¡Cuánta razón tenías! Somos unas bestias y moriremos en el estercolero. ¡Viva la Legión Extranjera!

Gritó las últimas palabras, inconscientemente, volvió en sí y lanzó una mirada aprensiva a su alrededor.

Un schupo se acercaba con paso cansino. Receloso, observó al teniente, empapado de pies a cabeza. Sobre el casco de guardia, el águila relucía, y la lluvia goteaba desde la nuca al impermeable de brillantes reflejos. El teniente aceleró el paso, mientras el schupo se detenía para seguirle con la mirada, pensando que, aquella noche, de todos modos, estaba de suerte: no había alarma aérea. Prosiguió su camino.

El teniente se metió por una calle transversal. Los recuerdos se aglomeraban en su mente... Aquel día en que estaban atrincherados cerca del valle de Elbruz... Un calor asfixiante. No había árboles, ni sombra. ¡Cuán lejos quedaba! ¡Cuántos camaradas muertos de un balazo en la frente en aquellas posiciones! ¡Increíble! Ohlsen vio desfilar toda una serie de rostros, todos aquéllos que habían recibido una bala en la cabeza: el suboficial Schler, el gefreiter Busch, el panzerschütze Schultze, el Oberschütze Mall, el feldwebel Blom... él que quería ir a España a plantar naranjos cuando terminara la guerra. Hablaba siempre de ese naranjal, nunca había estado en España y aprendía el español en un viejo diccionario hecho trizas. El día, en que murió —el tirador siberiano no había apuntado bien y tuvo tres minutos de agonía, dijo a los que le rodeaban:

—Yo no me figuraba <sup>[17]</sup>.

El pequeño legionario, que sabía español, asintió con la cabeza y contestó en el mismo idioma. Blom se sintió contento y murió pensando en su plantación de naranjos. Le enterraron junto a un cacto retorcido, con un pedacito de naranja que el legionario le puso en la mano; después, se apretó bien la tierra para que los perros de la estepa no pudieran devorarlo. Nunca había tiempo para hacer eso; ¡morirían tantos! Pero para Blom era distinto, todo el mundo conocía su huerta de naranjas.

Al día siguiente, le tocó el turno al teniente coronel Von Herling, a quien el tirador siberiano alcanzó un poco por debajo del reborde del casco. Murió en el acto y

en su tumba no se apisonó la tierra, porque era un recién llegado, pero al día siguiente volvimos a encontrarle porque los perros de la estepa le habían desenterrado. Loco de rabia, el comandante hizo alusión al consejo de guerra, pero hacía tanto calor en el valle de Elbruz, que el incidente quedó olvidado antes de que anocheciera.

Ese comandante era el coronel Von Lindenau, que más tarde cayó en Kiev; se quemó vivo dentro de su tanque. Su cuerpo carbonizado asomaba por la torreta, y Porta dijo que se parecía a un asado olvidado por la cocinera. Nos reímos. Como Von Lindenau no se había ganado el afecto de nadie, se dejó a Iván la tarea de limpiarlo todo, y así se hizo. El comando ruso, con ayuda de dos horquillas, descolgó el cuerpo del coronel; lo metieron en un agujero, con un poco de tierra por encima, y nadie supo nunca dónde dormía el sueño eterno el conde Von Lindenau.

Ohlsen meneó la cabeza. ¡Qué guerra!

Había llegado a orillas del Havel, y se sentó en un banco, bajo la lluvia,, pero no le importaba; y de repente, descubrió que estaba junto a la Prinz Albrechtstrasse, donde un amigo de Heinrich tenía su oficina en el cuarto piso de la Gestapo. Una mujer llegó con paso lento, vestida de cuero rojo y tocada con un sombrero empapado.

Sonrió al teniente. Éste le devolvió la sonrisa y se secó el rostro.

La mujer se sentó junto a él en el banco empapado de agua, y le ofreció un cigarrillo.

Fumaron en silencio; los cigarrillos estaban húmedos.

—Estamos calados —dijo la mujer, que tenía bonitas piernas.

Ohlsen asintió.

—¿Le gusta pasear bajo la lluvia?

—No, lo detesto.

La mujer fumaba con esfuerzo

—También yo.

Se echaron a reír y permanecieron un rato absortos en sus pensamientos.

La mujer rompió el silencio.

—¿Viene del frente?

—Sí, del Este. Y pronto volveré a marcharme.

—¿Paseamos un rato juntos? —propuso ella, levantándose.

Siguieron el camino que bordeaba el Havel.

—Mi amigo tuvo también un permiso —explicó la mujer, frenando el paso—. Pero no quiso volver a marcharse.

El teniente la miró por el rabillo del ojo. Era bonita, con la nariz respingona como un gatito.

—¿Desertó?

La mujer asintió y se seco el rostro.

—No quería volver. Se lo habían cortado todo.

—¿Cortado todo? —interrogó el teniente.

La mujer pidió otro cigarrillo.

—Sí, una bala, una herida mal situada y fue necesario castrarlo; para orinar tenía un tubo. Hasta olía mal.

El teniente no contestó. También el comandante Fromm había sido castrado, pero por los rusos. Su compañía le había encontrado atado a una mesa de una cabaña campesina, con el miembro colocado en un plato a su lado. Estaba muerto. Tenía todo el vientre de color azul oscuro. Por esta causa, siete prisioneros fueron ejecutados de un balazo en la nuca, y no porque tuviesen algo que ver, pero bien había que hacer un escarmiento. Eran siete georgianos del regimiento 68, todos de Tiflis, y cayeron de bruces, como los mahometanos cuando rezan.

—¿Y qué le ocurrió después a tu novio?

Instintivamente, Ohlsen la tuteó; esa historia del soldado castrado les unía, convertía también a la mujer en un miembro del frente. Un novio castrado... Triste historia. ¿Qué hacía una mujer en tal caso? También el pequeño legionario había sido castrado, pero por un esbirro del campo de concentración.

—Le atraparon —dijo la mujer, quitándose el sombrero para sacudir el agua retenida.

—¡Mala suerte!

—Le fusilaron en la Morellenschluche, al mismo tiempo que un general del Ejército del Aire. Fui a buscar sus cenizas al consejo de guerra.

«¡Vaya lata! —pensó el teniente—. En el fondo, ¿a mí qué me importa esta historia?»

—Me las entregaron en una caja de zapatos, contra recibo, como si fuese un paquete postal.

—¿Qué hiciste con las cenizas?

La mujer sonrió y contempló el río.

—Las esparcí en el Havel. —Señaló la corriente gris e impetuosa que fluía ante ellos, aún más brillante que de costumbre a causa de la lluvia—. Por eso vengo aquí todos los días, para decir: «¡Hola, Robert!» A veces le echo flores y al marcharme digo, «Hasta la vista, Robert, la guerra aún no ha terminado.»

—Te comprendo —dijo el teniente.

Y se sorprendió de comprenderla efectivamente.

Entraron en el domicilio de la mujer. Ella echó su impermeable rojo en una silla y propuso preparar un café, pero entonces se dio cuenta de que no le quedaba; sólo tenía varias botellas de cerveza y dos litros de vodka traídos por Robert del frente del Este. Bebieron el vodka en una jarra de cerveza y después la mujer se tendió en el sofá; el teniente la besó y le contó la historia de Inge, de Gunni, y también le dijo que

había querido vengarse.

—No sirve de nada —cuchicheó la mujer, apretándose contra él.

Él apoyó una mano en las rodillas firmes y redondas, mientras ella le acariciaba el cabello.

—Tienes un pelo hermoso; el de Robert era como el tuyo, así de negro.

La mano del teniente se deslizó hacia arriba, pero la falda era tan estrecha que no pudo avanzar, la mujer relajó las piernas casi inconscientemente, suspiró, se abrazó a su cuerpo.

Los dedos del teniente seguían deslizándose; sintió el delgado borde de la media y un poco por encima una profunda cicatriz.

—¿Qué es esto?

—Una esquirla de bomba, hace dos años.

La herida había sangrado mucho aquella noche. Un marinero del comando de minas se había apresurado a hacerle un torniquete con la cinta de su boina, cuya mención «marina de guerra» quedó precisamente hacia arriba. Si la herida hubiese sido menos grave, ella se habría reído, pero le dolía mucho; la esquirla había alcanzado el hueso. «Un milímetro más y adiós pierna», había dicho el cirujano. La mujer levantó la pierna para mirarse la cicatriz.

—Tengo bonitas piernas, ¿verdad?

—Sí —dijo el teniente.

La abrazó, la besó; ella entreabrió los labios y un prolongado beso les unió. Unos dedos aún inseguros le subieron la falda, mientras ella se incorporaba levemente.

—No es posible —murmuró ella con los ojos cerrados—. ¡Apenas nos conocemos!

Pero se lanzó contra él, apretó sus labios sobre los del teniente en un beso ávido, cuchicheó palabras de afecto. Él le mordisqueó la garganta, besó sus senos ofrecidos y dejó que sus dedos jugaran a lo largo de su espalda.

Lo olvidaron todo al sumergirse en el amor. Por un instante, todo el olvido y la vida posibles, puesto que mañana iba a morir. Ella lloraba. ¿Por qué? Sin duda, no hubiese sabido explicarlo. ¿Por las cenizas de Robert en el fondo del río? ¿Por ella misma? Una sirena empezó a ulular.

Se incorporaron a medias y escucharon ávidamente el concierto infernal que se desencadenaba sobre la población. Después, volvieron a caer el uno en brazos del otro.

—Son los ingleses —dijo ella—. Siempre vienen de día. —Podía escucharse, muy alto, el zumbido de los aviones—. ¿Cómo lo hacen para encontrar Berlín con este tiempo?

Empezaron a sonar explosiones, que hacían temblar los cristales.

—¿Bajamos al sótano? —preguntó el teniente.

—No, es horrible, húmedo y sucio. Quedémonos aquí.

Se amaron de nuevo y se durmieron abrazados, agotados. Por la noche, cuando despertaron, seguía lloviendo. Bebieron, comieron, volvieron a hacer el amor. De repente, se sentían muy jóvenes.

Y al día siguiente, llegó la hermana, que estaba empleada en las oficinas de la SD. Su expresión favorita era la palabra de Cambronne, que soltaba cada dos minutos. El teniente estaba exasperado; una muchacha tan atractiva no hubiera debido decir palabrotas.

—No os habéis aburrido en la oscuridad, mecachis la mierda —dijo riendo—. ¿Y si os encontráis con un bebé? ¡Oh, mierda! —Se dirigió a la cocina y empezó a remover la cazuela—. Estamos preparando una nueva organización —gritó asomando la cabeza por la puerta—. Es un secreto. ¡Mierda! ¡Qué historia! Quieren pescar a unos últimos circuncisos con todo un regimiento de SD que llega de Polonia y del territorio de los sudetes. Uno de ellos, un SS, me ha atrapado en los lavabos. Se cree que el servicio es un burdel, lo que, después de todo, no se aparta mucho de la realidad. —Se le cayó un huevo al suelo—. ¡Mierda! —gritó pegando una patada a la cáscara.

—Alice es un verdadero carretero —le dijo la mujer al teniente—, pero buena chica. Se le puede explicar todo sin miedo a que te denuncie. Ha escondido un judío aquí al lado, pero no quiso ayudar a Robert porque no le gustan los desertores; dice que son unos cobardes.

El teniente hizo un vago ademán. ¿Qué era cobardía y qué no lo era en aquella guerra? ¿Podrías desertar?

—¿Quién ha desertado? —gritó Alice desde la cocina. No esperó la respuesta—. ¿Tienes una bayeta? ¡Imposible encontrarla! ¡Mierda, aquí está!

—Creo que no me atrevería —contestó el teniente.

—El frente del Este debe de ser tan horrible... ¿Nunca sientes miedo? —preguntó ella, acariciándole una mejilla.

—Siempre lo tengo, pero estando allí hay una posibilidad de salir con vida. Por el contrario, si se deserta y te cogen, no tienes ninguna; es el pelotón de ejecución en Senne o en la Morellenschlucht.

—¿Fusilan a muchos?

—A un número increíble.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana.

Ella suspiró y volvió a besarle con sus labios hinchidos como un río en primavera.

Entró Alice con la cena.

—¿Quieres participar? Heinz viene esta noche. Estaremos los cuatro.

«¿Quién puede ser ese Heinz?», se dijo el teniente.

El coñac y la cerveza circularon; se bebía todo lo que caía a mano, y Alice obtenía muchas cosas, o bien las robaba, pero ella sabía lo que los otros robaban también, y éstos a su vez sabían que ella sabía. De modo que acabo por robar abiertamente.

—Alice, no tienes moralidad —decía su hermana—. No puedes sentarte ante el teniente sólo con la combinación.

—¡Al cuerno! —exclamó Alice—. ¡Que se vaya a la mierda la moralidad!

El llamado Heinz, a quien se escuchó subir los peldaños de cuatro en cuatro, entró como alguien que tiene derecho a armar ruido. Era un Unterschardführer de las SS.

—¡Hola, chicas! Aquí tenéis agua picante y café. —Lanzó una risotada de beodo y no hizo caso del grado de Ohlsen, a quien llamó «colega» sin ambages; pero nada importaba al teniente.

Siguieron bebiendo, bromeando; después, fueron a acostarse. Alice gemía de placer, Heinz reía como un bruto, y resoplaba como un perro.

Al día siguiente, al amanecer, el teniente se marchó sin despertar a nadie, sin ni siquiera saber el nombre de la mujer. Se dirigió a la estación de la Friederichstrasse. En el andén pululaban los soldados de permiso que regresaban al frente, algunos acompañados por sus familiares, pero la mayoría solos, porque se evitaban las despedidas en la estación, que

recordaban demasiado los entierros. Ohlsen empezó a pasear por el andén. «No es corriente regresar antes de que termine el permiso», pensó.

—¿Por qué diablos no cogéis el tren en Charlottenburgo? —preguntó un empleado de la estación a un grupo de soldados—. Encontraréis sitio con mucha mayor facilidad. El tren se forma allí.

Un viejo suboficial, sentado sobre un petate, dijo despectivamente

—Hay que ir en el sentido opuesto; a la Schlesinger Hof.

—¿Por qué? Es la última estación de Berlín y está llena a rebosar.

—Precisamente —contestó riendo un Obergefreiter que se había tumbado en el andén mojado, con un estuche de máscara antigás bajo la cabeza—. En la estación de Silesia no sale ningún tren hacia el frente, pero si te haces timbrar los papeles por el jefe de la estación, has ganado un día y no debes salir hasta el siguiente.

Llegó un tren rápido, repleto de soldados, que el viejo suboficial señaló riendo.

—¡Éstos son los que lo han entendido! Apuesto lo que queráis que el tren se vaciará en la estación de Silesia. Pero hay que apresurarse. Si se tarda mucho, esos perros de gendarmes llegarán y se correrá el riesgo de que te pongan ante el piquete.

Media docena de soldados corrieron hacia el tren, intentando subir al mismo.

—¡Les será difícil! —dijo el suboficial, jocosamente—. ¡También ellos lo han entendido!

—¡Tren directo hasta la estación de Silesia! —gritaba el jefe de tren corriendo a lo largo del andén.

Hubo una enorme risotada

—¡No nos digas! ¡Así volveremos antes!

El empleado que había recomendado Charlottenburgo contemplaba al tren archirrepleto.

—¡No será con esta pandilla que el Führer ganará la guerra!

Se marchó muy indignado.

Un teniente de blindados se acercó a Ohlsen y le saludó amistosamente.

—¡Intente el truco de la estación de Silesia!

—No —contestó Ohlsen con indiferencia.

—Amigo mío, representa otro día de permiso.

—No me apetece —replicó el teniente, sonriendo.

El oficial dio media vuelta y se alejó rápidamente

«Nazi o idiota —se dijo—, probablemente ambas cosas.»

Se acercó a dos tenientes de Infantería, uno de los cuales desapareció en el acto en el interior del tren.

Colgados a todos los vagones, unos letreros llevaban frases alentadoras escritas con grandes letras. Por ejemplo: «¡Rueda hacia la victoria!»

Un suboficial escupió sobre una de ellas

—¡Pues que siga corriendo!

De repente, sonó un silbato. Era el aviso de un feldwebel de Artillería, para que todo el mundo estuviera en guardia... Tres cascos de acero, tres gendarmes, comparecieron en el andén. Bajo los cascos brillantes relucían unos ojos malévolos, recelosos. El tren que esperaba el teniente llegó a la estación y se detuvo con gran chirrido de frenos. Los soldados se precipitaron. Gritos, llamadas, blasfemias, peleas.

—¡Viajeros al tren!

Lentamente, el convoy atravesó Berlín, cruzó el Spree; se adivinó la Alexanderplatz y la Prefectura de Policía, donde centenares de presos esperaban, sin duda, la muerte. En la estación de Silesia, había una tremenda multitud, pero eran pocos los que subían al tren; la cola ante la oficina del jefe de estación se alargaba constantemente, una cola de gente satisfecha que había conseguido que le timbraran sus documentos. Algunos habían llevado su audacia hasta hacer que sus familias les esperaran al otro lado de las barreras.

Un largo silbido, los altavoces cobraron vida. El tren del teniente prosiguió rumbo al Este. Cada compartimento llevaba su carga completa de hombres, camino de los mataderos, hombres que conservaban aún en la sangre los recuerdos de quince días maravillosos. Pero otras cosas les esperaban ya. El fuego, los tanques, el cuerpo a cuerpo, la sangre, las mutilaciones, la muerte... Palabras que involucraban una dosis

de terror y de sufrimientos que rebasaba toda imaginación.

Acurrucado en una esquina, bajo su capote, el teniente cerraba los ojos mientras los demás jugaban a los naipes, bebían o se explicaban historietas procaces. El teniente Ohlsen lloraba... en silencio. Lloraba a su hijo perdido, su hogar destruido, su soledad... ¡Pero, no! No estaba solo. Al término de su viaje, le esperaban sus hermanos de armas, sus camaradas...

Volvía a verlos a todos: el Viejo, aquella peña, el pequeño legionario, Joseph Porta, Hermanito, tan corpulento y tan estúpido. Y todos los demás...

El tren rodaba a través de Alemania.

En aquel instante, tras las líneas, terminaba la concentración de tropas rusas. Todo estaba listo para la mayor ofensiva de guerra que jamás se hubiese visto.

En un profundo cráter de granada estaban Porta, Hermanito y un soldado ruso que jugaban a los dados. A su lado; yacían las respectivas metralletas. Los tres habían sido lanzados allí durante un combate y rebasados. Hermanito ganaba ya una botella de vodka cuando, con gran enojo por su parte, el frente despertó de uno a otro extremo e interrumpió el juego.

Doscientas sesenta y tres Divisiones de Infantería y ochenta y cinco Divisiones blindadas pasaban al ataque.

***Fin***



SVEN HASSEL, (nacido en Frederiksborg, Dinamarca, el 19 de abril de 1917) es el seudónimo del escritor danés Boerge Villy Redsted Pedersen. Es hijo del oficial austriaco Peder Oluf Pedersen, y Hansinge Hassel (danesa), más tarde el joven Boerge tomó el apellido de soltera de su madre y desde entonces se llamó Sven Hassel.

La crisis generalizada de 1930 le obliga a emigrar a Alemania en busca de trabajo. En 1931, a los 14 años de edad, se enrola en la marina mercante como mozo de cabina, dando la vuelta al mundo. En 1937 se alista en el ejército alemán y es destinado al 7º Regimiento de Caballería, donde se le obliga a nacionalizarse para permanecer en filas. En cuanto lo hace, es trasladado al Panzerregiment 2 (2º Regimiento de Carros de Combate) en Eisenach. Su regimiento participó en 1939 en la invasión de Polonia. En 1941 sirve como Gefreiter (Cabo) de su regimiento cuando deserta y es condenado a rehabilitación en una prisión militar. Tras su paso por un campo de trabajos forzados, es reincorporado al ejército en el 27º Regimiento de Panzers, un Batallón Disciplinario. Hasta el final de la guerra, Sven participó en todos los frentes del ejército alemán a excepción de África (debido a que su barco es hundido en el trayecto a África). Herido múltiples veces, llega a recuperar sus galones y acaba la guerra como Leutenant (Teniente), recibiendo la Cruz de Hierro de 1ª y 2ª Clase, además de otras condecoraciones Finlandesas e Italianas.

Al finalizar la guerra, se rinde a los rusos en el Parque Tiergarten de Berlín, a un paso del búnker de Hitler en la Cancillería y es internado en varios campos de prisioneros. Mientras está en prisión, comienza a escribir su historia, como un

homenaje a sus camaradas muertos en combate. Al ser liberado en 1949, ingresa a la Legión Extranjera donde conoce a Dorthé Jensen con quien se casa en 1951, luego de cambiarse el nombre por Villy Arbing, en 1950. Consigue trabajo en una fábrica de automóviles y luego su esposa lo anima a publicar su primer libro, apareciendo así "De Fordometes Legion" (La Legión de los Condenados), en 1953.

En 1957 una enfermedad que contrajo durante la guerra le postra en cama durante casi dos años. Al recuperarse continúa escribiendo sus novelas. En 1964 se muda a Barcelona donde sigue viviendo hasta la fecha. En total ha vendido más de 50 millones de copias en 18 idiomas.

En sus apasionantes libros narra la historia de seis soldados alemanes que viven siempre al borde del reglamento, algunos de ellos provenientes de batallones de castigo. Es un equipo de compañeros y camaradas en el frente, que viven el horror del combate en varios escenarios (Messina, Stalingrado, Francia, ...) donde con una imaginativa y apasionante narrativa describe las vivencias del soldado alemán común, representadas en sus personajes, y de como salvan, presencian o viven situaciones que afectaron al combatiente alemán en los más difíciles escenarios de guerra.

Un aspecto peculiar destaca de este grupo de soldados y es que están en contra del antisemitismo que normalmente mantenían muchos soldados de la Wehrmacht, en algunos capítulos incluso llegan a ocultar judíos perseguidos por las SS.

La canción que tararean en los labios antes del combate es: —" Ven, dulce muerte, ven a mi..."—

### **Sus personajes:**

***El legionario:*** Soldado de vasta experiencia en el frente, con un sin fin de ardidés y tretas que usa para su beneficio. Sirvió en la Legión Extranjera francesa. Un cigarrillo Caporal permanentemente encendido en sus labios es su seña de identidad.

***El viejo:*** El combatiente alemán de mayor edad, es el jefe de la sección (sargento). Por su experiencia y humanidad representa un seguro de vida para todos los demás miembros de su sección. El frente de combate es su refugio para ocultar una tragedia personal, sin guerra él no existe.

***Hermanito:*** Es el soldado bruto del equipo, gigantón de fuerza hercúlea, pero de cerebro minúsculo, que actúa casi por instinto. Compañero de aventuras de "Porta" y habitual saqueador de cadáveres, su especialidad son los dientes de oro y las reyertas de taberna.

***Julius Heide:*** Es el típico soldado nazi fanático, que aplica el reglamento hasta en

las situaciones más inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que sea un soldado insuperable en combate. Terminó siendo un alto oficial de Alemania del este.

**Porta:** Es el típico soldado buscavidas, juerguista y mujeriego, frío para actuar en combate, pero que cohesiona el grupo con su cálida amistad y camaradería. Es, además, un consumado trompetista y cocinero. Su característica es usar un sombrero alto de copas amarillo cuando no hay oficiales presentes. Muchas de las historias orbitan en torno a sus vivencias.

**Barcelona:** Sargento, al igual que "el Viejo", ha participado en la Guerra Civil Española. De ella proviene su apodo, muchas expresiones en castellano y una vieja naranja arrugada que siempre tiene en el bolsillo.

**Gregor Martin:** Chofer del mariscal de campo Von Kluge en "General SS". Amigo y compañero de aventuras, sobrevivió a la guerra.

**Sven:** Sven Hassel se representa a si mismo en este personaje que es como el joven soldado granadero adjunto al grupo.

El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos doscientos mil negros procedentes de las ex colonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán. En unas entrevistas realizadas por la televisión inglesa a personas de raza negra, que vivieron en Alemania durante la época hitleriana, manifestaron que inicialmente fueron rechazados en el servicio militar, pero que al final fueron aceptados. Ninguno mostró fotografías o alguna evidencia de que efectivamente hubieran prestado servicio.

La vida de estos personajes en el frente es la esencia de los libros de Sven Hassel. En el punto de vista de Hassel, la guerra es brutal. En sus libros los soldados sólo pelean para sobrevivir, la Convención de Ginebra es un papel inútil para ambos bandos. Personas son asesinadas sin justicia ni razón. Pequeños eventos pacíficos y encuentros amistosos pueden ser rotos en segundos. Antipáticos oficiales prusianos constantemente amenazan a sus hombres con ejecutarlos sin ninguna provocación. Enfadados soldados en ocasiones asesinan a sus propios oficiales.

Su obra hizo que mucha gente en todo el mundo se interesara por la II Guerra Mundial desde el punto de vista alemán, un punto de vista en principio poco conocido.

## Sus detractores:

El polémico periodista danés Erik Haaest ha estado años intentando rechazar la bibliografía de Sven Hassel. Según él, Sven Hassel es realmente un nazi danés que nunca peleó en el frente ruso. De acuerdo a Haaest, el autor estuvo la mayor parte de la guerra en la Dinamarca ocupada, y su conocimiento de la guerra viene de veteranos de las SS daneses que encontró después del conflicto.

De acuerdo con Haaest, Sven pasó la época de la guerra desempleado en Dinamarca, vestido con uniformes robados de oficial pretendiendo ser Himmler o algo por el estilo. Según Haaest, Hassel también robaba bicicletas en Copenhagen y las donaba al Partido Nacionalsocialista Danés. Después de ingresar a un cuartel vestido de oficial comenzó a dar órdenes a los reclutas hasta que fue descubierto y encerrado en una prisión por impostor y robo de uniformes.

En 1941-1942 fue arrestado nuevamente por intimidar a una mujer, vestido con uniforme y fingiendo ser un oficial. Episodios similares a este se cuentan por docenas, según Haaest. En 1944 Hassel viste un verdadero uniforme como miembro de la HIPO (Nacionalsocialistas daneses), en apoyo de la policía alemana, para desactivar a la Resistencia danesa. Siempre según Haaest, el autor pasó un tiempo en prisión después de la guerra, donde conoció a muchos ex combatientes daneses que lucharon en divisiones de las Waffen-SS.

Según Haaest, con esos testimonios, Hassel inventó cientos de historias sobre la guerra. Luego se buscó un escritor (probablemente su esposa, porque él es incapaz de escribir una línea, según Haaest) para que le ayudara a escribir "sus" historias en la primera novela. "Legión de los Condenados" fue un éxito rutilante y fue traducida a muchos idiomas lo que le aseguró a Hassel los medios para sobrevivir con comodidades y escribir sus siguientes obras.

Fue en esos días, dice Haaest, que Sven Hassel se casó. Según el periodista, la esposa de Hassel se vio involucrada en un enorme negocio de pornografía en toda Europa, actividad que le dio muchos dividendos.

Los profesionales nunca han considerado seriamente su obra como auténtica. Por ejemplo, había un regimiento 27 en el ejército alemán, pero no era un batallón de castigo. No había muchos tanques Tiger, y estaban organizados en batallones especiales, unidos a unas pocas divisiones de élite. No eran entregados a batallones de castigo.

Por esos fallos foros históricos y militares en internet, como Feldgrau.com y AxisHistory.com, no consideran sus obras como auténticas.

Verdad o no su biografía, lo cierto es que estamos ante un personaje que ha sabido transmitir "su historia" a través del punto de vista de un puñado de soldados alemanes y que estas historias se han traducido a varios idiomas, vendiéndose

millones de ejemplares en todo el mundo.

### **Sus libros:**

La legión de los condenados (1953)

Los panzers de la muerte (1958). *Llevada al cine en 1988 International, filmada en Belgrado, Yugoslavia.*

Camaradas del Frente (1960)

Batallón de castigo (1962)

Monte Cassino (1963)

Gestapo (1963)

¡Liquidación París! (1967)

General SS (1969)

Comando Reichsführer Himmler (1971)

Los vi morir (1975)

La ruta sangrienta (1977)

Ejecución (1979)

Prisión GPU (1981)

El comisario (1985)

# Notas

[1] Consejero criminal [Volver](#)

[2] Departamento Superior de la Seguridad del Reich [Volver](#)

[3] Orden de la calavera [Volver](#)

[4] Soldado de 1ª Clase [Volver](#)

[5] Ayudante en jefe [Volver](#)

[6] Documentos secretos [Volver](#)

[7] Juventudes Hitlerianas [Volver](#)

[8] Piedad, piedad [Volver](#)

[9] Prisión Militar [Volver](#)

[10] Comisario Político [Volver](#)

[11] ¿Entendido?, en ruso [Volver](#)

[12] No dormid [Volver](#)

[13] Consejo de Estado [Volver](#)

[14] Marcha atrás [Volver](#)

[15] Culo [Volver](#)

[16] Servicio de Seguridad [Volver](#)

[17] En español en el original [Volver](#)